DUBLINETA EIRE

JULIETA ya NO quiere ROMEOS



DUBLINETA EIRE

JULIETA ya NO quiere ROMEOS



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Julieta ya no quiere Romeos.
©Dublineta.eire, 2025
Diseño de portada y maquetación: Aroadyc.

A Persi, Irlanda, Daniela-Blue y Marco.
Con vosotros, hasta el infinito y más allá.
Y con mi perro Lucas…

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Agradecimientos

Capítulo 1

Cuando me inventé un novio, no imaginé que acabaría escondida debajo de una mesa, intercambiando caricias con un arquero, mientras mi ex prometido aparecía, cogido de la mano de mi prima, gritando como si el tipo del martillo —que entró con ellos— fuera a secuestrarnos.

Alineación interplanetaria para amargarme la existencia en tres, dos, uno…

—Toma, me lo ha dado el cartero. Parece que no entraba en el buzón —me dijo Atenea, mi compañera de piso, después de cerrar la puerta de entrada.

—¿Qué es? —pregunté, sin prestarle demasiada atención, a punto de sentarme en el sofá. Me moría por darle un sorbo al café con leche, mientras cotilleaba las redes sociales y disfrutar de mi día libre.

Por el rabillo del ojo, vi que sujetaba un enorme y arrugado sobre fucsia. Me entró curiosidad y, sin soltar la taza, se lo quité de las manos; propaganda no parecía.

—Ni idea, el cartero me dijo que era para ti.

En efecto. Bien grande, y con una letra preciosa, estaba escrito mi nombre. Al descubrir que el matasellos era de Verona, el corazón se me saltó… cuatro latidos; quizá cinco. Le di tres veces la vuelta como si de ese modo, por arte de magia, fuera a revelarse el

remitente, pero continuaba en blanco. Sentí cómo el estómago se me retorcía lento, provocándome calambres que se extendían hacia los costados.

Sin mostrarle mi agonía, que no era poca, le estampé la taza en el pecho porque no podía esperar a abrirlo y necesitaba las manos libres.

—Gracias, aún no había desayunado —me agradeció en un tono irónico. Ella nunca tomaba leche.

—¡Sí, sí! Todo tuyo —le respondí con los ojos clavados en el sobre.

Las ansias se apoderaron de mí y, de un bocado, lo rasgué por un lateral, escupí el trozo de papel que se me había quedado pegado en los labios y con los dedos temblorosos, tiré de un cartón rosa palo que encontré en el interior. Con prisa lo desplegué.

—¿Qué dice? ¿Quién es? Di algo —me animaba Atenea, con la barbilla apoyada en mi hombro para poder leerlo antes de que lo hiciera yo. En realidad, no me hacía falta, porque ya sospechaba qué era aquel tarjetón cursi.

De no haberme fallado la intuición cuando me lo entregó, lo habría quemado antes de abrirlo.

—¡Joder! ¡Se casan! —grité, ignorando la violencia con la que me había empezado a bombear el corazón. En otras circunstancias, estaría muy preocupada por mi vida.

Di una vuelta por el salón como si al hacerlo las letras del tarjetón pudieran borrarse o cambiar los nombres.

Menuda forma más patética de comenzar un lunes.

—¿Una boda? ¿Cuándo? ¿Quién se casa? ¿Dónde es? ¿Puedo acompañarte? —Atenea, con su bombardeo de preguntas, no ayudaba a que recuperara la calma.

—¡No puede ser! —me quejé mientras intentaba tragar saliva.

Sin soltar la maldita invitación, me hice hueco en el sofá, necesita sentarme. Me clavé los dientes en el labio y me dio igual hacerme sangre, al menos, con ese gesto sabía que continuaba con vida, agonizando por segundos, pero viva, al fin y al cabo.

Y viva, ¿para qué? Pues para poder sufrir y vivir un nuevo drama.

—¿Me vas a decir? Me tienes en ascuas —Atenea se quejaba sin importarle mi estado.

Estaba tan ansiosa porque le dijera algo, que no se había dado cuenta de que respiraba acelerada y con dificultad o le importaba bien poco. A ella solo le interesaba saber quién, cuándo y dónde y si podría acompañarme. Tenía la frente y la nuca mojadas de lo nerviosa e histérica que me había puesto la noticia.

Cogí aire con ganas, cerré los ojos y fue cuando Atenea aprovechó para robarme el tarjetón de las manos. No me dio tiempo a reaccionar.

—¡Tía! Es…, es-es es quien yo creo, ¿verdad? —preguntó con los dedos apretados en la invitación, sin dejar de dar saltitos—. Es…

Un lince, tenía que ser superdotada y aún no se lo habían comunicado.

Para ser mi mejor amiga desde que llegué a España y conocer parte de mi historia mejor que nadie, parecía mentira que se hubiera emocionado tanto como si fuera ella la novia.

—Mi prima Rosalina… —comenté con la voz ronca.

—¿Se casa con tu ex? No me lo puedo creer —dijo sin parar de dar botes en mitad del salón.

La observaba como si hubiera perdido la razón, cuando sabía de sobra que a la única que se le había ido la cabeza era a mí.

—Eso parece.

—¿Sabías que salían juntos?

Lo sospechaba. Y esa invitación tenía el sello inconfundible de mi madre. Su objetivo, desde antes de que me saliera el primer diente, fue emparentar con un Montenegro. "La fantasía —según ella— de cualquier familia veronesa". Y la jugada le había salido redonda, de un plumazo, me había borrado a mí de la ecuación.

No me dio tiempo a decirle nada más y tampoco a responder a sus ocho mil preguntas en cuatro segundos. Una de las habilidades de Atenea —una de tantas— era hablar revolucionada, en castellano, sin trabarse. Y no me dio tiempo, porque sonó el teléfono.

No era una simple llamada, se trataba de una videollamada, y no era otra que mi querida *mamá*, la casamentera. Era como si estuviera esperando a que abriera la carta para enterarme de las buenas nuevas familiares y poder comentarlas conmigo.

—¡Buenos días! —respondí con la cara arrugada, como si acabara de chupar un limón.

—¿No tienes clase?

¿Para qué empezar con un «hola, cariño» la conversación? Ella en su línea, a lo que le interesaba. Acercaba tanto la cámara a la cara que solo se le veían los dientes.

—Entonces, ¿por qué me llamas? —Mi *buen* humor iba en aumento.

—Para pillarte con las manos en la masa. Ya sabes que no tolero las mentiras. Ni las tuyas ni las de tu señor padre.

Me levanté del sofá y caminé hasta la terraza, necesitaba aire. Abrí la puerta y salí al balcón.

—¿Qué haces? ¡Juls, no me digas que vas a lanzarte! Con el lío que tengo con la boda, no podría ni ir a verte al hospital.

Ya la había poseído su *alter ego* de actriz dramática venida a menos. ¿Y si simplemente quería airear la casa o dejar de oírla un rato?

—¡Emergencia! ¡Atenea, haz algo! ¡Mi hija quiere saltar!

La noticia de la boda me había molestado, pero no por los motivos que, seguramente, creía ella. Y en el hipotético caso de que decidiera hacerlo —que no—, desde luego no sería en directo con ella al otro lado de la línea. Vamos, ni que fuera la protagonista de una tragedia griega. Pero si a mí me encantaba el drama, ella era, sin lugar a dudas, la reina de las reinas, y de ahí su pregunta.

—¡Juls, no te tires! ¿Hay alguien con mi hija? Atenea, niña, es una emergencia. ¡Dios mío!

Ignorando sus gritos dejé que la brisa me abofeteara las mejillas. Sentí un escalofrío por el contraste de temperatura, pero me vino bien para continuar con la conversación.

—Juls, hija, ¿sigues ahí? —Su voz sonaba lejana. Bajé la vista y comprobé que me había metido el teléfono en el bolsillo del pantalón —. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿Has acabado? ¿Qué quieres? —respondí enfadada.

—Si te has ido a vivir la vida loca por el mundo, ya estás de vuelta. —Se había olvidado de que segundos antes pedía auxilio para que su hija no se precipitara por el balcón.

Entré en el salón, cerré el ventanal y me senté en el sofá. No tenía ganas de que todos los vecinos se enteraran de la estupenda relación que tenía con mi madre. Ya podríamos hablar en italiano, como todas las italianas, y al menos no nos entenderían a la primera. Pero es que, en mi casa, con ella, desde que tengo uso de razón, hablaba el castellano y, con mi padre, el italiano. Mi familia materna era de La puebla de Montalbán y para no perder nuestras raíces españolas, el castellano siempre estuvo presente.

—Dime, ¿qué querías? Porque no creo que fuera para preguntarme por el tiempo de Alicante, ¿verdad?

Mi amiga fingía no prestarnos atención, parecía hacer su tabla de ejercicios diarios, concentrada en subir y bajar las pesas, cuando las dos sabíamos que no perdía detalle de nuestra "calmada" conversación madre e hija. Y como apunte, añadiré que había presenciado tantos momentos intensos entre las dos que ya no se inmutaba cuando montaba numeritos como los del balcón.

—Cierto. ¿Has bajado al buzón?

—Si te refieres a que si sé que se casa Rosalina, sí, me acabo de enterar. Gracias por incluirme en el día a día de mi familia y tener que enterarme como cualquier otro invitado.

—No vas a cambiar nunca. Nada te parece bien. Si decidimos no contártelo, fue porque pensábamos que te sentaría mal.

—¡Ah! Muy considerados, y, ¿qué ha cambiado para que ahora sí me parezca maravilloso?, dime. —Sonreí con los labios apretados preparada para escuchar la excusa que iba a soltarme.

—Bueno, ¿qué piensas hacer? —Guardé silencio y me recoloqué en el asiento.

Atenea detuvo su entrenamiento, algo sagrado para ella. Se quedó paralizada en mitad del salón, con los brazos en alto con una mancuerna en cada mano, a la espera de que continuara mi drama familiar. Me observaba como si ese momento fuera el final de la telenovela a la que estábamos enganchadas desde hacía más de veinte temporadas, con doscientos capítulos cada una y fuera a confesar quién de mis ocho pretendientes era el padre de mi hijo.

Me empezó a temblar la mano, como si la que sujetara la mancuerna fuera yo, y mi madre sin parar de quejarse, diciendo que me veía borrosa porque el móvil iba de un lado a otro. Para que dejara de chillar, lo sujeté con las dos manos.

—Nena, ¿me vas a contestar? No te quedes ahí callada como si se hubiera congelado la imagen.

—¿Qué quieres que haga? No pretenderás que impida la boda. —Resoplé con los ojos cerrados.

A mi amiga se le cayó una de las pesas sobre la alfombra, pegué un gritito, sin embargo, a mi madre le dio igual. Ni preguntó qué había sido ese ruido —con lo cotilla que era—, porque había empezado a hablar muy deprisa y a gesticular con la mano libre como si se hiciera aire.

—¿Te has vuelto loca? ¡Ay! Que no lo has superado, esto ya lo sabía yo… —Se golpeó la frente y continuó a voz en grito, mirando al techo de su salón—. Solo espero que no suponga un enfrentamiento entre Rosi y tú, porque eso sí que no lo soportaría. Y menos el delicado corazón de tu padre. ¿Piensas robarle a su prometido?

—Frena, frena, que nos conocemos. Podéis estar muy tranquilos, todo para ella. Enterito.

—Me refería a que, ¿qué piensas hacer?… Quiero decir, ¿cuándo vendrás? Si ya te quedas en Verona, de si vienes antes y participarás en todas las actividades que han preparado. Si comprarás el vestido de dama de honor esta semana o piensas hacerlo el día antes de la boda. ¡Vamos! Dejarlo todo para el último momento, como siempre.

¿Había dicho «dama de honor»? Tenía que estar de coña. Si ya era descabellado plantearse que acudiera al enlace de esos dos, por

muy prima mía que fuera, cómo se les había ocurrido que participara de manera tan activa. Se habían vuelto locos todos. Todos. Porque mi amiga asentía emocionada, con las manos pegadas cerca de la boca como si estuviera rezando un padrenuestro.

—Ni boda, ni Verona, ni nada que signifique salir de Alicante. Tengo los finales, te lo dije nada más empezar a hablar —le respondí a mi madre, mirando a la traidora de mi amiga que estaría organizando su agenda deportiva para poder acompañarme.

Sin decir nada, se largó, supuse que, a la ducha, pues su entrenamiento diario hacía más de media hora que había acabado.

Por fin nos dejaba solas. No me molestaba que estuviera delante, ella sabía todo sobre mí, pero cuando se emocionaba y se ponía del lado de mi madre, me superaba.

—Deja de soñar. Como no vengas, se te acaba la asignación mensual y a ver cómo pagas el alquiler y el resto de gastos, que te recuerdo, por si se te ha olvidado, que eres de alta cuna y gustos lujosos.

Escuché un golpe a mi espalda, cuando Atenea saltó por encima del sofá, dio una voltereta en el aire y cayó sentada, con las piernas cruzadas a lo indio, en mitad de la alfombra. Seguía con la ropa del club de lucha libre. Era tan curiosa que, al escuchar lo último que dijo mi madre, decidió ser testigo en primera fila, incluso, se trajo una bolsa de pipas.

Mi madre volvió a recordarme —recordarnos— la conversación que tuvimos el día que les comuniqué que me habían concedido una beca Erasmus en Alicante. Aceptaron que viniera con la única condición de regresar en nueve meses —lo que les dije que duraba el curso— para que me presentaran candidatos a novio, mejor dicho, a marido, porque su única ilusión en esta vida era que me casara, me casara y, como es obvio, me casara.

—La gente cambia. Además, te recuerdo que también os dije que, aunque volviera no pensaba casarme. Primero quiero acabar la carrera. —Me mordí el labio, tragué saliva y continué—: Y solo me

casaría por amor, siempre y cuando mi futuro marido me dejara trabajar y no me viera como a una coneja a la que preñar…

—¡Julieta! —me interrumpió con la cara roja como si se hubiera quemado al sol—. No me ofendas, ¿soy eso para ti? ¿Tu abuela? ¿Tus tías? ¿Primas?

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho. Solo digo que yo, yo no quiero ser una coneja, no tengo nada en contra de las conejas que quieran o adoren serlo. Yo no he nacido para eso.

—Un trato es un trato. Quedamos en que volverías para que te presentáramos a algún chico y le dieras una oportunidad. ¿Qué va a ser de ti cuando papá y yo hayamos muerto? —Ahí estaba, la reina del drama en toda su esencia—. Dime, ¿qué será de ti si te quedas soltera? No quiero enfadarme, pero…

No sé en qué momento dejé de escucharla, porque mi atención se había ido directa a Atenea, que se movía como si intentara que adivinara el título de una película. Se puso en pie, soltó la bolsa de pipas y empezó a hacerme señas ridículas: movía la cabeza con energía mientras juntaba el dedo anular con el índice, y el pulgar de la otra mano lo metía dentro. ¿Eso era un anillo? ¿Sexo? Con ella nunca se sabía. Y yo no estaba para acertijos visuales.

—¿Me estás ignorando? —se quejó mi madre al comprobar que no la miraba y tampoco respondía a sus estúpidas plegarias.

—No, mamá. ¿Qué más quieres que te diga? —Atenea cogió una libreta y a toda velocidad escribió algo. Lo leí dos veces porque pensaba haberlo entendido mal. La tercera, cometí el error de hacerlo en voz alta—: Eh…, ma-mamá, a ver… no necesito que me presentéis a nadie, porque ya… tengo no-no novio.

¡Mierda!

En cuanto terminé la frase, apreté los labios y miré a mi amiga que tenía los brazos en alto y me mostraba el signo de la victoria con los dedos, sin dejar de dar saltitos. ¿De alegría?

—¡Aaahhh! ¡Gracias, Dios mío, gracias! Veintidós años has tardado en escuchar mis súplicas.

—Bueno, pues eso, que no podemos ir. Tenemos exámenes. —Atenea levantó el pulgar y me regaló una enorme sonrisa.

Estaba feliz porque había interpretado genial todos sus gestos, leído la cagada de frase y seguido su plan. Ella era muy de planes estratégicos y le encantaba cuando le hacía caso.

—Ahora con más razón. Si no vienes, se acaba la asignación. Punto. ¿Cuándo vendrá a pedir tu mano? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿Cuántos años tiene? ¿No será un profesor? Bueno, si es honrado, qué más da, lo importante es que te dé la vida que te mereces. ¿Tienes una foto? —me asaltaba a preguntas mientras con un pañuelito de tela se limpiaba las lágrimas.

Ahí supe que había metido la pata, pero ya no había marcha atrás.

—Me quedo sin baterí…

Corté la videollamada y lancé el teléfono al sofá. Atenea parecía emocionada. Le brillaban los ojos y se frotaba las manos.

—¿Qué voy a hacer? —me lamenté.

—Tranquila, está todo controlado, hazme caso. Mientras me ducho, tú ve a cambiarte de ropa —me pidió con los brazos en alto y las manos en la coronilla.

Vi cómo se deshacía el moño, que solía llevar cuando practicaba deporte. Metió los dedos y se agitó la melena, sin importarle que los mechones me dieran en la frente. Cada vez lo tenía más largo.

—Que no, que no conoces a mi madre. La he cagado. No sé para qué te hago caso. ¿Un novio? ¿Cómo se te ha ocurrido? No, ¿cómo se me ocurre seguirte el rollo? La culpa es mía…

—Calla. —Miró el reloj y se metió en el baño—. ¡No tardes!

Sin saber por qué, le hice caso. Bueno, sí, porque en momentos de crisis creo que todo me irá mejor si sigo sus consejos y no mis instintos, aunque sean consejos de mierda, como el de mentir diciendo que tenía novio. Así que me arreglé y esperé a que saliera de la ducha.

—Lista —le dije media hora después.

—¿Piensas salir así? —Me miró de arriba abajo con cara de asco.

No sé de qué se sorprendía. Salvo un par de vaqueros, todo mi fondo de armario eran vestidos anchos y largos. Súper cómodos y prácticos. Si alguna vez salíamos por la noche, muy de vez en cuando, siempre me prestaba algo, aunque yo me quejara de que no estaba a gusto, pero como era habitual, ella me ignoraba y yo aceptaba.

—¿Qué tiene de malo mi vestido? —Me señalé la tela de florecitas blancas sobre el fondo negro que me cubría hasta las rodillas.

—¿Qué pareces una monja recatada? —preguntó con ironía. Alargó la mano, me agarró la trenza y sin esperármelo, quitó la goma del final, metió los dedos y la deshizo—. ¡Por Dios, Juls! Así no puedes ir. ¿Piensas que voy a llevarte a un *casting* para una película de 1800 en la Toscana? ¡Qué desastre!

—¿Dónde vamos?

—A una agencia matrimonial para buscarte novio.

Capítulo 2

No le importó que fuera quejándome todo el tiempo que duró el trayecto a pie. Me tuvo caminando más de cuarenta minutos, y juraría que estuvimos dando vueltas en círculo. Cuando ya me había quedado sin aliento y ella lucía más fresca que una lechuga, aparecimos frente a un local con los cristales del escaparate cubiertos de corazones rojos. Arriba se podía leer: «La Celestina, cuando el amor no te encuentra, me encargo yo».

—Es aquí. —Señaló al letrero.

—Te he dicho que no.

—Y yo, que sí.

—Esto es una locura. Que solo tengo veintidós años… —me quejé agarrada con las dos manos en una farola que encontré cerca de la puerta del local, mientras Atenea me sujetaba por la cintura, haciendo fuerza al lado contrario para despegarme—. ¿Qué he hecho yo para acabar aquí? Recuerda la promesa que hicimos.

—Tía, céntrate, sabes que es mentira, ¿no? Solo estamos aquí para ver si te encontramos un novio, uno que te saque del apuro, no tienes que salir con él. Es que ni siquiera tiene que ser guapo.

—Y, ¿qué le digo? Oye, no me gustas, pero necesito que te hagas pasar por mi pareja porque mi madre está loca con que me case y tienes que venir conmigo a una boda, en Verona. Ah, y la que se casa es mi prima Rosalina, y además lo hará con mi ex. ¿Quién en su sano juicio querría aceptar?

—Lo hará.

Empujó la puerta y aparecimos en mitad de una… no sabría explicarlo. No era una oficina, aquello parecía el jardín de una fábula de Esopo. O que hubiéramos atravesado un portal mágico y acabáramos de aparecer en la Edad Media. Se me encogió el estómago.

—Vámonos, no hay nadie. Tengo mil cosas que hacer en casa. Tía, no me hagas esto, vamos —le rogué a punto de llorar para ver si así le daba pena y nos largábamos.

—Te lo he dicho ya mil veces, no es para casarte de verdad. Si no vas a la boda te cierran el grifo, si no les presentas a tu novio, te cortan el grifo… Vamos, que te quedas sin grifo, sí o sí. Así que elegirás a uno que hará de novio falso y listo.

—¿De verdad crees que la solución es apuntarme en una agencia ma-tri-mo-nial? — remarqué cada sílaba para que quedara claro en qué sitio del infierno me había traído—: Escoger a un tipo y fingir que somos novios. ¿Es eso?

—¡Por fin! Venga, arréglate el pelo. —Me pasó unos mechones por detrás de las orejas, me observó, negó y me despeinó—. Así, mejor.

Justo cuando iba a abrir la boca para preguntar si había alguien, nos miramos con sorpresa al oír unas voces lejanas que nos alertaron de que teníamos compañía.

—*Una lástima, la verdad.* —La voz de un hombre, que parecía extranjero, nos hizo quedarnos quietas y escondernos detrás de una fuente.

—*Me jubilo, ha llegado mi hora. Me costó tomar la decisión, pero ya no hay marcha atrás. Cierro el negocio*. —Atenea y yo nos miramos horrorizadas.

Sí, mi gozo en un pozo. Aquella agencia matrimonial ya no funcionaba, por lo que no iba a salir con un novio falso aquel día, al menos, no de allí.

—*Y, ¿no ha considerado traspasarlo?* —Otro hombre se coló en la conversación. Su acento sonaba diferente, sin duda, era italiano, como yo.

—*Si os soy sincera, pues no. ¿Quién en su sano juicio querría ser autónomo? Pero… bueno, quién soy yo para cuestionarlo*.

—*Piénselo*.

—*Dadme un poco de tiempo… En cuanto tenga una respuesta, os avisaré.* —Silencio. Solo se escuchaban el ruidito del agua al

golpear en el mármol de la fuente y los latidos de nuestros corazones—. *Listo, ya lo he pensado. Nada, olvidadlo. Odio el papeleo. Venga, que llego tarde a pilates*.

Caminamos de espaldas hacia la salida. Con mucho cuidado Atenea abrió y nada más poner el primer pie en la acera, corrimos hacia la esquina de la derecha. Asomamos la cabeza y esperamos pacientes, agazapadas a la vuelta de la calle. Queríamos ver a quiénes pertenecían las voces. El motivo, puro cotilleo.

Una mano de mujer estrechó la de dos tipos muy altos. Desde nuestro escondite, no podíamos verles la cara, y, además, llevaban la cabeza cubierta por la capucha de la chaqueta que ambos vestían. Los dos llevaban colgados al hombro una funda negra enorme.

¿Serían astrólogos que guardaban un telescopio?

—Nada, el mundo no se hunde. Tendremos que pasar al plan B —Atenea intentó animarme, solo que me creó más dudas.

—¿Plan B? —pregunté con la espalda pegada en la fachada y con la mano puesta en el pecho. Aún me faltaba el aire y no era momento para descubrir en qué consistía ese plan.

Qué nervios más tontos se me habían instalado en el cuerpo.

—Buscar trabajo, chica. Ya sabes… «Te cortan el grifo». No hay novio, no vas a la boda, pues de alguna parte tendrás que conseguir el dinero para pagar el alquiler, la comida… No sé, es de cajón. Salvo que pretendas volver a Verona. Pero no lo harás, porque te mataré si decides abandonarme.

¿Trabajar? Pero si me faltaban horas al día para estudiar.

Como ya no nos interesaba continuar allí, igual que llegamos, nos fuimos. En cuanto encontré un parque le pedí descansar. Necesitaba sentarme.

—Deja que haga un par de llamadas. —Atenea toqueteó la pantalla de su teléfono y se lo acercó a la oreja. Mientras esperaba que le respondieran, se fue alejando del banco en el que me había sentado.

Y es que mi amiga lo veía todo clarísimo. Sonreía, se enroscaba y desenroscaba en el dedo un mechón de pelo, que le caía por uno de

los lados de la cara. Unos minutos más tarde, me comunicó que en media hora tenía una entrevista, y entonces empezamos a caminar.

Aunque me interesé por saber dónde, no me respondió y no insistí porque, en realidad, no me importaba. Tenía razón, necesitaba ingresos para poder seguir en Alicante y no podía ponerme a sacar pegas.

—¿Será una broma? —pregunté, aunque conocía la respuesta. Y la conocía porque mi amiga nunca veía el lado negativo de las cosas —. Dime que el navegador nos ha traído al sitio equivocado.

—Necesito que sonrías, no hace falta que digas nada, salvo cuando te pregunten, claro, si no, pensarán que eres muda o tonta. —Acercó los dedos a los botones que me cerraban el vestido por el pecho y me desabrochó uno. Con los dientes clavados en el labio, me miró unos segundos, con la cabeza ladeada. Yo me quedé quieta, pero cuando intentó ir a por el resto, la aparté con un manotazo—. Venga, creo que así servirá. Solo piensa que te pagarán y no tendrás que aceptar las condiciones de tu familia.

Necesitaba ingresos, pero no a ese precio. Mi reacción y mi negativa para aceptar podría parecer exagerada, pero es que estábamos en un *sexshop*. A mi amiga le pareció buenísima idea traerme a una tienda de juguetes para adultos… y no para comprar. Para trabajar.

¿Cómo pretendía que vendiera juguetes eróticos y encima diera consejos sin atragantarme? Si lo más grande que había tenido entre los dedos, había sido un pepino para lavarlo antes de ponerlo en la ensalada.

—Déjalo, vámonos, de verdad —me quejé entre lloriqueos, pegada a su oído—. Esta entrevista va a ser un desastre.

—No pierdes nada por hacerla, ¿no? —me preguntó mientras analizaba un pollón realista con sus huevazos colgando, que encontró tumbado en una de las estanterías que teníamos a la derecha—. Mira, tócalo, es blandito…

Perdería dignidad y años de vida. Para mí, eran motivos suficientes para largarme cuanto antes de allí.

Quería morirme.

—*¿Para la entrevista ha venido alguien?* —preguntó con un megáfono pegado a los labios un hombre muy alto, calvo, con barba espesa y canosa.

—*Yo* —respondió un chico que estaba a unos metros de nosotras.

—*Yo, también*.

Y así, unos cuantos más. Pues sí que estaba solicitado el puesto. Con suerte, se lo llevaría alguno que estuviera más experimentado que yo.

Hizo un gesto con la mano en alto y todos los que habían venido a lo mismo que yo —yo engañada—, caminamos hasta él.

Mi amiga, en lugar de seguir al grupo, antes de llegar a la zona de cajas donde nos esperaba el señor sin pelo en la cabeza, se detuvo en mitad del pasillo, se agachó y cogió algo.

—Toma esto. Así no llamarás la atención —me dijo mientras me abrió la mano y dejó un objeto sobre mi palma. No presté atención a qué se trataba, porque me había quedado hipnotizada al toparme con una cabeza extraña, que encontré a la altura de mis ojos, con la boca muy abierta en forma de O gigante.

¿Para qué serviría? Pinta de objeto decorativo no tenía… Ni muerta lo pondría en mi salón.

Sin soltar lo que me había dado Atenea y con la cara vuelta hacia las cabezas, comencé a caminar por inercia, hasta que nos colocamos detrás del último de la fila que esperaba su turno.

—Relájate —me pidió mi amiga, me abrió otro botón sin que pudiera detenerla y me estiró los labios por los lados para que sonriera—. Todo va a salir bien. Solo es un *sexshop*. No vas a hacer una prueba para una peli porno.

¡Madre mía! ¿Por qué me decía aquellas cosas justo cuando casi era mi turno?

Se me aceleró el corazón muy rápido y me empezó a doler el estómago. Quería llorar.

—Julieta Capulín. —Escuché mi nombre, pero no hice nada para confirmar que era yo, porque solo quería encontrar la salida de emergencia y largarme de allí.

—Sí, sí —respondió mi amiga por mí, mientras sacaba su dedo índice del interior de lo que parecía un chochillo de silicona que teníamos justo a nuestra derecha, junto al calvo.

Igual no era tan mala idea poner un anuncio en algún periódico local para encontrar pareja.

—Toma, aquí tienes… —dijo el tipo, mientras Atenea me colocó la mano en el centro de la espalda y me lanzó a mi suerte—. Ella, Julieta es ella. Yo solo he venido a acompañarla.

—¿Haces teatro? —me preguntó con la boca torcida y el ojo casi cerrado, mirándome de arriba abajo—. Interesante…

Miré a mi amiga con cara de susto, tanto, que no podía abrir más los ojos.

—Júrame… —le susurré con miedo—, que lo de la peli iba de coña.

El corazón me latía muy deprisa y no sabía dónde meter las manos. Levanté una y me golpeé con algo en la ceja. ¡Qué daño me había hecho!

—Sí, es actriz. Viene de rodar en un convento.

Casi la mato. Odiaba que fuera así. Todo le importaba poco o nada. Yo, al borde del ataque de histeria, y ella venga a gastar bromitas.

—¿Ella? —Me apuntó con su enorme dedo, mirando a mi amiga —. Julieta Capulín, ¿verdad? — Asentí—. Toma, aquí llevas el catálogo de productos, novedades y muestras. Importante, antes de rellenar el formulario, léete bien las instrucciones. Responde con sinceridad y, debajo, en «observaciones», pones tu disponibilidad. Y cuando lo tengas, te vienes y hacemos la prueba. Antes del viernes, por favor.

—¿Pru-prueba? —pregunté con la voz temblorosa, la bolsa que acababa de entregarme pegada al pecho y los muslos muy apretados.

Atenea hablaba con unos chicos que llevaban las mismas bolsas que yo, y miraban qué había dentro. Yo continuaba plantada frente al entrevistador, como si me hablara en chino.

Mi amiga cogió el teléfono, me hizo una seña y se salió a la calle.

Sin cerrar la boca y con los dientes apretados, moví un pie, luego el otro, y cuando iba a volver a levantar de nuevo el derecho, el de la caja movió arriba y abajo la mano por mi cara.

—¿Te lo vas a llevar? —me preguntó con una sonrisa.

Bajé la cabeza muy despacio, como si temiera descubrir que me encontraría con una granada a la que algún gracioso le había arrancado la anilla sin que yo lo supiera.

—No, no, gracias. —Con las mejillas a punto de arder, dejé sobre el mostrador las bolas chinas que me había dado la graciosa de mi amiga, a la que acabaría *matando* algún día.

Y salí a toda prisa de la tienda.

Una vez en la calle, solté todo el aire que había guardado hacía dos millones de años. Qué manera más tonta de perder el norte.

—Genial. Sí, soltera —Atenea hablaba por teléfono mientras paseaba entre los coches aparcados—. ¿Cuándo le vendría bien? Sí, sí, claro. Puede creerme. No demasiada experiencia, pero con ganas de aprender. Parece sencillo. Me gustan los retos. —Silencio. Al darse la vuelta, se encontró conmigo que la observaba muy atenta. Me sonrió y continuó con la llamada—: Pues muchísimas gracias. Claro, claro. Sí, ajá. Perfecto. Entiendo, claro, claro. Me hago cargo.

Me dio la sensación de que, desde que me había visto, hablaba en clave.

—¿A quién le decías que estabas soltera? —pregunté con la mosca detrás de la oreja. Apretó los labios y se guardó el teléfono en el bolsillo.

No me contestó. Parecía sonreír y me di cuenta de que los ojos le brillaban mucho.

—¿Cómo te ha ido? ¿Crees que tienes opciones?

—No sé. Pero dime, ¿con quién hablabas?

Por mucho que intentara disimular, me di cuenta de lo ansiosa que estaba.

—Le hablaba de ti.

—¿De mí? ¿A quién?

Sonrió con cara de mala de telenovela, y eso solo podía significar que acabaríamos metidas en un lío.

Capítulo 3

—Entremos aquí —me dijo, sin esperar a que le respondiera, con el dedo apuntando a un letrero luminoso que ponía: *La taberna de Odín*—. Me muero de sed y de hambre.

Atenea sabía que no me gustaba entrar en bares, y menos si no los conocía, pero, por algún motivo, no me quejé. Igual porque sabía que me ignoraría y acabaríamos dentro, comiendo y bebiendo como ella había propuesto. Lo único que tenía claro es que necesitaba sentarme y después de la mañana estresante que había vivido, me valía cualquier superficie para desplomarme.

No estaba acostumbrada a andar tanto y tras la gira por todo el pueblo, me ardían los dedillos de los pies. De haberlo sabido, en lugar de calzarme unas bailarinas, me habría puesto las deportivas, deportivas que tenía sin estrenar, pero que habría sido el momento perfecto para probarlas.

—¿Estás segura de que es un sitio de fiar? —le pregunté bien pegada a su espalda sin dejar de mirar a todos lados.

El interior era oscuro, con paredes de madera y antorchas encendidas. A mí me daba mal rollo, pero ella iba directa al fondo.

—Dime. —Le di un toquecito en el hombro para que me respondiera rápido, porque iba derecha a una de las mesas que estaban más alejadas de la salida. Necesitaba que me confirmara que nadie nos iba a molestar—. Este sitio me da yuyu.

Vale, igual exageraba un poco, pero al ver todas las mesas vacías, ni rastro de clientes, salvo un señor enorme, sentado al fondo del local, con la mesa llena de botellas de vino, se me pasó por la cabeza que igual estaba cerrado o era un club exclusivo en el que todavía no había nadie VIP.

—Yo qué sé, a ver si te crees que trabajo como crítica gastronómica para la guía Michelín. Tengo sed y hambre. Esto es un

bar, ¿no? Pues nos vale.

Mientras retiraba la silla, dejé sobre la mesa la bolsa que me habían dado en el *sexshop* y en cuanto me senté, se me escapó un suspiro. No sabía que estaba tan agotada hasta que mi culo descansó sobre aquella tabla incomodísima en forma de silla.

—Juls, tienes que cambiar el chip. Sabes que te quiero y eres mi mejor amiga. Mi única amiga. La primera. —Me agarró la mano y la dejó apretada contra la madera—. Cuando te conocí me hizo gracia que en estos tiempos todavía hubiera chicas tan inocentes como tú. Ya sabes que me sorprendió que hubieras tenido novio, por cómo te comportabas, en fin, que no puedes seguir así. Hay que disfrutar de la vida, que son dos días. No vas a ir de cabeza al infierno por admirar un buen culo o por tocarte pensando en algún conocido.

—Calla —le pedí con las mejillas en color granate. No era el momento ni el lugar y menos con lo que le gustaba elevar el volumen cuando se emocionaba.

—Es que me da rabia que siempre te comportes como si todo fuera pecado. Que no te digo que vayas por ahí montándotelo a diestro y siniestro o que participes en bacanales, pero de ahí a darte una pequeña alegría de vez en cuando, dista mucho. Sabes que no me meto cuando bendices la mesa, que lo respeto, que te acompaño todos los domingos a misa, aunque yo sea ortodoxa no practicante, pero tía, igual que entramos en una iglesia, podemos entrar en una discoteca. No vas a arder.

—Y, ¿esta charlita se debe a?…

Parecía que había llegado la hora del sermón. Tenía razón en muchas de las cosas que me había dicho, pero desde que salí de Verona hasta ese momento, había cambiado muchísimo. No solo no me escandalizaba de hablar de ciertos temas, sino que me gustaba poder dar voz a muchas de mis dudas y compartirlas con ella. Por lo que no tenía sentido aquella monserga y en un bar.

Puse los ojos en blanco y dejé que hablara, sabía que no se callaría por mucho que se lo pidiera. Le encantaba darme discursos, según ella, para abrirme los ojos y la mente. Disfrutaba de ello.

—A lo que voy, el primer paso es renovar tu armario. Es urgente.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Pasarle no le pasa nada, pero no sabes la manía que le he cogido a esos trozos de tela con floripondios. ¿Cuántos años hace que no te compras algo nuevo? ¿Diferente? Tía, eres guapa, tienes buen tipo. No me mires así. Sabes que siempre te digo que eres preciosa, pero te encanta ocultarte debajo de esos hábitos florales.

Madre mía. ¿Qué le pasaba hoy?

—Son monos.

—Sí, no digo lo contrario, si vivieras en *La casa de la pradera* y te llamaras Laura Ingalls y tuvieras ochenta años, irías ideal, pero eres Juls y vives en el siglo veintiuno. Y, como no me hagas caso, te prohibiré ver todas esas series de la época de tu abuela…

—¿Qué os pongo? —nos interrumpió un camarero salido de la nada. Alargué los brazos y recuperé mi arsenal del *sexshop* que había dejado en el centro de la mesa.

—¿Quieres algo de picar? —Negué sin soltar la bolsa, que tenía pegada en mi pecho. Estaba yo para masticar sin atragantarme—. Vale. De momento, solo beberemos.

—Perfecto —respondió el muchacho.

—Ponnos dos cañas —concluyó ella.

Animada por los consejos de mi amiga, y siguiendo el rastro de su mirada hacia donde apuntaba uno de sus dedos, me topé con el culo del camarero. Y me convertí en una mera espectadora de un buen trasero.

—Pedazo culo —me susurró muerta de risa.

Mientras esperábamos, Atenea me arrancó del cuerpo la bolsa, metió la mano para rebuscar. Luego, dejó sobre la mesa uno de los catálogos, al ver la imagen, aguanté la respiración y giré la cabeza hacia la barra para localizar al camarero. Me negaba a que lo viera. En la portada se podía admirar la foto bien nítida de un pollón realista enganchado a un arnés.

—¿A qué no te han explotado los ojos por disfrutar de las vistas? —me preguntó sin dejar de sacar cajitas del interior de la bolsa.

Pero ¿había necesidad de montar un puestecito calentorro como si estuviéramos en un mercadillo vendiendo el placer en solitario?

Os repito que no me asustaba hablar de sexo o ver imágenes como las que había encima de la mesa, lo que no podía soportar era hacerlo en público, con uno que no conocía de nada. Y era inevitable que me afectara lo que pudieran pensar de mí.

Veintidós años mamando el Manual de la buena esposa para nada. Porque no sabía cocinar ni planchar. Y lo más importante, me negaba a tener novio. Vale que nadie elige donde nacer, y en mi familia siempre había sido así. Desde que conocí a Atenea, había cambiado bastante, pero parecía que no era suficiente. Mi primera borrachera fue con ella; de hecho, fue la primera vez que probé el alcohol.

—Aquí tenéis.

Por inercia, estampé la palma de la mano en el centro del folleto, justo cuando nos dejaba las consumiciones. Escuché una risita en mi nuca. La cara me ardía y el corazón me latía con fuerza, me temblaban las piernas y me dolían los muslos. Atenea metió de nuevo la mano en la bolsa, se me encogió el estómago, y vi cómo sacaba al azar una caja alargada.

¡Mierda!

—¡Joder! —Escuché alto y claro al camarero.

No supe si su sorpresa fue por lo que vio o porque le asustó el ruido que hacía mi corazón al latir. Me dolía el pecho.

—Hazlo por mí, guarda todo y ya lo vemos en casa. No puedo evitarlo, me muero de la vergüenza. ¿Lo entiendes? —le susurré como pude con las uñas clavadas en el plástico transparente del súper vibrador XXXL que había en el interior.

—¿Tú crees que esto me cabría en la boca? Voy a ver. —La cogió y se acercó el juguete, con caja incluida. Con los ojos cerrados le di un manotazo. Cuando se ponía en ese plan, la estamparía.

—Te lo digo en serio, guarda todo —le pedí sin apenas mover los labios.

—¿Has pensado cuál probarás primero?

—Atenea… como sigas así, acabaré llorando mientras te abro la cabeza con uno de los vibradores. —Soltó una enorme carcajada y puso los ojos en blanco.

Con disimulo, mientras fingía que leía la descripción de las cajitas, las fui guardando, hasta que me deshice de todo el arsenal que había dejado a la vista.

Mientras ella se bebía de un trago la cerveza, yo me puse a quejarme de mis dramas para cambiar de tema porque, sin darme cuenta, el local se había ido llenando de gente y cada vez había más posibilidades de que igual alguno escuchara a mi amiga.

—¿A quién le hablabas de mí? —Acababa de acordarme de la conversación telefónica y me pareció el momento perfecto para sacar el tema.

—Ni caso, era por un trabajo. Me avisaron que buscaban a una chica para cuidar a un niño, pero era poco dinero y las condiciones no demasiado buenas. El niño un demonio, podría ser nieto de Satanás. Créeme.

—No parecía que pensaras así cuando hablabas.

Al contrario, se le veía ilusionada. ¿Mentía?

—Y, ¿qué querías que le dijera? Vaya mierda de trabajo, métaselo por el culo, ¿no?

Al escucharla, cogí la bolsa, la bajé al suelo y me la coloqué entre los pies para asegurarme de que no volvería a revisar el contenido hasta encontrar un vibrador o algo alargado para escenificar lo que decía.

—Si tú lo dices…

—Si no sale lo del *sexshop*, ya buscamos otra cosa —me comentó con el brazo en alto para llamar la atención del camarero.

—Allí no quiero trabajar, búscame otra cosa, lo que sea, menos ese. En cuanto llegue a casa, me deshago de todo lo de la bolsa.

—No entiendo por qué. Está sin usar.

—¡Hombre, eso lo daba por hecho! Tía, qué asco, por favor. Eso llevará controles, un registro de Sanidad. De todas formas, aunque he visto que todo estaba precintado, no tenía pensado meterme por

el chirri ninguna de las cosas que me ha dado el del *sexshop* —Abrió mucho los ojos y me miró divertida—. No pongas caras, no estoy en contra de la masturbación, ya sea manual o con juguetitos, a lo que no estoy dispuesta es a meterme todo lo que hay en esa bolsa y luego comentarlo con un desconocido. Ni que me hubiera vuelto loca.

—Sabes que no te lo tienes que meter todo a la vez como si fuera un concurso de capacidad…

—Hablo en serio, Atenea. Antes prefiero dejarme bigote que ver a Romeo decir «sí, quiero». Me vale cualquier trabajo, pero ese, no. Ese no.

Sentí una mano en el hombro y no era la de mi amiga. Me tensé y callé de golpe. Giré la cabeza hacia aquellos dedos masculinos que más que presionar parecían acariciarme la piel. Cogí aire y cerré los ojos.

—¡Juls! —Atenea me hablaba a gritos.

Al darse cuenta de que no le hacía caso, me dio un manotazo tan fuerte que apartó de mi cuerpo aquellos deditos del placer.

¡Madre mía!, la cerveza se me había subido tanto como si me hubiera bebido un barril. Mentira, si no la había probado.

—Perdonad mi atrevimiento, pero os he escuchado —nos interrumpió el camarero.

—¡Dios mío! —grité con la mano en el pecho y la frente pegada sobre la mesa—. Qué vergüenza.

—Me refiero a la parte en la que buscas un trabajo. —Giré la cabeza a la izquierda y vi el guiño cómplice de ojo a mi amiga.

¿Intentaba ligársela? Yo con mi dramón y ellos con jueguecitos de seducción. No me lo podía creer.

—Me parto —dijo entre risas ella.

Sí, sí, yo en dos.

Los tres sabíamos que había escuchado la conversación entera, por mucho que fingiera lo contrario.

—Mirad. —Apuntó con su dedo al fondo del local, hacia la barra.

«Se busca camarera con experiencia».

—¡Hostias, Juls! Estás de suerte. Ella, ella. —Atenea me golpeaba con el puño en el bíceps—. Ella necesita trabajo.

—Pues ven conmigo.

Como mi cerebro había dejado de funcionar, mi amiga se apiadó de mí y me arrastró detrás del camarero.

—¡Odín! —Con el brazo en alto, llamó a alguien. No había pasado un segundo, cuando apareció un señor de unos tres metros de alto —no exagero—, pelo largo, entrado en años, pero con algo en su expresión que lo hacía atractivo.

Nos miró, bebió de una copa que tenía en su enorme mano, se clavó los dientes en los labios un par de veces, observó el local en silencio y sin esperarlo, se detuvo justo donde estaba yo.

Me estremecí al recordar que se trataba del único hombre que había cuando habíamos llegado. Sentí un escalofrío por la nuca, que bajaba por la columna, se me puso la piel de gallina y me removí frente a él. No sé si habló, solo vi que movía los labios, porque lo único que escuchaba eran los latidos *asalvajados* de mi corazón que botaba y botaba.

Dio un paso al frente, yo, uno atrás, cuando tropecé con algo, levanté la cabeza y moví el brazo para localizar la mano de Atenea. La apreté con fuerza entre las mías, y me las pegué cerca del ombligo. Aquel señor me había acojonado solo con su presencia y con sus ojos color vino tinto; os lo juro.

—La chica busca trabajo —le comunicó el camarero, que estaba a mi lado, entonces vi cómo mi amiga daba saltitos acompañados de aplausos.

Si ella daba palmas… entonces, ¿de quién demonios era aquella mano que estrujaba sin compasión por encima de mi pubis?

Sí, lo más normal del mundo: sostenerte de una mano amiga y restregártela arriba y abajo. Pero estaba histérica y no sabía ni qué hacía.

Al bajar la vista, como si fuera a encontrarme con un cocodrilo con la boca abierta para comerme, lo que encontré fueron mis manitas pequeñas y sudorosas, de piel tersa y sedosa hasta que

llegué al local, sin dedos. Y no tenía porque una mano enorme, peluda, de piel clara y curtida, acabada con unos potentes y largos dedos, que lucía unas uñas anchas y cuadradas, me los ocultaba.

—Nena… —La voz de Atenea me obligó a levantar la cabeza.

El tal Odín guiñó un ojo. Después, muy despacio, se soltó de mi agarre, levantó el pulgar a un milímetro de la punta de mi nariz. Mientras me recuperaba de la situación extraña, aprovechó para susurrarme algo en el oído:

—¡Enhorabuena!, el trabajo es tuyo.

¿Así de sencillo? Acababa de conseguir el puesto de camarera con experiencia sin una sola pregunta. Si contaba que, desde que llegué a España, llevaba la taza del café y el plato con la tostada de la cocina a la mesa del salón, pues contaba con experiencia de casi cinco meses.

Odín se fue sin despedirse. Desapareció por una puerta que había detrás de la barra.

—Genial. —Atenea se lanzó a mí, me rodeó con los brazos mientras me comía a besos—. ¿Necesitas que te dé los datos? ¿Te deja el número de teléfono?

—Frena, tía. Disimula un poco, que no vean que estamos desesperadas. Deja que me lo piense, al menos.

¿Se puede desempeñar un empleo cuando te da miedo respirar delante del que será tu jefe?

—Empiezas mañana a las ocho de la tarde. Tendrás que estar sobre las siete y media y así te explico dónde está todo, lo que harás tú y lo que haré yo. —El tono de su voz me relajó en el acto, igual porque hacía unos minutos estaba tan histérica, que solo podía ir a menos—. A todo esto, ¿cómo os llamáis?

—Atenea —respondió mi amiga, que no perdió la oportunidad de darle dos besos bien sonoros.

—Eros, un placer. —Alargó el brazo, dejó sus dedos en mi hombro y me acercó a él. Me regaló un beso, solo uno, y me sonrió.

—Ju-juls —le respondí cuando ya me separaba de él.

Mientras nos acompañaba a la mesa, me sonrió con el cuerpo entero; sí, con los ojos, la boca, las manos… Fue una sonrisa particular. Y creí flotar cuando me agaché para coger la bolsa y él me cogió la mano, me apretó con una dulzura que no podía ser de este mundo, y antes de soltarla me regalo una caricia en la palma. El tacto, igualito que el del otro…

—¡Qué fuerte! —Escuché la voz de mi amiga mientras el camarero caminaba hacia la barra y yo volvía en sí—. Que tienes trabajo, tía.

Mi estado de *shock* hizo que no me molestara en pedir más información. Es que no podía hablar. Lo único que tenía claro era que no pensaba volver a Verona. Tampoco asistir a la boda de mi prima Rosalina con mi ex Romeo Montenegro, al que juré no verle más la cara. Y para cumplir con esas dos premisas necesitaba un empleo y parecía que ya lo había conseguido. Acepté el trabajo por todo lo anterior y porque el camarero me había caído genial.

Nada, nada. Acepté por la necesidad económica. Y, ¡qué narices!, seguiría los consejos de mi mejor amiga. Allí podría alegrarme un poco la vista.

Igual había llegado la hora —mi hora— de dejar de comportarme como una niña buena, recatada y centrada solo en mis obligaciones.

—Genial, Juls, ya no necesitas un novio falso —me susurró, tan alto que dudé si el local entero la había escuchado.

Y bueno, así fue como acabé de camarera en el puesto de camarera con experiencia en *La Taberna de Odín*, un tipo que, según las malas lenguas, jamás comía; solo se alimentaba de vino tinto y veía la vida pasar sentado en una silla bañada en oro.

—¿Qué te debemos? —le preguntó Atenea con los codos encima de la barra. Yo saqué mi teléfono para pagar.

—Nada, estáis invitadas.

—Gracias —dijimos las dos a la vez.

—Bueno, *Yuyuls*… hasta mañana a las ocho. A ver si hay suerte y llegas antes de que se vaya el otro camarero y podéis conoceros.

—¿Otro camarero?

—*Otro*…

Capítulo 4

Cuando salí de aquel *sexshop,* desconocía que aquella visita y el contenido de una bolsa marcarían un antes y un después en mi vida.

—¿Dónde te dejo la bolsa? —me preguntó al volver de la taberna.

—No la quiero. Ya tengo trabajo —respondí con una enorme sonrisa. Estaba contenta porque ya no tenía que volver a aquel lugar ni a Verona.

—Deberías echar un ojo a todo lo que te pusieron, igual, encuentras algo interesante.

Mientras la ignoraba, ella sacaba todo lo del interior de la bolsa y lo dejaba sobre la mesa del salón. Aproveché para calentarnos un *túpper* de lentejas que nos había dejado la empresa de *catering* que se encargaba de llenarnos la nevera y la despensa. Cosas de la familia de mi compañera de piso. Cosas por las que estaba muy agradecida. Mis habilidades culinarias eran inversamente proporcionales a mis capacidades estudiantiles.

—Guarda todo —le pedí con los platos en las manos y los ojos en blanco, porque sabía que le daba muchísima rabia.

—Tía, esto tienes que probarlo. Mira.

Casi le echo las lentejas por la cabeza. Acababa de golpearme en la frente con un vibrador más grande que su pie, y calzaba un cuarenta y cuatro.

—No necesito nada de lo que hay ahí. —Levanté la barbilla en dirección a la mesa—. Te lo regalo todo. Se te ve muy ilusionada.

Dejé los platos, para coger los cubiertos. Abrí el primer cajón de la vitrina y lo primero que encontré fue el tarjetón, que debió dejar Atenea porque yo lo había tirado a la basura. Al rozarlo, sentí un tirón en el estómago. De espaldas a mi amiga, con los dientes clavados en el labio y la nariz hinchada, lo cogí con dos dedos y me lo metí por dentro de la ropa, no porque quisiera sentirlo bien cerca de mi cuerpo, nada más lejos de la realidad, no estaba tan perturbada por la noticia, solo que no quería que al verlo me sacara el tema de nuevo, ya tenía más que suficiente con mi madre.

—¿Estás bien? —me preguntó al segundo. A veces sospechaba que cuando nació le implantaron un detector de sentimientos, que solo le funcionaba cuando quería fastidiar al personal. No fallaba—. Oye, que estaba de broma.

—Lo sé. No te preocupes. Estoy cogiendo las cucharas…

Apreté la invitación de boda contra mi estómago sin poder quitarme la imagen del innombrable vestido con chaqué. ¿Qué habría ocurrido si no hubiera roto con él? ¿Aparecerían nuestros nombres y no el de mi prima?

—Juls… Nunca me has contado por qué rompiste con Romeo, perdón, con tu ex…

Sabía que no me gustaba escuchar su nombre. También, que, por algún motivo, jamás le expliqué a nadie por qué lo habíamos dejado y no lo hice porque para mí no solo fue un fracaso, me moría de vergüenza al pensar que todos se enterarían de lo que me había hecho. Yo solo quería olvidar, pero no podía. Y no podía porque siempre había «alguien» dispuesto a que lo tuviera presente.

—Ya ni me acuerdo por qué nos separamos. Digamos que me di cuenta de que no estaba enamorada y no era justo para ninguno de los dos que siguiéramos juntos. Eso es todo. —Cerré el cajón y me senté con la mirada perdida en el ventanal.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras y que puedes contarme cualquier cosa. Entiendo que, a estas alturas, eres

consciente de que no me asusto con facilidad… —Sonreí y asentí.

Empecé a comer porque, aunque faltaban el agua y el pan, no tenía ganas de levantarme y con la boca llena, no tendría que hablar. A cada cucharada, se me iban los ojos hacia las fotografías o a las carátulas de las cajas.

—¿Puedes guardarlos? No me concentro, joder. Si te los vas a quedar, llévatelos a tu cuarto. Te repito que no voy a volver al *sexshop*.

—Lo sé, pero una cosa no quita la otra. Son regalos. No desperdicies este tesoro —me dijo entre risas, mientras retiraba el precinto de uno de los vibradores—. Mira, con este puedes rozar el cielo mientras piensas que es… Eros el que te taladra, por ejemplo.

—¡Atenea! Harás que me desmaye cuando lo tenga delante.

—¿Al vibrador o al camarero?

No volvimos a sacar el tema del *sexshop*, tampoco de la boda o mi ex y no lo hicimos porque le llegó un mensaje. Se disculpó conmigo y salió a la calle como una bala. Si me hubiera dicho que acababan de nombrarla única heredera de una fortuna multimillonaria, me lo habría creído.

…

Mi querida y entrometida amiga, mientras estaba en clase, aprovechó mi ausencia para deshacerse de todos mis vestidos a unas horas de empezar a trabajar. Reconozco que me hizo un favor, dato que no reconocería en voz alta. De no haber sido por ella, jamás habría dado el paso. Solo se habían salvado dos vaqueros y unas cuantas camisetas. A cambio, cuando entré en una espiral de desesperación y al borde de un ataque de histeria porque no tenía nada presentable que ponerme para ir a la taberna, me regaló la mitad de su armario.

—Cálmate, tía. No es para tanto…

—Déjame. ¿Te gustaría que te hiciera lo mismo? —Me miró con los ojos muy abiertos, aguantando las ganas de reír—. No estoy de broma. Ahora llegaré tarde y desnuda…

La carcajada que se le escapó casi me deja sorda. Me agarró de la mano y me arrastró hasta su dormitorio.

—Mira a ver qué te apaña de todo esto. Está casi nueva, me aprieta un poco —me comentó como si no pasara nada y nuestra relación de amigas no acabara de cargársela por haberse deshecho de mi ropa.

—Ni muerta me voy a poner algo de eso. —Apunté con el dedo índice sobre el montón de ropa que había colocado sobre el colchón, como si me hubiera llevado a un mercadillo de ropa de segunda mano.

—Tú misma. Pero quiero que entiendas que no podías llegar con… Si te he hecho un favor. —Se me hinchó la nariz y empecé a hacer un ruidito extraño y se me llenaron los ojos de lágrimas. Llevaba unos días aguantando mucha presión y estaba sensible—. Vale, lo siento. Perdón, no volveré a hacerlo. Ahora, elige qué te vas a poner.

—Te cojo un par de camisetas y estos pantalones, pero solo porque no quiero llegar tarde —le comenté modulando la voz para que no se notara que estaba a punto de ponerme a llorar, tumbada sobre su cama, al lado de una pila de cajas que apenas me dejaba verla.

La última vez que la vi, registraba sus cajones al otro lado del dormitorio y de vez en cuando, veía volar algún *top* o bolas de calcetines.

—Perfecto —respondió en un tono de voz muy suave y lejano. Me arrodillé sobre el colchón para ver dónde se había metido, cuando asomó de debajo de la cama y le cayeron todas las cajas en la cabeza—. ¡Joder! Te he pedido perdón. ¡Qué rencorosa eres!

No le respondí porque empecé a reírme como poseída. Unos segundos después, se unió a mis risas a la vez que me golpeaba en la cadera con algo muy duro y de un golpe me tumbó bocarriba en el colchón.

—¡Atenea! Me saldrá un morado. ¿Con qué me has dado?

—Exagerada. Toma, estas botas altas te servirán. Son un treinta y siete, las compré por internet y me equivoqué en el número. Y ya iremos el lunes a ver qué hay por ahí para que vayas bien mona y todos se giren al verte pasar con la bandeja llenita de cervecitas fresquitas…

—Prefiero pasar desapercibida, la verdad. —Abrió la boca para reñirme, así que cambié de estrategia para que se callara—. No te digo que no, pero al menos espera a que cobre mi primer sueldo.

Con dos dedos, como si me fuera a explotar en la cara, cogí una de ellas y la miré. De lo largas que eran, me provocarían una rozadura en la ingle. Definitivamente, mi amiga quería que pasara de mi ropa clásica y cómoda a ir disfrazada, pero no tenía tiempo de discutir. Salí de su habitación con la ropa y las botas.

—Otra cosa, no te vayas aún —me gritó cuando ya estaba entrando en el baño para ducharme. Con la mano en el pomo, esperé a que me dijera—: Toma.

¿Se había vuelto loca? Bueno, loca ya sabéis que siempre ha estado.

—¿Para qué me das esto? —Si las botas las cogí con dos dedos, lo que acababa de estamparme contra el pecho lo dejé caer al suelo.

—¿De verdad tengo que explicártelo…?

Entré en el baño y, cuando iba a cerrar con pestillo, abrió un poco la puerta y, por el hueco, me lanzó la caja, que segundos antes, había dejado en la palma de mi mano y lancé por los aires. Dio un portazo y, antes de que pudiera chillarle, empezó a reírse a carcajadas.

—No pienso llevar la solicitud al *sexshop*. Creía que ya había quedado claro.

Ya no tenía sentido que tuviera que probarlo.

—Ese es tuyo, había dos en la caja. Son acuáticos. No renuncies al placer y menos antes de usarlo. Lo vas a puto flipar.

—Voy a llegar tarde. Es lo único que me importa ahora mismo —me quejé ya dentro de la ducha.

—Tía, la masturbación es sana y necesaria. Sería conveniente que llegaras al trabajo bien relajadita. ¿Has pensado que vas a estar rodeada de tíos buenos con ganas de empotrarte?

—¡Dios mío, Atenea! Conseguirás que renuncie antes de empezar.

—Bueno, que lo que necesitas es pasártelo bien, ya que no lo harás con un tío, pues tú sola.

Desconocía qué le ocurría, pero desde que activó el plan B —ya sabéis, la búsqueda de empleo—, estaba obsesionada con cambiarme de aspecto, pero mucho más de mente. Con lo feliz que era yo con mis libros y la universidad…

Se había empeñado en que tenía que encontrar a un tío con el que desfogarme. Que follar no era sinónimo de enamorarse, pero que tenía que abrir la mente. Ella, que siempre insistía en que no era necesario tener una pareja al lado para realizarnos como mujeres. Llevaba unos días muy rara.

Por más que le rogué, no conseguí que me acompañara a la taberna. Era mi primer día y no quería aparecer yo sola. Por algún motivo, me dolía el estómago. Hasta tenía ganas de vomitar. Igual era porque no había dejado de abrir y cerrar la despensa. Y no era para comprobar lo bien engrasadas que teníamos las bisagras, es que chupé hasta los envoltorios de los veinte Huesitos que me zampé.

—Juls, tú puedes. Todo irá bien, si no hubiera quedado, te juro que te acompañaba, pero no puedo faltar —intentó animarme con las manos agarradas a mis hombros y con los ojos clavados en los míos—. Tía, esa trenza fuera, prefiero un moño, pero por tu madre, no uno de bailarina rococó. Ven.

Y con una camiseta negra ceñida al pecho y unos vaqueros ajustados, el pelo sujeto con una pinza y un par de mechones sueltos, me presenté en el bar.

«Todo va a ir bien». Aceptar este trabajo significa que no tendré que renunciar a mis sueños y regresar a Verona", me repetí cuatro veces antes de abrir la puerta de la taberna.

—¡Hola, *Yuyuls*! —Ahí estaba la mano en alto del camarero macizo y debajo su perfecto y musculado cuerpo—. ¿Preparada?

Asentí con una ridícula sonrisa parada entre el final de la barra y la salida. Me hacía gracia cómo me llamaba.

No había nadie, pero me sentía observada. Cogí aire y caminé hasta donde estaba Eros.

—He llegado antes porque no sabía lo que iba a tardar de mi casa aquí.

Igual aquella medio verdad justificaría el hecho de que respirara fuerte y rápido y el tono de mi voz apenas fuera un susurro.

—Tranquila, si llegas tarde unos minutos no pasa nada. Antes de que se me olvide. —Alargó el brazo y cogió de debajo de la barra un sobre marrón—. El gestor ha dejado aquí estos papeles, échales un ojo y si estás de acuerdo, rellénalo o si prefieres llevártelo a casa y consultarlo con tu chica… No hay problema.

¿Mi chica? Casi se me caen los ojos al suelo.

¿Pensaba que era lesbiana? Que no tengo nada en contra, pero por qué había dado por hecho que yo lo era y de serlo, porque mierdas me había emparejado con ella, ¿Es que hacíamos buena pareja?

—¿Atenea? —pregunté con sorpresa y luego le enseñé el colmillo, sin querer.

—Sí, lo decía porque igual ella está más familiarizada… —Fruncí el ceño y esperé a que acabara de hablar porque iba camino de decirle algo que no debería decir a un compañero de trabajo, y menos, en el primer cuarto de hora de mi primer día—. Si no me equivoco a esa chica, me ha parecido verla alguna vez salir de la facultad de Derecho, por eso lo dije.

¿Se conocían de antes? ¿Por qué no me lo dijo? Igual…

¡Ay, madre mía! A ver si me encontraba frente a un acosador de libro…

Aguanté la respiración e intenté que se me desacelerara el corazón. Por eso creo que en aquel momento no le aclaré que no era mi chica y que me gustaban los hombres.

Lo último que me faltaba era enamorarme de un loco al que le encantaba espiar a…

Tonterías, ya había empezado a divagar. Sonreí.

—¿De dónde eres?

—Verona.

Pero no pienso darte mi dirección.

—¡Joder! Pues no se te nota nada. ¡Qué envidia me das! Yo también llevo toda la vida hablándolo y no hay forma de que se me vaya el acento. En Atenas estudié en un colegio español y era de los alumnos destacados…

—¡Vaya! Mi mejor amiga es de Atenas. —La chica que estuvo conmigo ayer. Pensé, pero no se lo dije porque ya me había quedado claro que la conocía, aunque ella no lo supiera.

Escuchar que eran del mismo país, me tranquilizo, igual me había precipitado en juzgarlo y no era un acosador. Tenía que reconocer que una vez la conocías, era imposible olvidarla. Atenea es la clase de persona que te cala hondo, para bien o para mal.

—¡Qué casualidad! —comentó con una sonrisa que le llegaba hasta los ojos. Me rozó con los dedos en el final de espalda justo cuando abría una puerta y sin pasar continuó hablando—: Uno de los camareros es italiano, como tú y también es uno de mis mejores amigos. Lo conocerás el sábado. Aquí tenemos las taquillas, no es gran cosa, pero si no quieres venir cambiada de casa, aquí puedes hacerlo y dejar el bolso o lo que quieras en la cinco.

Me dio una camiseta negra con el logo de la taberna y una llave con el número de mi taquilla. Luego, hicimos un mini *tour* por el local. Y, por último, me explicó todo lo que tendría que hacer. Yo permanecí en silencio, no quería perderme ningún dato importante.

—¿Alguna duda? Puedes preguntar lo que quieras —me dijo dentro de la barra, mientras arrastraba hacia el centro uno de los barriles de cerveza, que, según él, no había cambiado todavía porque quería que lo hiciera yo.

¡Qué detalle!

—Parece sencillo —le dije con la válvula en la mano y el barril entre las piernas sin tener muy claro cómo hacerlo, pero con pinta de ser toda una experta.

Igual era como enganchar la alcachofa en una botella de butano, alcachofa, que jamás había visto en vivo y en directo porque teníamos calentador eléctrico y vitrocerámica.

—Lo más probable es que no tengas que hacerlo, igual, algún viernes o sábado que esto se pone a tope. Hay días que pinchamos uno detrás de otro. —Mi determinación y postura debieron despistarlo y me dejó sola un par de minutos.

Creería que lo había hecho ciento de veces, más que nada porque mi puesto era el de camarera con experiencia, dato que, en algún momento de nuestra relación laboral, debería aclarar, aunque en breve se daría cuenta él solito. Al cuarto intento, fallido muy a mi pesar, coloqué la válvula como si ya estuviera conectada, y con mucho esfuerzo, empujé el barril hasta dejarlo en el hueco que había al lado del otro, debajo del grifo de cerveza.

—¿Todo bien? —me preguntó sin mirarme, mientras dejaba sobre la barra una coctelera.

—Todo perfecto —respondí muy bajito y mirando de reojo el maldito barril.

—Si no es indiscreción, ¿has venido a España por? —comentó con el brazo en alto para alcanzar una botella de ron de una estantería, lo supe porque lo dijo, porque para mí todas las botellas eran iguales.

—Una beca Erasmus —comenté con el móvil encendido, apoyado sobre la barra. Intentaba buscar cómo narices se pinchaba un barril, pero no podía averiguarlo, porque todo lo que me salía en el buscador eran vídeos, y me habría pillado, salvo que tuviera problemas auditivos, que no parecía el caso.

—¿Qué estudias? —Esperé a que dejara la tabla y unos limoncitos enanos para responderle, pero porque estaba empeñada en encontrar lo del barril.

—Un máster de estudios literarios.

Mis respuestas eran rápidas y automáticas.

No consideré necesario explicarle que había mentido a mis padres. Luego vendrían más preguntas y no me apetecía.

Sí, no lo sabéis, pero es que no se lo he contado a casi nadie. En realidad, en Verona había terminado mi grado de Filología, pero… Con una madre como la mía, decidí que era mejor para todos que pensaran que continuaba sin una titulación. El máster costaba un riñón y parte de otro, pero lo pagaba a plazos con la asignación mensual que me daban en casa. Claro, ahora entendéis porque me tocaba trabajar para conseguir mi postgrado.

Aproveché que no me miraba para averiguar cómo narices tenía que encajar aquel cacharro, y que saliera por el grifo cerveza.

—Lo siguiente es preparar un mojito. —El sonido de su voz me asustó tanto que lancé por los aires el móvil.

Tenía medio cuerpo metido en una de las cámaras, como no podía verme, me arrodillé y en silencio pasé el brazo por un lateral para localizar mi teléfono.

—¿*Yuyuls*?

—Vamos a prepararlo… ¿ahora? —pregunté con los dedos cruzados a la espalda, con la esperanza de… De nada. ¿Por qué sonreía?

Como dijera que sí, arrancaría la válvula del barril para clavármela en la yugular y morir en horario laboral.

—¿Vamos? No, no, tú vas… —Me señaló con el dedo y, aunque estaba a varios metros de mí, sentí la yema de su dedo estampada en mi entrecejo.

—¿Yo?

—¿Sabes cómo hacerlo? —Mi cara de agonía me tuvo que delatar.

Estaba por confesarle que ni preparar ni probar, pero guardé silencio; no era momento para un arrebato de sinceridad.

Si le parecí una mentirosa, no lo demostró y tampoco pareció darle importancia a mi poco conocimiento en el mundo del cóctel. «Paciencia» tenía que ser su segundo nombre, porque me explicó,

siete veces, paso por paso, como si le hablara a un niño, todo lo que tenía que hacer para preparar el mejor mojito del mundo.

—¿Alguna pregunta?

Él, tan decidido, guapo, tan alto, tan bien peinado, con esos ojazos azules, protegidos por unas enormes pestañas oscuras. Con esa camiseta negra ceñida, marcando pectorales trabajados, con las mangas acariciando sus potentes bíceps y esa voz ronca, melódica, con un acento extranjero tan sutil que lo hacía más interesante… Y yo, tan asustada, tan enana, tan despeinada, con mis ojitos verdes… Y con mi camiseta siete tallas más grandes despegada de mis casi inexistentes pechos, con voz de pito y sin acento *sexy*… En fin…

Cogí un puñado de hojas verdes y las eché en un cuenco, como si me dispusiera a preparar una pócima mágica. Agarré el mortero, que había al lado, y empecé a darle golpes.

Uno, dos, tres… Cincuenta.

—¿En quién piensas? —Con el puño cerrado y en alto, entre unos inapreciables jadeos, giré la cabeza a la derecha, sin saber que me toparía con sus estupendos ojos, que contrastaban con sus pestañas kilométricas y negras y su sonrisa indescifrable—. Creo que ya no tienes que machacar más. Ahora, la lima y…

—¿Y?

—Espera —me susurró pegado a mi espalda. Al agarrarme de las muñecas, me ericé entera. Y, como si me estuviera enseñando a escribir, sin soltarme las manos, calculó la cantidad de ron en un recipiente metálico y juntos la echamos en un vaso. Cuando ya tenía la hierbabuena y el azúcar moreno con las rodajas de limas, que no limoncitos enanos, me envolvió las manos con las suyas unos segundos, me soltó sin avisar y—: Ahora, la soda.

Todo iba bien. Genial. Qué subidón.

—¡Joder! —gritó en mi oído—. Para, para.

Y no podía parar porque se me había quedado enganchado el dedo en la palanca del sifón, que, por mi cuenta y riesgo, decidí coger. En el vaso solo quedaron algunas hojas y las rodajas, el resto caía de la cara y pecho de Eros.

—Lo siento, lo siento —no dejaba de disculparme mientras daba vueltas sobre mí misma lanzando soda por todas partes, hasta que me arrebató el sifón vacío de las manos.

—Madre mía, ¿no has pensado pedir trabajo en el consorcio de bomberos? El sifón lo usamos para preparar el Aperol. Para el mojito echamos con un botellín. Este. —Me mostró el que tenía a mis pies. Debí derribarlo durante mi ataque *sifonil*…

Como estaba tan nerviosa y necesitaba hacer algo, cogí un trapo de al lado del fregadero, lo sacudí y me lancé hacia Eros. Empecé a darle toques por la cara, el cuello, los pectorales. Él levantó los brazos, metió el estómago y, después de un par de saltitos, tropezó contra la pared, y yo contra su pecho sin poder dejar de jadear.

—¿Qué haces? —pregunta absurda. Estaba claro, ¿no?

—Te he puesto perdido.

Y esa fue nuestra primera noche. Mi primer contacto con el mundo de la hostelería y con un cuerpo perfecto.

Capítulo 5

Un par de días después, tuve mi primer encuentro con el otro camarero. Muy parecido a Eros, solo se diferenciaban en el color de pelo. Os juro que podrían pasar por hermanos mellizos. Incluso, a día de hoy, sigo teniendo esa duda, la de si comparten ADN.

—Arciere, un placer —me saludó a la vez que envolvía mi mano entre sus dedos, mientras se la acercaba a su boca.

Al intuir que acabaría besándola, el corazón se me estampó contra el pecho y mi temperatura bajó unos veinte grados de golpe. Pero justo cuando sus labios carnosos y sonrosados, que daban ganas de morderlos, me rozaron la piel, una bola de fuego me atravesó la columna y empecé a sudar.

—Ju-juls —respondí muy flojito.

Gracias a mi tartamudeo, él también empezó a llamarme *Yuyuls*.

Al tenerlo tan cerca, os aseguro que muy cerca, si hubiera querido, podría haber contado en voz alta mis pulsaciones sin necesidad de rozarme. Con la cabeza flexionada a la altura de mi pecho, todavía no me había soltado la mano, comprobé que era mucho más rubio de lo que me pareció al verlo junto a Eros. Al recogerse la melena embadurnada en gomina en una pequeña coleta, confirmé que no lo tenía oscuro.

Nunca fui de rubios. ¡Qué tontería! Tampoco de morenos… Solo fui de meter la pata hasta donde me rozaban las botas de Atenea.

Resumiendo, que me lío: un chico alto, fuerte, muy fuerte. Y con los días descubrí que, además, era simpático, gracioso, bromista y

atento. Vamos, lo que viene siendo un amor de compañero.

No había que ser un portento para saber cuándo me tocaba turno con Arciere. Ponía más empeño en peinarme, alguna vez, incluso, me maquillaba. Salía de casa antes de tiempo y ponía cualquier excusa para irme la última —no que cerrara yo la taberna, lo hacía él y yo lo esperaba—. Y esa noche le decía a mi amiga que no hacía falta que pasara a buscarme. Solo había que sumar dos más dos…

A su lado el trabajo no fluía, pero con Eros tampoco. Digamos que el puesto de camarera con experiencia me quedaba un poco grande —como la camiseta—, pero a su lado, al del italiano, el fracaso se llevaba mejor.

—¿Qué tal ha ido hoy? —me preguntó Atenea nada más entrar en casa. No se acostaba hasta que yo llegaba.

—Bien, bien. Al menos, no he duchado a nadie… —le dije mientras colgaba la chaqueta vaquera, uno de sus tantos regalos textiles.

—Pero te gustaría, ¿no? —Se dio la vuelta en el sofá, colocó los brazos sobre el respaldo y dejó la barbilla sobre ellos para verme mejor. El sofá hacía de separación del comedor con el saloncito.

—No digas tonterías. No sé para qué te cuento las cosas —me quejé con el pie en alto para lanzar por los aires uno de mis zapatos.

Cada día estaba más rebelde… Me reí por mi ocurrencia, pero mi amiga interpretó lo que le dio la gana.

—Solo hay que verte la carita y ese brillo de ojos para saber con quién has compartido turno. ¿Me equivoco?

—No sé de qué hablas —respondí sin mirarla a la cara, casi en un susurro.

—No lo sabes, pero yo sí. Cuando te toca con Eros, bien que me pides que pase a buscarte… —Bruja—. ¿Cuándo me lo vas a presentar? Ese chico te gusta… Reconócelo. —Saltó por el respaldo y con una pirueta se plantó en mi cara.

Sin dejar de decir tonterías, con vocecita de niña loca, me clavó las uñas en la cintura, con la intención de hacerme cosquillas, pensé.

Ella tan fina y delicada.

—No me gusta. ¿Vale? Todo tiene una explicación. —Le aparté las manos y me froté los costados. Casi me arranca la piel a tiras.

—Sí, sí…

Aquel comportamiento tenía una justificación muy lógica y cualquier inmigrante lo entendería sin tener que explicárselo. Compartir momentos con alguien de tu país hace que te sientas menos lejos de casa. No había más.

Tampoco ayudaba que el jefe fuera noruego. Desconocía si todos los de por allá eran así de fríos y distantes o nos había tocado un ejemplar único, inmerso en su mundo *vinícola* sin importarle nada más que sus botellas llenas y que su sola presencia me hacía tiritar, por lo que siempre que podía, huía de él para no tenerlo cerca. Y con Eros también me gustaba trabajar, no sé porque se empeñaba en que mis ojos decían lo contrario. Vale, no era italiano, teníamos costumbres diferentes, costumbres que me generaban mucha curiosidad, pero por algún motivo, siempre, siempre, y no exagero, acababa liándola en su turno.

—¿Tú crees que él siente algo por ti? —pregunta que se repetía cada día antes de salir de casa.

—¿Quién? ¿*Arciere*? —Mi voz me delataba al pronunciar su nombre, pero era por culpa de la tontería que se traía Atenea.

Y digamos, que gracias a las charlas de la metiche de mi amiga y su insistencia en que mi estado de ánimo cambiaba cuando trabajaba con *mi* italiano, como ella lo llamaba, empecé a ilusionarme. Su teoría de abrir la mente —y mis piernas; aunque no lo dijera— me serviría para olvidarme de la boda y del innombrable.

Las llamadas de mi madre no ayudaban a avanzar, por lo que decidí no pensar cuando estuviéramos juntos, para contrarrestar. Olvidarme de lo que la gente pudiera pensar de mí —mi familia— hizo que mi comportamiento con el género masculino sufriera una mutación, pequeña, pero positiva. Ya no me sentía tan intimidada como cuando salí de Verona. Me dejaba llevar y era una sensación… fantástica.

—Vamos a lo importante —me dijo antes de salir de casa—. Está muy bien que aceptes que el chico te guste, eso es genial. Pero ¿tienes claro que se puede tontear sin necesidad de enamorarse?

—Solo he dicho que me parece mono. No exageres…

—Si tú lo tienes claro, yo… —Se acercó los dedos a la boca y fingió cerrarla con llave. Me guiñó un ojo y ahí la dejé, haciendo una de sus tablas de ejercicios con pesas—. Que no se te olvide tomarte el batido.

Desde que había empezado a trabajar, cada mañana antes de irme a la universidad, y cada tarde, cuando iba a salir por la puerta, me obligaba a tomarme un batido de vainilla, según decía era para tener energía y no desfallecer durante mi jornada. Era el mismo que se tomaba después de entrenar.

—Venga, todo para adentro. Que te sea leve el curro. Y recuerda que el amor es una caca.

Y así, día tras día. Era muy pesada, pero a su favor, diré que yo era muy enamoradiza y corría el riesgo de cagarla, engancharme y vivir por y para alimentar un amor que solo estaría en mi mente y haría sufrir a todos los que me rodeaban. Atenea era mi contrapeso para que no se me despegaran los pies del suelo. O no.

…

—*Amore*, *morso*. Disfrútalo —me dijo en italiano, a veces, mezclaba los dos idiomas sin darse cuenta y a mí me encantaba. Me acercó un bollito abierto por el centro, relleno de nata montada, y, obediente, hice lo que me pidió: mordí—. ¿Has probado alguna vez el *maritozzo*? Todos los meses mi madre me los envía recién hechos.

¡Dios mío! Qué cosa más rica.

Y no solo mordí, si no, que, me dejé llevar por el placer de ese instante y saqué la lengua. Arciere no apartaba los ojos de mi boca, yo no podía dejar de mirarlo, sus dientes descansaban en el labio inferior. Y comencé a lamer muy despacio el centro de aquel bollo, como si se tratara de otra…

En otra me había convertido yo. En mi vida se me habría pasado por la cabeza… perderla de aquel modo. Pero no pude evitarlo.

¿Estaría orgullosa de mí Atenea?

—¡Joder! Creo que le diré a mi madre que me mande cajas todas las semanas.

Asentí con los ojos vidriosos y la boca llena de nata. Volví a meter la lengua para coger más.

—¡Eh! ¿Para mí no hay? —La voz de Eros me asustó, no esperaba que nadie interrumpiera aquel momento… erótico culinario y menos con un chillido en todo mi oído. Me estampé contra el *maritozzo* que aún sujetaba Arciere.

—En el cuartito tienes más. Ve, ve —le pidió sin soltar el bollo de mi cara.

—No sabía que currabas hoy —dijo nuestro otro compañero antes de desaparecer.

En cuanto nos quedamos solos, cogió un paquete de servilletas, que había encima de la barra, pensé que me daría una y me apresuré a retirar con el dedo los restos de nata que tenía por toda la cara. Aún no me lo había metido en la boca, cuando con el suyo me limpió lo que me quedaba en la mejilla. Me quedé paralizada disfrutando del espectáculo. Muy despacio se lo metió en la boca y…

—¡Venga, chicos! Que aún quedan copas por lavar. Y tú, Juls, lávate la cara, mujer.

Odín, con una botella de vino, camino de su sillón de oro, nos cortó el rollo de golpe.

Eros tenía razón, aquella tarde no le tocaba trabajar a Arciere, pero se presentó para compartir con nosotros aquel manjar, que con tanto cariño le enviaba cada mes su madre. Una caja con doce bollitos rellenos.

No era un secreto que las primeras semanas era inútil tomando notas, tras unos días de práctica, me costaba, pero acertaba, menos cuando me tocaba con Eros, que era un error tras otro.

—¿Qué es esto? ¿Te han pedido un cura? —preguntó con la nariz arrugada, con el brazo estirado para comprobar si ponía lo mismo al estar más alejado de sus ojos y con una sonrisa a punto de salir a la luz—. ¿Un abad?

—Eso me ha dicho —respondí acodada en la barra, como si fuera muy lógico, junto a Arciere, que todavía no se había marchado.

—Espera. Una tostada, dos Estrellas de Levan… —Se giró y apagó la tostadora. Levantó la vista y me miró aguantando las ganas de reír. No sé qué encontraba tan gracioso.—. Tío, ¿tú entiendes qué pone aquí?

—Tres Heineken… —leyó Arciere sin titubear.

Le regalé a Eros mi sonrisa triunfal mientras movía la cabeza a los lados y le enseñaba los dientes como si fuera un conejito.

Vamos, como si tuviera tres años. Estaba claro que el problema lo tenía él. No sabía leer.

—¿Un a-bad? —continuó nuestro compañero. Miró a Eros con el ceño fruncido, como si no comprendiera, luego a mí. Elevó una ceja sin apartar sus ojos azules, más claros que los de su falso gemelo, y soltó una enorme carcajada que se me clavó en el centro del pecho.

—¡Joder! Una Budweisser. *Un abad*, ¿en serio? Tía eres la caña —aclaró Eros con el botellín de esa marca de cerveza para que viera bien la etiqueta.

Me encogí de hombros y puse carita de pena. Arciere me pellizcó la mejilla sin parar de reír.

Me dejó la bandeja sobre la barra lista para llevar. Alargué los brazos, la agarré por los bordes con las dos manos. Cogí aire, me sentía súper observada. Mucho. Di pasitos cortos, como si fuera vestida con un traje de geisha bien ajustadito por los tobillos, se escuchaba el tintineo de las copas chocando con los botellines, pero logré llegar a la mesa sin tumbarlas. Solté un suspiro. Giré hacia la barra y les sonreí. Los dos colocaron el pulgar hacia arriba.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Eros a Arciere, justo cuando yo le devolvía la bandeja vacía. Negó sin abrir la boca—. ¿Te quedas al mando diez minutos? Vengo, ya. La cuatro, la cinco y la dos están cerradas, falta la tres.

Se quitó el delantal, lo arrugó y lanzó debajo de la barra, sin más, corrió hacia la salida y se marchó.

—Ve tranquilo —le dijo Arciere cuando ya no podía escucharlo.

De un salto, bajó del taburete, se colocó a mi lado, y sin esperarlo, recibí una clase magistral. Aprendí rauda y veloz.

—Mira, es sencillo, solo tienes que relajarte y confiar en ti. Tú puedes, Juls —me explicó con la bandeja reposando sobre las yemas de sus dedos, aprovechando que teníamos un descanso, porque todas las mesas estaban servidas.

Increíble, qué arte tenía y lo que me gustaba que me lo demostrara, claro.

Se acercó por mi espalda y antes de que me rozara, se me aceleró el pulso, entonces, sentí su pecho pegado a mí. Ignorando que cada vez respiraba más agitada, pasó el brazo izquierdo por mi costado y me mostró la palma de su mano abierta. La miré atenta. Como estaba tan concentrada y descolocada, no me percaté de que su otro brazo me rodeaba la cintura desde hacía rato. Cerré los ojos e inspiré despacio, pero con ganas, disfrutando de la lección y de lo bien que olía.

Como buena alumna, me dejé guiar por él. Dimos un paso sin separarnos. Luego, con la boca muy cerca del cuello, me pidió que cogiera la bandeja que había dejado sobre la barra. Cerré los ojos y cogí aire muy despacio con la intención de centrarme. Un segundito después, obedecí.

—No, abre la mano. —Sabía que intentaba enseñarme a llevar la bandeja, pero su forma de hablar, susurrando pausado, autoritario, con los labios tan cerca de mi oído, era abrumadora—. *Siente, Juls*.

¡Joder! Como siguiera así, el problema no sería sentir… Iba a ser contenerme.

Y al final lo conseguí, pero no gracias a Arciere.

Odín apareció de entre las sombras.

—Ven, coge. —Me agarró de la muñeca, me abrió la palma, se giró hacia la barra, puso tres botellas de vino en la bandeja y la depositó en mi mano. Todo en menos de una milésima de segundo —. Hala, mira qué bien la llevas.

Y listo, por arte de magia, aprendí por fin a llevar una bandeja. Unos días antes de cumplir mi primer mes en la taberna. Era toda

una profesional, o casi.

Capítulo 6

Nunca imaginé que mi estado de ánimo mejoraría tanto por el simple hecho de ir a trabajar… Y en esas estaba, feliz y contenta, solo me faltaba cantar bajo la lluvia y chasquear los talones al ritmo de los truenos y rayos que cruzaban el cielo oscuro.

La tarde era perfecta hasta que…

—Dime, solo tengo cinco minutos. Venga, mamá, cuando te empeñas en sacarme de quicio, lo bordas.

Llegaba con el tiempo justo, y con las prisas, no había cogido la chaqueta, me moría de frío, había perdido las ganas de cantar y los relámpagos me encogían el estómago. Corrí hasta colocarme pegada a la pared de al lado del bar para no mojarme. En Alicante no solía llover a menudo, pero cuando lo hacía, caía con ganas, como aquel día.

—Sé que aún quedan meses, pero para que no se nos eche el tiempo encima, ¿saco ya los dos billetes? Tendrás que darme sus datos. ¿Cuántas maletas os facturo? —me preguntó con una naturalidad que me dieron ganas de colgarle, se comportaba como si ya lo hubiéramos hablado y le hubiera rogado que se encargara de todo.

—¿Dos? ¿De qué hablas? Ni uno ni dos. Ninguna maleta. ¿Cómo tengo que decirte que no puedo ir? Me encantaría —mentí—. Pero para esas fechas estoy con los finales y mi… mi novio —falso e inexistente— no tiene días libres.

Aquella conversación me estaba amargando la existencia, y es que desde la llegada de la invitación de boda, mi madre llamaba una media de cinco veces al día y su tema preferido —y único— era siempre el mismo. Mi respuesta la misma. No sabéis lo agotador que es una madre así.

Me habría encantado que entendiera, sin necesidad de explicarle nada, que no quería, no podía y no iba a ser capaz de ver de nuevo a Romeo. Nuestro noviazgo duró demasiado para mí, poco para él y lo suficiente para que mi madre hubiera marcado una fecha en el calendario para nuestra boda.

—¡No lo entiendo! Todo son pegas, hija. ¡¿Seguro que tienes novio?! —gritaba como si estuviera en el borde de un acantilado y su único cometido en la vida fuera alertar de peligros, dando voces—. ¿Cómo se llama? Si es que no nos has contando nada. Hay que ver cómo has cambiado. Parece que te hayas criado en una comuna *hippie*…

—Claro que tengo novio, como me iba a inventar algo así. —Claro, cómo iba a ser capaz de algo tan mezquino y pueril. ¿Yo?—. Voy a colgar, llueve y me estoy calando entera, mañana por la mañana antes de ir a la uni te llamo y te cuento con todo lujo de detalles.

La única verdad de aquella frase era que llovía, pero mentía o todavía seguiríamos al teléfono.

Entré en el bar y me dirigí al cuartito para dejar el bolso en mi taquilla. Como siempre salía tarde de casa nunca me ponía el uniforme allí, la camiseta negra con el logo de *La Taberna de Odín* serigrafiado en la espalda, que solía acompañar con vaqueros negros, que eran cómodos y funcionales, no estaría para escurrir. Si fuera más previsora y puntual, aquel día no necesitaría un secador o ropa seca, me habría cambiado en el bar.

Aún no había abierto la puerta, cuando me volvió a sonar el teléfono, como fuera mi madre, pensaba bloquearla, pero era Atenea.

—Se me ha hecho tarde, dime. —Dejé el móvil en el banco que había debajo de un perchero de pared y activé el altavoz, necesitaba las dos manos para quitarme la camiseta y escurrirla un poco.

—Luego me paso, pero era para comunicarte que tu madre me ha llamado para interrogarme. —Resoplé, aguantando las ganas de gritar, retorcí la camiseta con saña y la sacudí en el aire. Saltaban gotas de agua enormes por todas partes.

No entendía por qué siempre tenía que llamarla. No se conocían en persona, ¿qué narices tenía que contarle a mi amiga?

Sabía que había cometido un error de principiantes —Lo supe antes de darle el último número de mi amiga—. Cuando me mudé, me pidió el teléfono de mi compañera de piso, por lo que pudiera pasar, solo en el hipotético caso de que no dieran conmigo o fuera una emergencia familiar, y la boda de mi prima con mi ex era una desgracia, no una emergencia.

—Es que no puedo con ella. Y, ¿por qué se lo coges? ¿Qué le has dicho?

Me quité los botines y les di la vuelta para que se escurrieran un poco, dejé la camiseta colgando del borde del banco y me peiné el pelo con los dedos.

—Nada, tranquila, todo controlado. Le he dicho que toda esa información te corresponde a ti, pero que esté tranquila porque tienes al mejor novio del mundo.

De haberla tenido delante la habría ahogado, a las dos. Hablar de mi madre me alteraba hasta el infinito y más allá, tanto que abrí la puerta y casi salgo medio desnuda. Al coger la camiseta, sentí un cosquilleo en la entrepierna. No podía trabajar así, necesitaba ropa seca.

—¿Sigues ahí? —La voz de Atenea me hizo recordar que estábamos en una llamada—. Mira en tu bolso, te he metido el termo con el batido, se te había olvidado en la encimera. Un día perderás la cabeza.

Sin decir nada, comprobé que era cierto, entre mis cosas, encontré su mejunje energético. Lo agité un par de veces y luego

bebí.

—Ya está. A la próxima, a ver si puedes comprar de otro sabor, creo que he aborrecido la vainilla. Y ahora tengo que dejarte, no sé cómo voy a trabajar así.

Si el vaquero sin chorrear era apretadito, mojado como estaba, se me ajustaba tanto que sentía cosquillas en el chichi, y era agradable, lo que no tenía demasiado claro es si sería conveniente estar horas con esa sensación rodeada de gente. Me desabroché el botón para aligerar un poco la presión.

Busqué en mi taquilla con la estúpida ilusión de encontrar algo de ropa que hubiera dejado olvidada. Porque por mucho que la escurriera, no se iba a secar.

—Eoh… Que si sigues ahí.

Pensaba que había colgado.

—Sí, sí. Lo que pasa es que tengo un problema, bueno, tengo muchos, pero ahora mismo el que más me preocupa es que no tengo nada que ponerme. Me he calado enterita, de la cabeza a los pies. Estoy escurriendo la camiseta, pero el vaquero ha hecho ventosa y la costura se me ha encajado en todo el chichi. —La carcajada que soltó me dejó sorda y eso que no tenía el teléfono en la mano.

—¿Quieres que te acerque algo? No te prometo llegar antes de las nueve, pero si quieres, paso por casa y te pillo algo seco.

—¡Eres la mejor! —grité mientras me colocaba de nuevo la camiseta—. Encima de mi cama tengo ropa limpia. Como llegaba tarde, no me ha dado tiempo a guardarla. Y lo de mi madre, no vuelvas a cogerle el teléfono, al menos hasta que el plan… Hasta que tenga un plan en condiciones.

—Entendido.

—La prioridad es encontrar a alguien. Necesito un novio falso. Solo me hace falta un tío que pose junto a mí en alguna videollamada. Yo creo que con eso será suficiente hasta que pase la boda de mi prima con el innombrable.

Me senté en el banco para ponerme los botines.

—Que así sea —comentó forzando la voz para que pareciera una afirmación creíble—. Tú sabrás cómo es tu madre, si fuera mi padre, ya se habría plantado aquí y le habría arrancado la cabeza para saber si era humano, por lo que solo habría entierro. —Soltó una carcajada y colgó.

Se me había hecho tardísimo con la tontería de la llamada. Al menos, aquella tarde me tocaba con Eros. Por algún motivo a su lado no estaba ansiosa, por lo que podía ser yo misma. No que con los demás fingiera ser otra persona, pero era más comedida, salvo en contadas ocasiones, siempre pensaba antes de responder o de actuar, pero con él, era distinto.

Era consciente de que mi torpeza era un secreto a voces, y encima con Eros solía coronarme, pero jamás se quejó de mí ni me habló mal o trató diferente, por lo que no tenía la necesidad, que sí sentía junto a Arciere, de pasar desapercibida, con el que me encantaba compartir tarde —incongruencias de una chica que no sabe lo que busca— e intentar hacerle ver que era perfecta.

—Lo siento, lo siento… Siento el retraso —me disculpé en voz alta, al salir del cuartito, para que supiera que ya estaba, pero necesitaba ir primero al baño. El cosquilleo en la entrepierna no se me iba, seguro que cogería una infección por ir con la ropa mojada.

—Un segundo. Necesito que sujetes esto. —Su voz salía de dentro de una de las neveras. Solo se le veía el trasero; tenía medio cuerpo dentro de una de las cámaras.

¡Mierda! La imagen de su culo me produjo un escalofrío vaginal.

¿Eso era posible?

—Eh… Sí, eh…

Intenté caminar despacio sin que se notara que iba a cámara lenta. Cada vez que levantaba un pie, notaba algo por dentro, cerca de la vejiga, que me rebotaba detrás del ombligo. Me negaba a decirle que necesitaba ir a hacer pis, pero sabía que más vergüenza me daría mearme cuando llegara hasta dónde estaba. Tuve que pararme justo antes de entrar en la barra, con las manos puestas entre las piernas, que acababa de cruzar.

—*Yuyuls…*

¡Dios mío! Estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba. Desde que nos conocimos, jamás su voz ronca, rasgada en ocasiones, y melódica en otras, me había acariciado las entrañas de ese modo tan… ¿Orgásmico?

—Peeerdóóón…

Como si me creyera un caballito desbocado, sin sacarme las manos de la entrepierna, caminé. Corrí, volé con un pie delante del otro sin cambiarlos de posición, aguantando el grito que intentaba tragar, atascado en la garganta y con un mega escalofrío recorriéndome el cuerpo entero que me había puesto los pezones como dos puntas de gubias. Sin poder evitarlo, se me empezaron a encoger los dedos de los pies, luego, noté una presión en el pubis, en el bajo vientre en dirección a…

¿Me estaba corriendo?

Atravesé la puerta del baño, sin molestarme en mirar si era el de mujeres. Estampé las manos en los azulejos, el cuello dejó de sujetarme la cabeza y la barbilla me golpeó el pecho. No podía dejar de jadear. Intenté abrir las piernas, pero una necesidad vital me obligó a cerrarlas. Y allí seguía la descarga interna que me obligó a gemir con la imagen del culo de Eros.

Las mejillas me ardían, y el chocho también. Sí, y entonces recordé que…

¡Por eso se me hizo tarde!

Toc, toc.

—¿Estás bien? —La voz del maldito Eros me golpeó de nuevo en el centro de mis piernas. Necesitaba que se callara o mis gritos harían que tirara la puerta abajo y no sabía si podría contenerme…

Toda la culpa la tenía Atenea. Toda. Tanto me había comido la cabeza con el rollo de ser una mujer independiente, una mujer que no le debía cuentas a nadie y una mujer exploradora… Que esa mujer acababa de tener uno de los mejores orgasmos de su corta vida sexual con la simple imagen de un culo dentro de un vaquero y una voz.

La culpa de ella y de mis prisas. A curiosa no me gana nadie, y aquella cajita rosa tan mona, que encontré en la maldita bolsa del *sexshop*, me gritaba todas las mañanas que la abriera e inspeccionara lo que contenía, y justo aquella tarde tuve que sucumbir a sus peticiones.

—Juls, voy a entrar —Eros insistía y su voz no ayudaba a que mejorara mi estado, pero me negaba a que entrara, todavía no.

—Es-estoy bi-bien. Dame cinco mi-minutos —le pedí en un susurro. Me separé de la pared, metí los dedos en el nacimiento del pelo y me clavé las uñas. Me mordí el labio con fuerza para impedir que se me escaparan los últimos gemiditos—. Ya salgo. Ve a la barra, ahora voy.

Tenía que conseguir que se fuera, que se apartara de la puerta para que no me llegara el sonido de su voz y cuando saliera, no me viera, porque…

¿Dónde se escondía una bola china? Y el chocho no me valía, porque ahí es donde la llevaba cuando llegué al trabajo y me había llevado a esa situación. Y era evidente que no podía continuar en mi interior por muy bien que me lo estuviera pasando…

Todo tenía una explicación lógica y no era que me había convertido en una depravada que necesitaba tener un orgasmo cada media hora. O eso esperaba.

Llevaba unos días que me aburría demasiado y tenía poco que estudiar, así que le hice caso a mi amiga, de ahí que le echara la bronca siempre que me ocurría alguna desgracia por muy placentera que fuera, y me animé a probar uno de los vibradores. Me gustó, me gustó bastante, mucho, muchísimo y aquella sensación despertó mi curiosidad, tanto que empecé a probar todos los cacharritos que me tocaron en el reparto de la bolsa.

Una de las últimas cajas era esa rosa tan mona. En el interior encontré la bola china. Y por lo que decía en la descripción, no se trataba de una bola cualquiera. Lo desconocía porque, salvo la de la tienda, jamás antes había visto una, por lo que menos sabía de su uso y disfrute. Tendría que fiarme de lo que acababa de leer.

Me pareció inofensiva, una esfera con un cordel, las del *sexshop* eran cuatro unidas. Seguí las indicaciones previas a la introducción en mi interior y… Ponía bien claro que antes de usarla había que agitarla enérgicamente, arriba, abajo, de izquierda a derecha. Y debí hacerlo con demasiada emoción, porque esas descargas en cascada durante horas no podían ser normales. Con tanto movimiento, a esas alturas de la tarde debería haberse quedado sin batería, pero seguía bailoteando en mi interior. Iba a desmayarme.

—Pero ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres irte a casa? ¿Necesitas que llame a tu *amiga*?

Nada, que el chico curioso no se callaba. Los suspiros no me ayudaban, la bolita seguía rebotando y no me atrevía a bajarme los pantalones por si al otro le daba por derribar la puerta, las paredes o descender por el techo para intentar salvarme, pero no podía decirle la verdad.

—Tooo-doo controlado —logré decir en mitad de otro orgasmo.

¿Cuántos se podían tener sin morir?

Mientras disfrutaba con pánico los últimos coletazos de placer, me estremecí al pensar que, si moría esa tarde, en aquel baño, cuando me hicieran la autopsia, encontrarían la bola y no de dragón…

Me dio igual. Porque cuando ya creía que había acabado de correrme, empecé de nuevo.

Casi me arranco la melena mechón a mechón. Era como si me hubieran rociado con algún afrodisiaco. Frío, calor, ardor, cosquillitas y… Otro.

¿Otro?

¡Joder! Me iba a poner a llorar.

Cuando me la metí en casa, pensé que era un objeto inofensivo tonto sacadinero. Para quienes hubieran pagado por ella, porque yo la adquirí gratis. Escéptica sobre lo que prometía después de salir de la ducha, me tumbé en el colchón. Los primeros minutos imaginé que me tocaba un actor famoso, pero me dio igual estar desnuda sobre la cama y acariciarme en dirección sur. Todo me parecía muy

artificial, hasta me planteé que podría haberme quedado frígida después de habernos toqueteado Romeo y yo y no querer dejar que…

Preocupada por mi presunta minusvalía *clitoidal*, recordé la recomendación de Atenea, esa de que lo usara imaginando que era Eros el que…

Os juro que no me dio tiempo porque sonó la alarma del móvil. Ya llegaba tarde. Llovía, más bien, diluviaba y de un salto me vestí y el resto, ya lo sabéis.

Salí a la calle, estaba feliz, solo me faltaba cantar, hasta que me llamó mi madre.

Escuché un ruido fuera, al otro lado de la puerta. Eros debió hacerme caso y dejó de custodiar la entrada de los aseos. A toda velocidad, me bajé los pantalones, al meter la mano entre las piernas, me rocé los labios y pegué un grito, subí los brazos y me tapé la boca como pude. Unos segundos más tarde, logré arrancarme la bola lanza orgasmos. La lavé y la envolví en papel higiénico antes de guardármela en el bolsillo de atrás del vaquero. Me lavé las manos, me miré en el espejo y daba miedo. Los labios hinchados, todo el pelo revuelto y algunos mechones pegados en la cara era una imagen delatadora de lo que había ocurrido en el baño, pero no tenía más opciones que salir. Me mojé las manos, me humedecí la nuca, pero no me pareció suficiente y me eché agua por todas partes. Necesitaba refrescarme. Y me dio igual encharcar el suelo y acabar empapada, iba mojada por todas partes. Todas.

—¡Madre mía? ¿Vienes de natación? —me preguntó nada más verme en mitad de la barra.

Mi aspecto húmedo le habría hecho olvidar lo ocurrido en el baño, porque no volvió a sacar el tema. Continuó toqueteando cerca de uno de los grifos de cerveza.

—Deporte, ¿yo? El día que suceda eso, preocúpate. Cuando he llegado llovía fuerte y, con las prisas, se me olvidó la chaqueta en casa. —Me señalé a la cabeza con todo el disimulo que pude para ocultar mi acaloramiento.

Sin mirarme, empujó un barril, pero se había quedado encajado, por lo que me acerqué para ayudarle a despejar el hueco del interior de la barra y que pudiera pincharlo sin problema. Ellos se encargaban siempre de eso, nunca descubrí si fui capaz de pincharlo, si lo hice bien, jamás me felicitó, aunque sospecho que sabía que no era lo mío y de ahí que nunca más sacara el tema.

—¿Cómo puedes vivir sin hacer deporte? —me preguntó, parado, esperando mi respuesta.

—Pues, no sé, viviendo. —Solté una carcajada demasiado exagerada, pero no me miró. Todavía notaba calambritos por mis bajos fondos—. Y tú, ¿cómo puedes vivir anteponiendo el deporte a todo?

Eros, al igual que mi compañera de piso, era deportista de élite. Los dos habían venido desde Atenas con una beca de estudios deportiva. Iban a la universidad y el resto del día lo pasaban en un centro de alto rendimiento. El objetivo era prepararse para las olimpiadas de Los Ángeles. Vivían por y para el deporte, que lo veía bien, pero la vida del deportista profesional no se había hecho para mí, en realidad, la vida deportiva en general. Yo era más de leer, de pensar, y cuando estaba inspirada, escribía poesía.

Según mi amiga, había nacido para la vida contemplativa, mientras esperaba al amor de mi vida Y siempre que podía, insistía en que el amor era una mentira y se usaba de excusa para justificar cuando estábamos tristes y por qué llorábamos y comíamos chocolate de manera compulsiva o nos sentíamos tan felices que teníamos una sonrisa perpetua que solo desaparecía cuando engullíamos bombones. Todo siempre en nombre del amor.

—Eso es porque no has probado el deporte correcto. Un día te vienes al campo y te enseño a tirar.

Ante mí tenía al vigente campeón mundial de tiro con arco.

—Calla, que sería capaz de atravesarle con la flecha el corazón a alguno que esté por ahí.

—Siempre podrías darle a Arciere… Hacéis buena pareja. —Me guiñó el ojo y no supe interpretar el gesto, pero pasé de indagar,

más que nada porque no quería divagar, meter la pata y darle a entender que no me importaría tener algo con su compañero.

¿Quería tener algo con Arciere?

A veces sí, otras no. Había hecho una promesa y no quería romperla. Me negaba a enamorarme de nuevo. Prefería soñar a actuar. Además, éramos compañeros de trabajo, y eso nunca sale bien. Y yo era dada a colgarme del tipo equivocado, ya lo experimenté con Romeo y no estaba dispuesta a repetir otra cagada similar.

—Pero no me importaría ir a ver cómo entrenas.

—Hecho. Coméntale a Arciere que vas a faltar y te vienes. Ya le devuelves el favor otro día.

—No puedo dejarlo solo. Me matará.

Cuando se acercaba el fin de semana la taberna se ponía hasta los topes, y los viernes a primera hora de la tarde se llenaba de madres que venían a merendar, mientras sus niños estaban en las extraescolares y era una locura.

—No te preocupes, si no, cuando esté el hijo de Odín. Le haces el cambio a él.

—Y, ¿cuándo vuelve? —pregunté muy rápido, al caer en la cuenta que ya seríamos demasiados empleados y si alguien sobraba… esa sería yo.

Cuando acepté el trabajo me explicaron que mis turnos serían de lunes a sábado por las tardes. Los chicos se turnaban por las mañanas y otro de ellos, en días alternos conmigo. Siempre éramos dos, por lo que ya no me salían las cuentas.

Al principio desconocía cómo iba a dárseme y si me gustaría trabajar en ese bar, pero estaba a gusto y nadie había dicho que fuera un contrato exprés. No quería irme.

—Hoy —respondió mientras se daba la vuelta para que le anudara la cinta del delantal, que solía ponerse para trabajar y que jamás se ataba bien.

—¿Hoy? —pregunté, con la voz entrecortada, plantada frente a la barra con los ojos muy abiertos y los dientes clavados en el labio y

dando tironcitos de la cinta.

Casi lloro al creer que aquella tarde sería mi última como camarera con experiencia.

—Tranquila, no te van a despedir, lo haces bien y Odín está contento contigo. Así podremos ir más relajados, ya que los tres empezamos a entrenar en serio.

Parecía haberme leído la mente. Solté un suspiro. Él me sonrió.

—¿Más? Pero si entrenáis a diario.

Arciere entrenaba con él. Otro arquero que se preparaba para las próximas olimpiadas. Entre ellos jamás vi mal rollo o rivalidad insana. Eros le había arrebatado el título de campeón del mundo el año anterior y, aun así, eran tan amigos. Estaba claro que jamás podría pensar como deportista.

—Sí, pero poco tiempo, necesitamos más horas. Por cierto, había pensado… Verás, bueno, no te enfades, pero antes, te escuché —su confesión me hizo temblar en silencio. Se mordió el labio y sonrió. Lo miré con la boca abierta y el corazón encogido. Me ardían las mejillas, que estarían casi moradas. Crucé los dedos y recé rápido para que no quisiera comentar mi «talento polifacético»—. Te escuché hablar con tu amiga. Igual podrías pedírselo a él.

—¿Él? —pregunté desconcertada y ¿decepcionada?

—¿No necesitabas un novio falso?

—¿Necesito un novio falso? —Era evidente que se me había licuado el cerebro con tanta descarga orgásmica—. ¡Ah! Sí, la conversación con Atenea…

—Pues eso, que podrías pedírselo a él.

—¡¿El?! —pregunté de nuevo, en esa ocasión, sobresaltada, porque en ese instante se escuchó un trueno tan fuerte que las luces del bar se apagaron un segundo. El cielo se iluminó y las botellas y las copas de las estanterías temblaron.

Señaló la salida, justo cuando volvió la luz, y encontré en el hueco de la puerta una silueta perfecta. Bien podría tratarse de un dios caído del cielo, porque, con ese porte ideal no tenía pinta de humano. Alto, más que Eros; pelo largo, *mojado*, con reflejos

dorados. Un tipo fuerte, muy fuerte; su brazo tendría el diámetro de mi cabeza. Pantalón vaquero apretado, *mojado*, paquete marcado; ¡paquetazo! Fue inevitable dirigir los ojos a aquel enorme bulto que lucía entre las piernas y que se distinguía a la perfección desde los casi tres metros que nos separaban.

Qué calor me había entrado de golpe. Con el frío que hacía y yo con casi cuarenta grados de temperatura. Con la respiración acelerada y una sonrisa dental, asentí.

—¿Aceptará? —pregunté con voz de moñas, la cabeza ladeada, pegada en el hombro izquierdo, mientras jugueteaba con un mechón del lado contrario.

Ya tenía dudas de si lo quería de novio falso, porque unas ganas horrorosas de morirme entre sus brazos se me habían instalado en la entrepierna, parecía haber resucitado esa parte de mi organismo.

Ni en mis mejores sueños habría imaginado un tipo así, ni tan siquiera rodeada de todos los artilugios de mi bolsita.

—Solo tienes que pedírselo —respondió Eros con una mano metida en el bolsillo de su pantalón y la ceja levantada.

Quise gritarle que volviera a decirlo, pero que me lo susurrara en el oído, bien cerquita de mi cuello.

¿Qué me pasaba?

Fue como si todas las terminaciones nerviosas de mi organismo hubieran decidido despertar a la vez. Alterné la vista entre el nuevo camarero, igual mi futuro novio falso, y Eros.

Un relámpago, un trueno, unas voces y una vibración en mi culo provocaron que se me encogiera el estómago y se me acelerara el corazón. La bolita china había vuelto a la vida.

¿Qué le había echado Atenea a mi batido?, porque todas esas sensaciones eran nuevas para mí y no entendía por qué las sentía de forma tan exagerada desde que había salido del cuartito.

Solo necesitó media zancada para plantarse junto a nosotros.

—*Yuyuls*, ¿verdad? —Su voz potente me dejó helada. Asentí a la vez que me ponía de puntillas para poder llegar a su mejilla y darle

dos besos en condiciones—. Encantado. Eros me ha hablado mucho de ti.

—So-solo *Ju-Juls*…

Y así conocí a Thor. Sí, ese era el nombre de aquel dios del sexo. Porque el mío —mi sexo— cada vez que lo tenía a menos de un metro, tronaba.

Siempre me consideré una chica de palabra y estaba a nada de romperla. Y es que, cuando Atenea y yo nos conocimos, hicimos dos promesas. En mi caso: no regresar a Verona hasta que no hubiera olvidado a Romeo y, la más importante, no volver a enamorarme.

No hacía falta saber cuál rompería primero.

Aquella noche no tuvimos la oportunidad de hablar demasiado. Solo vino para avisar a su padre que ya estaba en Alicante y, según él, para conocerme, porque mi estupendo compañero de trabajo le había hablado mucho de mí y no podía esperar hasta el día siguiente.

—Nos vemos en casa —le dijo a Eros mientras se abrazaban. Los tres compartían piso—. *Solo Yuyuls*, hasta mañana.

Qué escena más… quién estuviera entre esos dos.

Atenea atravesó la puerta de la taberna como si la hubieran lanzado desde la azotea del piso de enfrente y se hubiera colado de rebote en el interior. Entra a más velocidad y le habrían salido llamas de las suelas de las zapatillas. Siempre decía que no estaba interesada en los hombres, tampoco en las mujeres, simplemente, pasaba del amor y de las relaciones, pero su aparición fue muy sospechosa, era como si la onda expansiva de la presencia de Thor la hubiera atraído junto a él.

—Toma. —Me estampó una bolsa de deporte en el pecho.

—¿Qué es? —pregunté justo a la vez que recordaba que se había ofrecido a traerme ropa seca.

—¡Tía! ¿Estás bien? —Acercó la palma de la mano a mi cara y la pegó en mi frente—. ¿Tienes fiebre? Siento no haber podido llegar antes… ¿Te has puesto malita?

«Muy malita…», me dieron ganas de decirle.

—¿Sabes que tengo un nuevo compañero?

—¿En serio? —Se puso de puntillas y estiró el cuello para ver por encima de mi cabeza.

—Sí, pero ya se ha ido. Se llama Thor…

—Pues vaya suerte la mía. ¿Nos vamos? Tía, vas calada y despeinada, muy despeinada. ¿Qué te ha hecho ese Thor? —Soltó una carcajada y miró de nuevo al fondo del bar.

—Tía, qué tonta. Ahora vengo, cojo el bolso y nos vamos.

—Ah, por cierto, yo para lo que venía era para comentarte que don Valentín está buscando una chica para echarle una mano en su casa.

—¿Y? —le pregunté desde el cuartito, sin tener la menor idea de quién era ese tipo.

—Te he conseguido una entrevista para hacer una prueba y hablar de las condiciones.

Todo lo rápido que pude, me planté delante de ella. No entendía por qué continuaba buscándome trabajo, ni que trabajara en una oficina de empleo y se llevara comisión, si yo en la taberna estaba encantada. Y desde hacía unas horas, encantadísima.

—Ve tú. Yo con el bar tengo suficiente. Además, por las mañanas sí o sí tengo que ir a la universidad. Sabes que tengo que no puedo faltar.

—Y no te las saltarás, se supone que solo necesita que vayas los lunes, la cita es para conoceros y que vea cómo trabajas. No hay excusas, las dos sabemos que ese día no tienes clase. Tendrás que limpiar un poco, algo de plancha y dejarle preparada la comida para el resto de la semana. No es muy exigente, o eso me han dicho…

Y eso se lo había dicho un tipo que conoció en el campus de la universidad la semana anterior, un compatriota mío. Por la descripción bien podría haber sido Arciere, sin embargo, según ella, era cojo, y no sé yo si mi compañero tenía algún defecto oculto, pero andar andaba estupendamente.

—Y, ¿cómo sabía que buscaba trabajo? «Aba», en pasado.

—«As» en presente. Porque te recuerdo que si tu familia deja de abonarte el alquiler y la comida, con lo que sacas en la taberna no cubrirá los gastos. Que vale, yo puedo echarte un cable, pero no es una solución a largo plazo.

—Creo que ya tengo al candidato perfecto para hacerse pasar por mi novio. —Sonreí al recordar a Thor.

—¿Sí? —Me agarró con fuerza por los hombros y me zarandeó. Casi me saca las clavículas del sitio.

—Sí, aunque él todavía no lo sabe.

—Entonces te aconsejo que vayas a casa del cura y aceptes el trabajo. Y cuando tu novio falso sepa que tendrá que hacerse pasar por tu pareja y viajar a Verona para asistir a la boda de tu ex, y acepte, solo entonces, despídete de los curros.

—¿Has dicho cura? ¿Qué pinto yo en casa de un cura? —le pregunté ya camino de casa.

—A ver, no tienes que acostarte con él…

—¡Atenea! No me digas esas cosas… —Era lo último que necesitaba aquella noche después de haber conocido a Thor.

Y así acabé en casa de don Valentín, el cura del pueblo.

Capítulo 7

—En ese armario tienes todos los productos de limpieza. Vendrás los lunes a las ocho y yo creo que con seis horas, será más que suficiente. No tienes que hacer la compra, tendrás todo lo necesario para dejarme preparado el menú de la semana. Y en la galería está la plancha, y en ese cubo de ahí, la ropa que tendrás que planchar. Es fácil, ¿no?

—Facilísimo —respondió mi amiga por mí.

Teniendo en cuenta que jamás en mi vida me había encargado de las labores de la casa, no por nada, pero en la mía teníamos servicio, cosas de mis padres. Y desde antes de nacer ya tenía asignada una niñera que solo me dejaba respirar, comer y dormir, porque todo eso solo podía hacerlo yo, si no, lo habría hecho por mí. Y en Alicante, el padre de Atenea, antes de saber que compartiría piso conmigo, contrató a una empresa que venía dos veces por semana para dejar la casa lista, la nevera llena con comida preparada y la ropa limpia y planchada para que la niña de sus ojos solo tuviera que estudiar y entrenar para ser la mejor en lucha libre. Lo que significaba que ninguna de las dos teníamos demasiada práctica en aquellas actividades.

—Entonces, yo me marcho. Toma. —Se metió la mano en el bolsillo de la sotana y me dio un manojo de llaves—. Estas son tuyas, no las pierdas. Cuando te vayas, cierra bien. Cualquier duda o emergencia, me buscas en la sacristía, a dos pasitos de aquí. Y si

terminas pronto y te aburres, siempre puedes venir a misa o a confesarte, que eso nunca viene mal.

No habló de dinero, yo tampoco le pregunté. Solo se marchó.

—Por ser el primer día, te echo una mano —se ofreció Atenea, que había entrado en la galería para coger el cubo de fregar y cuando la miré estaba echándole un líquido rojo en el interior.

Al abrir el grifo no salía agua, se escuchaba un ruido extraño que venía de las cañerías. Las dos nos miramos sin saber qué hacer.

—Hoy no se friega.

—Pero la comida habrá que dejarla preparada, ¿no? —pregunté bastante preocupada. No quería fracasar en mi primer día.

—Coge agua embotellada, he visto que en la despensa tiene unas cincuenta garrafas de veinte litros. Este hombre debe tener los riñones bien limpitos… Busca algo de pasta, eso se te dará bien, ¿no?

—¿A mí? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Nena, eres italiana, sabrás hacerle unos macarrones al hombre, digo yo…

—Supongo. —Abrí la nevera y vi que en una de las baldas había un pescado gigante—. Y, ¿esto cómo piensa que lo cocine?

Atenea se colocó a mi lado, acercó muy despacio uno de sus dedos y antes de rozarlo, se arrepintió, cerró la puerta y cogió su teléfono.

—Mira, aquí hay una receta de pescado al horno para principiantes. Dice que un niño de cinco años es capaz de hacerla. Tú también podrás.

Sacó del armario de debajo de la vitrocerámica una de las ollas y la llevó hacia el dispensador. La llenó hasta el borde, mientras, yo pelaba patatas y zanahorias porque lo ponía en la receta. Luego, encendí el horno y dejé preparada en la encimera la bandeja con el pescado que me había dejado don Valentín.

—Ahora vengo. Faltan cebollas. —Cogió la chaqueta que había dejado en el respaldo de una de las sillas, se la puso y sin decir nada más, me dejó sola en la casa.

Me vino bien que se fuera, adelanté bastante, porque no tenía distracciones y porque me dejé llevar por la intuición.

Solo me quedaba por barrer el baño y apañar el dormitorio del cura. Abrí la ventana para airear la habitación y cuando fui a quitar las sábanas, unos ruidos extraños que venían de las paredes, algo así como truenos, me sobresaltaron. Parecía que la casa se iba a caer abajo, entonces, recordé que no había agua, esas tuberías estaban en las últimas. Escuché la campanita del horno, corrí a la cocina y con mucho cuidado abrí la puerta, metí la bandeja y en ese momento tocaron al timbre.

—¿*Solo Yuyuls*?

—¿Tú qué haces aquí? —Fue lo único que salió por mi boca, porque en realidad lo que me apetecía era saltar, agarrarme con las piernas a su cintura y comerle el cuello.

Sí, desde que había decidido soltarme la melena y me encontraba en plena búsqueda de novio falso, me encantaba fantasear e imaginar guarradas sexuales varias con mis compañeros de trabajo. Y desde que eran tres, la tentación constante había aumentado. Y la insistencia de mi amiga en que la masturbación era necesaria y sana, había hecho mella en mí, y yo quería estar sana y la practicaba porque yo era muy obediente.

¡Qué orgulloso estaría mi jefe número dos —don Valentín— si se enterara de que todos los días con mucho esfuerzo, mucho, conseguía no pecar! Pero como no pensaba confesarle a nadie ese nuevo *hobby* mío que tantas alegrías me daba en los últimos días, gracias a los artilugios que me había facilitado el señor alto, calvo y con barba larguísima del *sexshop*, no podría felicitarme por lo buena cristiana que era su empleada del hogar.

—¡Buenos días a ti también! —me respondió el hijo de Odín con sorpresa, igual nadie le dijo que sería yo la que lo recibiría.

Le sentaba genial madrugar, tenerlo tan cerca me permitió comprobar que estaba más bueno de día que de noche.

Lucía bíceps con una elegancia insultante, brillaba, supuse que sería del calor y la humedad que había en el ambiente. Ahí, bajo el

quicio de la puerta del cura esperaba a que le diera paso, encima, educado. Yo admiraba como una bobalicona lo bien que le quedaba aquel mono gris de trabajo. Cómo se notaba que era noruego y estaría acostumbrado al fresquete, porque todavía era invierno y él solo llevaba el mono sobre su carne prieta. Di por hecho que calzoncillos sí se habría puesto. Y justo a esa parte se me fueron los malditos ojos, y fue cuando descubrí su martillo.

—¿Eres carpintero? —Sonrió. A cámara lenta levantó el brazo izquierdo y se apartó unos mechones rebeldes que le caían por un lado de la cara, las puntas le acariciaban las mejillas.

—Fontanero.

Acercó las manos a mi cintura, y si a mí el corazón ya me iba rápido cuando lo encontré al otro lado, en ese momento, en el que mi cerebro entendió que iba a tocarme, los latidos se me habían desbocado. Y sin esperármelo, me elevó, se me despegaron las suelas de las manoletinas del piso, me desplazó unos metros y me dejó de nuevo en el suelo. Entró en la casa y cerró la puerta.

Cuando fuera viejecita podría añadir a mis memorias que hubo un hombre llamado Thor que me hizo volar…

Negué con una enorme sonrisa que no pude ocultar.

—Me han dicho que no hay agua y que las tuberías hacen mucho ruido, ¿es así?

—Ajá.

—Voy a ver. No te molesto.

—Molesta, molesta… —susurré para mí, pero me escuchó. Volvió a sonreír y salió a la galería. Entré con él.

Si no podía fregar, cocinar o poner una lavadora, tendría que planchar, ¿no? Y la tabla estaba ahí, pegadita a él.

—Espera —me pidió con el martillo en alto. Desde que llegó, no soltaba una maza enorme, de ahí que pensara que fuera carpintero. Agarró con las manos la tabla de planchar, mientras la trasportaba, un par de metros, admiré el movimiento de los músculos de sus brazos y el vaivén relajante de sus pectorales. Muy a mi pesar, cuando la dejó en el centro de la cocina se acabó el espectáculo.

Permanecí inmóvil junto al cubo de la ropa para recuperarme—. Listo. Tú ahí y yo aquí, comprobando la llave de paso.

Sin mirar abajo, metí la mano entre la ropa limpia y estiré de la primera tela que rocé con los dedos. Caminé de espaldas, sonriendo a Thor, arrastré la prenda por el suelo sin importarme si se ensuciaba, hasta que clavé el codo en la tabla, con la otra mano, la sacudí con un movimiento *sexy*, bueno, entiendo que sacudir la ropa de un cura mucho *glamour* no tiene, pero me dio igual. Thor no me quitaba ojo y eso, reconozco, que me encantó. Cuando consideré que ya había hecho suficiente el ridículo, la extendí sobre la tabla, alargué el brazo y dejé la plancha encima.

Qué fontanero más potente me había enviado don Valentín. Qué majo.

—Voy al baño.

¿Iría a darse una ducha?

—¿Es que ya has acabado?

—Tengo que comprobar una cosa.

Unos segundos más tarde, él estaba en el interior de la ducha —vestido, trabajando—, y yo sentada sobre la taza del váter, admirando lo buen profesional que era y por si necesitaba que le «ayudara» con algo.

—Me dijo Eros que querías comentarme un tema. Dime.

Eros era el mejor, sí señor.

—Es una chorrada, si no aceptas, lo entenderé. ¿Sabes? —le comenté con la voz distorsionada, que por algún motivo que desconocía, cuando hablaba con él, me sonaba diferente.

—Si no me lo dices, no lo sabré. —Me guiñó un ojo justo cuando dejé de mirarme las uñas y levanté la cabeza.

El inoportuno ruido del timbre cortó la conversación. Atenea no tenía otro momento en el que aparecer… Me excusé con él y salí al pasillo.

—Entra, estamos en el cuarto de baño. —Como no quería perder tiempo y tener que llevar las cebollas a la cocina, no abrí del todo,

tenía que regresar junto a Thor para comprobar lo bien que desatascaba tuberías.

Me atusé el flequillo, me coloqué junto al lavabo y sin darme cuenta, acaricié muy despacio el mango de su martillo. Él, como si lo hubiera sentido, giró la cabeza muy despacio, la barbilla le rozó el hombro desnudo, y me regaló una sonrisa estupenda. Me puse nerviosa, más, porque me había olvidado del temblor de mis rodillas, y el de las manos también.

—¿Os interrumpo? —«Alguien», porque la voz no era la de mi amiga, abrió la puerta con violencia y me estampó el filo en la frente, la nariz, el pecho…

Perdí el equilibrio, apreté los dedos alrededor del mango de madera del martillo, levanté el brazo y como si tuviera vida propia, se precipitó contra los azulejos, pasó rozando unos milímetros la maravillosa oreja de Thor. Cerré los ojos, se me encogió el estómago, se me aceleró el pulso.

Un crack, un «qué cojones…» y un cuidado" fue lo último que escuché antes de que un potente chorro de agua me desplazara unos centímetros hacia la pared contraria. No pude ver cómo llegó hasta mí, pero lo logró. Thor me rodeó con sus brazos para protegerme, aun así, acabamos calados de la cabeza a los pies y tumbados junto al lavabo.

Fue una caída estupenda. Me dio igual que me diera en el rabillo del culo, porque la manita, manaza, de mi salvador me lo apretaba, desconozco el fin, solo que me daba gustito…

Del intruso no había ni rastro. Cuando vio que salían disparados los azulejos, tuvo el detalle de cerrar la puerta y salvarse de la agresión de aquel martillo, que juro tenía vida propia.

—¿Estás bien? —me preguntó con los brazos rodeándome el cuerpo, con mi cara pegada en su pecho mojado y calentito. Ya que estaba, aproveché y me restregué unos segundos para disfrutar de lo duro que estaba, su pecho—. Hay que cortar otra vez la llave de paso o saldremos en canoa.

—¿*Otra vez*? —logré decir.

—Alguien cerró la llave de paso por algún motivo… Por eso no salía más que aire por los grifos.

Cuando reaccioné, el agua me llegaba por los tobillos, por lo que no pude averiguar a qué se refiera con sus palabras.

Me puse en pie y, al salir al pasillo, me llegó un olor extraño, entre pollo quemado y plástico. Corrí a la cocina. Una enorme nube negra me envolvió. No hizo falta que abriera el horno porque, por lo visto, no llegué a cerrarlo cuando metí la bandeja al sonar el timbre de la puerta. En el intento de apagarlo, casi me ahogo.

Entre tosidos, me giré y vi que salía más humo de la tabla de planchar. No podía ser, había quemado la sotana de don Valentín, aunque eso sería lo de menos, teniendo en cuenta que iba camino de prenderle fuego a la casa entera. Di un tirón del cable para desenchufar la plancha, que salió volando y al caer, rompió un par de baldosas. En el estado en que quedó la plancha, al dueño ya podría dársele genial hacer puzles.

Antes de empezar a llorar, escuché la voz de Eros en el porche.

—*Kalimera*. Un placer. No, no se ha equivocado… —Parecía estar en una videollamada con una mujer, ajeno a la catástrofe que se había desatado en el interior de la vivienda.

No quería fastidiarle el momento, pero tenía que comunicarle que necesitábamos su ayuda para no tener que llamar a los bomberos y se enterara mi nuevo jefe. Aunque si el agua continuaba saliendo a ese ritmo, nos iría bien para apaciguar las llamas y nos ahorraríamos el gasto.

¡Madre mía!, quería arrancarme la cabeza. A partir de ese momento viviría por y para saldar mi deuda con don Valentín.

—Eres muy amable y muy guapo… Dile a mi Juls…

El paro cardíaco que acababa de sufrir no me impidió saltar a su espalda, sin pensar que mi cabeza sobresaldría por su hombro y mi madre, sí, porque la que hablaba al otro lado de la pantalla era ella y no la tal Kalimera, vería mi careto en primer plano. La idea era arrebatarle mi teléfono, mío y no de él, por lo que no tenía ningún

derecho a haber contestado y no nos —me— encontraríamos en aquella situación.

—¡Hola, *mami*! —¿Mami? Saludé tan rápido, con la barbilla apoyada sobre el hombro de Eros y los dedos clavados en los músculos de sus brazos para no caerme, que no pensé en que le sonaría rarísimo a mi madre escuchar que la llamaba de esa forma tan cariñosa y a él mi acercamiento a su cuerpazo.

Al notar algo colgando de su espalda, como habría hecho cualquiera con sensibilidad en el cuerpo, giró la cabeza, sin soltar el teléfono, por el mismo lado donde sonreía a mi madre, llega a girar un milímetro más y nos habríamos dado nuestro primer beso accidental con la señora Capulín de testigo. Su nariz rozaba mi mejilla.

—No me habías dicho que tu novio era tan… Tan grande. —Eros reaccionó primero al sonido de la voz de mi madre y movió la cabeza para ver bien la pantalla. Yo…

Un momento, ¿había dicho "novio"?

—Te llamo luego, hay una emergencia.

«Tengo que asesinar al que crees mi novio y me llevará un poco de tiempo. Porque sí, es enorme».

—¿Vas mojada? —ella tan observadora como siempre.

—Parece que ahora le ha dado por la natación con ropa —comentó él, aguantando las ganas de reír. Acababa de ganarse el título del gracioso del mes.

—Eh…, no, estaba haciendo ejercicio… Quiero decir…, en fin, que te llamo luego.

—¿Ejercicio tú? ¿Estás enferma? ¿Quieres adelgazar para la boda?

Lancé el teléfono por los aires antes de colgar, porque saltó la alarma de incendios de la casa del cura y me asusté, me abracé a Eros como si así pudiera borrar la última media hora en el mundo y entonces, comenzó a llover por el techo.

Thor consiguió cortar el agua, Eros achicó toda la que se había acumulado en el piso y, entre los dos, me ayudaron a recomponer la

cocina.

Acabé a lágrima viva en el suelo del porche. Cómo iba a decirle a don Valentín que estaría sin casa un par de semanas…

Capítulo 8

Me tenía tan harta, que hasta me planteé dar de baja la línea de teléfono y olvidarme de lo que ocurría en el mundo. Aislada iba a estar más tranquila.

—Te lo digo muy en serio, por más que me llames, por más que me insistas, no pienso ir a Verona. Ya me habéis retirado la asignación, ¿qué más piensas hacerme? Soy mayor de edad y económicamente independiente.

—¿Tú? ¿Independiente? Deja que me ría… —Mi madre cada día me caía peor, os lo juro—. ¿Trabajar, tú? Si no, de dónde sacarías el dinero…

¡Qué don para arruinarme los días!

—Sí, trabajo…

Me mordí la lengua, pero me moría de ganas de gritarle que era la camarera en *La Taberna de Odín*, que trabajaba rodeada de tíos buenos y que ninguno me apañaba para marido, pero sí para un rollete, y no le dije ni una palabra porque todavía me quedaba un poquito de cordura y sabía de lo que podía ser capaz de hacerme en compañía de mis tías, por lo que aguanté y sonreí. Seguro que interpretó mi preciosa sonrisa como una derrota y quiso creer que no era cierto todo lo que le había contado.

—Espero que estés centrada en la relación con tu novio y eso de que trabajas sea una mentira para tapar que él es quien se hace cargo de tus gastos…

—¡Mamá! ¿De qué siglo eres? Por favor… Es que se me quitan las ganas de hablar contigo, de verdad. Cómo me arrepiento de haberte dicho que tenía novio…

—Según tu amiga, vais muy en serio…

Otra a la que añadir a la lista de mis futuras víctimas. Bocazas y mentirosa.

—Venga, ya hablamos —esperaba que, como pronto, no antes de un mes—, me tengo que duchar, que en una hora llega Atenea del entrenamiento y se tira la vida en el baño.

—Sabes que no soporto hablar contigo y no verte la cara. Qué manía tienes de enfocar al piso de enfrente. ¿Vive ahí tu novio? ¿Sois vecinos?

—Te prometo que tengo prisa. Deja de decir tonterías. ¿Cómo va a vivir ahí?

—Yo qué sé, como no me cuentas nada… tengo que imaginar.

Como cuando hablábamos mi estado de ansiedad aumentaba tanto como los segundos que corrían en la pantalla del teléfono, no me di cuenta y entré de la terraza con la cámara del móvil enfocando el interior.

—¡Ay, Señor! ¿Eso es un cura?

La voz chillona de mi madre me partió en dos. Me estampé el teléfono en el pecho, que subía y bajaba acelerado.

—Juls, Juls… ¡Padre, aquí!

Lo que me faltaba, que mi madre se hiciera ciberamiga de don Valentín.

Y es que después de dejarlo sin un techo bajo el que vivir, me vi obligada a ofrecerle un hogar en el que estar, hasta que Thor, Arciere y Eros le reconstruyeran el piso. "Solo" un par de semanas, me juraron los tres. No quería que su jefe, el de don Valentín, me pusiera la primera de la lista para entrar de cabeza en el Infierno, la verdad.

—Señora… —Levanté la barbilla y le clavé los ojos a mi querido compañero de piso temporal, que miraba concentrado en el centro de mi pecho, donde tenía estampado el teléfono—. Un placer…

Yo negaba con los ojos cerrados y el ceño bien fruncido. Mi vida se había convertido en una locura máxima y todo por culpa del impresentable de mi ex. Si mi prima no me hubiera invitado a la boda, no me encontraría metida en ese lío.

En algún momento don Valentín consiguió mi teléfono y desde hacía un buen rato, él y mi madre hablaban la mar de entretenidos. Él cuando la escuchaba sonreía y asentía a la vez.

—No me lo diga… Ya han empezado con el cursillo prematrimonial. No sabe la alegría que acaba de darme. ¿Ya han puesto fecha? Juls, di algo. Es que esta niña me tiene desinformada. ¿Sigues ahí?

Podría decirse que mi cuerpo sí estaba, mi alma huía sin rumbo fijo desde hacía unos minutos.

Y cuando sabes que todo va mal y piensas que ya nada puede ser peor…

—¡Oh! Pero qué novio más grande, hija… —Risita de perro de mi madre mientras yo sufría un corte de digestión.

Me giré y al lado de don Valentín estaba plantado como una columna Dórica Arciere.

—¡Arciere! —dijo el cura. No se esperaría encontrárselo en mitad del salón, porque yo tampoco.

—Arquero en español… —desveló mi madre con una vocecita de adolescente loca cuando ya había recuperado mi teléfono y estaba a punto de lanzarlo por la ventana, aunque tuviera que atravesar el cristal.

Don Valentín, como si me hubiera leído la mente, me agarró con fuerza del brazo y acercó la cara a la cámara para que lo enfocara bien y poder continuar la conversación, se le veía encantado con su nueva amiguita. Cambió de idioma como si fuera italiano de toda la vida y mi madre se emocionó tanto que, por primera vez, desde que tenía teléfono, se despidió de mí por voluntad propia y continuó la videollamada.

Arciere me apartó para que no pudiera verme mi madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunté incómoda.

—Atenea me ha dicho que viniera. ¿No te lo ha dicho?

«Pues debería haberlo hecho, pero ya sabes cómo es ella…», pensé, pegada contra la pared del pasillo, intentando escuchar de qué hablaba mi madre.

—No está en casa.

—Entonces la espero. Parecía importante.

¿Qué eran ahora los mejores amigos del mundo?

Aún recuerdo cuando los presenté el día de la inundación-incendio, en que la llamé para que viniera a recogerme a la casa en ruinas de don Valentín.

—*Ella es Atenea, y él Arciere* —dije sus nombres todavía hipando por todo lo que había llorado tras el cataclismo en la vivienda.

—*Encantada*.

—*Encantado*.

Los dos se miraron en silencio con el ceño fruncido. Ella con su cara de pocos amigos, vaya, la de siempre, y él con su sonrisa de chico bien. Se dieron la mano como si acabaran de firmar un contrato. En ese momento deseé que se llevaran bien, y debí quererlo mucho, porque aún no se habían soltado la mano y ya se estaban abrazando y riendo como si la situación tuviera mucha gracia.

—*¡Joder! ¡Qué fuerte!* —gritó ella.

—*No me lo puedo creer* —comentó él entre carcajadas.

Y sí, era para troncharse porque Arciere y Atenea se conocían, y parecía que bastante bien; los dos estudiaban Derecho. Ahí descubrí que fue él quien me recomendó para trabajar en casa de don Valentín.

—*¿Ya os conocíais?* —le susurré en el oído a ella.

—*¡Tía! Este es el cojo…* —respondió sin cortarse un pelo y me quedé sin saber por qué le había puesto ese apodo que no tenía sentido, porque no me atreví a preguntar—. *¿No me fastidies que este es tu ita…?*

Le pegué una patada en toda la espinilla para que no acabara la frase con la chorrada de que era mi italiano. No tenía yo demasiadas

ganas de darle explicaciones a Arciere.

—*Mi otro compañero de trabajo*.

Y a partir de ese día, Eros, Thor y él venían por casa y poco a poco cada día que pasaba nos hacíamos más amigos. Además, Arciere se llevaba genial con don Valentín, le echaba una mano en la iglesia. Unas veces era campanero y otras hacía de monaguillo. Quién lo hubiera dicho. Por eso también pasaba más tiempo en casa del recomendado para mi salud mental.

—¿Para qué te ha llamado? No sabes en el lío que acabamos de meternos…

Claro, lo mejor era hablar en plural y echarnos la culpa a los dos. Era más fácil que decirle que como era una puta mentirosa compulsiva por culpa de la perra de mi amiga, le hice creer a mi familia que tenía pareja para que no me hicieran volver a Verona, pero que por ese motivo me obligaban ir a la boda de mi prima con mi ex. Ex que tenía más que superado y al que me daba igual ver…, pero no podía ir porque mi novio era transparente. ¿Cómo se explica todo eso sin entrar en detalles? Detalles que no estaba dispuesta a contarle.

—¿Lío? —preguntó sin entender de qué hablaba. Normal, no lo entendía ni yo.

—No tendría que haberte visto. Ahora mi madre piensa que salimos juntos —me quejé con la mano en la frente.

—Seguro que se le ha olvidado —aclaró él.

—*Y, ¿qué puede contarme del novio de la niña? Van en serio, ¿verdad?* —Los dos nos miramos sin decir nada. Él apretaba los labios aguantando una sonrisa, yo tenía los ojos tan abiertos y el corazón me iba tan rápido que no podía moverme.

—Deberías dejar esa negatividad a un lado —me explicó como si mi drama solo estuviera en mi cabeza—. ¿Cuál es el problema? Que piensa que tu novio soy yo, ¿Y?

—¿Cómo qué y? No conoces a mi madre, no sabes de lo que puede ser capaz… Es que ella piensa que mi novio es Eros. —Nada

más escucharme, torció la boca y me miró muy serio, parecía haberle molestado aquella información.

—¿Eros? —Asentí.

No vi necesario explicarle que el novio falso oficial era Thor. Desconocía si alguno de ellos le habían puesto al día del ridículo plan, pero que hubo un pequeño mal entendido con la identidad del futuro yerno de mi madre. Un error que no pude aclarar porque el humo y los pitidos de la alarma de incendios me obligaron a cortar la videollamada.

—Interesante… Bueno, no le des demasiadas vueltas, me ha visto unos segundos y a través de una cámara de móvil.

Tenía razón, pero me preocupaba que el plan, el inestable plan de fingir que tenía pareja, se fuera al traste por un error de principiantes. No debería atender las llamadas de mi madre cuando tenía gente cerca.

—¿Qué tramas? —quise saber al ver que fruncía el ceño y miraba al fondo del pasillo.

—Si te digo la verdad, nada. Solo que como todo el mundo nos dice que parecemos gemelos, no creo que se convierta en un problema. Pero ¿por qué necesitarías un novio?

Ejem… Tenía que desviar su atención.

—Cierto, sois casi iguales. Salvo el color del pelo, tienes razón. Ahora, dime, ¿para qué te ha llamado Atenea?

Me disponía a abrir la puerta de mi habitación cuando caí en la cuenta de que no había recuperado mi teléfono, por lo que mi madre continuaría hablando con don Valentín. No habían pasado más de cinco minutos, pero esa señora, mi madre, tenía una habilidad magistral para conseguir la información que necesitaba para hacerme la vida imposible en un par de segundos.

De la puerta de mi dormitorio hasta el salón no habría más de dos metros, pero se me hicieron eternos. Me latía el corazón como si llevara corriendo dos horas, o cinco. Me iba a dar un paro cardiaco y a punto estuvo, porque mientras derrapaba para pasar por la puerta, me topé con Eros.

¿Cómo había entrado? ¿En qué momento había llegado? ¿Dónde estaba el cura? ¿Por qué todo me pasaba a mí? Y, ¿por qué había tanta gente en mi casa? ¿Mi nuevo compañero de piso habría traído alguna reliquia de la iglesia y todos venían a besarla?

—*Muchas gracias, don Valentín. Prometo no molestarle más de lo necesario y juro donde haga falta que solo lo llamaré para lo imprescindible*.

¿Llamarlo? ¡Mierda! Había conseguido su número de teléfono. Ya sabía más que yo…

Llegados a ese punto, ya me daba igual que siguieran en videollamada, por lo que arrastré a Eros hasta la cocina y me olvidé por completo de Arciere.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha abierto la puerta? —le pregunté con la respiración agitada y las manos agarradas a su chaqueta de chándal. Venía de entrenar.

—Tenemos un problema. —Solté una carcajada histérica y a punto estuve de estamparme de cabeza contra el frigorífico.

—Si fuera solo uno… —me quejé entre lloriqueos.

Eros parecía preocupado y él era muy tranquilo, positivo y alegre, pero tenía la mirada triste o conjuntivitis, no supe concretar en ese instante porque se sacó unos papeles de dentro de la chaqueta y me los estampó en el pecho.

—Apréndetelo de memoria y rellena tu parte, cuando la tengas, llévala a la taberna.

—¿Qué es? —le pregunté a la vez que los desplegaba y le echaba un ojo.

No me lo podía creer, se había molestado en confeccionar un cuestionario sobre mí y…

—¿Por qué tendría que memorizar datos sobre Thor?

—¿No me has escuchado cuando te he dicho que "tenemos un problema"?

No entendí al principio, solo necesité medio minuto para comprender la gravedad de aquella información, porque mi amiga abrió de un golpe y atravesó el hueco de la puerta de la cocina a

una velocidad indecente. Llevaba la mano pegada al pecho y jadeaba sin parar, lo cual me asustó, porque, si alguien tenía resistencia al esfuerzo físico, no era otra que Atenea, por lo que esa falta de aire sería por otro motivo. Dio otro portazo y nos dejó encerrados a los tres.

—¡Juls! ¡Juls! —repetía mi nombre sin parar y cada vez estaba más roja—. Tenemos un problema.

Eros sacó tres vasos y los llenó de agua.

—¡Joder! ¿Alguno me va a decir de qué problema habláis?

La puerta de la cocina volvió a abrirse y apareció la cabeza de Arciere.

—Nos acabamos de meter en un lío. —Fue lo único que dijo, pasó y cerró.

Eros abrió de nuevo el armario de encima del fregadero y cogió otro vaso, también lo llenó de agua y lo colocó al lado de los otros.

—¿Qué problema? —grité con las manos en la cabeza mirándolos de uno en uno.

—Tu prima Rosalina viene a pasar unos días con nosotras —nos confesó Atenea.

El corazón se me paró en el acto. Adiós, mundo cruel…

—Eso es imposible.

Una pena que mis últimas palabras antes de largarme al Infierno, fueran esas.

—Igual viene porque la he invitado sin querer… —admitió en voz baja, luego cogió el vaso y se lo bebió sin respirar, Eros lo volvió a llenar.

¿Cómo se puede invitar a alguien sin querer? ¿Me lo podéis explicar?

—No me matéis, pero creo que he metido la pata… Me parece que don Valentín me ha escuchado hablar por teléfono… —Confesó Eros, sin esperar a que Atenea contara por qué narices había invitado a mi prima. Guardó silencio, cogió un vaso, se lo bebió y luego nos enseñó los dientes. Volvió a llenarlo.

—¿Y? —preguntamos mi amiga y yo a la vez.

—Le decía a Thor que se dejara la noche libre para repasar las preguntas y respuestas. —Apuntó a los papeles que puse en la encimera y volvió a enseñarnos los dientes—. Y…

—¿Y? —volvimos a preguntar, en esa ocasión, a gritos.

—Y no estaba por la labor de cancelar una cita con una tía… La verdad que está muy buena y lleva tiempo queriéndosela fo…

¡Qué nerviosa me estaba poniendo! Me sudaban las manos y la frente.

—Me va a dar un ataque, os lo juro —les informé a los tres, aunque Arciere era como si no estuviera porque miraba al infinito a través de la ventana—. Por favor, acaba de una vez. ¿Por qué crees que has metido la pata? Eros, por Dios, suéltalo.

Cogió uno de los vasos llenos y me lo acercó a la boca.

—Bebe —me pidió.

—¿Qué beba? ¿En serio? ¿Qué te crees que es agua bendita y nos va a salvar del fin del mundo que se nos viene encima?

—Tía, no te pongas así. —Atenea intentó calmarme, pero me puso más nerviosa cuando me acercó el vaso para que bebiera. Lo aparté de un manotazo y resoplé. Ella y Eros se bebieron el suyo.

Estaba por echarles el cubo de fregar por la cabeza, si lo que buscaban era hidratarse.

—Suéltalo ya —le pedí con las manos pegadas como si estuviera rezando.

—Creo que don Valentín me ha escuchado rogarle a Thor que anulara lo de esta noche porque tu madre no tiene que saber que tu novia es Atenea y por eso se tiene que hacer pasar por tu novio —admitió en voz baja, luego cogió el vaso y se lo bebió sin respirar. Arciere tosió, se dio unos golpecitos con el puño en el pecho y cogió su agua.

Pero ¿de dónde había salido esa gente?

Me dejó tan fuera de juego que no pude mandar a paseo a Atenea por haber invitado a mi prima. Ya casi se me había olvidado.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo que su novia? —logró preguntar mi amiga que acababa de procesar la información.

—¿Mi qué? —dijimos a la vez.

—Tu novia —intervino Arciere.

—¿Mi qué? —volví a preguntar, en esa ocasión, sin aire en los pulmones. Era posible que lo hubiera entendido mal. Atenea me miraba horrorizada.

—¡Tu novia! —gritaron los dos.

—Tienes que decirle que mi novio es Thor. Thor. Alto, fuerte, potente, masculino… Corre. —Coloqué las manos en su espalda y lo empujé hacia la puerta. Arciere bebía.

Que no me importaba la inclinación sexual de la gente, que eso era lo de menos, pero en mi caso, mi familia no podía pensar que lo era. Primero porque no era verdad y segundo, porque me llevaría a rastras hasta Verona. Luego me encerrarían en casa mientras encontraba plaza en un convento de clausura. Y no vendrían a por mí hasta que aceptara casarme con uno de sus candidatos.

—Que yo soy su novia…. —Atenea había entrado en un bucle sin sentido y no dejaba de repetir lo mismo con la yema de uno de sus dedos pegado en mi sien—. Pero ¿tú para qué inventas?, chaval.

Antes de que pudiera echarme a llorar, Arciere consiguió que me olvidara que, muy probablemente, mi madre estuviera camino del aeropuerto para sacar un billete y llegar a Alicante, solo para que le jurara que no era lesbiana.

¿Lo habría escuchado?

—No pasa nada —Eros intentó tranquilizarnos.

—Pasa, pasa y mucho. Si fuera lesbiana me daría igual, eso sí, seguiría ocultándoselo a mi familia. Y no preguntes el motivo…

Justo cuando iba a abrir la puerta de la cocina para perderlos de vista, me detuve en seco.

—Cuando don Valentín me ha dado tu teléfono para que te lo devolviera, no sé dónde he tocado y he marcado sin querer a un tal «No coger. Romeo, muérete». Muy majo, por cierto —confesó Arciere tan tranquilo, como el que te pregunta si quieres el café con azúcar o sacarina.

Me di la vuelta como si al girar fuera a encontrarme con tres sicarios que me apuntaban a la cabeza. Los tres se miraban con los hombros encogidos y con cara de no haber roto un puto plato en su vida. Yo me daba tortazos para despertarme de aquella pesadilla, porque no podía ser real.

¿Qué había hecho en esta vida para merecer a esos «amigos»?

—Vale, entonces, no tenemos un problema, tenemos varios… —aclararon los tres a la vez como si hubieran encontrado la fórmula para vivir eternamente.

—¿Os habéis vuelto locos? Tú, métete tus papelitos donde te quepan. Y ya le estás diciendo al cura que te has confundido. Para él, a partir de ahora, mi novio no tiene nombre. No-vio. O. —Le estampé el cuestionario a Eros y me bebí mi vaso de agua, luego otro que había al lado. Los tres me miraban sin decir nada. Me pasé el dorso de la mano por la boca y continué—: Y tú, ya estás llamando a mi prima para decirle que aquí no venga porque me he mudado y ahora vivo en Australia. O dile que me he muerto. Eso —le grité a mi examiga, porque después de saber que había sido ella la que lo había sugerido, no podría volver a mirarla a la cara—. Y…, y…

No acabé la frase porque me desvanecí.

Capítulo 9

En menos de un día mi vida se complicaría mucho más. Sí, más.

Eros nos ayudaba a Thor y a mí a aprendernos en condiciones las preguntas del cuestionario, que con todo su cariño nos había preparado. Yo más o menos me sabía casi todo sobre él, pero parecía que mis gustos y preferencias debían ser muy complicados porque no acertaba ni leyendo las respuestas.

—¡Qué nooo! —gritamos Eros y yo a la vez.

—Vaaaleee —respondió Thor.

—Os conocisteis en la biblioteca de la facultad de Filología —se quejó Eros.

—No entiendo por qué tenemos que mentir…

—¡Joder! Te he dicho que no te plantees nada, tú solo lee, aprende y repite. Es sencillo. —Al ver la cara que ponía, quiso darle sentido para ver si así lo entendía mejor—. Si estudia en la facultad de Filología, lo normal es que puedas encontrarla allí.

—Y, ¿dónde está la biblioteca? —preguntó Thor mientras releía los papeles.

Sabía que iba a ser un desastre, pero había que intentarlo.

Y os estaréis preguntando por qué era tan importante que supiéramos la vida del otro y nos hubiéramos inventado nuestro inicio juntos. A mi prima a cabezota no la ganaba nadie y no hubo forma de hacerle cambiar de opinión. Ella dijo que venía a pasar unos días a mi casa y sí o sí venía. No había discusión, y no la había

porque contaba con el apoyo de mi madre. Y aunque juraba una y otra vez que su visita era solo para airearse, salir de casa unos días y hacer algunas compras para antes de la boda, como si Verona fuera una aldea aislada de la civilización y no existieran las tiendas. Las dos sabíamos, bueno, y toda mi familia, que venía a someterme al tercer grado y a darle el visto bueno a mi novio —falso—, por lo que todo tenía que salir perfecto.

Al menos, no venía a comprobar mi inclinación sexual, si mi madre lo escuchó, no se manifestó, por lo que nos comportábamos como siempre. Ella hablaba y yo no la escuchaba, o ella gritaba y yo lo hacía más fuerte.

—¿Alimento que toma a diario y con el que no podría vivir? —Me la hubiera sabido sin necesidad de leerlo en el cuestionario. Todos los días, sin faltar uno, al menos, desde que lo conocí, siempre, siempre, comía. Y el ruidito que hacía al clavarle los dientes me ponía frenética.

—La manzana… —Thor y yo nos chocamos los cinco y esperamos a la siguiente pregunta.

—¿Qué libro elegiría Juls si se fuera a una isla desierta?

—Eh… Hum, lo tengo en la punta de la lengua… —Eros miraba el reloj, luego a mí, levantaba las cejas, se mordía el labio, abría y cerraba las manos, mientras yo analizaba cada uno de sus movimientos. Estaba nervioso.

—Tío, por Dios, no es tan complicado, *Las rimas de Bécquer*. —Me guiñó un ojo, se acercó a la estantería, buscó el libro y se lo dejó sobre el muslo a Thor, después, en silencio, sin dejar de mirarme, pasó a la hoja siguiente.

—Pero no entiendo por qué me tengo que aprender todas esas tonterías… —se quejó mientras ojeaba el interior como si estuviera escrito en árabe.

—Porque viene Rosalina —dijimos Eros y yo a la vez.

Me levanté del sofá, y cuando iba a recitarle uno de los poemas para que entendiera por qué me gustaba tanto, me quedé con un pie en el aire, a punto de caerme sobre sus piernas.

—Y tendré que recitar parte del libro o, ¿cómo? No sería más creíble hablar de cómo es su ropa interior o con qué postura llegamos antes al…

¡Ay, Señor de todas las mujeres mentirosas que se habían condenado a la vida eterna con el culo quemado dentro del caldero de Satán! Apiádate de mí y haz que Thor se quede mudo hasta que mi prima regrese a Italia —y todavía no había aterrizado en España —.

—Mal, mal, muy mal —gritó Eros como si las palabras de su amigo le hubieran perforado los tímpanos—. Tienes que tener presente dos cosas: Una: sois novios desde hace tres meses y dos: de un besito casto, no habéis pasado.

Thor lo miró como si acabara de confesarle que yo era un unicornio cubista, disfrazado de chica que, en lugar de en la frente, tenía el cuerno entre las piernas.

—Esto va a salir fatal… Creo que será mejor decirle a Rosalina que lo hemos dejado —lloriqueé un par de veces. Puse morritos mirando a Eros que me observaba con pena. Thor se levantó y me abrazó.

Ese gesto me pilló por sorpresa. Por un segundo sentí cómo me subía fuego por las piernas mientras un escalofrío me recorría la columna y me dejaba la piel de gallina. Cerré los ojos e inspiré con ansias. Me encantaba lo bien que olía su ropa y lo cariñoso que era cuando se lo proponía.

—Chicos, ¿seguimos? —Eros rompió el momento que estábamos viviendo, fuera el que fuera y significara lo que significara.

Después de tres horas haciendo preguntas y respondiendo la mitad mal, algo me decía que iba a ser un desastre. Ya me imaginaba a mi prima contándole a toda mi familia que mi novio era un lerdo o chivándose de que todo era una farsa.

—¿Por qué te enamoraste de Thor? —Esa pregunta no estaba en el cuestionario o no recordaba haberla leído.

Se me aceleró el corazón y noté cómo se me habían puesto rojas las mejillas, sentía el calor concentrado debajo de mis ojos y tanto

ardían que hasta me escocía la piel. Miré el culo de mi falso novio. Cambié mi posición y subí la vista a su cara, me fijé en sus labios, en su mandíbula cuadrada. Tragué saliva, despacio… Analicé sus tendones marcados a los lados del cuello, en el movimiento de la nuez al subir y bajar…

Sonreí como una estúpida mientras bajaba la mirada a su cinturón. Caminé en círculo. Ladeé la cabeza para analizar, sin disimulo alguno, su trasero; sí de nuevo. Nunca me había fijado en él con tanto empeño —en su culo—.

Eros se dio cuenta de que me había quedado hipnotizada, porque me movió el brazo para hacerme volver en sí.

—Contesta, *Yuyuls*.

—Te escucho —respondió el aludido cerca de la puerta de la terraza, al lado de un mueblecito donde había un par de portarretratos.

Se me había secado la garganta.

—Piensa en tu ex… —me sugirió Eros.

—¿En mi ex? —Por un segundo, sin poder evitarlo, visualicé a Romeo. Negué un par de veces. Necesitaba sacar esa imagen de mi cabeza—. Si lo hago… te puedo asegurar que va a ser un desastre.

Eros se acercó mucho a mí, si hubiera sido más alta, seguro que nuestros labios se habrían rozado.

—No digo que pienses ahora en él, claro. Me refiero a que intentes recordar qué sentías al principio. En qué pensabas cuando lo veías… cuando escuchabas su voz… En qué sentiste con vuestro primer beso… Lo que te gustaba hacer con él… En cómo fue vuestra primera… —La forma en la que me susurraba todo aquello, me asustó. En lugar de pensar en quién tenía que hacerlo, mi mente se iba al día de la maldita bola china que tan buenos momentos me dio.

—¿Nuestra qué? —pregunté con voz de pito, con los muslos apretados.

Menudo calor más tonto me había entrado. Las palabras de Eros me habían narcotizado. Intenté caminar, pero no podía, necesitaba

que alguno abriera el ventanal o me metiera dentro del congelador un par de horas.

—Yo qué sé, échale imaginación. Tampoco es necesario hablar de intimidades, pero tenéis que hacer creíble la relación. Salvo que no puedas rememorarlo, porque nunca hayas estado enamorada… —Apreté los labios y miré al suelo. A esas alturas de mi vida, ya no sabía si en algún momento lo había estado, pero tampoco quería analizar mis sentimientos con ellos dos presentes—. Venga, no pasa nada. Thor, responde tú, en realidad, me preocupa más tu respuesta que la de ella.

Él, sin decir nada, se levantó y cogió uno de los portarretratos que tenía al lado. Salíamos abrazados, enseñando dientes para que se viera lo felices que éramos juntos, por si Rosalina preguntaba, tendríamos que decir que fue nuestra primera foto juntos.

La tarde anterior Eros nos hizo una sesión de fotografías en el parque de al lado de la taberna. Para no tener que irnos a cambiar de ropa, y perder mucho tiempo, en las primeras salíamos con chaqueta, luego, sin ella. Y las últimas, con la camiseta del trabajo, los dos igualitos, muy monos y bien pegados. También nos hizo, antes de salir del bar, sin que lo supiéramos. Nos inmortalizó en la barra, tomando un refresco en la mesa. Solo hizo falta cambiar un par de veces de escenario para tener un álbum muy apañado. Hasta yo podría creerme que éramos pareja. Y cualquiera se creería que de verdad llevábamos por lo menos tres meses juntos. Menos mal que contaba con la ayuda de Eros, que no se le escapaba ningún detalle, a mí no se me habría pasado por la cabeza hacer todo aquello.

—Tío, venga. Pon de tu parte.

Me acomodé en el sofá para escucharlo con atención. Me interesaba lo que iba a decir.

—Diría… Que me enamoré de su sonrisa —respondió con el marco entre los dedos de una mano y mirándome los labios, luego volvió a fijarse en la imagen. Yo tragué saliva como si acabara de darle un bocado a un castillo de arena —. Que nunca antes había conocido a nadie con ese color de ojos. —Levantó la cabeza y me

miró unos segundos, como si necesitara asegurarse que de verdad eran así. Se me había secado la boca y el corazón me iba demasiado rápido para estar en reposo—. El verde es mi color favorito.

—Mal, mal. Tienes que ser convincente —interrumpió Eros, yo me removí entre los cojines.

A mí me gustaba lo que oía, pero claro, teniendo en cuenta, que, estaba predispuesta genéticamente a enamorarme del aire, porque parecía haber nacido enamorada del amor, mi entusiasmo no contaba.

—Intento improvisar, tío. Si alguna vez me hubiera enamorado, pues me resultaría más sencillo. —Se dejó caer en el sillón con las piernas abiertas, con la foto descansando sobre su ombligo—. Y es que a *Yuyuls* no la puedo mirar con esos ojos, ¡joder!

Vaya, qué desilusión…

—Pues no entiendo por qué —dijo Eros.

Eso, yo tampoco lo entiendo…

—Es tan pequeñita y tan mona… —Eros giró la cabeza y se topó con mi cara de loca mientras me ponía en pie.

—¿Tú sabes que todo esto es mentira? Porque igual no te lo habíamos explicado bien. Solo necesito que tengas presente posibles respuestas a múltiples preguntas. No conozco a su prima, pero…

Ahí estaba yo en el centro del salón como si fuera invisible. *Pequeñita y mona*…

Me dieron ganas de gritarle a Thor que yo era de tamaño normal, que el problema lo tenían ellos que superaban la media.

—A ver, tanto ponernos pegas, ¿tú qué dirías? —le preguntó a Eros que enrollaba y desenrollaba los papeles con nuestras respuestas.

—Eso son tonterías. Parece mentira que te ligues cada noche a una tía diferente. ¿Qué les dices? Bueno, mejor guárdate ese secreto. —Los dos nos reímos a la vez—. ¿Nunca hiciste teatro en el colegio? Escucha: Lo nuestro fue amor a primera vista. Cuando la escuché reír por primera vez, supe que esa chica sería para mí… —sus comentarios me dejaron paralizada con una sonrisa de oreja a

oreja, como si lo que decía fuera cierto—. Buscaba excusas para coincidir. Luego continuas con un: las primeras veces, me bastaba con verla de lejos, después, ya no era suficiente. Bla, bla, bla… Si un día no coincidíamos, me volvía loco porque el tiempo pasaba muy despacio. —Thor y yo lo escuchábamos muy atentos, yo con la boca abierta y a punto de que se me cayera la baba—. Deseaba que las horas se convirtieran en segundos para poder encontrarnos. Y cuando podía tenerla entre mis brazos, me moría por poder parar el tiempo y que no se marchara… Disfrutar de su aroma… —Se me escapó un suspiro sin poder evitarlo. Él tosió, me guiñó un ojo y siguió—: Tío, luego dices que *Yuyuls* es genial, es divertida. Que te vuelve loco mirarla, que es fácil hacerla reír, que lo hace por cualquier tontería, y que el sonido de su risa te provoca cosquillas en el estómago. Que te encanta cuando se le achinan los ojos al hacerlo y que su risa es contagiosa. No sé, yo lo veo sencillo.

Si hubiera podido verme desde lejos, seguro que tendría las suelas de los zapatos flotando a un par de palmos del suelo. Qué cosas tan bonitas había dicho. No lo reconocería en alto, sin embargo, deseé que todo lo que había dicho fuera verdad.

Y, ¿por qué? Porque necesitaba a alguien así en mi vida.

—¡Hostias, tío! Casi me lo creo —respondió Thor con las cejas levantadas. Yo como ya os imaginaréis me lo había creído.

—Y… y que te encanta lo torpe que es. —Me miró, guiñó un ojo y me sacó la lengua.

—Oye, no te pases —me quejé, fingiendo que todo estaba bien y que me había dado igual todo lo que había dicho.

—¿Es mentira? Me refiero a lo de que eres torpe. Bueno, Thor, que no es complicado, solo te pido que no improvises.

Eros se acercó a mí, con los dientes clavados en el labio, mis ojos siguieron el camino de su brazo que venía directo a mi cuerpo. El corazón se puso a bailar una samba, su dedo cada vez estaba más cerca de mi cara. Sería un segundo, pero a mí me pareció una eternidad lo que tardó en rozarme. Me pasó un mechón por detrás

de la oreja, mientras yo intentaba no desmayarme. Luego, me levantó la barbilla y me obligó a mirarlo.

—No te preocupes, todo va a salir bien. Confía en mí.

En ese momento confiaba tanto, que sin hacer preguntas me habría ido a vivir con él al culo del mundo…

¡Ay!, qué tendrían los culos que tanto me habían empezado a gustar.

Escuchamos cómo se abría la puerta, un ruido de llaves y un gritito:

—¡Holis! Eoh, eoh…

Rosalina.

Capítulo 10

Mi destrucción llegaba a la vez que mi prima.

Todo estaba organizado para que fuera yo al aeropuerto y la recibiera con una sonrisa en el *hall* de llegadas internacionales. Después de mucho insistir —unas doscientas horas en videollamada — don Valentín le juró a mi madre que le prestaría el coche a Arciere para que los dos fuéramos a por Rosalina. En el último instante, Eros envió a Atenea en mi lugar.

—Rosi… —Nos abrazamos muy fuerte.

—¡Cómo te he echado de menos! Deja que te vea. ¡Madre de Dios! ¡Qué rara te veo con el pelo suelto! Pareces más rubia… Mira, yo me he cortado las puntas y me he hecho rayitos para aclararme un poco el pelo, cara a la boda —me decía con una mano sobre mi hombro y la otra agitando los mechones de la coleta.

—Estás muy guapa —le confesé sin quitar la sonrisa.

Me recordó a mí cuando llegué en septiembre con la ilusión de cambiar de vida y empezar de cero lejos de la familia. Solo esperaba que ella no viniera con las mismas intenciones. La quería mucho, pero su intensidad absorbía mi energía positiva si pasábamos mucho tiempo juntas.

Nos besamos, nos volvimos a abrazar y paró en seco cuando localizó a Thor. Fácil, porque su metro noventa y sus más de cien kilos ocupaban todo el salón.

—¿Ese es tu novio? —me susurró entre jadeos pegada a mi oreja con los dedos clavados en mi brazo.

—Ven, os presento. Thor, mi prima Rosalina. Rosalina, Thor. —Como un imán, se pegó a su torso, se puso de puntillas, como pudo, lo rodeó por el torso y le plantó dos besos pegada en su pecho. Él puso los ojos en blanco y suspiró.

—¿Thor? Juraría que tu madre dijo… —Despegó la cabeza de mi novio, apretó los labios y frunció el ceño. A mí se me aceleraron los latidos, sentí un tirón en el estómago y lo único que se me ocurrió fue dar un caderazo que la desplazó más o menos un metro a la izquierda. Cayó junto a Eros.

Él, con su sonrisa perfecta, y que parecía adelantarse a las catástrofes, en una milésima de segundos, levantó un par de veces las cejas, al mismo tiempo, logró esconder las hojas con los cuestionarios y, de un salto, alargó los brazos y con los dedos agarró por donde pudo el cuerpo de mi primita, que con mi golpe se tambaleaba a los lados.

—Tú debes ser Rosalina, la prima preferida de Juls. —le afirmó con los labios casi pegados en su cuello. Y no sé ella, pero yo sentí un extraño escalofrío por la columna.

¡Qué crack! Intuía que hizo todo eso para desviar la atención de mi prima y que no siguiera indagando en el nombre de mi novio.

Él la soltó y se apartó con disimulo, sin dejar de mirarme. Ella caminó casi sin rozar el suelo.

—¡Dios! Pero ¿de dónde los sacas? —comentó muy bajito para que solo pudiera escucharla yo.

Cuando se dio cuenta de que no bajó el volumen lo suficiente, las mejillas se le pusieron rojas de golpe y se cubrió la boca con la mano, mientras reía con disimulo.

—Y, Eros, compañero de trabajo de Thor… —Le coloqué la palma de la mano en la espalda muy suave.

Ella también parecía nerviosa por la situación, pude sentir a la velocidad que le latía el corazón. Dio un par de pasitos hacia él como

si tuviera atados los tobillos, estiró los brazos. Él le cogió de las muñecas y se dieron un beso en la mejilla.

—No me extraña que no quieras regresar a casa… —me confesó sin haberse separado de Eros—. Pero quiero que sepas que desde que te fuiste, no es lo mismo sin ti…

Se me encogió el pecho. Rosalina era lo más parecido a una hermana mayor. Éramos primas, pero nos habíamos criado juntas. Su madre murió en el parto y la mía se hizo cargo desde el minuto uno. Su padre cayó en una depresión y se sentía incapaz de criar a un bebé, además, mi abuela no habría consentido que un hombre se hiciera cargo de la educación de una niña. Mi familia querida de pensamiento del medievo… En fin, que, tras mi separación con su futuro marido y mi huida a Alicante, nos habíamos distanciado demasiado. Y desde que supe que iba a casarse con Romeo, me alejé todo lo que pude. Es que no le había mandado ni un triste mensaje para felicitarla.

—¡Juls! Dejo las maletas de Rosalina en tu cuarto. Ya hablamos luego, que llego tarde —nos informó Atenea desde el pasillo.

Como don Valentín continuaba con nosotras, no nos quedaba ninguna habitación libre, así que muy a mi pesar, debía compartir cama con mi prima.

—Espera, nos vamos contigo —le gritó Eros que le hacía una seña a Thor para que se fuera con él.

—Daos prisa. Arciere me deja en el centro de tecnificación y ya se va a currar. Llegaré a tiempo para la cena. —Mi amiga asomó la cabeza por el hueco de la puerta del salón y unos segundos más tarde, se escuchó un portazo.

—Qué maja es. Y el conductor también… —nos dijo Rosalina sin perder la ocasión para darles un beso antes de que se fueran.

Mi prima tenía razón, eran muy majos. Todos. Sin necesidad de pedírselo, Arciere se ofreció para hacer mi turno aquella noche. Insistió mucho en que me vendría bien ponerme al día con Rosalina y también, aunque él no lo dijera, sería positivo porque estaríamos

fuera de casa y no me vería obligada a tener que compartir tiempo con don Valentín.

Solo esperaba no meter la pata. Después de tanto ensayo de cómo era mi vida de mentira, en Alicante, junto al hombre de mi vida, ya no sabía distinguir lo que era real de lo inventado.

...

—¿Seguro que no quería venir con nosotras? —A Rosalina le pareció extraño que mi novio no nos acompañara, tan raro que propuso ir a la taberna para no dejarlo solo mientras trabajaba.

—Tranquila, son muy independientes —le aclaró mi amiga—. Además, con su tamaño, sale muy caro alimentarlo.

Rosalina empezó a reírse como un cerdito, no entendí muy bien qué le había hecho tanta gracia, pero era incapaz de hablar, hasta lágrimas le caían.

—Y hablando de novios —comentó Atenea, sin poder evitarlo, me tensé, miré con disimulo a ver qué cara ponía mi prima y recé para que no empezara con preguntitas indiscretas, esas que tanto le gustaba formular a mi amiga—, ¿dónde está el tuyo?

—En Verona, tenía un concierto y no podía acompañarme.

Mi prima le mostraba una foto en el móvil. Me fijé y le brillaban los ojos mientras hablaba de él. Estaba enamorada de verdad.

—¿Es tuno? No me lo puedo creer. Mira, mira, pero qué novio más guapete te has echado. —Atenea le robó el teléfono y me lo estampó en la cara—. Mira, mira qué mono… Se llamaba… ¿Romualdo?

—Calla, déjalo —le pedí entre susurros, ya iba ella a hacer uno de sus numeritos.

Con lo que me había costado evitar temas incómodos entre mi prima y yo cuando nos quedamos solas, y en un visto y no visto, mi amiga iba directa al tema.

—Noo, Romeo, Romeo Montenegro. Pero ¿es que mi prima no te ha hablado de él? —preguntó con toda la inocencia que se podía esperar en ella, ninguna.

—¿Juls? Pues ahora que lo dices, nunca lo hizo. ¿Debería?

Me agarré a la mesa, me di impulso y salí despedida hacia la pared, como si al alejarme medio metro de aquellas dos solucionase todos mis frentes abiertos.

Me puse en pie y le grité al camarero.

—Voy a ver, ahora vengo, los postres están tardando demasiado.

No quería escuchar nada de lo que dijera de Romeo y la única opción que encontré fue largarme de ahí, porque ellas iban a seguir hablando, pero Atenea me sujetó con fuerza de la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo.

—Lo que te decía —continuó mi prima—: Romeo es el ex de Juls. Cuando lo dejaron, mi tía cayó en una depresión y como lo seguía invitando a merendar todas las tardes en casa, una cosa llevó a la otra y…

—Vamos, que te lo encasquetó a ti —concluyó Atenea, yo aguanté las ganas de reír en la cara de Rosalina.

Me gustara o no ella era una víctima más de mi familia, como yo, solo que su carácter era más sumiso. Lo que me preocupaba era que estaba casi segura de que se había enamorado de él.

Iba a hacerle daño.

—Pero estamos muy enamorados… —confesó, evitando mirarme.

Confirmado.

—Sí, claro, imagino… Y él qué piensa de todo esto.

—Atenea —Necesitaba que dejara el interrogatorio y no usara sus artes persuasivas para hacerle ver a mi prima que estaba equivocada y terminara por cancelar la boda. Aunque bien pensado, es lo que se merecía mi familia, pero no Rosalina.

—¡Ay! Yo qué sé, es que me parece todo tan… tan… No sé, es raro, ¿no?

Mi prima se excusó y se fue al baño. Todo lo rápido que pude le rogué a mi amiga que parara, que por mucho que insistiera, Rosalina no iba a entender su punto de vista y, además, a ella no debería importarle.

—Te pido por favor que cuando vuelva cambies de tema. No tengo ganas de hablar de esto con mi prima y menos aquí. No

quiero saber por qué empezó a salir con… con él. Y mucho menos, cómo se prometieron y por qué.

—Solo necesito que me asegures que ya no sientes nada por él. Si lo odias a estas alturas es porque todavía sientes algo por el innombrable y tienes esperanzas. Yo creo que por eso no quieres ir a Verona, no soportas verlo. Esto tienes que superarlo o volver con él.

—¿Estás loca?

Y sí, loca estaba un rato, lo supe el primer día que la conocí, solo que desconocía que pudiera convivir con la humanidad sin que se lo notaran. Un nivel tan exagerado de locura sin necesidad de medicarse era un gran logro.

—¿Nos vamos? Me ha venido la regla y necesito ir a casa a cambiarme —nos confesó mi prima ya con el bolso colgado.

—Al menos sabemos que no han decidido casarse porque ella estuviera preñada… —comentó Atenea muy cerca de mi oído, yo le pegué un codazo, mientras le dedicaba una sonrisa monísima a mi prima.

—Vamos —les dije después de comprobar la hora en el móvil.

Cuando organizamos la cena, preparamos todo para no tener que llegar a casa antes de las once. Don Valentín, desde que estaba con nosotras, nunca se acostó más tarde de las nueve, por lo que cuando saliéramos del restaurante él ya estaría entre los brazos de Morfeo. Y como era tan madrugador, cuando nosotras nos despertáramos, él ya estaría en la iglesia. No quería que pasaran demasiado tiempo juntos.

—Tienes que contarme con todo lujo de detalles cómo es tu novio, cómo te pidió salir y si ya… —me comentó Rosalina agarrada a mi brazo mientras caminábamos por la calle de regreso a casa.

—Madre mía, deberías haber estudiado periodismo… Lo llevas en la sangre —interrumpió mi amiga.

—¡Ay! Es que es tan mono… Pero dime, entonces vosotros ya…

¿Quería saber si me había acostado con Thor? Cómo había evolucionado su forma de pensar.

—¿Follar estos dos? —preguntó Atenea con la mano en el pecho y parada en mitad de la acera.

—¿Cómo? —Rosalina se tapó la boca con las manos, cerró los ojos, los abrió, me miró, volvió a cerrarlos con fuerza y de golpe me clavó sus ojos negros en los míos verdes, a la espera de una respuesta—. Yo hablaba de besarse.

—¿De dónde ha salido esta chica? —me preguntó mi amiga con la boca pegada en mi oreja—. Bueno, me lo puedo imaginar. En fin, chicas, yo voy a acercarme a casa de una compañera para que me pase unos apuntes. Nos vemos mañana.

Le dio dos besos a mi prima, me guiñó un ojo y dobló la esquina antes de que llegáramos a nuestra calle.

—Venga, dime, porfa…

—Rosi, mañana te cuento todos los detalles, necesito dormir. Estoy agotada —le comenté a la vez que metía la llave en la cerradura del portal. Tenía prisa por perderla de vista y no verme en el compromiso de contarle detalles inventados. Estaba yo a esas horas para usar la imaginación.

—Tenemos tiempo, tranquila, de lo que no tengo tiempo es de llegar al baño, me hago mucho pis y tengo que cambiarme. Date prisa, abre —dijo muy bajito como si alguien pudiera escucharla. Se colocó las manos entre las piernas y empezó a dar saltitos.

En el fondo me daba pena. Era buena chica y muy obediente. Estaba convencida de que aceptó salir con Romeo porque mi madre le habría dicho que era su mejor opción —única— y luego se vería envuelta en una espiral de la que no supo salir y por eso estaba a punto de casarse con mi ex. Yo, un año atrás, era igual que ella, hasta que vi la luz y supe parar a tiempo.

—¡Juls! —Una voz entre las sombras provocó que lanzara las llaves por los aires y gritara como si fueran a atracarnos. Rosalina, que, sin yo saberlo, debía haber recibido clases de defensa personal, se lanzó contra la oscuridad.

—Te vas a arrepentir… —gritó mientras planeaba paralela a la acera con la parte baja del vestido, rozando el suelo. Al avanzar

unos centímetros, pude ver de quién era la silueta.

Levantó un brazo, con los dedos lo enganchó de la chaqueta, lo acercó a ella, dobló la pierna y le encajó la rodilla en sus partes nobles. No me dio tiempo a hacer nada, a él tampoco, nos habíamos quedado en *shock*.

Arciere, con todo lo largo que era, permanecía inmóvil, tirado en el suelo, con mi prima a horcajadas sobre sus caderas con el puño preparado para arrearle en toda la nariz, mientras el pobre se quejaba entre lamentos.

—Rosalina, quita, quita, mujer —le pedí sin ser capaz de separarla del cuerpo de mi amigo. No sé si había hecho ventosa contra él o es que se habían quedado encajados, la cuestión era que por más que tiraba hacia mí, no se movió, fue imposible despegarlos —. Es Arciere.

—¡Te voy a matar! —gritó, ignorando la información que acababa de darle, porque le importó bien poco estamparle el puño en el centro de su preciosa cara.

Se le había ido la cabeza del todo. ¡Qué violenta!

—Pero ¿quién es esta loca?

—Mi prima, ¿quién si no? Venga, se acabó la función. No le pegues más. Es mi amigo, el que te trajo a casa. —Me subí a su espalda porque fue la única manera que se me ocurrió para frenarla.

Cuando reaccionó, aflojó las piernas y él consiguió escapar. Le sangraba la nariz y no apartaba la mano de la zona de la bragueta. Esa faceta Terminator de mi prima la desconocía. Si luchando era casi tan buena como Atenea.

—Lo siento, de verdad que lo siento, pensé que querías atracarnos y matarnos y luego, violarnos. Me asusté.

—¿De qué hablas, Rosi? —pregunté confundida. Si no supiera que aún vivía en casa, con mis padres, habría pensado que cada dos por tres se exponía a rateros, vándalos o delincuentes.

—Pero si lo único que dije fue tu nombre —Arciere intentó encontrarle la lógica a la justificación de mi prima.

Entre las dos lo ayudamos a ponerse en pie. Entonces mi prima con poco disimulo me apartó y empezó a darle toquecitos sospechosos con toda la mano abierta por el culo. Los dos nos miramos sin entender qué estaba ocurriendo. Ella a cada manotazo lo reñía por lo sucio que llevaba el pantalón. Cuando me di cuenta de que lo que hacía era examinar la mercancía trasera de mi pobre amigo, quise rezar, pero ya no le quedaba nada más que revisar.

—¿Quieres subir a casa? —Mi intención no era que aceptara, si no, que mi prima dejara de meterle mano y él pudiera decirnos adiós.

—No, si solo vine para comentarte un tema del trabajo. Serán solo unos minutos.

Por su cara de improvisación, entendí que era una excusa para perder de vista a la desequilibrada y agresiva de mi prima.

—No hace falta que me esperes despierta. Pero lo más importante, no hagas ruido, no vayas a despertar a don Valentín. Si no duerme las horas necesarias, por la mañana no es persona. —Me lo había inventado sobre la marcha, porque lo único que podía faltarme era encontrármelo sentado en el sofá a la esperada de intercambiar opiniones de algún tema que no necesitaba tratar.

Le di las llaves para que se adelantara.

—Como quieras, si prefieres… —Negué rápido, ella me miró extrañada, como si no se fiara de lo que fuera a hacer con el pobre chico. Si lo había dejado inútil—. No tardes. Aprovecho y hablo unos minutos con Romeo.

No le contesté, no sabía qué decirle. Y Arciere era como si fuera invisible, ni hablaba ni se movía.

Los dos observamos cómo se cerraba el portal y luego, caminamos hasta el murete del final de la calle.

—¿Esta es la misma que he recogido del aeropuerto? ¿Quién lo diría? Me dijo que me agradecería el viaje, pero no pensé que se refería a intentar matarme.

Arciere cuando se lo proponía era bien gracioso. Me reí, pero le aclaré rápido que era por cómo había dicho las cosas y no de su

lamentable estado. Busqué en el bolso un paquete de pañuelos, saqué uno y se lo ofrecí para que se taponara la nariz.

—Dime —le pregunté, muy cerquita de su cara, dándole pequeños toques en la comisura del labio con un pañuelo.

Nunca había estado tan cerca de él, de él ni de nadie, salvo de mi ex. Al sentir que me observaba, noté un pequeño cosquilleo en el estómago. Muy despacio, levanté la cabeza, elevé los ojos hasta que nuestras miradas se cruzaron. Intenté controlar la respiración sin éxito, no quería que se diera cuenta de que iba acelerada, él también respiraba distinto. Me llamó la atención el color de sus ojos. Siempre había pensado que los tenía azules, azul, sin más, pero así, bajo la luz de la farola que teníamos encima, descubrí que unas pequeñas motitas negras decoraban el interior de su iris.

—He estado pensando… ¡Ay! —se quejó cuando notó la presión de mi dedo contra su herida, me temblaba un poco la mano. Se acarició el labio con la punta de la lengua y se apartó.

—Perdón, perdón —me disculpé, y los nervios me traicionaron.

Le acaricié los labios, le rocé la lengua, sin querer, lo juro. Cerró la boca e hizo un gesto extraño. Seguro que le dolía. Sin esperarlo, me sonrió.

Sentí con las yemas de los dedos que tenía los labios húmedos. Por inercia, me acaricié los míos con la lengua. Él me observaba en silencio. Al darme cuenta, temí que me salieran llamas por las mejillas. Me separé, mirando al suelo. Quería desaparecer. Qué situación tan violenta. Entonces, con los dedos apoyados en la barbilla, me levantó la cabeza y de nuevo, ahí estaban nuestros ojos frente a frente.

¿Era buen momento para besarlo?

¡Dios! Esa vena enamoradiza tenía que aprender a controlarla o a neutralizarla. No podía ir por el mundo creyendo que me moría por un tío que me prestaba atención. Igual mi amiga tenía razón y mis problemas se solucionarían ignorando la parte romántica de la vida. Pero es que…

Era tan bonito sentirse así.

—Juls, para y escucha. —Me sujetó por la muñeca y me la dejó en el aire, porque ahí estaba yo con el papelito dándole golpes como un pájaro carpintero mientras soñaba cómo sería besarnos—. Desde que me enteré que Thor se ofreció a hacerse pasar por tu novio, no me lo quito de la cabeza. Todos sabemos que no ha sido buena idea elegirlo de candidato. Ahora que te conozco un poco más y he escuchado algunas conversaciones de tu madre con don Valentín… no sé si es la mejor opción.

—Ya, pero es que todo se ha complicado. Cuando se lo pedí, porque fui yo y no él, digamos que solo tenía que hacerse un par de fotos conmigo o aparecer de manera accidental en alguna videollamada. Mi madre lo vería, le haría un par de preguntitas y tendría la excusa perfecta para no tener que asistir a la boda. Ya sabes… —Cada vez estaba más nerviosa. Enrollé un pañuelo, lo hice un churro alargado y sin decirle nada, se lo encajé en el hueco de la nariz, que hacía ya rato no le sangraba, pero necesitaba estar ocupada.

Me agarró el brazo, y con la otra mano, me tapó la boca. Yo abrí mucho los ojos y es posible, que la boca. El corazón cada vez me latía más deprisa, sentía cómo me bombeaban las sienes, el cuello, los muslos.

¿Se puede sentir el latido del corazón entre las piernas?

¡Joder!

—¿Me dejas hablar? —Asentí.

—Luego Eros respondió a la llamada, la casa ardía, salía agua por todas partes y me puse histérica y yo histérica, no filtro. —Los nervios me traicionaron y continué narrando un sinsentido de razones por las que Thor tendría que seguir fingiendo ser mi novio —. En el plan inicial mi prima no aparecía en escena. Y mi madre pensó que Eros era mi novio, lo pensó porque ella siempre piensa lo que le viene en gana y porque él, que va por libre, atendió la videollamada…

—¡Que te calles! —me pidió con una sonrisa—. Respira. ¡Joder! No he conocido a nadie con la capacidad de hablar horas y horas sin

coger aire.

Y quería hacerlo, pero no sabía. Necesitaba averiguar para qué había aparecido tan tarde en la puerta de mi casa, sin embargo, era incapaz de dejar que continuara o mejor dicho, que empezara a darme sus razones, porque a lo mejor no era lo que esperaba.

—Sinceramente, no creo que les haga gracia que salgas con un tipo así. Que quede claro que a mí Thor me cae de puta madre, pero si tu familia es tan conservadora y su obsesión es que, siguiendo con la tradición o con lo que sea que quieran que hagas, no van a querer que te cases con él. Que el objetivo sea que encuentres marido, no significa que les valga cualquiera, al menos, eso pienso… —Se pasó la mano por la frente, no supe si porque estaba nervioso, como yo, o para comprobar si tenía alguna brecha después de la paliza irracional que le había dado mi prima.

—Pero que es todo mentira —le aclaré sin dejar que siguiera hablando. Por alguna razón, necesitaba dejar claro ese punto.

—Hombre, eso creo que lo tenemos claro todos.

—¿Entonces? —no entendía adónde quería llegar.

—Sabes cómo es Thor. También, cómo eres tú… No me gustaría que te colgaras de él, porque entre vosotros nunca va a pasar nada… Al menos, nada que tenga que ver con el amor. Me refiero, quiero decir… Él nunca se va a enamorar de ti, pero tú…

Quise gritarle: «¿Qué yo, qué?», pero no pude porque me soltó un bombazo y me dejó muda. Sí, a la chica que tenía el don de hablar sin respirar durante horas…

—Yo seré tu novio.

Capítulo 11

Idiota de mí, ignoré todas las señales que me rodeaban, y me lancé a por ese beso como si estuviera en la final de la Champion y mi misión fuera impedir que marcaran de penalti.

Me removí en el borde del murete donde estábamos sentados. Abrí los brazos y me preparé para sellar su propuesta con un buen beso. Justo cuando giraba la cabeza en un ángulo casi perfecto, tuve un segundo de lucidez. Rebobiné la conversación y algo así como un chivatazo de un ser superior me hizo reaccionar antes de que Arciere descubriera cuáles eran mis intenciones.

Destensé los morritos y disimulé como si me estuviera desperezando.

Menudo bajón.

—Te refieres a que-que di-digamos que mi falso no-no-vio eres tú y no él, ¿es eso? ¿Lo dices en serio? —disimulé todo lo que pude mi desilusión, no quería morirme de la vergüenza frente a su carita magullada por haber creído que hablaba de una relación real.

—Y tan en serio. Soy romano, a tus padres les hará más gracia que sea con un italiano y no con un extranjero. En cuanto tu madre se entere de que es de Noruega, le dará mil vueltas y pensará que cuando os caséis, te irás a vivir allí con él. Y si lleva mal que estés en España, imagina estar en otro país, con otro idioma…

Me gustara o no, sus motivos tenían mucho sentido. Mi madre haría lo imposible para que Thor y yo rompiéramos.

—Se supone que habéis convencido a don Valentín de que Thor es mi novio. Lo sabe él y, a estas alturas, lo sabrá mi madre.

—¿Y? ¿Dónde está el problema? Tu madre es al único que no ha visto aún. Dijiste que vio a Eros, y luego me vio a mí con don Valentín. Tú misma. Yo no gano nada con esto. —Apretó los labios y se quitó el pañuelito que le taponaba un hueco de la nariz.

—Pero Rosalina ha conocido a Thor.

—Bueno, eso es lo de menos. Siempre puedes decirle a tu prima que te has dado cuenta de que me querías a mí… —Me guiñó un ojo y siguió hablando, mientras yo recuperaba el aliento—: Seguro que se lo cree, aunque haya querido matarme hace una hora.

Agradecí que los dos nos riéramos a la vez para destensar la situación, aunque fuera muy bajito. No eran horas de hacerlo a carcajadas en mitad de la noche, en una calle donde lo único que se escuchaba eran mis latidos y los susurros de Arciere. No quería que la cabeza de don Valentín apareciera por la ventana y nos cortara el rollo.

—¿Por qué lo haces?

Necesitaba saberlo, si él no ganaba nada, por qué ese empeño. Mi intuición me decía que había algo más que no había dicho o ¿deseaba que lo hubiera?

—Porque empezaste este plan. Plan flojito, tienes que reconocérmelo. —Me cogió la mano y me la apretó, la dejó sobre su muslo sin apartar la suya—. En el punto en el que te encuentras, dudo mucho que tu madre se conforme solo con un nombre y una foto. Querrá conocer en persona a tu futuro marido, y yo no tengo inconveniente en acompañarte. En junio sí o sí iré a casa porque me caduca el pasaporte, tengo que aprovechar para renovarlo antes del mes siguiente, porque nos marchamos al campeonato del mundo en Brasil. Incluso, si quieres, podemos pasar un fin de semana en Verona, no me viene mal. De verdad. Creo que, si me conocen, te dejarán en paz unos meses.

Su plan era perfecto. Tanto que ya me había ilusionado con esa historia. Noté un escalofrío en el costado y sonreí como una idiota.

Ya me imaginaba callejeando por Verona, cogidos de la mano, compartiendo un helado de vainilla con *stracciatella*…

No, no. Tenía que tener claro que todo era mentira. Si una de sus preocupaciones era que podría enamorarme de Thor y saldría mal parada, como se me escapara que igual con él iba de cabeza y sin frenos a caer rendida a sus pies… Saldría corriendo.

—Deja que me lo piense. ¿Vale?

Todavía tenía la mano sobre su pierna, cuando se levantó del murete, lo imité y caminamos unos metros en dirección a mi portal. Os juro que no me apetecía nada que se fuera, pero no sabía cómo retenerlo sin que se notaran mis ganas de tener compañía; la suya.

—¿Qué piensas? —me preguntó a la vez que me pasaba el brazo por encima de los hombros. Me tensé, la verdad, no me esperaba que hiciera eso y el corazón cada vez se me aceleraba más—. Si te hago una pregunta, ¿serás sincera?

Pegó la espalda a la fachada, apoyó la suela de su zapatilla y miró la hora en el móvil. Yo no hice nada porque tenía suficiente responsabilidad por controlar a mi organismo para no sufrir un colapso frente a él.

—Dime, dime —logré decir.

—Si tú ex te pidiera una segunda oportunidad… —¡Joder! ¿Qué clase de pregunta era aquella? Casi le vomito el corazón—. ¿Se la darías?

¿Se había vuelto loco? Vale que mi prima le había dado por todos lados, pero porque pensó que era un…, dejémoslo en que pensó que quería hacernos algo malo, o muy malo, sin embargo, vengarse de ella de ese modo. No sé, no me lo esperaba.

—No puedo hacerle eso a Rosalina…

Error, respuesta incorrecta. ¿Por qué? Porque le di a entender que era capaz de renunciar al amor para no perjudicar a mi prima, cuando yo ya no quería nada con él.

—¿Todavía lo quieres?

¿Se había drogado? No, sabía que no. No había tenido oportunidad. Llevábamos juntos más de dos horas y no se había

separado de mí.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Nunca nos has contado por qué lo dejaste o te dejó.

—Eso ya no importa. Sin él estoy genial. Además, parece que mi prima lo quiere.

—¿Parece? —Negó con una sonrisa torcida—. Haz lo que quieras, pero si me permites un consejo, si no lo has vuelto a ver… igual, no lo has olvidado. Si se casa con Rosalina, y luego te das cuenta de que todavía estás enamorada, ¿qué pasará?

—Nada, porque ya no lo quiero. Romeo y yo nunca fuimos compatibles. —Me di cuenta de que estaba hablando de más—. Y… a ti, ¿por qué te importa?

—Hasta que confirmes que de verdad lo has olvidado, no serás capaz de enamorarte… O sí. Deberíamos ir a Verona, os veis, descubres qué sientes y claro, qué siente él. Podemos darle celos, eso siempre funciona.

Confirmado, todo el mundo a mi alrededor se había trastornado.

—No pienso volver con él. Jamás. Igual que nunca volveré a enamorarme. No pienso romper mi promesa. Atenea tiene razón, estoy muy bien sola.

Seguía apoyado en la fachada, entonces, alargó el brazo hasta que sus dedos me rodearon la muñeca, con un tirón suave, me acercó, provocando que acabara con los codos en su torso.

El corazón me chocaba contra las costillas, el estómago me daba botes y las piernas me temblaban. Ahí, petrificada con la barbilla alzada, mirándolo como una gilipollas. De la nada, salió su otra mano y me agarró por la otra muñeca.

—Eso no puedes saberlo, el amor llega cuando menos te lo esperas y no puedes elegir de quién enamorarte. Sucede sin más —susurró contra mi boca—, y entonces, tu corazón deja de pertenecerte.

Y a mí me vino a la cabeza *el Jesusito de mi vida*. Sí, me había vuelto loca. Y en esas estaba:

…por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

¡Tómalo! Tuyo es, y mío no.

¿Porque para qué necesitaba un corazón, si había prometido no volver a enamorarme? Pues para cagarla.

—Juls…

Solo faltaba que se pusiera profundo y empezáramos a filosofar sobre el amor, en mitad de la noche, en plena calle, él con la chaqueta ensangrentada y yo muerta de frío. Yo deseando que me besara y él insistiendo en que volviera con mi ex.

—Es tarde, mañana entreno y tú estarás cansada. Piensa en lo que hemos hablado. —Me soltó las manos y me acarició la mejilla—. Por cierto, cuando «No coger. Romeo muérete» descolgó, pensó que eras tú. Si quieres saber qué me dijo, mándame un mensaje.

Capítulo 12

48 horas y diríamos «adiós» a mi prima.

Aquella tarde, cuando llegué a la taberna, me sorprendió encontrar a Rosalina al final de la barra, como si estuviera sentada en un trono improvisado esperando a ser coronada por Eros, mientras, agradecida, esparcía el eco de su risa por todo el local.

Hablaba con mi amigo, que estaba acodado en la barra, con la cara muy próxima a la boca de la traidora de Rosalina. Ella seguía riendo a carcajada limpia, él le murmuraba algo en el oído. Y en cuanto me localizó, se apartó como si mi prima quemara. O igual lo que le llegó fue mi fuego interior.

¿Qué narices hacían tan juntitos esos dos?

—¿Os molesto? —pregunté en un tono que sorprendió a los dos, incluso a mí.

Arrugaron la frente, y giraron la cabeza para taladrarme con los ojos. Aquella sincronización de movimientos me puso en alerta. Además, me cabreó lo bien que parecían llevarse.

Eros parecía nervioso, hacía gestos raros, como si tuviera un tic en la cabeza, y cuando hacía esa leve inclinación a la izquierda, pestañeaba muy rápido.

—Para nada, mujer, tú nunca molestas —me respondió Rosalina entre risas. Qué contentita se había levantado ese día. Ya no sabía si se reía de mí o es que simplemente, era corta. Guardó muy rápido unos papeles en el bolso y continuó con su charla distendida—: He

ido a hacer unas compritas de última hora y como estaba cerca de la taberna he entrado a saludar. Pensé que te encontraría, pero ya me ha dicho Eros que la puntualidad no es lo tuyo… —Carcajada de regalo.

—¡Vaya por Dios! Para tu información, vuestra, he llegado tarde, un poco tarde. —Señalé al reloj que había colgado en una de las paredes—, porque una servidora, ya vestida y lista para salir por la puerta de casa, a las siete en punto, esperaba a una prima suya… Prima que no llegaba y después de hacerle mil llamadas y enviarle ochocientos mensajes, tuvo que marcharse.

—¿Ha venido la prima Francesca?

Confirmado, Rosalina no se hacía la tonta, era tonta, muy tonta. Y a Eros debía habérsele pegado algo de su tontuna porque no paraba de poner caras y de mover a un lado la cabeza.

—Mira tu móvil, anda —le respondí para no entrar en su círculo de locura que solo me llevaría a un estado de ansiedad en el que terminaría estampándola contra la barra—. Así entenderás a qué me refería.

—Juls… —Eros susurró mi nombre con la cabeza inclinada a la izquierda.

Sin decirles nada, me dirigí al cuartito, justo detrás, entró él.

—No sabía cómo decirte que necesito hablar contigo —dijo muy bajito y rápido, mientras se colocaba justo detrás de mí.

—¿Diciéndolo? —pregunté con la llave de mi taquilla en la mano para guardar mi bolso.

—Tu prima lleva toda la tarde interrogándome… —Al escucharlo, volteé la cabeza sin bajar el brazo y con los pies anclados al suelo.

—¿Qué te ha preguntado? —La voz me salía distorsionada.

¿Por qué no me había dicho nada mi prima? Pero lo más importante, si, según él, llevaba toda la tarde en la taberna, podría haberme enviado un mensaje. No sería la primera vez.

—*Vaya, me has llamado diez veces y tengo… Solo dos mensajes. Lo tenía en silencio.* —Escuchamos a mi prima desde la barra.

Resoplé con los ojos en blanco. Tenía que relajarme o en cuanto la tuviera delante, le abriría la cabeza, aunque nadie lo entendiera.

—Quería saber cómo conociste a Thor, cuándo empezasteis a salir y qué tal os iba. Y…

—¿Qué le has dicho? —Me acerqué a él para poder hablar en un tono de voz más flojo y así evitar que pudieran escucharnos desde fuera.

Toc, toc…

—*Toc, toc, ¿quién es? Soy yo…* —La voz de mi prima nos llegó desde el otro lado mientras la puerta se abría y cerraba.

Sin esperar una respuesta, porque os prometo que los dos nos quedamos paralizados y mudos al oírla cantar aquello, Rosalina entró como un huracán. Nos separamos como si estuviéramos haciendo algo indebido.

—Tu novio está fuera. No lo hagas esperar. La reserva es para dentro de diez minutos —me informó y antes de acabar la última frase, analizó de arriba abajo a Eros

Y estaba fuera, porque mi prima había decidido organizarnos una cita sorpresa. Consideraba que pasábamos poco tiempo juntos. Y le pareció divertidísimo prepararnos una cenita romántica. Si al menos hubiera sido alejados de la civilización o en casa… me habría dado un poco igual, con despedirnos antes de empezar, listo. Pero no. Ella se acopló como si fuera una periodista del corazón en prácticas y nosotros su cheque ganador.

Después de salir del cuartito, dio un portazo.

—Eso es lo que intentaba decirte. —Eros, sin soltarme del antebrazo y pegando mi espalda a su pecho, me susurró en el oído.

—Y, ¿no era más sencillo enviarme un mensaje para que estuviera preparada y tener una excusa que sonara creíble?

—Le he dicho que hoy iba a ser imposible, pero no me preguntes cómo se las ha ingeniado, que ha convencido a Arciere, para que te cubra y ha hecho que Thor cancelara una cita.

Admiraba la capacidad de persuasión de Rosalina, porque yo tampoco pude negarme y por eso nos encontrábamos los tres

juntitos y felices sentados a una mesa en un bar de tapas, que había elegido, por su cuenta y riesgo, porque tenía muchas valoraciones positivas en Google.

Thor se había tomado demasiado en serio lo de ser mi novio. Si hasta yo me lo estaba creyendo.

Tenía su enorme mano sobre la mía, encima de la mesa, a la vista, no sabía si de todos, pero mi prima la veía en primera fila.

Cada tres minutos, segundo arriba, segundo abajo, él me comía con los ojos, con esa cara de cordero degollado que daban ganas de estrangular. Me guiñaba un ojo y me acariciaba la mejilla, mientras a mi prima se le caía la baba y sonreía como una demente. Solo le faltaba sacarse un violín del bolso y acompañar a nuestra farsa con un cutre concierto de cuerda.

—Hacéis muy buena pareja, ¿lo sabíais? —Sacó su teléfono y nos hizo una foto sin avisar—. Ya verás qué contenta se pone tu madre.

Mi madre ya había asumido que su hija había cambiado mucho y no podía someterme como antes. Cada vez que me llamaba, le colgaba. Y desde la llegada de Rosalina, no me bombardeaba a mensajes si no contestaba al teléfono, ya que contaba con la inestimable ayuda de su sobrina para estar informada acerca de cómo me iba y saber si por fin asistiría a la boda. Yo evitaba hablar con mi prima, porque se ponía muy pesada cuando sacaba el tema.

—¿No has pedido mucha comida? —le pregunté al ver que, en lugar de uno, venían dos camareros empujando unos carros con muchos platos.

Uno dejó una ración enorme de ensaladilla rusa, al lado dos de sepia a la plancha, que se había empeñado en pedir. El segundo camarero sacó una bandeja de calamares a la andaluza y dos platos con entrecot trinchado. Y ya no me molesté en ver qué más dejaban, porque a mí se me había cerrado el estómago.

—No hay tanta comida. Exagerada… —Qué don tenía para darle la vuelta a todo. Le dediqué una pequeña sonrisa falsa y dejé que continuara con su rollo—: Tenemos mucho de qué hablar y como Atenea me comentó que salía muy caro darle de comer a tu novio…

Entendí que es porque come mucho, no quiero que se quede con el estómago vacío. —Bendita memoria la de mi prima y maldita la otra, que todo lo que decía acababa volviéndose en mi contra—. Arciere me ha convencido para que celebre mi despedida de soltera.

Con disimulo, solté la mano de Thor y cogí mi vaso de agua. Fingí beber, de haber podido, lo habría hecho durante toda la cena.

Quería irme. Aquello era ridículo del todo.

¿A qué jugaba Arciere? Y, ¿cuándo habían estado juntos estos dos para que él mantuviera esa conversación? Una despedida de soltera, ¿necesitaba mi prima una?

—¡Qué majo! —susurré con los labios pegados al vaso.

—Majísimo, majísimos todos. Sabes… cuando me pidió Atenea que viniera a pasar unos días con vosotras, no estaba muy convencida. —Claro, cuando la invitó sin querer. Casi se me escapa una carcajada—. No entendía por qué tu compañera de piso me insistía tanto, si no nos conocíamos de nada —Ni tú ni yo, ni nadie con dos dedos de frente—. Al final me amenazó si no venía. Pero yo solo me negué al principio porque pensé que estarías enfadada conmigo…

—¿Yo?

—Ya sabes… por lo mío con Romi…

¿Había dicho «Romi»?

Eso era lo de menos. Lo importante ahí era que Atenea me había mentido, que la había invitado queriendo… Y lo de amenazarla… Tenía ganas de largarme para estrangular a Atenea. Y luego estaba el metomentodo de Arciere. Si tenía ganas de fiesta, que se fuera con Thor, pero ¿una despedida de soltera?

—Tranquila, *Yuyuls* te organizará la mejor de las despedidas. Seguro que no la olvidarás en la vida.

Y, ¿qué decía Thor? Todos se habían puesto de acuerdo para joderme la existencia, pero ¿no se suponía que eran mis amigos?

—¡Ay! Que te como. —Colocó las manos en el borde de la mesa, se incorporó y abrió y cerró la boca sin apartar la vista de mi novio.

—Y yo a ti —le respondió él.

¡Dios mío!, todos estaban perdiendo el poco juicio que les quedaba.

Metí la mano por debajo del mantel y busqué la de Thor para que no se le ocurriera imitar a mi prima. Entrelacé mis dedos con los suyos y las dejé sobre la mesa, a la vista de Rosalina.

—Por mi parte no hay problema. Si os queréis… ¿Quién soy yo para oponerme?

Necesitaba dejarle claro que no estaba en contra de su relación, despedida de soltera y matrimonio. Primero porque era cierto, y segundo, porque no quería dejar un resquicio de duda en su mente. Su mente de pensamiento extraño. A mí me daba igual con quién se casara Romeo. ¿Me molestaba que fuera con mi prima? Sí, pero no por los motivos que todos pudieran pensar.

—Genial. Cuando quieras, lo organizas todo, pero piensa que solo me quedan dos noches en España. Tienes que ponerte las pilas. Habla con Atenea, porque Arciere ya le ha dicho que me la tenéis que organizar vosotras. No me lo puedo creer. Voy a tener una despedida de soltera. ¡Yuju! —dio un gritito con la cabeza levantada y luego aplaudió mientras la movía a los lados.

¿Atenea estaba al tanto?

—Entendido, hablaré con ella…

Y luego la mataré. Le sacaré los hígados, los trituraré en la Thermomix y se los haré beber en uno de esos asquerosos batidos proteicos que tanto le gusta darme.

—Qué contenta estoy de haber aceptado la invitación de tu amiga, bueno, ahora, amiga mía también.

—Sí*, ella es todo amor*. Enterita.

Por favor que trajeran ya la cuenta o me clavaría la cucharilla de postre en un ojo.

—Thor, ¿entonces contamos con vosotros para la boda? —Empecé a toser como si se me hubiera quedado atascado un monumento en el centro de la garganta. Mi falso novio aprovechó para darme unos toquecitos en la espalda, y de paso, sobarme un poco, porque hasta donde llegaban mis inexistentes conocimientos

médicos, un cuerpo extraño no se instala casi en el culo, que era donde había dejado descansar la palma de su mano.

—No faltaremos.

De nuevo se me fue el agua por el otro lado, pero ninguno de los dos me prestó atención. Hablaban y yo era incapaz de entender qué decían. Desconocía si era porque me faltaba oxígeno en el cerebro, porque me ahogaba de verdad o porque iba a desmayarme por la noticia.

—Te vas a llevar genial con Romeo. Os parecéis mucho.

Esa vez me atragante solo con el aire. ¿Se había vuelto loca? O estaba ciega.

—¿Se parecen? —pregunté muy bajito.

—*Juls, clavaditos. Y a los dos les gustan las mismas cosas.*

Dudé por un segundo si su Romeo Montenegro era el mismo que el mío. O igual es que Thor no era quién decía ser, porque dudaba mucho que compartieran gustos.

—En nada lo descubriremos —respondió Thor.

Ya no pude ni toser.

—Juls, que tú todavía no lo sabes… —Como dijera que Romeo estaba detrás, esperando para darme un ramo de rosas negras, acabaría en la cárcel—. Os venís con nosotros a los Fiordos…

Los dos aplaudieron.

—Pe-perdón.

Me puse en pie y solo me dio tiempo a coger mi teléfono mientras gritaba un «¡ya vengo!», para que no me siguiera ninguno, y corrí hacia la salida del restaurante.

Quería llorar. No me entraba bien el aire y había empezado a jadear. Y una especie de calambres se me cruzaron por el ombligo. Como mi prima no saliera pronto de nuestras vidas acabaría muerta porque me explotaría el corazón o se me abriría un boquete tan grande en el estómago que terminaría desangrada.

Con los dedos temblorosos, desbloqueé la pantalla del teléfono y busqué el contacto de la lianta de Atenea.

—Por favor, esto es una emergencia, por tu padre, necesito que vengas a la ubicación que te acabo de mandar. Todo se ha descontrolado. Mi prima se ha vuelto loca y de paso le ha contagiado la locura a Thor. Ahora se cree que somos novios de verdad. Por favor, ven…

Confirmé que había enviado bien la dirección y con el corazón en la boca y las piernas tiemblan que te tiemblan, cada dos segundos, comprobaba si había escuchado mi audio. El tiempo pasaba muy lento y yo necesitaba que alguien me salvara de mi prima.

En una milésima de segundo recordé la conversación con Rosalina y pensé que igual no había sido buena idea pedirle auxilio a mi amiga, amiga que cada vez lo era más de mi prima que mía.

Lo mejor sería hacer otra llamada.

—Dime. ¿Cómo va la cenita?

—Esto se nos ha ido de las manos, llama a Thor y dile que la casa se os ha incendiado, pero por favor, apártalo de las garras de Rosalina.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué no ha pasado? Arciere ha convencido a mi prima para que Atenea y yo le organicemos su despedida de soltera…

—Bueno, una fiesta nunca viene mal. Igual no es tan mala idea salir las tres juntas y pasarlo bien…

—No lo has entendido… Bueno, da igual, olvídalo. Necesito que Thor se largue de aquí. Si con una llamada no lo conseguimos, tendrás que venir y llevártelo, aunque, sea a patadas. Si no fuera yo la novia de pega, y supiera la verdad, me habría tragado que somos novios de verdad. ¡Qué está haciendo planes de futuro!

Las carcajadas de Eros al otro lado me dejaron descolocada. ¿Qué le hacía tanta gracia?

—Ahora lo llamo. Venga, *Yuyuls*, no te agobies. —Cuando colgó, me guardé el teléfono.

Me daba miedo entrar de nuevo al salón. Cogí aire, comprobé una última vez el teléfono y con pasitos cortos, llegué hasta la mesa.

—*Amor*… —Escuchar esa palabra de la boca de Thor mientras me pasaba el brazo por la cintura, a la altura de mi culo, me provocó un mareo—. *Rosina* me ha pedido que sea testigo…

—¡Nooo! ¿Os habéis vuelto locos? —grité como si estuviera en mitad del monte y no en un restaurante rodeada de gente a la que, seguro, acababa de asustar—. Y no se llama Rosina, es Ro-sa-li-na. Y a ti que te quede muy claro que no vamos a ir a tu boda, y por supuesto, olvídate de que os acompañemos en vuestra luna de miel y… Si quieres una despedida de soltera que te la haga al que se le haya ocurrido. Deja de meterte en mi vida.

Enganché el bolso que colgaba del respaldo de la silla y sin decir nada más, corrí hasta la salida, en esa ocasión, no les dije nada. Al abrir, tropecé contra alguien que entraba. Sin levantar la cabeza, me disculpé y corrí calle abajo.

El teléfono me vibraba mientras intentaba huir de allí a cuatro por hora. Me faltaba el aliento y las ganas hasta de morirme, cuando alguien me cogió del hombro, me detuve en seco.

—¿Estás bien? —Sin esperar que respondiera, me giró y estampó contra su pecho. Sentí un gran alivio cuando noté las palmas de sus manos contra mi espalda. Sus caricias lentas parecían tranquilizarme hasta que no pude más y rompí a llorar.

Había llegado a mi límite.

Tener a mi prima a todas horas, metiendo las narices en todo, organizando, presionando, decidiendo por mí y manipulando a todos los que me rodeaban, me habían llevado al extremo. Era como si el espíritu de mi madre —viva— la hubiera poseído.

Me supo mal hablarle así, pero era eso o romperle un plato en la cabeza.

—Tienes que ser más lista. Dile que sí a todo y luego haz lo que te dé la gana. Y no te enfades con Thor, él solo intenta ayudarte…

—Es que no puedo más… Lo intento, pero… Esto me pasa por mentir. Desde el minuto uno sabía que no iba a funcionar. No entiendo cómo os he liado a todos en mis mentiras y cómo ha

terminado mi prima aquí —me quejaba entre hipidos. Llevaba una hora llora que te llora abrazada al torso de Arciere.

—Lo sé, pero por eso te insisto en que le sigas la corriente. No quieres ir a la boda, pues no vas. Que quieres ir, pues vas. ¿Dónde está el problema?

—Y, ¿por qué le has dicho que haga una despedida de soltera? No lo entiendo… —me quejé pegada a su pecho.

—Pues porque no pasa nada. Ella se va a casar igualmente, será divertido. Os vendrá bien salir de fiesta. Lo único que os ha alejado este tiempo ha sido su relación con tu ex. Es tu prima, sois familia. La familia es importante. Haya o no despedida de soltera, la boda seguirá en pie.

Lo que más rabia me daba era saber que tenía razón. Necesitaba encontrar más motivos para que entendieran que ya no podía más.

—Le ha pedido a Thor que sea testigo de su boda.

—¡Joder con tu prima!

—Y eso no es todo, no… ¿Te puedes creer que se ha empeñado en que los acompañemos por los Fiordos Noruegos en su luna de miel? Y él va y acepta…

—Por eso no te agobies, mujer… Aquí el objetivo es que crean que él es tu novio. Y con lo intensa que es tu prima, se habrá emocionado y Thor solo le estará siguiendo el rollo para ayudarte a que sea creíble.

Hablar con Arciere me relajó, hasta que sacó el tema de Romeo y lloré de nuevo.

—Igual, tienes razón —le dije mientras me secaba las lágrimas—. Una cosa, ¿cómo sabías que estábamos aquí?

—Eros me pidió que viniera. Thor tiene el teléfono apagado. Juls, ¿seguro que todo esto no te ha hecho dudar de tus sentimientos por Romeo? Sabes que yo te apoyo en lo que decidas.

—Que no siento nada por él. Tenéis que creerme…

No podía explicarle por qué no podía volver con él, por qué me molestaba tanto hablar de mi ex sin entrar en detalles. Y tenía que

convencerlo de que no era por culpa de un sentimiento bonito por el innombrable.

—*Todo saldrá bien*… —Pasó el dorso de su mano por mi mejilla muy despacio, sin apartar los ojos de mi boca.

De lo hecha polvo que estaba ni me planteé cuáles eran sus intenciones. Pero cometí el error de mirarlo a los ojos y entonces lo supe. Sentía pena por mí.

Y no pude más y se me escapó, en el peor momento, pero ya estaba dicho:

—Es bisexual…

Y lo dije como si fuera la mayor desgracia del universo o el secreto mayor codiciado.

—¿Quién es bisexual?

Y esa voz no debería sonar a mujer y menos a nadie de mi familia, pero era igualita a la de Rosalina, y es que estaba justo detrás.

Capítulo 13

¿Qué ocurrió después de mi «sutil» revelación? Contra todo pronóstico… nada.

Ella no lo escuchó, porque por mi boca jamás salieron aquellas dos palabras.

—Y, a ti, ¿se puede saber qué te ocurre? —me preguntó Atenea al entrar en casa.

—Nada, todo bien…

Me negaba a echarle en cara que desde que había llegado mi prima —invitada por ella, con toda la intención, desconocía si buena o mala—, nuestra relación había cambiado. Así que preferí callarme. No quería que pensara que había celos de por medio o que me molestaba lo bien que se llevaban todos con Rosalina.

—Aprende a mentir o te irá muy mal en esta vida. A mí no me engañas. Estás seria, cuando deberías estar feliz. Mañana será su última noche y todo ha salido bien. Tu madre ya no te llama tanto y ella no insiste una y otra vez en que tienes que ir a su boda.

—Claro, no insiste porque piensa que iré…

Obvié la parte en la que Arciere me aconsejó que le siguiera el rollo a mi prima y dejé el bolso en el perchero. En menos de una hora empezaba la fiesta.

—Tía, estás apática… Espera que te preparo un batido de proteínas con ginseng, me lo dio ayer mi entrenador para antes de

las competiciones, dice que es la leche. Y sonríe, anda. Con ese careto nos joderás la despedida.

Mientras ella entraba en la cocina, yo aproveché que mi prima todavía no había llegado para tirarme un ratito en la cama. No sabía si tenía más ganas de salir de fiesta o de ir al dentista y pedirle que me sacara las cuatro muelas de juicio sin anestesia. No me apetecía hablar con nadie. Solo estar tumbada mirando al techo.

Encima, Arciere no dejaba de enviar mensajitos extraños, ofreciéndose para escucharme si necesitaba hablar. Y todo porque le dije que Romeo era bisexual. Y lo hice porque estaba tan enfadada por la situación, que fue lo primero que se me pasó por la cabeza para que pudiera entender mis motivos y no insistiera más para que volviera con mi ex. Le llego a contar todo, y me habría metido en un programa de protección de testigos.

—*¡Madre mía! Pero ¿qué te has hecho? Estás guapísima.* —Al escuchar la voz de Atenea me levanté de un salto—. *Toma, llévaselo a tu Juls y asegúrate de que se lo beba todo. Está un poco plof y lo va a necesitar para aguantar toda la noche… Porque esta noche…*

—*¡Nos vamos de fiesta! ¡Fiesta, fiesta!* —gritaba cada vez más cerca Rosalina. Hasta que la puerta de mi habitación se abrió y no me dio tiempo a tirarme en el colchón y hacerme la dormida.

—¡Dios mío! —chillé con las manos en la boca al ver a mi prima.

—¿Te gusta? Necesitaba un cambio. Atenea dice que me queda maravilloso.

Que se fiara de la opinión de ella, que le iba a ir genial en la vida. Si yo no hubiera leído aquel cartelito en voz alta… No tendría que fingir veinticuatro horas al día delante de mi prima.

—¿Dónde está tu pelo? —pregunté horrorizada con las manos, todavía, en la boca por si chillaba que no sonara tan fuerte. Tonterías, porque la tenía a dos centímetros de mi cara, dando vueltas como una peonza para que admirara en primera fila.

Se había rapado media cabeza y de mitad hacia la frente lucía una cresta de pelo tieso en color rosa y azul. Pestañeé un par de

veces para ver si al volver a mirarla regresaba su media melena con mechitas doradas para parecer más rubia antes de la boda.

¡La boda!

Mi madre iba a matarnos. Porque claro, daría por hecho que todo había sido idea mía. Incluso, se atrevería a echarme en cara que la obligué a hacérselo para que saliera espantosa en las fotos de su boda.

—Júrame que es una peluca. —A punto estuve de agarrarle de esos cuatro pelos mal puestos y puntiagudos para comprobarlo, pero me dio miedo dejarla calva del todo.

—¿No te gusta? Es súper cómodo.

Teniendo en cuenta que se había deshecho del 90% de su pelo, no sabía si sería cómodo, pero en champú y mascarilla iba a ahorrar un rato.

—Si te gusta a ti, no se hable más.

—Y mira, el peluquero me dijo que me hacía más alta.

Al peluquero habría que sacrificarlo en la próxima luna llena.

Me di la vuelta y miré a la pared con los dientes clavados en el labio, así no diría nada de lo que más tarde pudiera arrepentirme.

—Me ha dicho Atenea que estás de bajón. —Sonaba preocupada. Sin decir nada, me di la vuelta—. ¿No estarás enfadada conmigo? El otro día… Cuando… Yo… Verás…

—No estoy enfadada contigo. Y lo del otro día…

Parecía que ninguna de las dos era capaz de dar detalles.

—Yo solo quiero que tu novio y el mío se lleven bien para que podamos hacer cositas juntas. Te echo de menos, *Yuyuls*… A veces me emociono al pensar en todo lo que podemos organizar, y por eso actúo así. ¿Me perdonas? —No me dio tiempo de responderle porque se lanzó con los brazos estirados a mi cuello, estampó su cuerpo contra el mío y me apretó con fuerza—. Si no te gustan los fiordos, podemos cambiar el destino, lo importante es la compañía…

Siempre ocurría igual. Tenía el don de hacerme sentir mal cuando me enfadaba con ella.

—Olvidado. Si tú me dices que eres feliz con Romeo y os queréis y, sobre todo, te trata bien. Yo estaré feliz por ti.

—Somos felices. Pero quiero que tú también lo seas, Juls… Es tan bonito esto del amor… —Se separó de mí y dio vueltas sobre sí misma con los brazos por encima de la cabeza, sin darse cuenta que llevaba una coctelera en la mano, y debía estar mal cerrada porque salpicaba gotitas por toda la habitación y en todas direcciones—. Uf, qué mareo. Toma, casi se me olvida. Me lo ha dado Atenea. Ha dicho que te lo tomes todo. Tienes que estar fuerte para aguantar toda la noche.

—Qué pesada se pone con esto de las proteínas y minerales… —Lo abrí sin necesidad de agitarlo, ya lo había meneado suficiente mi prima, y le di un sorbo. Puse cara de higo, me entró un escalofrío por la nuca y me ericé entera—. ¡*Qué rico*! Toma, prueba, así estaremos la dos bien *fortotas* para tu despedida. Porque esta noche…

Necesitaba tenerla distraída y que no empezara a bombardearme con preguntas incómodas y avivara su sed de saber y que se acabara la mierda esa que me había preparado la otra. Cada día me sabía peor.

—¡Fiesta! ¡Fiesta! —gritó subida en la cama sin dejar de dar botes, mientras bebía lo que quedaba de batido, porque la mitad, con tanto salto, se lo había echado por la camiseta.

¡Qué loca estaba! Y con esa cresta que le habían hecho en la peluquería, estaba muy graciosa.

—Si te tienes que duchar, date prisa. Yo solo tengo que vestirme —le comenté con un trozo de papel higiénico en la mano para cogerle el vaso y no pringarme.

—Hoy es mi despedida de soltera… ¡Yuju!

La noche prometía.

Atenea nos esperaba junto a la puerta, con las llaves en la mano y sin dejar de resoplar. La puntualidad la había inventado, según ella, su abuelo y desde antes de nacer ya era puntual. Así que, cuando quedaba con ella, siempre se ponía de los nervios.

—Hemos quedado a las nueve —nos gritó a mi prima y a mí.

—Son las nueve menos… —Rosalina le contestó, pero le tapé la boca a tiempo. No íbamos a llegar a ninguna conclusión y conforme pasaran los minutos, Atenea estaría cada vez más azul si no salíamos a la calle en ese momento. Y acabaría haciéndonos una llave que nos dejaría inmovilizadas durante horas.

Se había arreglado a conciencia, y estaba impresionante. Un top de cuero negro con tachuelas alrededor de su llamativo y voluptuoso pecho y una minúscula falda, también de cuero, tres palmos por encima de las rodillas o a medio centímetro del chochillo, era el atuendo que había elegido para aquella noche, que, según ella, era puro trámite. Sin necesidad de agacharse, se le vería el culo, pero no sería yo quién se lo dijera. Y como colofón se enfundó en unas botas de piel por encima de las rodillas en color rojo, de doce centímetros de tacón de aguja. No haría falta ir cogidas de la mano para no separarnos, porque su cabeza sobresaldría por encima de la de todos.

—Estás de *peme* —le dijo mi prima y Atenea me miró sin entender. Yo me reí.

—¿Me ha dicho «pene»? —Negué aguantando las ganas de soltar una carcajada—. Vale, entonces, ¿puedes traducir? —me pidió mi amiga. Y volví a reírme.

—Que estás de «pe eme», ya sabes… De puta madre… —le aclaré.

—Es que yo no digo palabrotas —le explicó mi prima. Y agitó la cabeza para que se le moviera la cresta de colores.

Para la ocasión, las dos nos habíamos comprado un corpiño oscuro bien ceñido, que por recomendación de mi amiga la lianta, era la forma perfecta de aumentar el pecho un par de tallas. Y qué queréis que os diga, a un aumento de tetas gratis y sin dolor, no iba a negarme y mi prima parecía que tampoco.

Como a mí eso de enseñar más carne de la cuenta no me seducía, opté por ponerme unos vaqueros, y Rosalina, que había decidido aquella noche clonarse conmigo, se puso unos también. Se

los tuve que dejar porque ella todavía vestía como yo hacía un par de meses, con vestidos largos, anchos y con floripondios, como decía Atenea.

—¡Foto! —gritó Rosalina con el brazo estirado y la pantalla del teléfono mirando a nosotras.

Cada dos pasos, fotito. Cada tres, posecita. Y a cada grito de «patata» mis ganas de colarme por una alcantarilla iban en aumento. A Atenea cada vez la notaba más tensa.

—No hagas más fotos o terminarás con el móvil en la garganta. Y no te lo meterá por la boca —le susurré sin dejar de caminar.

—Ros —Atenea la sujetó del hombro y del susto que me llevé, porque pensé que iba a lanzarla por una cuesta que teníamos a la derecha, la agarré del brazo para impedirlo y la estampé contra una farola.

—¿Te encuentras bien? —intervino Rosalina, tambaleándose por el golpe, mientras se dejaba pintar los labios en mitad de la calle. Podía hablar y tener la boca abierta a la vez.

Genial, me alegré al comprobar que no quería deshacerse de ella, solo pretendía que su boca pareciera un salchichón. Le había puesto brillo con cannabis y cayena. En lugar de labios tenía dos veronese stortinas.

—Por aquí no se va al paseo —me quejé al darme cuenta de que subíamos hacia el interior del pueblo y no nos dirigíamos en dirección a la playa.

—Cierto. —Fue lo único que escuché.

¿Cómo no me lo había imaginado? Lo de cenar en un bar del paseo y luego ir a tomar una copa, en plan tranquilo solo había sido una estrategia para sacarme de casa. No hice preguntas y me dejé llevar, como mi prima.

Antes de entrar en una de las calles que estaban detrás del centro social, Atenea sacó una pequeña petaca del interior de su bolso. Le quitó el tapón y le dio un sorbo, arrugó la nariz y tragó, luego se la pasó a mi prima, que obediente y sin preguntar qué era, la imitó y cómo no, yo hice lo mismo.

Podría haber sido cianuro y, sin saberlo, me habría unido al suicidio colectivo por miedo a preguntar. Pero ¿habría servido de algo rechazarlo?

—¡Cómo quema! —Fui la única que me quejé, pero aquello estaba malo de narices. Me ardía la tráquea.

—Hay que entrar en calor —me comentó mi amiga mientras me abofeteaba las mejillas con suavidad. Yo miraba de reojo a mi prima y no me acostumbraba a su nuevo *look* ochentero. Igual con un par de tragos más empezaría a gustarme…

No sabía qué nos había dado de beber, solo sabía que mi prima y yo no dejábamos de resoplar y de hacernos aire con las manos. No podía verme la cara, pero si era la mitad de roja que la de mi prima sería como una señal de prohibido.

—Antes de que se me olvide —Rosalina me agarró del brazo y me apartó a unos metros de Atenea, que se había parado delante de la puerta de un garaje—. Necesitaría la partida de nacimiento de Thor.

Y, eso, ¿a qué venía?

—Y, ¿cómo piensas que puedo conseguirla? Pero dime, ¿para qué necesitarías tú algo así?

—¡Abre! —Las dos giramos la cabeza hacia Atenea que hablaba sola mientras golpeaba con los nudillos en la puerta de metal.

—Adelante —nos pidió una mujer, no pude verle la cara porque la llevaba cubierta por una máscara negra con orejitas. Bajé la vista y me di cuenta que iba disfrazada de catwoman.

Pasamos por su lado, yo, sin poder apartar los ojos de una cola de gato que le colgaba entre las piernas y que daba ganas de tirar de ella. Rosalina la abrazó como si la conociera de toda la vida.

Cuando la mujer gato desapareció de mi vista, me fijé en la decoración. El interior de aquel local tenía el inconfundible sello de Atenea.

Luz tenue, una barra al fondo de la sala, llena de botellas y vasos, guirnaldas brillantes colgando del techo y alternando con lucecitas de colores. Un escenario a nuestra derecha, con una mesa

de pinchar. Y sillas distribuidas de manera aleatoria por todas partes. Y ya no sabía si sería mi mente enferma, pero juraría que por las paredes había pegados con ventosas pollones gigantes color carne.

—¿Viene alguien más? —Inocente de mí pregunté, porque todo aquello no sería solo para nosotras tres y *la gata*. La idea de ir a un bar era esa precisamente, tener gente con la que interactuar.

—Calla y ponte esto. —Me colocó una diadema que iluminó la cara de mi prima. De manera literal, cuando se acercaba a mí, se le ponía roja. Entonces, vi cómo era su diadema y me reí.

Sí, no iba a fastidiarle la despedida. Por unas horas olvidaría que no quería estar ahí. E intentaría pasármelo bien.

Antes de que pudiera hacer nada, la puerta se abrió y empezó a entrar gente disfrazada. Iban en fila, dando saltitos y cantaban algo que no llegué a entender.

Según pasaban por nuestro lado, Atenea les chocaba los cinco y entregaba la misma diadema que llevábamos nosotras. La única diferente era la de Rosalina, un pollón luminoso de más de veinte centímetros en el centro. Se le distinguía sin problema, porque la cresta se le había quedado pegada, haciendo de flequillo. Y nosotras llevábamos dos pollitas a modo cuernos.

—¿Has contratado extras? —pregunté con el ceño fruncido, intentando verles las caras por si conocía a alguna de las mujeres.

—No pensarías que íbamos a estar las tres solas. Aún no ha venido todo el mundo, pero estas son de un grupo de pilates del ayuntamiento. Las ha invitado tu prima.

—¿Estás segura?

¿De qué podría conocer a todas esas personas que se dedicaban a hacer deporte? ¿Habría estado repartiendo invitaciones en la puerta de la iglesia?

—Son compañeras de una amiga de tu madre.

—¿Mi madre tiene amigas en Alicante?

La pregunta correcta habría sido si mi madre tenía amigas, daba igual el lugar.

Había conseguido no pensar en ella durante varias horas. Sentí un tirón en el estómago y bajé las manos para masajeármelo, mientras intentaba visualizar algo agradable.

—No sé, pregúntale a ella. —Señaló a Rosalina que bebía sin respirar un líquido verde del interior de un vaso de tubo, mientras saltaba junto a una señora de casi… No supe, pero podría ser mi abuela—. Hasta hace un ratito no habían confirmado su asistencia. Tenían el bautizo del nieto de una de ellas y luego una exhibición en el polideportivo.

Según se iba llenando el local, me arrepentí de haberlo dejado en manos de Atenea. No quería imaginarme qué más le había preparado.

¿Cómo va la fiesta?

Recibí un mensaje de Eros y mientras lo leía, sonreí como una estúpida.

Levanté el teléfono y enfoqué al centro del escenario. Pulsé el botón y le envié una foto donde mi prima salía bailando con dos señoras que parecían estar pasándoselo mejor que yo.

¿Te vale esta foto para intuirlo?

Me vale, lo que no me vale es que tú no te lo estés pasando bien. Olvídate de todo y disfruta de la noche.

Lo intentaré.

Aún no le había dado a enviar, cuando me entró otro mensaje suyo.

¿Qué lleva en la cabeza tu prima?

No preguntes…

—Toma, brindemos porque pasado mañana tu prima ya no estará entre nosotras.

Atenea me dio un chupito y, sin esperármelo, lo chocó contra el suyo. Acercó los dedos a mi codo y empujó hasta que me acerqué a los labios lo que fuera que había dentro. Bebí tan rápido que, al primer contacto, no me di cuenta, pero, segundos más tarde, me ardía la garganta.

—¿Qué era? —pregunté entre tosidos.

—Toma. Brindemos.

Me quitó el primer vasito, ya vacío, y me ofreció un segundo. No me dio tiempo a decirle que con uno era suficiente. Y allí estaba yo bebe que te bebe *salfumán*.

No solo me ardía la garganta, el cuerpo entero. Cada vez tenía más calor y había empezado a sudar.

No sabría decir el tiempo que transcurrió desde el primer chupito hasta que tocaron a la puerta y todas empezaron a gritar emocionadas, como si supieran algo que yo desconocía. Rosalina seguía encima del escenario, bailaba agarrada al brazo de la señora que iba disfrazada de Catwoman. Cuando la puerta se abrió, no hizo falta girar la cabeza para saber que habían llegado invitados del género masculino.

—¡Madre mía! A este me lo pido yo —gritó una en todo mi oído como si a mí me importara su opinión.

—Sí, hombre, este *pamí,* que llevo viuda casi ocho años…

—Señor de las menopáusicas… Los gemelos son míos.

Al escuchar la última frase, noté cómo se me aceleraba el corazón y se me secaba la boca. Daba igual que tuviera la visión borrosa por tanto *salfumán* que me iba suministrando mi amiga, los vi sin problema. Como para no verlos.

En el centro de todo, como si el foco de un campo de fútbol los iluminara, encontré a Thor, Arciere, Eros y… ¿don Valentín?

Me froté tan fuerte los ojos que casi me quedo sin pestañas.

Las del grupo de pilates corrían pegadas hacía ellos como si fueran termitas.

Thor ya había empezado a bailar con una mujer que parecía ir disfrazada de Blancanieves o de cortesana. No conseguí averiguarlo. Reía y, sin soltarle la mano, daban vueltas al ritmo de Becky G. Arciere me localizó y, apartando señoras, llegó hasta mí.

—La que tenéis liada aquí… —me susurró cerca del cuello con la mano colocada en mi cintura—. Te queda muy *sexy* ese corpiño…

Sus palabras me quemaron la piel, me erizaron la nuca y me dejaron las piernas temblando. Mi reacción fue exagerada, pero no

pude evitar revolucionarme. Para disimular, me separé un poco de su cuerpo y miré cómo iba vestido.

Acostumbrada a verlos con chándal o con la camiseta de la taberna, me quedé embobada viendo lo bien que le quedaba la camisa azul, a juego con el color de sus ojos, con dos botones desabrochados, luciendo pecho y lo que parecía un pequeño tatuaje cerca de la clavícula. Tragué saliva con dificultad. Bajé muy despacio la cabeza y comprobé que se había puesto pantalones de vestir en color *beige,* y le quedaban estupendamente. Miré al techo y cogí aire.

—¿Cómo sabíais que estábamos aquí? —Me sonrió con una ceja levantada—. Cambio la pregunta: ¿Quién os ha dicho que vinierais?

—Nadie, porque nosotros hemos participado en el montaje.

—Y yo…

¿Por qué ninguno me lo había dicho?

—Rosalina forma parte del grupo, se ha ganado un huequito en nuestros corazones… Es tu prima.

Vaya por Dios.

—Y, ¿don Valentín qué pinta aquí?

—Dijo que si no estaba presente, no había despedida, y llamó a tu madre y ella estaba de acuerdo.

No me lo podía creer. ¿Me habría robado mi vida?

—Me hago pis. Ahora vengo.

Con la excusa de ir al baño, me acerqué a la barra, me puse una copa de la primera botella que encontré, abrí un refresco de limón y, cuando todavía no lo había echado entero, me mezclé a toda prisa entre la gente hasta que encontré la salida.

No supe que necesitaba aire fresco hasta que saqué la cabeza por la puerta.

—Pedazo fiesta, muchacha… —me gritó una mujer que fumaba acompañada de un par más.

—Toma, bebe —me dijo una de ella. Le enseñé mi copa para que entendiera que no era necesario, pero le dio igual. Me enchufó un vaso de tubo en los labios.

Todo el mundo se había empeñado en hacerme beber.

Igual era una señal del universo y debería hacerlo para soportar lo que estuviera por llegar.

—Bonita, tienes calor, ¿verdad?

—La verdad es que me muero de calor.

Las tres se tocaron a la altura de la cadera. Por un segundo pensé que irían a desenfundar su arma reglamentaria, dando por hecho que fueran agentes secretos infiltrados en una fiestecilla cutre de pueblo. Di un paso atrás y, al agudizar la vista, vi que me ofrecían sus abanicos. Qué majas.

Elegí uno al azar, lo abrí y comencé a darme aire con ansias. Me disculpé con todas y prometí devolvérselo cuando entrara.

Daba igual lo rápido que moviera la mano, cada vez necesitaba más aire y, a ser posible, frío, cuanto más, mejor.

Me pareció curioso que a cada giro de muñeca me daba un ligero tirón… entre las piernas.

El alcohol me sentaba mal. Muy mal. Fatal.

Tampoco había bebido tanto como para encontrarme en aquel estado. No veía nítido, me picaba la piel, tenía calor, frío y más calor. Me palpitaba no solo el corazón y desconocía el motivo. Porque en esa ocasión no había dejado olvidado en el interior de mi cuerpo ninguna bola, tampoco algún juguetito con forma fálica, geométrica o abstracta.

Lo sabía porque, cuando se instaló don Valentín en casa, me deshice de todos y cada uno de ellos muy a mi pesar. Estaban escondidos dentro del canapé, en el interior de una bolsa al vacío que, a su vez, envolví en papel *kraft* y metí en una maleta de cabina. Todo para no caer en la tentación de sacarlo solo para cinco minutitos de placer exprés.

Caminé por la acera de enfrente al local, mientras daba pequeños sorbitos a mi copa —porque estaba asquerosa y *calentuja*, pero necesitaba estar ocupada—, y, de vez en cuando, me daba aire con el abanico.

Harta de pasear calle arriba, calle abajo, me senté en el bordillo, entre dos coches.

—Deja de meterte entre ellos. —Escuché a unos metros de mí.

Me tensé cuando descubrí quiénes discutían.

—Y tú, deja de marear. ¿Dónde van esos dos? Dime —gritó Arciere, tan alto que acababa de enterarse medio barrio—. Lo único que vas a conseguir es que Juls se enamore de él, si no lo está ya. Y Thor, cuando consiga lo que le interesa, le dé una patada y la deje destrozada.

¿Hablaban de mí?

—Ja, no finjas que te importa. A mí no puedes engañarme. Y, ¿tú qué sabes lo que pasará? A Thor le interesa, y punto —respondió Eros.

—Claro, a Thor le gustan todas. Ella no se merece un tío como él a su lado —se quejó Arciere.

—Pero eso no puedes decidirlo tú.

—Y tú, sí. ¿Verdad? ¿Es que no ves que nadie se va a creer que son pareja?

—Todavía…, pero lo serán. Acabarán siéndolo —aclaró Eros.

—No si yo puedo impedirlo —le respondió Arciere.

Señor de las mujeres cotillas, haz que el corazón me lata más despacio o moriré, caliente como un ascua encendida y sin haber catado varón.

¿Por qué discutían?

¿Había bebido hasta el punto que en lugar de tener alucinaciones visuales las tenía auditivas?

—Me importa una mierda lo que pienses. Apártate de ella. —La voz de Eros cada vez sonaba más agresiva.

Nunca lo había visto perder la compostura. Ya sabéis que su segundo nombre era Paciencia…

—¿Lo vas a impedir tú? —gritó su amigo italiano, con la voz cada vez más ronca.

—Juls va a terminar con Thor. Lo sé…

—Y una mierda. Ella tiene que volver con Romeo. ¡Están destinados! Lo dicen hasta las putas estrellas. —¿Se había vuelto loco?—. Él dijo que la sigue queriendo y que hará lo que tenga que hacer para volver con Juls.

¡Ay, Señor! Y el segundo nombre de Romeo debía ser Esperanza.

Por no hablar de Arciere… Si era un digno candidato para ingresar en una secta. ¿Por qué decía esas cosas?

—Si es bisexual… —aclaró Eros en un susurro, como si fuera un secreto.

Dios mío, las noticias volaban.

Que me llevara un huracán lejos de todos. Porque cuando mi ex se enterara de que yo había difundido ese rumor… vendría a matarme.

—¿Y? No veo donde está el drama. Es bisexual. Bi, es bi, no un asesino en serie —gritaba Arciere como si por decirlo más veces o más alto, pudiera cambiarlo todo.

—Que ya te he oído. Además, ¿qué pasa con Rosalina? Se van a casar.

—No si yo puedo impedirlo.

Pero ¿qué le había dado a Arciere? ¿Por qué quería acabar con mi preciosa relación con…? Un momento, yo estaba soltera.

—¿Qué te pasa?, ¿dime? ¿Dentro de esa cabecita no hay nada? ¿Eres tan tonto que todavía no te has enterado de que no son una pareja de verdad?

¿Quién no era una pareja de verdad? Con tanto abanicarme, me había perdido un trozo muy importante de aquella movida.

¿Yo no era pareja de Thor? No, claro que no, solo me faltaba creerme mis propias mentiras. Lo sabía yo, él y todos. Entonces…

¿Estaría hablando de mi prima con Romeo? Noo, eso era imposible.

Parecía que se estaban peleando. Pero no entendía por qué lo hacían. Entonces, una tercera voz se unió a ellos.

—¡Eh!, ¿qué os pasa?

Thor.

—Dile a este imbécil que no sientes nada por Juls —le gritó Arciere.

—Venga, sé sincero y dile lo que sientes por ella —le pidió Eros.

Y ahí estaba yo a la espera de una confesión con el corazón entre las manos como si fuera un *soufflé* al que acababa de bañar en alcohol para flambear.

¡Qué tensión más tonta!

—Eh, eh, bajad la voz —les pidió mi… lo que fuera.

No contestó a la pregunta de ninguno de los dos. Me quedé con las ganas de averiguar qué opinaba sobre mí. Bueno, de cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia mí.

—¿Por qué llevas a su prima en brazos?

Me tensé y se me aceleró de nuevo el corazón. No podía levantarme y salir, porque me habrían descubierto, pero necesitaba averiguar a qué se refería con lo de llevar en brazos a mi prima.

Claro, porque en ese instante ese dato era imprescindible para perpetuar la especie humana.

—Ha bebido demasiado y Atenea me ha pedido que la deje en casa para que don Valentín no la vea.

Mi prima borracha. Lo que faltaba.

—¿Qué ha dicho Juls? —se interesó Eros.

—Nada, nadie sabe dónde está. Hace más de una hora que no sabemos nada de ella —informó Thor.

—¡Joder! Se habrá quedado encerrada en el baño.

Y antes de que pudiera reaccionar, Arciere salió corriendo por el centro de la calle en dirección al local.

—Dámela, yo me encargo —le pidió Eros—. Tú asegúrate de encontrar a su prima y de traerla a casa. Así, cuando Rosalina se despierte, verá una cara familiar y no a ninguno de nosotros. No pierdas el tiempo. Y bajo ningún concepto dejes que Juls hable con Arciere.

Capítulo14

Como era su último día en Alicante, quiso organizar una cena para reunirnos y despedirse en condiciones, al menos, eso dijo cuando lo propuso. A esas alturas, ya me esperaba cualquier locura.

Don Valentín se encargó de acompañarla para hacer las compras, desde la noche de la cena con Thor, no habíamos vuelto a hablar del tema sobre su futuro marido, y cada una iba por su cuenta. Ella fingió haberlo olvidado, y yo decidí que aquella revelación jamás existió.

Se pasó media mañana en la iglesia ayudando a su cura favorito, como había empezado a llamarlo, y luego los dos se fueron a comer juntos y comprar la comida. Él estaba más emocionado que ella, tanto que, habló con el presidente de la finca para reservar el patio comunitario y estar más cómodos que en casa.

—¿Dónde está Thor? —nos preguntó Rosalina a punto de sentarnos a la mesa—. Porque lo he visto varias veces, de lo contrario, pensaría que te lo habías inventado.

Todos me miraron sin decir nada, a la espera de una respuesta por mi parte, yo me encogí de hombros y apreté los labios como si fuera una preciosa sonrisa, incluso, pestañeé muy rápido. Me parecía ridículo que dijera eso, cuando bien que se había encargado de «conocerlo» bien.

—Anda, ya —respondió Atenea con la mano en alto—. Te puedo asegurar que existe, cuando se queda en casa, si quiero dormir, me

toca ponerme tapones.

¿Qué narices había dicho?

—¿Cómo? ¿Ronca mucho? —La inocencia de mi prima, de la cual dudaba en los últimos tiempos, salió a relucir.

—No le hagas ni caso, ya sabes lo exagerada que es y cómo le gusta inventar situaciones —la excusé cuando vi que don Valentín venía derechito para mí con el dedo tieso—. Calla o me meterás en un lío, en otro más.

El cura se acercó a mí, no recuerdo haber escuchado qué me decía, solo que me tensé, asentí y me levanté. En un rincón del patio me dio un discursito de los suyos:

—Entiendo que sois jóvenes y fogosos. —Se abanicó con la mano y miró al cielo como buscando a su jefe, mientras yo aguantaba la respiración y rezaba, sí, en momentos así, lo hacía para ver si funcionaba—. Pero sabéis de sobra que no puedo estar a favor de mantener relaciones sexuales antes del matrimonio.

—No, ni yo. Vamos, ni loca —le respondí todo lo rápido que pude. Quería que se callara, era muy violento hablar de esos temas con un cura, por muy compañero de piso mío que fuera. Además, muy a mi pesar yo no me acostaba con nadie, por lo que toda aquella bronca, sobraba—. Don Valentín, son bromas de Atenea. Usted vive en casa y sabe que los chicos se van antes de cenar. Y si trabajo, cuando ella no me puede acompañar, me dejan en el portal y ni suben.

—Que no me entere yo… Los novios tienen que respetar a sus novias y vosotras haceros respetar. Respeto, ante todo, hija. —Aguanté un resoplido, no estaba yo para tentar a la suerte, aunque no compartía sus opiniones, fingí hacerlo y todos contentos. El objetivo era que se callara, y a ser posible, ya—. Lo que deberías hacer es venir más a la iglesia, te vendrá bien…

Regresé junto a mis amigos, asesiné con la mirada a Atenea y me senté junto a Arciere.

—¿Qué quería? —me preguntó con la servilleta delante de los labios.

—Prefiero olvidarlo —le respondí sin levantar la cabeza.

—Entendido —contestó poco convencido—. Pero ¿es verdad lo que ha dicho Atenea?

—¿Tú también? —le pregunté sin mover los labios para no quitar la sonrisa que tenía mientras miraba al infinito como el que no quería la cosa.

—Me ha sorprendido, por eso te pregunto.

¿Qué les pasaba a todos? ¿Qué querían de mí?

¿Seguiría empeñado en alejarme de Thor para lanzarme en los brazos de Romeo?

La que se había obsesionado era yo. Después de escuchar aquella conversación, cada vez que Thor se me arrimaba y él estaba cerca, me ponía más nerviosa que de costumbre. Me daba miedo que se le fuera la cabeza, me cargara al hombro como si fuera un saco de patatas, saliera corriendo y no parara hasta dejarme en el felpudo de casa de Romeo.

—Parece que no sepas cómo soy. ¿Tú crees que acabaría en la cama con alguien como yo? —Elevó una ceja y frunció el ceño.

¿Por qué fingía sorpresa? La otra noche parecía estar convencido de que lo mío con Thor era imposible.

Pero como se suponía que yo no había escuchado nada, de lo que me entraron ganas fue de decirle que estuviera tranquilo, porque nunca pasaría nada, salvo que creciera un par de palmos. *Ya que era pequeñita y mona*…

—¿Por qué no? —volvió a preguntar con la servilleta entre los dedos cerca de los labios.

—A saber, qué hará cada noche por ahí… No creo que yo sea lo que busque, ni pueda darle lo que necesite… Y vamos a dejarlo, que se va a dar cuenta mi prima.

No quería hablar de esos temas con él, mas, después de su ofrecimiento desinteresado como novio falso y sus ganas de acabar con la farsa con Thor.

No sabía decir qué tipo de relación teníamos, pero intuía que no solo éramos compañeros de trabajo. Poco a poco se había ganado

un huequito en mi corazón, en realidad, los tres lo habían logrado. Y no era por ese rollo que me soltaba Atenea de que me enamoraba del aire. Habíamos llegado a un punto que ya los consideraba amigos. Amigos que estaban muy buenos y que había días que yo me levantaba flamenca y los miraba con otros ojos, pero solo para uso y disfrute privado…

Pero con Arciere era distinto.

—Como quieras, pero necesito que te olvides de seguir con ese rollo de que es tu novio, me da igual que falso. El que te conozca un poquito no se lo va a creer. Juls, ya hablaremos cuando estemos solos, pero por favor, deja de quedar con él como si fuerais pareja, me sabría fatal que acabaras e…

«¿Enamorándome?» ¿De eso se trataba? No quería que, si pasaba, luego me quedara destrozada. Eso es lo que le dijo a Eros.

—Lo sé, lo sé. Estate tranquilo —le respondí en un susurro y luego le sonreí.

No había podido dejar de darle vueltas al tema. Todo aquello provocó que me planteara cómo sería una relación con Thor, de mentira, pero cómo se vería de puertas para afuera. Llegué a la conclusión de que sería un desastre. Me caía bien, estaba buenísimo, era guapo, simpático, pero… fallaba algo en él que no me seducía.

Cuando se le ocurrió a Atenea que buscara un novio para presentárselo a mi familia, solo tenía que fingir desde el otro lado de la pantalla, o inmortalizar una instantánea para que se la pudiera enviar a mi madre. Visto así, me valía cualquier ser con apariencia masculina. Todo cambiaba si tenía que interactuar en vivo y en directo con algún miembro de los Capulín. Era complicado ver cómo cada noche que compartíamos turno, me tocaba ser testigo de cómo le metía la lengua a cada una de sus conquistas. Y hasta que Arciere no me sacó el tema, no supe que no me hacía gracia. Tenía razón, el que me conociera de verdad, no se creería esa farsa.

Y no debería importarme, pero… me molestaba.

—¿Por qué no viene? ¿Le caigo mal?

Rosalina empeñada en averiguar el motivo.

—Tenía una urgencia —le comenté mientras dejaba un paquete de servilletas de papel en el centro, junto a la panera.

—Pero ¿llegará a tiempo? No me pienso marchar sin despedirme de él.

—Llegará, llegará, la emergencia no creo que le lleve demasiado —le aclaró Atenea, que si no se callaba, reventaba—. En cuanto desatasque unas cuantas tuberías… Estará de vuelta.

—Pobrete, siempre trabajando… ¡Qué suerte hemos tenido, prima! Hombres trabajadores y responsables no abundan…

Una suerte tremenda, tanta suerte que no me la merecía. Si ella supiera…, pero parecía no querer saber.

Cuando hui del restaurante, Arciere me dijo que, después de acompañar a mi prima a casa, Thor comentó que había quedado con unas chicas de la universidad. Y todavía no había aparecido por casa.

Hasta cuando no era un novio de verdad, elegía al mujeriego. Al que si no ligaba, parecía que se le fundía el cerebro. No había día en el que no se fuera con una chica y siempre diferentes, Thor nunca repetía amante. Ya os he dicho que aquel pequeño detalle no me importó cuando se lo propuse, solo se convirtió en un problema con la llegada de mi prima. Las excusas de «está en la universidad», «tiene entrenamiento» o «trabaja todo el día», se me agotaban. Según él, le encantaba follar, era relajante y reconfortante. Y cuando estaba nervioso necesitaba hacerlo durante horas.

Hablaba de sexo con una naturalidad que después de conocerlo bien, todavía me sorprendía. En un par de semanas tenía una competición y de ahí su estado. No os lo he dicho, pero era campeón del mundo de lanzamiento de martillo.

—Venid, vamos a hacernos una foto —gritó Rosalina con el brazo pasado por el hombro de Eros, que se había sentado a su lado y no había abierto la boca en toda la noche—. Cuando esté en Verona quiero recordaros a todos.

Cada uno se levantó de su silla y nos fuimos colando alrededor de mi prima. Don Valentín se ofreció a hacer de fotógrafo, pero ella

insistió en que teníamos que salir todos juntos. Eros colocó el móvil en el centro de la mesa, comprobó que todos entrábamos en el plano, y puso el temporizador. Cuando solo quedaba un segundo, se lanzó con los brazos estirados y cara de velocidad delante de Atenea y de mí. Acabó tumbado sobre nuestros muslos, y, por último, dejó caer la cabeza sobre los de Rosalina.

—¡Tío! —se quejó mi amiga.

—Animal —le grité con las manos colocadas en su espalda para alejarlo de mi estómago, que casi me lo revienta.

—Me haces cosquillitas —dijo entre risitas mi prima, que aprovechó para despeinarlo y sobarlo un poco.

Imaginad cómo salimos en la foto. Yo con cara de estreñida mientras intentaba protegerme, Atenea con el cuello estirado y los ojos achinados y mi prima con la lengua fuera y los ojos en blanco. Don Valentín de espaldas, Eros estupendo y maravilloso como si llevara horas ensayando el posado y Arciere, en una esquina, mirándome fijamente.

Todos empezamos a recoger la mesa. Era tarde y la velada había llegado a su fin. Solo dejamos las copas, Atenea insistió en que hasta que no las acabáramos no podíamos retirarlas porque daba mala suerte. Ella y sus mentiras supersticiosas…

—Juls, lo he pensado y no acepto que no estés el día de mi boda. Te quiero a mi lado.

Rosalina parecía no darse por vencida.

—Ya lo veremos, aún te quedan meses por delante, pero te prometo que intentaré estar allí.

Para qué decirle lo que de verdad pensaba, no iba a servir de mucho, por lo que seguí el consejo de Arciere. De lo contrario, ella se echaría a llorar, le iba el drama más que a mí, yo me uniría a sus lágrimas, porque si ella era la número dos en la familia —la uno era mi madre—, yo era la tres. Y todos los presentes se pondrían de su parte y me harían sentir mal, pero seguiría pensando lo mismo. Rosalina se marcharía y yo me quedaría con ellos, aguantando sus razones por las que no perderme la boda de mi prima.

—¿Lo dices en serio? Ya verás qué contento se pone Romeo cuando se lo diga. Se muere de ganas por verte. —Noté un tirón en el estómago a la vez que se me cortó la respiración un par de segunditos. Los suficientes para que me agobiara, pero no tanto como para acabar cianótica y montar un espectáculo—. Él te quiere mucho, ¿sabes?

—Bueno, eso es lo de menos, con que te quiera a ti, es más que suficiente —intervino Atenea, sin soltar la bolsa de basura que acababa de cerrar.

—Lo he pasado genial, chicos, ha sido el mejor año de mi vida.

Ella y sus exageraciones, porque solo habían pasado siete días, aunque para mí sí fue la vida entera. Pero oye, me despedía sin remordimientos. Venimos de una familia muy intensa y ella era el ejemplo perfecto.

—A la próxima, te quedas más tiempo —le propuso Eros, que mejor habría sido que continuara con la boca cerrada.

—¿A la próxima? —preguntamos Atenea y yo a la vez. A nuestro amigo se le había ido la cabeza del todo. Cómo se notaba que él no había tenido que aguantarla las veinticuatro horas.

—A la próxima te vienes con Romeo.

¡Venga ya!

¿Arciere era idiota? Lo era.

Me dieron ganas de decirle que a la próxima los instalaría yo personalmente en su casa y a la hora de dormir a ver cómo se apañaban.

—Sois geniales, chicos. Necesito un favor, solo uno, pero de cada uno de vosotros. ¿Me lo concederéis? —Cuando parecía que ya salía del patio para ir al baño, se giró, entrelazó los dedos y dio unos saltitos sin dejar de mover a los lados los hombros.

—Y, ahora, ¿qué narices piensa pedir? —le susurré a mi amiga que era la única que sabía el verdadero drama que había vivido esa última semana.

Todos la mirábamos muy atentos, yo tensa, un poco más y podría haber pedido trabajo de farola. Rosalina se colocó donde

había estado sentada durante la cena, cogió su copa y la levantó. Se humedeció los labios, me miró, sonrió y bebió un par de segundos. Don Valentín llenó nuestras copas, hasta que terminó la botella, y cuando todos teníamos vino, las levantamos para brindar a la vez. Yo poco convencida, no tenía demasiado claro por qué brindaríamos y mi intuición me gritaba que no hiciera preguntas.

—Estáis todos invitados… —no me lo podía creer. Había invitado a todos a su boda, y yo sería la única que no estaría presente—: Tatatachán… Este finde nos vamos todos a Verona.

A mí se me cayó la copa de la mano, el vino salió disparado a mi cara, a la camiseta, a las manos de Eros, al pecho de Atenea… a los ojos del cura.

—Don Valentín, usted, por supuesto, también. —Se limpiaba los ojos como si en lugar de retirarse el vino fueran lágrimas de sangre, lo que emocionó muchísimo a mi prima—. Es más, lo he hablado con mi prometido y los dos queremos, si usted está de acuerdo, que nos case.

El cura flotaba de la alegría que acababa de darle mi prima. Con la pena que tenía el pobre de que cada vez había menos matrimonios y que su papel en la iglesia del pueblo no tenía demasiado sentido. Su única emoción era enterarse de que algún hermano había muerto y así poder celebrar, aunque fuera un entierro.

Una vez calmados todos —yo no—, nos explicó que había hablado con mi madre. Qué raro que la mujer no apareciera en escena, aunque, solo fuera de palabra. Y había fletado un avión, ella siempre haciendo alarde de su posición económica, mientras tenía a su única hija de trabajo en trabajo para sobrevivir.

El motivo del precipitado viaje era para celebrar en familia la pedida de mano de la metomentodo de Rosalina con el innombrable y… como sabían que me negaría, también aprovecharían para celebrar el cumpleaños de mi «anciano» padre. Sesenta que cumplía el hombre, y estaba estupendo, pero alegaron que igual era el último.

—Así, tan precipitado —me quejé, sin apartar los ojos de Atenea, sabía que entendería que necesitaba apoyo para anular aquella locura de viaje en grupo.

Como parecía ignorarme, estaba demasiado entretenida haciendo planes aburridos con mi prima, busqué auxilio en Arciere, que sonreía y comentaba con don Valentín lo bien que lo íbamos a pasar comiendo *gelattos* frente al Arena.

—¿Ninguno va a decir nada? —Clavé los ojos en Eros, al menos él no hablaba con nadie, no estaba buscando qué hacer en mi ciudad y tampoco se reía. Bien, ahí supe que él me apoyaría.

—Yo no creo que pueda ir y Juls…

No hubo forma de que acabara la frase, mi prima sacó el brazo y le tapó la boca. Tal cual. Eros con los ojos muy abiertos me miró, yo negué, sabía que lo había intentado.

—Yo no puedo faltar a la taberna.

Ni caso.

Deseé que me cayera un rayo y me partiera en dos. Al menos tendría una excusa para la que no asistir a la boda, aunque sí regresaría a Verona. Supuse que pedirían mi repatriación.

Y en mitad de esas gilipolleces, Thor hizo acto de presencia, sin avisar, con el pelo recogido en un moño coleta despeluchado, con el cinturón rojo de cuero que usaba para sus entrenamientos y todo sudado.

Creo que al verlo, jadeé del impacto que me provocó su entrada.

—Perdonad el retraso, tuve trabajo y he tenido que entrenar para poder tener libre el fin de semana…

¿Era una broma? Una broma de mal gusto.

—¡Bien! —gritó mi prima que todavía tenía la mano puesta en la boca de Eros. Lo liberó y fue dando botes hasta saltar sobre el que ella pensaba era mi novio—. Sabía que Odín os daría libre a todos. Todos. Me habéis hecho la mujer más feliz del planeta.

Y a mí la más desgraciada.

—Venga, todo el mundo a hacer las maletas. Nos vamos mañana.

Capítulo 15

Por lo visto, para mi prima, un fin de semana constaba de cinco días, porque era miércoles e íbamos todos camino del aeropuerto del Altet con la vuelta prevista para el lunes por la tarde.

A Rosalina, en algún momento entre cantemos el *Vamos de paseo* y el «venga una foto todos con la maleta en la cabeza», se le escapó que la señora Capulín patrocinaba aquel viaje sin sentido porque había encontrado un paquete vacacional a un precio tan ridículo que se vio obligada a cogerlo. Sacó billetes para todos. Don Valentín, Eros, Arciere, Atenea, Thor y hasta Odín.

Os preguntaréis qué pintaba ese señor de compañero de viaje nuestro, ¿verdad? Porque yo desde que me había enterado que venía, no dejaba de hacerme esa pregunta.

—Que hayas decidido ir de moderna no quiere decir que sea lo correcto. Este señor tiene que estar presente —comentó, mientras se colocaba bien la peluca que había decidido ponerse para que nadie —mis padres— descubriera que solo tenía una cresta de pelo.

—No digas nada, por favor. No ahora —susurré, con los dientes apretados.

—Juls, cambia la cara, no es raro que tu futuro suegro nos acompañe.

Vamos, en coma profundo acababa de quedarme. Más dormida que si me hubiera tragado una caja entera de orfidales mezclados con el vino de Odín.

—¡Hombre, benditos los ojos! —me dijo mi madre nada más vernos bajar del furgón que había contratado para que nos recogieran del aeropuerto—. Mi chica guapa…

Y no, no me decía a mí. Alargó los brazos y estrujó a mi prima, mientras ponía cara de acelga a mi paso y movía los deditos de la mano según pasábamos el resto por debajo del arco de piedra para llegar a la entrada de casa.

—Tía, luego hablamos. Tengo muchísimas cosas que contarte. Estoy atacada —chilló Rosalina y empezó a dar saltitos, alejándose hacia la calle—. Ya los tienes en casita, ahora me voy que tengo pelu.

El servicio salió para recoger nuestras maletas y subirlas a las habitaciones, que habría asignado mi madre.

—¡Bienvenidos a mi hogar! ¡Los Capulín os agradecen de corazón vuestra visita! —Se golpeó cuatro veces el pecho—. Ahora me voy con mi amigo don Valentín a la iglesia, pero a la noche os atenderé como os merecéis.

Cuando parecía que ya se iba, se dio la vuelta y se acercó a mí.

—Menos mal que tu prima piensa en mí… De no haber sido por ella, no habría conocido a tu novio antes de la boda. —Miró por encima de mi hombro en dirección a los chicos y como despedida me regaló un pellizco en la mejilla.

Mi madre un dechado de cariño y dulzura.

Fui la última en entrar al salón. Les pedí que me acompañaran a la primera planta para decirles dónde estaban sus cuartos.

Seguro que habían dejado las puertas abiertas y solo había que mirar dónde estaba cada maleta.

Y antes de despedirnos, Eros se acercó a Thor y a mí.

—Ahora atentos de no meter la pata. Hemos llegado hasta aquí y todo va a salir bien. De lo único que te tienes que preocupar es de no perderla de vista y siempre que haya gente delante, sé cariñoso con ella. ¿Entendido? —Los dos asentimos.

—Tranquilo, todo controlado —le dijo él y sin que me lo esperara, me pasó el brazo por el hombro y me pegó a su pecho.

Daba pasitos cortos sin despegarme, miraba a todos lados, el corazón me bombeaba con fuerza y las piernas me temblaban. No sabía a quién iba a encontrarme, y con «quién» me refería a mi ex. Esperaba estar equivocada, pero no podía sacarme de la cabeza que igual mi madre o mi prima lo podían haber invitado para que me recibiera con los brazos muy abiertos…

Desde ese momento solo deseaba que fuera lunes para pisar territorio español, sola, alejada de los Capulín. A salvo.

Atenea y yo compartíamos habitación, la mía. Podríamos hablar con tranquilidad y descansar sin tener que estar, como en la última semana, con un ojo abierto toda la noche.

—Me encantan las vistas desde tu balcón —me dijo asomada, mirando al patio interior.

A mi padre le encantaba encargarse del jardín. Las paredes rojizas estaban cubiertas por enredaderas y los zócalos apenas se veían porque estaba obsesionado con las flores, no podría decir la de macetas que rodeaban el patio. Claveles, rosas, jardineras con margaritas… y de lado a lado cruzaban guirnaldas de luces de colores.

—La verdad es que sí. —Me faltaba el aire, y no sabía qué hacer ni qué decir para calmarme.

Verla ahí, asomada, mirando hacia abajo, me trajo muchos recuerdos con el innombrable. La de horas que había estado fuera, aunque lloviera, escuchándolo cantarme serenatas vestido de tuno.

—¿Estás bien? Relájate, todo saldrá bien. El lunes por la noche nos reiremos de estos días y serás libre.

—Creo que no voy a bajar a cenar. Va a ser una locura. No me preguntes por qué, pero algo me dice que todo se va a ir a la mierda de un momento a otro.

Cuando me acerqué para cerrar la puerta del balcón, vi que habían puesto mesas redondas en el patio, aquello no tenía pinta de ser solo una cena familiar.

—No digas tonterías, si no vas, sería peor que dejar una granada sin anilla dentro de la sopa. ¿Has pensado qué ocurrirá si dejas solos

a los chicos junto a las Capulín del lado oscuro? No sé, te lo digo por si lo habías pasado por alto.

Tenía razón, aun así, se me habían quitado las ganas de todo.

—Y si decimos que nos vamos a cenar por ahí, diré que quiero enseñaros Verona.

—No va a colar. Además, yo de ti vigilaría a tu querida e inocente primita… —La miré sin entender a qué se refería—. Algo se nos escapa de las manos, pero la veo demasiado obsesionada con Thor.

—Tranquila, ella es así de intensa. Solo quiere hacerle la pelota porque piensa que se convertirá en su cuñado.

—Bueno, aún estás a tiempo, yo creo que deberías aceptar la propuesta de Arciere. No me mires así.

Ya me había puesto nerviosa. Abrí mi maleta, la dejé en el suelo, luego descorrí la puerta del armario, saqué perchas, me arrodillé junto a la maleta. Dejé las manos sobre la ropa y miré a la pared de enfrente.

—Ya no se puede. Rosalina le habrá dicho a mis padres y a todo el mundo, y con todo el mundo ya sabes a quién me refiero… Que Thor será testigo de la boda y que hacemos muy buena pareja. Bueno, ya sabes el resto.

Sin que me lo esperara, y menos viniendo de mi amiga, se levantó del colchón, estiró los brazos y me atrajo a su pecho. Me apretó con fuerza un buen rato.

—¿Me estás abrazando?

—Sé que llevo meses diciéndote que no puedes enamorarte, que no te conviene una relación seria, que te enamoras de una mosca si te hace cosquillas, pero si sientes algo por Arciere…

—¿Qué dices? ¿Se te ha despresurizado el cerebro con el vuelo? —le pregunté a la vez que me separaba de ella—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga?

—Hablo en serio, muy en serio. Es buen tío y yo creo que siente algo por ti… Igual, es buen momento para darle una oportunidad.

¿Era buen momento?

Hace un par de años lo habría sido, sin embargo, en esa época de mi vida tenía un lío impresionante en la cabeza y en el corazón. No quería emocionarme, y volverme loca con la estúpida idea de empezar una relación por el simple hecho de no estar sola. Había aprendido que hacerlo así, no funcionaba.

Mi amiga tenía razón —a veces— y no era necesario tener pareja para realizarte como mujer. Sonreí al comprobar lo madura que había pisado Verona, justo cuando tocaron a la puerta. Las dos nos miramos en silencio y ahí dejamos esa especie de conversación extraña y mis comeduras de coco.

—¿Se puede? —La cabeza de mi padre asomó por el hueco. Sonreí y corrí hasta él.

Nos abrazamos fuerte y me dejé besar en la mejilla. Aunque nuestra relación nunca fue demasiado buena y nos llevábamos bastante mal, porque no pensaba como ellos, lo había echado de menos.

—¡Hola! Ya tenía ganas yo de ponerte cara —le dijo a mi amiga.

Si mi madre estaba harta de verla cuando hacía videollamadas o hablar por teléfono cuando se aburría, mi padre siempre fue más distante y despreocupado que ella. No se conocían.

—Lo mismo digo —le contestó Atenea mientras le estrechaba la mano—. Ahora nos vemos, voy bajando.

Cuando nos quedamos solos, lo único que me preguntó es si estaba preparada para regresar a casa, solo sonreí porque no era momento de discutir con él y sabía que no llegaríamos a nada. Lo mejor era bajar para reunirnos con el resto.

—Estoy deseando conocer a tu novio y mantener una charla con él —me dijo cuando todavía me quedaba un pie en el último escalón.

Como ya le había explicado a Atenea, no podía cambiar de novio a esas alturas del juego, porque Rosalina les habría enseñado hasta fotos. Y no pude ni planteármelo porque lo teníamos delante.

En otra cosa no sabía, pero en obediencia, un diez. Tan en serio se había tomado las palabras de Eros que cada vez que me cruzaba en su campo de visión, me asaltaba. Se deshacía en halagos hacia

mí, a voz en grito, para que todos lo escucharan. Y como veníamos de culturas diferentes a la hora de airear sus muestras excesivas de cariño le daba igual delante de quién fuera. Por lo que no se planteó que igual, no era bonito para un padre italiano, con mente del siglo pasado que me levantara por los aires y hasta acercarme a su pecho para besuquearme.

—Bájame, porfa —le susurré todavía pegada a sus labios.

Sentí cómo me subía un fogonazo a las mejillas y se me aceleraba el pulso. Nunca había imaginado que nuestro primer beso sería en casa de mis padres y con él presente. Mi padre que parecía Papá Pitufo por el tono azulado tan logrado que le cubría el rostro no abrió la boca.

Eros, orgulloso de su creación, sonreía y asentía en una esquina del recibidor. Me guiñó un ojo. Al menos, él no me intentaba hacer cambiar de opinión y se había volcado muchísimo en conseguir que todos creyeran que Thor era mi novio.

Intenté olvidar la conversación entre él y Arciere la noche de la despedida de soltera, porque no iba a aclarar nada y estaba segura de que la interpreté mal por culpa del alcohol que corría por mis venas.

—Chicos, chicos, un poco de decoro —nos pidió don Valentín.

Atenea reía a carcajadas, mi prima daba palmitas y decía «yuju» y yo me daba aire en la cara. Arciere le dijo algo en el oído a Thor, mientras mi madre nos gritaba para que fuéramos saliendo porque la comida se enfriaba.

—*Amor*, vamos a la mesa, que no quiero que tu madre se enfade conmigo. Esta noche seguimos la fiesta en tu cama…

Si alguien —mi padre o mi madre o los dos— lo había escuchado, acababa de quedarme huérfana.

Capítulo 16

Una vez sentados a la mesa, y después de que don Valentín hiciera los honores y bendijera la mesa, mi madre, con una sonrisa que solo usaba cuando había visitas, le sirvió a su marido lo que ella consideró oportuno.

—¿Italiano? —preguntó mi padre, apuntando a Thor con el tenedor. Este negó con las cejas levantadas y cara de incógnita.

Se notaba a la legua que era extranjero, vamos, que no tenía pinta de italiano y mucho menos de español. Quise pensar que el hombre pretendía iniciar una conversación no demasiado complicada y no que intentara vacilar a su futuro yerno de mentira, después del bochorno que le había hecho pasar al presenciar el beso.

—¿Griego? —continuó mi madre, como si estuviera participando en un concurso de la tele y apenas le quedara tiempo para dar con la respuesta correcta y llevarse el bote ganador.

—¿Griego? ¿Por qué dices griego? —indagó mi padre, olvidándose de Thor y comenzando una conversación alternativa en su realidad paralela.

—Ni idea, es que como Julieta no suelta prenda, me veo en la obligación de investigar por mi cuenta. Y ¿por qué te quejas? Si tú has dicho italiano y a la legua se ve que ese chico es de todo menos de aquí. Parece mentira que el veronés seas tú. ¡Madre mía del Señor!

Qué manera más ridícula de mentir. Si ya se habría encargado de conseguir hasta su número de identificación fiscal. Y el de todos. ¡Menuda era ella!

—El griego soy yo. —Eros levantó la mano para que lo localizaran bien en la mesa.

—¿Ese es el novio? —susurró mi padre con las cejas alzadas. Seguiría impactado por el beso y no le encontraría sentido a nada.

—Pues espero que no… Aunque ahora que lo dices… — Se agarró al borde de la mesa y se inclinó un poco en dirección a Eros —, pinta de muy cristiano no tiene, pero claro, el otro tampoco. No quiero ni preguntar de dónde los ha sacado… ¿Te acuerdas cuando de pequeña recogía de la calle…?

—Noruego, señora —le aclaró Thor, mientras yo le levantaba el brazo para que lo vieran bien y dejaran de divagar delante de los invitados.

Porque mi madre ya iba cuesta abajo y sin frenos a airear mis obsesiones de pequeñita y tenía toda la pinta de comenzar con una oleada de insultos subliminales, muy señora de Capulín.

—¡Vaya por Dios! Entonces, ¿he soñado que tu novio era de aquí?

Y por arte de magia, en ese instante, recordé las palabras de Arciere el visionario: «No les hará gracia que sea de Noruega» y

empecé a entender por dónde iba todo. Solo querían dejar claro delante de todos los presentes que no estaban a favor de la relación de su hija con un extranjero.

Yo cada vez estaba más tensa. Atenea me miraba, aguantando las ganas de reír. Y yo sufría con el estómago encogido porque la conocía demasiado bien y sabía que de un momento a otro la iba a liar.

Pero cuando escuché una tos y comprobé que era Arciere, temblé. Cerré los ojos y negué con la cabeza, solo faltaría que se pusiera en pie y les dijera a todos —a mi madre—, que no lo había soñado porque él era mi novio y también era italiano.

Si lo hacía, tendría que clavarme el cuchillo de untar quesito en el pecho.

—Lo habrás soñado… —comentó mi padre mientras pinchaba un trocito de tortilla de patata—. Parece que en esta mesa no hay ningún joven italiano…

—No, para nada, ese soy yo, de Roma —gritó Arciere desde la otra punta de la mesa.

Y yo no me desvanecí porque necesitaba escuchar o, mejor dicho, no escuchar otra confesión falsa.

—Entiendo que sabías que uno de los chicos era de aquí, no que fuera su novio, ¿verdad? —mi padre no se enteraba de nada y cuando creía haber entendido un poco, sucedía algo y volvía al punto de partida con su ignorancia intacta.

Rosalina cogió una cucharilla, levantó la copa y empezó a darle golpecitos para que todos le prestáramos atención. A mi madre le brillaban los ojos y miraba a mi prima con auténtica devoción. En

muchas ocasiones me pregunté si no desearía que fuera ella su hija biológica y yo la sobrina huérfana de madre, porque siempre, siempre, besaba el suelo por el que pisaba mi prima. Igual tenía algo que ver que siempre, siempre, insisto en lo de siempre, hacía lo que se le pedía sin cuestionar el porqué, jamás protestaba, aunque no le pareciera bien y todas sus decisiones eran las de mi madre en boca suya. Por eso estaba convencida de que aquel noviazgo olía a imposición.

—Tío, yo te explico. —Se me tensó el estómago, se me cerró la garganta y miré con angustia a Atenea, que estaba al lado de Eros. Una explicación de Rosalina podría compararse a un suicidio en grupo—. Tu yerno es de Noruega, es fontanero y trabaja de camarero. Pero eso no es todo, también es campeón del mundo de lanzamiento de martillo. Un *crack* súper potente.

Mis padres se miraron con los ojos abiertos y los labios apretados. No se movían ni decían nada. Confirmado: Se habían criogenizado a la vez.

Ni que les hubieran dicho que me había quedado embarazada de Lucifer…

—Entonces, el señor del vino es pariente del noruego, ¿es así? —Por fin reaccionaron los dos a la vez.

Después de la confesión de mi prima, el cerebro de mi madre debió unir las piezas que le faltaban para averiguar por qué había venido con nosotros Odín. Y su cara se arrugó mucho más. Mi falso suegro era un señor de pocas palabras, las justas y necesarias, ni más ni menos. Un punto a favor de mi tranquilidad mental era que

no hablaba italiano y apenas el castellano, por lo que la comunicación entre ellos iba a ser aún menos fluida. Bien.

—Sí, mamá. Es su padre. —Decidí intervenir para que todo fuera mucho más creíble.

Le arrancó la servilleta a don Valentín y empezó a hacerse aire. Entonces, Thor se sintió más novio mío que nunca y me plantó un morreo. Un pedazo morreo que sentí como si fuera la primera vez que me daban uno. Me metió la lengua hasta el riñón izquierdo. Escuché cómo caía un cubierto, el ruido de cristales al chocar, un par de toses y alguien que se ahogaba. Me separé como si su saliva me hubiera provocado quemaduras de primer grado, me tapé la boca con el dorso de la mano y me quedé quieta. Igual nadie se acordaba de mí. Pero reconozco que besaba de escándalo; se notaba la práctica diaria.

Me seguía faltando el aire y es que se me había olvidado cómo respirar.

—Don Valentín, ¿podría pedirle al *noruego* que no toque más de lo necesario a mi hija? O directamente, que ni la roce. —Alto y claro se escuchó a mi madre.

Alguien me dio una patada en la espinilla, grité, todos me miraron, imposible pasar desapercibida con el alarido que había soltado. Me agaché y metí la cabeza debajo del mantel para frotarme la pierna. Y entonces vi cómo Eros movía el pie y, en esa ocasión, le dio a Thor, que ni se inmutó. Al levantarme, me pegué con el borde de la mesa en la nuca.

—Hija, ¿vas a dejar de moverte? Menudos modales, parece mentira… —Con la mano al final del nacimiento del pelo y la otra por

debajo de la rodilla, la miré y le dediqué una sonrisa con los labios apretados—. Entonces necesitaremos un intérprete para hablar de la boda con el padre.

—Creo que ya lo he pillado. Empiezo a entender, ¿los griegos no han venido? —se interesó mi padre.

—Los griegos estamos aquí. Somos nosotros —Atenea se metió en la conversación con ansiedad. Levantó su mano junto con la de Eros y empezó a moverlas de un lado a otro para que mi madre les hiciera caso, pero a ella no parecía interesarle demasiado.

Tanto se movieron que volcaron una botella de vino sobre el mantel. Rosalina empezó a gritar como si le hubiera caído aceite hirviendo y Odín se lanzó sobre la mesa para evitar que hiciera efecto dominó y tumbara las otras cuatro que le habían colocado delante de su plato; ya sabéis que las malas lenguas decían que jamás comía.

—Qué lío, nena, en lugar de haberte ido a Alicante a estudiar parece que trabajes en la ONU.

—Pues parece que lo de Grecia lo has soñado, cariño —le dijo mi madre, con la yema del dedo pegada a los labios y el ceño fruncido.

Algo no le cuadraba.

—Que sí, que los griegos, concretamente de Atenas, estamos aquí —se manifestó mi amiga, esa vez sin agitar sus enormes brazos.

—No lo habría imaginado nunca —aclaró mi padre—, hablas perfectamente castellano, tanto o mejor que mi mujer.

A mi madre no le sentaron demasiado bien las palabras de mi padre y le pegó un codazo en el costado. Atenea le explicó que sus

padres hablaban diez idiomas y se los enseñaron el día que nació.

—Menudo orgullo. Deportista, intelectual y guapa —concluyó mi padre, al que sus palabras le costaron un nuevo codazo.

Una vez recuperados, Rosalina empezó a narrar sus aventuras en Alicante, mientras todos la escuchaban atentos, mi familia, porque nosotros nos hacíamos señas y murmurábamos a espaldas de los del otro lado de la mesa.

—Juls, ¿os queda mucho de los cursillos? —nos interrumpió mi madre.

Thor cada vez que escuchaba su voz, debía recordar que tenía que demostrar que éramos novios, porque en ese instante, me agarró la mano con fuerza, y para que se viera bien cuánto me quería, me pasó el brazo por el hombro, lo dejó caer hasta que se me durmió medio cuerpo.

—Juls… —Confirmado. Porque mi madre no había terminado la frase cuando volvió a pegar sus labios a los míos. En mitad de un beso en el que solo movía la lengua él, yo estaba acojonada, mi madre volvió a llamarme, esa vez a gritos—: ¡¿Estás sorda?!

—Dime —respondí con la palma de la mano empujando el estómago de Thor para que se apartara un poco, pero él me acariciaba la mejilla y me miraba como si estuviera borracho.

No entendía muy bien su comportamiento, igual quería que lo odiaran y me dijeran que no querían para mí a ese ejemplar con sobredosis de testosterona, porque no podía entender ese empeño por besarme, sobarme y casi lamerme.

—Abre —me pidió con el tenedor lleno de lechuga, tanto había pinchado, que apenas podía ver a Eros que estaba sentado enfrente;

y ya os dije que era de un tamaño extra grande.

—Odio la ensalada —me quejé y luego, obediente, abrí la boca. Mi madre no nos quitaba ojo.

Aguanté la respiración con los trozos en la boca, a la espera de que nadie me mirara y poder escupir con disimulo sobre la servilleta, pero no hubo suerte. Mis padres me observaban atentos.

—Algo bueno tiene, hace que coma sano —le susurró mi padre a mi madre y esta asintió, aunque su cara no decía lo mismo—. Aunque tú sigas empeñada en que nadie será mejor que el otro…

Nunca superaron mi ruptura con Romeo, pero no entendía que a esas alturas, con mi prima con un pie en el altar, siguieran dándole vueltas al tema.

—Visto así… El traje de novia le quedará mejor. De todas formas, una cosa te voy a decir: yo veo que ha vuelto muy sueltita de Alicante. Y, ¿te has fijado cómo va vestida? Solo espero que no esté pidiendo limosna ahora que le hemos retirado la asignación y que vaya a por ropa donada. Esto con Romeo no pasaba…

Jamás lo superarán.

—Cariño, vamos a darle un voto de confianza. En nada acabará el cursillo ese de leer novelitas rosas y regresará a Verona para casarse.

El corazón me salió disparado por la oreja, no recuerdo cuál, porque me fijé en cómo rebotaba contra las cabezas de todos hasta que acabó en dentro de la copa de mi madre. «Un cursillo», mi máster de recursos literarios, con el que estaba encantada, y que había costaba un riñón y todavía no había acabado de pagar todos los plazos…

—Ahora vengo —nos susurró Eros, haciéndome sonreír y olvidarme por una milésima de segundo de mis padres—. Voy al baño.

—Yo estoy muy preocupada… Don Valentín es muy blando y por mucho que me jure cada noche que la tiene controlada, yo no puedo fiarme de la palabra de un cura que lleva descosido un trozo del bajo de la sotana. —Mi padre no decía nada y la escuchaba atento. Don Valentín debía de estar enterándose de todo porque estaba a la derecha de mi madre y sordo no era—. Si fue capaz de cancelar el compromiso con el hijo de los Montenegro cuando conocíamos todos sus movimientos… —hablaba entre susurros chillones sin importarle los sentimientos de los demás—. Igual hasta nos da una alegría y deja al extranjero errante ese, que parece que no tiene ni oficio ni beneficio.

Antes de que Eros entrara en la casa, lo miré concentrada para ver si conseguía conectar mi cerebro con el suyo sin necesidad de ponerme a gritar y volvía a la mesa. Necesitaba que alguno llamara la atención de mis padres y cerraran la boca durante años. Me guiñó un ojo y en dos zancadas, se sentó.

—¡Joder! Pero tú, ¿no te habías ido a cagar? —le preguntó Atenea sin pudor alguno. Mi madre se santiguó como si fuera la única humana capaz de comer sin ir al baño.

—¿Y esto qué es? —preguntó él, señalando uno de los platos que había en el centro, ignorando a nuestra amiga.

—Pastissada veronesa —respondió mi madre a toda prisa para que nadie le quitara protagonismo. E inflando el pecho como si estuviera presentando la gala de los Oscar empezó con su informe

culinario—: Es típica de aquí, pero yo la hago con jamón york porque es más suave y más *perrifiendi*, de eso que ahora se lleva mucho cuando eres amiga de los animales.

—¿*Petfriendly*? —interrumpió Atenea, pero mi madre la ignoró.

—De pequeña tenía un caballo que se llamaba Romerales y desde entonces, conejo y caballo no como. Me dan penita.

—Claro —saltó mi amiga, desde el otro extremo de la mesa, con ese tonito de diosa griega lista para acabar con unos cuantos mortales por diversión—, porque los cerditos no tienen alma, ¿no?

Mi madre puso los ojos en blanco y no le contestó, pero porque nos quedamos todos amarillos.

—Un momento. ¡Que nadie se mueva! —mi padre, levantando la mano como si fuera a lanzarnos una granada, empezó a gritar. Todos pegamos la espalda contra la silla. Thor me agarró con fuerza de la muñeca—: ¡Que nadie coma todavía! Con tanto lío de nacionalidades… ¿Hay algún musulmán en la mesa?

Hubo un silencio eterno. Lo único que movíamos eran los ojos y para comprobar que todos seguíamos con vida. Mis padres nunca se han caracterizado por ser una pareja convencional, pero desde que los conocía, veintidós años, nunca se habían dejado ver en público sin las máscaras.

—Ahora que lo dices, cariño… —añadió mi madre, con cara de «se me acaba de ocurrir»—. Thor, ¿ya has elegido a los padrinos?

Al escuchar sus palabras, me atraganté con un trozo de pastissada. Se me quedó atravesada en algún rincón entre la garganta y el cerebro. De puro pánico.

Pensar y respirar al mismo tiempo se me había complicado. Podría haberle pedido ayuda a Thor, pero se había quedado inservible, parecía una escultura de mármol. Eros hablaba al oído de Atenea y ella se daba con la mano en la frente. Rosalina había abandonado la mesa, por lo que mi muerte era inminente.

Al girarme roja cereza para pedir ayuda, con el dedo apuntándome al cuello, comprobé que Thor estaba verde.

Íbamos a necesitar dos médicos, uno para mí, que a ese paso necesitaría una traqueotomía y él para que le enchufaran las palas para una RCP.

«¿Padrinos?», «¿padrinos?», todos se hacían la misma pregunta.

—¿Padrinos? —logré decir a la vez que escupía por los aires el trozo de pastel asesino y caía dentro de la copa de don Valentín.

—Para el bautizo, hija. ¿Para qué si no? —intervino justo él con una calma que daba miedo—. Que mañana muere… —«O igual ahora mismito», pensé—, al menos no se quedará vagando por el Limbo.

—¿¡Quién va a morirse mañana!? —preguntó mi padre algo preocupado.

—¡Thor, hombre! —aclaró don Valentín, como si fuera evidente —. Según mis fuentes, no está bautizado. Y todo el mundo sabe que no hay matrimonio si no has recibido el primer sacramento. Lo hablamos con Arciere. Y para agilizarlo todo, él mismo se ofreció como padrino. Y Rosalina, que es un amor caído del cielo, será la madrina.

No podía cerrar la boca, os lo juro.

Mi prima sonreía como si acabaran de coronarla Miss Universo y movía la muñeca para saludar, mientras regresaba a la mesa. Arciere tenía el ceño fruncido y no apartaba los ojos de mí. Parecía tan sorprendido como yo.

Entonces…

—¡Dios existe! Podré ver en primera fila el culo del noruego. —Saltó Atenea sin dejar de gritar con la copa en alto como si estuviera haciendo un brindis por todos los culos del mundo—. Ya lo visualizo.

—¡¿Qué visualizas?! —chilló mi madre con un grito de hiena herida, agarrando con fuerza la mano de mi padre—. ¿Pretendes que el novio de mi hija se desnude en la iglesia?

—Qué culpa tendré yo de que lo vayáis a bautizar ya con pelos en los…

—¡*Atenea*! —dije su nombre tan alto que me provoqué una especie de esguince en la tráquea—. Por si no lo sabías, en el bautismo cristiano todos vamos vestidos. Todos. Para tu información, el ortodoxo es el que se sumerge al niño sin ropa…

Sin pretenderlo, acababa de dejar a todos con la boca abierta después de aportar mi sabiduría religiosa. Que lo sabía porque no hacía mucho habíamos visto un documental en clase, pero a ojos de mis padres y de don Valentín quedé como una entendida en la materia.

—Padre, ¿el bautismo se celebrará antes o después de la… de la pedida? —preguntó mi madre, a un volumen de voz importante y lo tenía a su lado.

—Yo lo veo muy precipitado —interrumpió Eros, al que ignoraron.

—Mañana, que se bautice mañana —gritaba mi prima a la vez que golpeaba la mesa con los puños.

—Si todos estáis de acuerdo, no tengo inconveniente en bautizarlo antes de los postres…

Agarré con fuerza el muslo de Thor, que a mi contacto se contrajo.

—¿Sabes que no tienes que bautizarte de verdad? Porque lo nuestro sigue siendo mentira, ¿no? —le susurré bien pegada a su hombro, con la mano delante de la boca para taparme los labios. Desconocía si mi madre había hecho algún cursillo acelerado de lectura profesional de labios.

—Soy ateo, tranquila. Ya me explicó bien Rosalina y no me parece mal. Si tengo que bautizarme por ti, lo haré sin problema.

Venga, puñetazo en todo el corazón… Era evidente que se nos había ido de las manos.

—Luego hablamos, pero no te dejes echar agua por la cabeza bajo ningún concepto.

Y entonces, no sé por qué lo hice, pero cogí la copa de vino tinto y me la eché por la cara. Como era invisible, nadie dijo nada.

Mi madre se levantó y empezó a dar palmadas al aire para que todos le prestaran atención. Qué larga se me estaba haciendo la cena y cómo olía a vino reseco.

—Bien, ha quedado claro que nadie tiene que desnudarse, ¿es así? —preguntó mi madre con los ojos clavados en mi amiga—. Entonces, pasemos al postre.

A mí lo único que me había quedado claro es que estaba rodeada de perturbados de distintos niveles, pero ninguno en su sano juicio. Y también que tendría que hablar muy en serio con Arciere para que me explicara de qué iba todo ese jueguecito de convencer del bautismo a su amigo.

—Bueno, Thor, alégrate de que no son judíos —soltó Atenea que le daba igual que yo estuviera a punto de trepar por la enredadera hasta el balcón de mi dormitorio para segundos después, lanzarme desde el murete—. Porque a la circuncisión no me quedaría por muy tentada que estuviera de verte el salmón….

Mi prima se levantó, dio una palmada en el aire y todos giramos la cabeza.

—Chicos, venga, nos vamos.

Ni me planteé adónde nos íbamos, tenía tantas ganas de desaparecer del jardín de mi casa, que ni pregunté. Mientras, los demás se fueron levantando.

—¿Cómo que os vais? Pero si mañana… —interrumpió mi madre a la vez que se ponía en pie.

—Mañana nada, tía —le respondió mi prima, que, con poco disimulo, colocó la palma sobre el hombro de mi madre, y la obligó a sentarse de nuevo.

—Y, ¿Romeo? —preguntó con los ojos clavados en los míos para ver mi reacción.

Por fin decía alto y claro el nombre del innombrable.

Aguanté como una campeona sin mover un solo músculo de la cara, no iba a darle esa satisfacción. Thor me volvió a besar.

—Luego se nos unirá.

¡Genial!

El plan diabólico de música, baile, calor, alcohol, oscuridad…, no les gustó demasiado a mis padres, pero don Valentín, que la tenía en el bolsillo, aunque llevara la sotana descosida, le dijo que éramos

jóvenes y responsables, que nos veía a diario y respondía por nosotros.

Y antes de llegar a la discoteca, mi prima exigió una parada para coger fuerzas.

Capítulo 17

—Tenéis que probaros estos vestidos. Venga. —Rosalina iba y venía por el cuarto como si quisiera decirme algo y no se atreviera.

Igual era mi imaginación, la falta de sueño o los delirios después de una noche de resaca en la que a partir de las tres de la madrugada no recordaba nada y no tenía ni idea de qué hora sería, pero el cielo estaba azulito y despejado.

—¿Vestidos? —pregunté con la almohada cubriéndome la cabeza entera—. Atenea, ¿qué dice mi prima?

Palmeé el colchón para darle un meneo y que me contestara, pero no la encontré, al darme la vuelta, tropecé con su culo, le di un pellizco, y ni se movió. Rosalina seguía dando vueltas, cada vez más rápido y a mí sus movimientos descontrolados me habían empezado a generar angustia. Tenía unas ganas locas de vomitar.

—¿Puedes parar de moverte de un lado a otro? Solo un par de minutitos, cuando me espabile ya nos explicas de qué va todo. Esta está en otro mundo y te aseguro que tiene muy mal despertar. —Metí el brazo por dentro de las sábanas para hacerle cosquillas, me daba rabia que siguiera dormida y yo tuviera que aguantar a mi prima.

No tenía demasiado claro dónde estaban los pies ni la cabeza. Era como un bicho-bola gigante. Dejé caer el brazo sobre su cuerpo. Cuando noté algo que no debería tener mi amiga, más que nada porque era mujer y aquel *cacharro* descomunal era incompatible con

el aparato reproductor femenino. Y hasta donde me llegaba el recuerdo, no trajo ninguno de los vibradores que me dio el de la entrevista, entrevista que nunca hice, pero me dediqué a fondo para saber qué se comercializaba en mis tiempos.

A lo que iba, por muy realistas que fueran, y mi poca experiencia inspeccionando penes, eso que tenía entre mis dedos era sin lugar a dudas una polla, no sabía si como una olla, pero grande era un rato. A más presión de mis dedos, más grande se hacía.

Solté la *olla* como el que se desprende de una brasa incandescente cuando se endureció mucho más a mi contacto. Subí los brazos y agarré con las manos temblorosas los bordes de la sábana, de lo fuerte que lo hacía, tenía los nudillos blancos. Cogí aire y valor y levanté un poco para mirar en el interior.

El corazón se me había vuelto loco. Late que late, ahí como un kamikaze camino de inmolarse.

Dios mío, ¿a quién había metido en mi cama? Y, ¿por qué mierdas alguien me había robado los pantalones del pijama mientras dormía? Al menos, conservaba las bragas…

Me incorporé tan rápido que vi estrellitas y todo me daba vueltas. Tardé unos segundos en recuperarme. Saqué los pies e intenté salir de entre las sábanas. Se me enredaron en los tobillos y me fui de boca contra el suelo. Solo me dio tiempo a cerrar las manos y ponérmelas en la cara para que el golpe no fuera tan fuerte.

—Juls, mira que eres torpe —me dijo sin preocuparse de mi estado, lamentable, sea dicho de paso. Sentía cómo me bombeaban las sienes.

No podía sacarme de la cabeza la imagen de hacía unos segundos y la sensación de tener entre mis dedos, por primera vez en toda mi vida, un pollón desconocido.

El ruido de lo que parecía una cremallera, logró sacarme de mis pensamientos, al girar la cabeza, me topé con una especie de abrigo de pelo verde botella, que ocultaba el cuerpo de mi prima. ¿De qué iba a disfrazarse? Y ¿por qué?

—Este es para tu madre, luego se lo llevaré. Pero en serio, necesito que os los probéis. Tengo que comprobar que no me he equivocado en las medidas. Llamé a la modista para decírselas, así, a ojo. Todo tiene que salir perfecto.

—Déjalos ahí, ahora, cuando sea persona, te juro por lo más sagrado que nos los probamos.

Necesitaba que se largara cuanto antes, no podía descubrir que el bulto sospechoso no era mi amiga y, ya que estábamos, la más interesada en conocer su identidad era yo. Nunca había dormido en compañía masculina y no recordaba cómo había acabado en mi dormitorio. Y me corría prisa por localizar mis pantalones y a Atenea. Verona no era demasiado grande y tampoco peligrosa, pero si no conocías la ciudad era otra historia.

—¿De qué habla? —Un susurro lejano de mi amiga, me pareció que la voz salía de debajo del colchón, me tranquilizó. Al menos se encontraba en la habitación.

—Serán los vestidos para la pedida de hoy —le respondí en el mismo tono, esperando que solo me escuchara ella—. Tiene que largarse de aquí, ya. He dormido sin pantalones. Me va a dar un infarto. Y… hay un tío en mi cama.

—Pues cuando te enteres de que debajo hay otro…

—Calla un rato, no salgas y no lo sabrá. Con el de arriba tenemos bastante.

¿Había dicho «otro»? ¿Otro, qué?

Apreté la espalda contra el suelo y cerré los ojos. Mi prima no se callaba y yo no podía descifrar las palabras de mi amiga.

—Como todo ha sido muy precipitado, he creído conveniente que sería más adecuado facilitaros la ropa y olvidarme de si traías el atuendo adecuado.

—Creo que no me has entendido —volvió a hablar Atenea.

Mi prima ajena a mi drama, continuaba diciendo, para mí, una tontería tras otra, tenía que buscar una excusa, algo para que se fuera. Si hubiera tenido mi teléfono cerca, le habría pedido a alguno

de los chicos que la llamaran, pero no recordaba qué hice con él. Igual estaba sin batería.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir? Haz que se largue, ya. Si no quieres salir en los periódicos o acabar en el calabozo, que se pire.

¡Claro que lo había entendido! Solo que me negaba a aceptarlo. ¿Me había montado un trío? ¿Había participado en una orgía?

El dolor que sentía en el pecho era mucho menor que el de las rodillas y el de los dedos de los pies, sin embargo, muchísimo más preocupante. Os juro que pensaba que me iba a explotar el corazón cuando vi que mi prima venía directa para arrancar la colcha.

—Ya me decís. —Debió arrepentirse, se giró, abrió la puerta y con un portazo desapareció.

Solté todo el aire justo cuando mi amiga salió de debajo de la cama. Tenía un aspecto horrible, no se le veía la cara, se la tapaba la melena enredada que le caía por encima. Iba en sujetador y tanga.

—¡Joder! No veía el momento de que se largara. Ayúdame.

—¿Ayudarte yo? —le pregunté con la cabeza por encima del colchón.

—Sal del rincón y ven aquí, así entenderás a qué me refiero.

Y no me hizo falta preguntar más, porque según me levantaba y me colocaba en el centro de la cama, vi que arrastraba por los tobillos un cuerpo.

—Pe-pe-pero, pe-pe-pe-pero, pe…

—Respira, coge aire y baja a ayudarme, parece que no, pero pesa un quintal.

Me froté la cara un par de veces, negué con los ojos cerrados y al abrirlos, ahí, a mis pies estaba el cuerpo inerte de…

¿Ese era mi ex?

—¿Te lo has cargado? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Quién lo ha puesto ahí debajo?

—Yo alucino contigo. De verdad. ¿No recuerdas nada?

¿De qué hablaba? ¿Cómo iba a recordar lo que sucedió anoche? Si cuando una persona no recibe oxígeno en el cerebro no puede

pensar con coherencia. Y eso es lo que me sucedía, que había dejado de coger aire e iba derechita a una muerte segura

En cuanto llegara mi madre nos encontraría más fríos que un salmón de los que pescaba Thor y más tiesos que el dedo de San Expedito, que en alguna ocasión nombró don Valentín y nunca había visto. A lo tonto acabaríamos como los de la novela de Shakespeare. Y encima, sin estar enamorados. Qué tristeza más grande.

Que lo odiara, que me negara a estar presente en su boda con mi prima, no significaba que me alegrara de su muerte, y mucho menos que hubiera encargado que acabaran con él. Y si no quería ir a su boda, mucho menos a su entierro.

—Me voy a desmayar. Dime, ¿qué tengo que recordar? Y date prisa porque estoy a nada de morir y si con un muerto no puedes, imagina con dos.

Estaba desquiciada, quería gritar, pero aguanté las ganas para no dar pie a que mis padres entrasen y tener que explicarles algo que no tenía explicación.

¡Qué impotencia sentía!, dudaba de mis actos de la noche anterior. No sabía qué era peor, si confirmar que encargué el asesinato de Romeo o que me hubiera montado un trío con él y…

Y recordé al del pollón *pernoctador,* todavía sin identificar, y tiré con fuerza de la colcha. Cuando lo destapé, me caí de culo al suelo.

—Romeo, despierta, hombre —le pedía mi amiga sin dejar de darle tortazos.

Si le quedaba un hilo de aliento, con esas hostias, se lo cargaría antes de que nos descubriera alguien.

—¡Ay, Atenea! Mátame, déjame saltar por el balcón… Olvídate de él y atiéndeme a mí. Mira, mira…

Y no pude enseñarle, porque vi cómo el pomo de la puerta de mi cuarto empezaba a bajar. A cámara lenta.

Me quedé traspuesta mirando a la maldita manivela, incapaz de pensar, de moverme. De nada.

Necesitaba reaccionar. Muerta no conseguiría tapar la polla tiesa que estaba pegada a un cuerpo enorme que descansaba —y rezaba

para que no fuera para siempre—, en mi colchón viscoelástica.

La puerta se abrió.

Me puse en pie, con la sábana enredada todavía en los tobillos. Y como si estuviera haciendo una carrera de sacos, dando saltitos, llegué al centro del dormitorio. Perdí el equilibrio y acabé con la cabeza metida en la bragueta de Thor.

Los dos terminamos en el suelo.

—¡Joder! Menos mal que os encuentro —comentó como si no se hubiera dado cuenta de dónde tenía mi coronilla. Me apartó sin más, se puso en pie y fue a cerrar.

Yo me aparté unos mechones que me molestaban en la cara, logré la posición vertical, y cuando estaba a mi lado, le estampé la mano en el pecho.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunté como si su obligación fuera estar conmigo. Igual así habría evitado que Arciere acabara donde no debía.

—¿Alguien piensa ayudarme? —se quejó Atenea con los dedos alrededor del tobillo de Romeo que reposaba sobre su muslo.

—¡Vaya! Me decís que no me vaya con ninguna tía mientras estemos en Verona y llegáis vosotras y os los montáis la primera noche —dijo mientras abría mi armario, movía las perchas sin importarle que fuera cayendo la ropa colgada y me lanzó una camiseta, luego buscó en el primer cajón y siguió con sus lanzamientos, aunque no fueran martillos.

Me agaché para recuperar los pantalones que acababa de tirar. Os juro que no sabía si ir al baño y olvidarme de las «visitas» o quedarme y esperar a que se me parara el corazón rodeada de público, que esas cosas siempre son más dramáticas si tienes espectadores.

Mientras pensaba qué hacer, Thor ayudó a mi amiga a dejar sobre el colchón, junto a Arciere, a mi ex.

—Ahora en serio, ¿de verdad que no recuerdas nada? —insistió mi amiga.

—¿Qué tendría que recordar? Lo único que sé es que tenemos que probarnos los vestidos que ha dejado mi prima, y si no lo hacemos, nos matará.

—Olvida la ropa, nos va a matar igualmente cuando descubra que tenemos escondido a su difunto prometido, bueno, muy escondido no… ¿Crees que deberíamos deshacernos de él antes de que lo descubra? —le preguntó a Thor que se había sentado en la cama y se sujetaba la cabeza con las manos.

Alucinaba con la poca sensibilidad de mi amiga, pero tenía razón, algo teníamos que hacer antes de que volviera Rosalina.

—Tenemos que salir de aquí —nos comunicó él, se levantó y se acercó al cabecero de la cama—. No perdáis el tiempo. Coged.

Unos pasos acompañados de risas y cánticos nos sorprendieron mientras arrastrábamos el primer cuerpo.

Alguien iba a entrar en mi dormitorio. Los tres nos miramos con los ojos muy abiertos. Thor reaccionó antes que nosotras. Y gracias a su fuerza sobrehumana, se agachó entre las dos, pasó sus enormes brazos por debajo del cuello y piernas de Romeo y lo levantó a pulso, como el que lleva una cestita con flores, y corrió hasta esconderse en el baño.

Atenea, más rápida que yo, enganchó una de las fundas negras que había dejado mi prima en la habitación y se encerró con mi falso novio y mi ex.

Yo me quedé paralizada al ver cómo Arciere, que seguía inconsciente, rodaba por el colchón… y caía entre el hueco de mi cama y la puerta del balcón.

No tenía escapatoria. La puerta se abría a cámara lenta. Las costillas me *latían* tan fuerte contra el corazón que ya no distinguía las partes de mi cuerpo. El aire apenas me entraba, y las manos y las piernas me temblaban desacompasadas.

Justo cuando la voz de Rosalina y su pie cruzaban el umbral de mi cuarto, lancé sobre Arciere —y su torpedo— la funda negra para ocultarlos.

—Traigo los zapatos… —Con un par en cada mano se quedó en el centro de la habitación, miraba como si buscara algo o a alguien.

Tragué saliva con esfuerzo, se me había secado la boca.

Cogí las sábanas y tapé la funda como pude para cubrirle los pies a Arciere que, al ser tan largo, le sobresalían.

—Oye, Juls… —A Rosalina le temblaba la voz, se acercó a mi cama, se sentó en el borde y agachó la cabeza. Dejó los zapatos a sus pies y me miró en silencio.

¿Estaba llorando?

—¿Qué te pasa? —Necesitaba fingir tranquilidad, una que hacía meses me había abandonado, qué rápido me latía el corazón. Si hasta se me movía el pecho.

—He hecho algo horrible… —Su voz sonaba extraña, pero no me atreví a interrumpirla, porque parecía que quería seguir contándome —. Muy horrible.

¿Habría matado ella a Romeo?

—¿Tú? No me lo creo. —Me lo creía, solo que no quería saberlo.

—Tengo que ir a confesarme, pero no sé si seré capaz de… ¡Ay, Juls! Soy la peor persona del mundo. Y el arrepentimiento a estas alturas de la mañana no sirve de mucho.

Cuando iba a preguntarle qué había ocurrido, Arciere decidió volver a la vida y se levantó tan rápido que la funda con el vestido salió despedida a nuestro lado. Rosalina dio un bote, se puso en pie, miró al suelo y luego a mí. Yo no sabía cómo explicarle qué hacía mi amigo en la habitación, y encima, con todos sus tesoros al descubierto. Además, no tenía ni la menor idea de cómo habíamos acabado juntos en mi cuarto y me faltaban neuronas para inventarme algo convincente.

—Dime que no es quién creo que es… —preguntó con las manos tapándose la cara y mirando entre los dedos.

—No es quién crees. Un momento, ¿quién crees que es?

—Tía, anoche te morreaste con el arquero —me susurró con la boca pegada en mi oreja—. Y…

El corazón se me aceleró, el estómago se me retorcía una y otra vez y las rodillas apenas me sujetaban en pie.

¿Me besé con Arciere? ¿Mi prima nos vio? ¡Qué fuerte! Un momento tan glorioso y no lo recordaba. ¿Debería aprovechar para confesarle que había cambiado de pretendiente?

Un fogonazo se me instaló en la cara. Me ardían la piel. Me clavé los dientes en el labio, miré al suelo, al techo, a cualquier parte, menos a mi prima. No podía y no quería que fuera verdad.

—Y, tú, ¿qué has hecho para necesitar una confesión? —Necesitaba desviar su atención, mientras me llegaban los recuerdos de qué ocurrió y por qué nos besamos.

Arciere había vuelto a perder el conocimiento, ninguna de las dos hicimos nada para confirmar cómo se encontraba, nos olvidamos de su presencia.

—Bebí, bailé…

¡Madre mía! Si ella necesitaba confesarse por eso, yo debería ir haciendo las maletas para instalarme en el infierno. ¡Qué exagerada era!

Me agarró con fuerza de la muñeca y me obligó a sentarme a su lado. Por su estado, algún dato importante me faltaba para entender qué le ocurría.

—¡*Y una mierda! No pensará la loca de tu prima que vaya disfrazada con esta porquería, ¿no? Además, ¿a nosotras qué cojones nos importa la pedida de esos dos? ¿Volantes? ¿Quién en su sano juicio manda poner volantes por todas partes en un vestido? ¿Es que vamos a la feria de Sevilla?*

Los gritos de mi amiga provocaron que mi prima no siguiera contándome, además, la información que pregonó sin pudor alguno, me puso en una situación complicada.

Los gustos de mi prima no se caracterizaban por ser la diseñadora de la década, bueno, ni del día, pero era su pedida y habría elegido algo clásico y muy recatado para acompañarla, y pensaría que añadiendo volantitos sería más juvenil. Pobre, no era necesario insultarla a ella…

—¡Oh! —se quejó con la mano estampada en el pecho—. Yo solo quería…

—Ni caso, está abrumada por todo. El alcohol le sienta fatal —intenté justificar las palabras de Atenea, que pensó estaríamos solas —. A ella la sacas de sus maillots de entrenamiento y la descolocas…

Rosalina me miró con pena, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Atenea!, sal, mi prima ha traído los zapatos. —Corrí hacia el baño y pegué la boca en la puerta—. Tía, calla, que está aquí y te ha escuchado.

—*Que me escuche. No pienso ponerme esto, parezco un bombón de licor, además, se me salen las tetas… ¿Qué mierda de medidas ha dado? Es siete tallas menos de la que necesitaría*.

—Igual es que has cogido el mío —le susurré para justificar por qué le quedaba tan estrecho y para que no siguiera hablando mal de mi prima.

Cuando abrió, Rosalina ya no estaba.

Primero salió Thor, sudaba, iba sin camiseta y no pude ignorar sus descomunales pectorales decorados con bonitos tatuajes que jamás habría imaginado que tendría. Eran hipnóticos. Detrás, le seguía Atenea, en ropa interior, aún, despeinada, más que cuando despertó. ¿Se habrían liado? Si no conociera a mi amiga, juraría que sí. Qué clase de estómago tenían los dos, con el cuerpo presente de Romeo.

—¿Habéis conseguido que recobre el conocimiento? —me interesé por su estado sin decir su nombre. Los dos negaron.

—Y, ¿Arciere? ¿Respira? —me preguntó mi amiga mientras lanzaba por el balcón el vestido que nos había traído mi prima y que, seguramente, sería el mío.

—¿Te has vuelto loca? ¿Ahora qué nos pondremos? —me quejé con tanta determinación que hasta yo me creí que quería vestirme como un bombón de licor camino de la feria de Sevilla.

—Tú no lo sé, yo paso de ir a esa pedida de mano. Todo es una mentira. ¿Lo sabías?

¿Qué era mentira?

—Chicas, no es por fastidiar este momento tan revelador, pero deberíamos pensar qué hacemos con el del baño. Y no sé vosotras, pero habría que ver qué le ocurre a Arciere, tanto tiempo juntos, que le he tomado cariño y me jodería que le pasara algo malo —nos interrumpió Thor.

—¡Oh!, yo también te quiero —le respondió nuestro amigo que había recobrado la conciencia.

—Estás vivo —le grité con los brazos estirados sin dejar de caminar, hasta que le rodeé el pecho, me pegué a él y comencé a darle besos como una perturbada.

Cuando me di cuenta, lo apretaba con tanta fuerza que le costaba respirar. Él reía entre quejidos, y su risa me rebotaba en la cabeza, que subía y bajaba al tenerla pegada a él. Aquella sensación me gustó.

—Córtate un poco. Espera al menos que se ponga los calzoncillos, ¿no? —Estaba tan contenta porque estaba vivo, que ni me había dado cuenta que me estampé en su cuerpo desnudo y en su…

No me dio tiempo a ponerme más nerviosa, porque Atenea, con la delicadeza que le caracterizaba, me arrancó del cuerpo de mi amigo y me llevó a un rincón.

—Decídete, pero no juegues con ellos —me pidió con los ojos clavados en el culo desnudo de Arciere. Sí, yo también lo miré.

—¿De qué hablas? —Giré la cabeza hasta que la miré a los ojos.

Os juro que no sabía a qué se refería.

—Anoche te pregunté qué sentías por él. —Señaló a Arciere—. ¿No te acuerdas? O, ¿no quieres acordarte?

—¿Qué te dije?

—Uff, cuando te pones así, no te soporto.

—Recuerdo que estábamos en un descampado, con mi prima. Que Thor abrió una botella de Moet, que lo echó en unos vasos de plástico y Rosalina lo riñó por cutre…

—Y… —Movió la mano arriba y abajo para que continuara relatando mis insignificantes recuerdos.

Y… ¡Mierda!

Llegó Romeo…, aunque no me vio, porque antes de que bajara del coche, le robé la botella a Thor y corrí campo a través, mientras me perseguía… Eros. Me tropecé, continué amorrada al champán y, cuando me la terminé, tras un enorme eructo —quería morirme—, le pedí a mi amigo que trajera más, que lo consiguiera donde fuera o me lanzaría por el primer precipicio que encontrara entre los matorrales. Se marchó y antes de que volviera, apareció Arciere.

¿Aproveché para besarlo entonces? No. No venía solo.

—No me creo que no recuerdes nada. Inténtalo. —Atenea cortó mis recuerdos de un plumazo.

Antes de responder, los chicos salieron de mi cuarto arrastrando a Romeo. Me dio un vuelco el corazón porque tuve otro *flash*…

—Tía, venga, no finjas más. Ya estamos solas, puedes ser sincera. Ninguno de los tres puede escucharte —me explicó mi amiga y yo no entendía nada.

—¿Besé a Arciere? —pregunté al recordar la conversación que había tenido con Rosalina cuando entró con los vestidos y habló de que besé al arquero.

—Cuando volvamos a Alicante, vas a pedir hora con un psicólogo. Tú no estás bien y me preocupas.

Abrió el armario, sacó un mono negro, que no recordaba haberlo comprado, y me pidió que me lo pusiera. Luego ella abrió su maleta y empezó a lanzar ropa por los aires sin dejar de resoplar. Vi que se ponía un *top* de los que usaba para hacer pesas y, después, se enfundó en un *culotte* negro. Vamos, en cuanto la viera mi madre, la mataría; y a mí por habérsela presentado.

—¿A quién besé? Mi prima dijo…

La ansiedad me comía por dentro, como no lo averiguara pronto, me pondría a chillar.

—Tu prima otra que debería pedir cita, pero en un psiquiatra. Venga, nos calzamos y bajamos. Verás qué divertido va a ser todo como alguno se vaya de la lengua.

—Pero ¿qué pasa con Romeo? ¿Cómo va a haber pedida sin el novio?

Pregunta lógica.

—Nena, no te enteras de nada. No es una pedida. —Señaló al suelo, luego miró su reloj—. En cinco minutos, pretenden celebrar la boda.

—Noo, estás de coña. Es la pedida y luego el cumpleaños de mi padre.

—Boda. Bo-da. Repite conmigo: «Hoy es la boda de mi ex». Te han engañado. Bueno, nos han tomado el pelo a todos, porque sabían que si te decían que era este fin de semana no habrías venido. ¿Me equivoco? Cuando estábamos en el baño me lo dijo Thor. Por eso nos buscaba como un loco.

—No puede ser. No, no, eso es imposible. Mi prima no me mentiría de esa manera.

—En fin, si solo te hubiera mentido ella…

Por el hueco de la puerta del balcón se colaron lo que parecían unos acordes musicales.

Nos miramos como si acabáramos de escuchar una sirena que avisaba de un bombardeo y no nos quedara tiempo para refugiarnos. Ya sabéis, me iba el drama.

—Creo que tenemos que bajar —me informó mi amiga—. El negro te sienta genial.

Capítulo 18

Bajamos hechas un cuadro. Cualquiera diría que íbamos a una boda. Antes de salir al patio, me paré de golpe y me agarré con fuerza del brazo a Atenea. Se me había secado la boca, me sudaban las manos y me costaba respirar.

Estaba a nada de ver cómo se casarían…

—*Incantato. Non vedevo gia l'ora di incontrare il fidanzato di Giul*.

¿*Fidanzato*?, perdón, ¿prometido? ¿Había escuchado bien? Igual ya no entendía el italiano, tantos meses fuera de casa… Esa era la voz de… del muerto.

¡Por fin había resucitado! Me quitaba un gran peso de encima, lo reconozco.

—¿Dónde se ha metido Thor? —Atenea preguntó a toda velocidad con un pie en el jardín y el otro todavía dentro de casa.

Respiraba más rápido de lo normal, se clavaba los dientes en el labio y se retorcía las manos, vamos, lo que viene siendo un culo inquieto y ansioso.

¿Qué le ocurría?

—No puedo salir —confesé al descubrir que mi ex con el que hablaba era con Arciere y no con mi supuesto novio—. ¡Los ha confundido!

—No, hija, no los ha confundido. Ya te encargaste anoche de gritarle al mundo entero que estabas enamorada de Arciere.

—Júrame que no estás de coña.

—No, júramelo tú. Me vas a volver loca y por tu culpa voy a acabar en la cárcel. Anoche después de pregonarlo a los cuatro vientos, de restregarte por su cuerpo, de hacerle un chupetón y de meterle mano en el paquete…

—¿Me drogaron?

—No, la que los drogó fui yo, de ahí su lamentable estado esta mañana. Y lo hice solo porque tú, a la que creía mi mejor amiga, me lo pidió de rodillas.

—No me lo puedo creer.

—Ni yo tampoco. En mi vida te había visto así. Te viniste muy arriba, cariño. ¿Si yo no hubiera estado allí, te lo habrías montado con los dos?

¿En mi cuarto? ¿En casa de mis padres? Vaya, eso era lo de menos. Pensaba acostarme por primera vez en mi vida con mi ex y con un amigo… Pues sí que me había tomado en serio lo de liberarme…

—¡Dios mío! Tengo que largarme de aquí.

Al girarme para huir, me di de bruces contra el torso de Thor. Me pasó los brazos por el cuerpo y me apretó contra él. Sentí cómo las palmas de sus manos me masajeaban cerca de los hombros. Me relajó tanto que pensé que se le habían despresurizado los pectorales durante el vuelo. Parecía menos hinchado, eso sí.

—Tranquila, todo va a ir bien. Tú eres fuerte. Respira hondo. —Obedecí—. ¿Mejor?, vamos. Cabeza alta y sonrisa de felicidad. Lo de anoche a nadie le importa.

A mí, a mí me importaba. ¡Joder!

Me quedé sin aire cuando sentí que un dedo me tocaba el hombro. Al girarme, vi a Thor. ¿Entonces quién me abrazaba y me susurraba aquellas cosas?

Eros.

Tenía que estar en mitad de una pesadilla y necesitaba despertar cuanto antes.

—A darlo todo —le dijo a su amigo. Me guiñó un ojo y me dejé arrastrar—. Ya sabes lo que hemos hablado…

¿Lo sabía?

Aparecimos frente a todos con los brazos entrelazados y con una sonrisa fingida, por mi parte, pero porque tenía los nervios cogidos en el estómago y una resaca sin precedentes y la revelación de mi amiga me había descolocado. Y no podía pensar con claridad después de haberme dicho que le había hecho un chupetón a Arciere… y lo del paquete… habría exagerado, seguro. Aunque después del momento en mi cuarto, *momento olla*…

Veía borroso y no era capaz de caminar, necesitaba agarrarme a algo para no desplomarme, y lo más cercano que tenía era el brazo de Thor. Lo cogí con fuerza y me dejé guiar.

Todos aplaudieron al vernos. Todos, menos Romeo que se había quedado paralizado en el centro del patio, rodeado por los invitados.

Thor, sin esperármelo, me soltó, yo temblaba, todos me miraban, acercó la mano a mi barbilla, me la elevó, bajó su cabeza y me dio un pequeño beso en los labios. El corazón se me fue de viaje. Escuché silbidos, aplausos y un grito de mi madre.

¿Nos habría visto Romeo?

A menos que se hubiera convertido en invidente, gracias o por culpa de mi belleza cegadora, tenía que haber sido testigo del beso con el que todos pensaban era mi novio, menos él, siempre que la versión de Atenea fuera cierta.

¡Qué lío!

Mi falso novio estaba en su salsa. Se separó de mí, sentí frío en todo el cuerpo, me pasó el brazo por la cintura y me llevó, creo que separada del suelo, hasta unas sillas que habían colocado frente a un altar.

¿Altar? Al final Atenea iba a tener razón, esperaba que solo fuera en eso y no en el porno-espectáculo con Arciere.

—La novia reclama a sus damas de honor —una de mis tías asomó la cabeza por una de las ventanas que daban al patio.

—La señora de rulos creo que nos llama —me comentó mi amiga pegada al oído con el dedo apuntando a la fachada de casa—. No hace falta que vengas, me parece que ya sé qué ocurre. No debe encontrar el ramo.

—No tardes —le respondí todo lo tranquila que pude. No era momento para pedirle explicaciones.

Eros nos hizo una seña para que nos sentáramos con ellos.

—Oye, ¿tú recuerdas qué pasó anoche y por qué acabó Arciere en mi habitación? —le pregunté a mi amigo, porque necesitaba una versión distinta a la de Atenea.

Cómo iba a ser capaz de volver a mirarle a la cara. Qué violento sería volver a compartir turno con él.

—Te empeñaste en darle celos —me respondió Eros sin mirarme, sus ojos estaban clavados en el altar.

—¿Yo? Eso es imposible. —¿Lo era?—. Celos, ¿a quién?

—Eso dijiste cuando regresaste al descampado con todos, arrastrando la botella que habías robado y gritabas que dónde me había metido. Luego viste a Romeo que besaba a tu prima… Arciere venía detrás, te dijo algo y corriste hasta Rosalina.

Tenía que estar de coña. ¿Yo corriendo?

El corazón me hacía pumba, pumba, y ese sonido no me parecía normal. Jadeaba y no de gusto, si no, porque recordé y quise morirme.

—¿Le lancé la botella en la cabeza a mi ex?

—Más o menos, pero a quién querías matar era a tu prima.

No me reconocía. O me había vuelto loca o todos mentían.

Recuerda, Juls, recuerda…

Mi madre se subió al escenario convertido en altar, donde estaba bien plantado don Valentín, a su espalda, Odín rellenaba el cáliz con una de sus botellas de vino, que más tarde bendeciría el cura. Mis tías, a las que casi no se les veía la cara de lo grandes que eran los volantes de sus vestidos, se pusieron en fila y tiraban pétalos de rosas blancas por el suelo. Mi padre entró en casa, entendí que iría a recoger a mi prima porque era el padrino.

—¡Hostia puta! —grité como una loca desquiciada.

Todos se habían callado y no sonaba la música. Fui el centro de todas las miradas. Mi madre intentaba matarme con la suya. Romeo me sonrió.

—¡Joder! —dijo entre risas Eros. Arciere aguantaba las ganas, hasta que no pudo más y rompió a reír como un loco. Yo me uní a ellos, pero por no desentonar.

Thor me pidió paso para salir de la fila de sillas en las que nos habíamos sentado. Se disculpó, sacó su teléfono y atendió una llamada.

—¿Qué te pasa? —me susurró Eros que se había cambiado de sitio.

—Creo que lo he recordado todo.

—¿Todo? —preguntó con sorpresa, con una ceja levantada y los ojos clavados en mí.

—Todo. —Me estampé las manos en la cara.

—¿El beso?

Era cierto, solté ese «hostia puta» cuando recordé lo ocurrido.

Arciere salió de entre los matorrales para informarme que le había contado toda la verdad a Romeo. Yo me quedé paralizada.

—Tenía que decírselo. Él todavía te quiere y creo que tú también a él.

—Pero ¿quién te has creído? Maldito traidor…

Romeo apareció a mi lado como si lo hubieran lanzado desde una nube… dejé los recuerdos de la noche anterior y volví al patio de mi casa, que había dejado de ser particular, porque cada vez había más gente.

—Estás guapa, Juls.

¡Dios mío! Tanto tiempo sin vernos, sin saber el uno del otro… y lo único que se le ocurrió decirme es que estaba guapa… Ni un «lo siento», «¿me has perdonado?», «perdona por haberte traído con mentiras a mi boda. A mi boda con tu prima».

¡Que estoy guapa!

Bueno, y él también, porque madre mía y madre de todas las mocitas en edad de merecer… Si no fuera porque… porque no lo soportaba, lo incluiría como extra en mis próximos jueguecitos calentorros.

Sabía que no era momento para pensar esas idioteces, pero no tenía demasiadas opciones. O me protegía con mi escudo invisible de "el amor da asco, el sexo mola»… o me agarraba a sus rodillas, suplicándole que saliéramos a la calle. Necesitaba una última conversación con él antes de que se desposara para siempre con mi prima.

—Sabía que si venías… no podría casarme. Y, aun así, recé para que vinieras —me confesó entre susurros con la mano puesta sobre el corazón y con esa carita que solía poner para dejar claro que era un tipo llenito de sentimientos, aunque sonara un poco a señor jubilado del medievo.

—A mí no me metas en tus movidas —le eché en cara para que supiera que no me iba a usar de excusa si había decidido no casarse —. Y aprende a rezar, bueno, tantas cosas que tienes que aprender…

—Ya veo que en Verona no os andáis con tonterías —añadió Arciere con el pecho inflado.

¿Era orgullo o aire?

Romeo ignoró por completo mis comentarios hirientes, solo me miraba… raro. Bajé la vista y miré al frente, al altar en el que en breve se subiría.

—¿*Giulieta*? —Al escuchar la voz suave de Romeo diciendo mi nombre en italiano, giré muy despacio la cabeza y lo miré a los ojos. Él sonreía sin sentido. Y yo solo escuchaba los latidos de mi corazón desquiciado pidiendo auxilio.

Nada, que no se movía de ahí. Parecía haber recobrado el conocimiento, pero también haberse quedado tonto, al menos, no lo recordaba así de sosete. Permanecía plantado en el hueco del pasillo donde estábamos sentados. Se ajustó el botón del chaqué, alargó el brazo y me ofreció su mano.

—¿Vamos?

¿Se había vuelto loco? La droga que usó Atenea debía haberle borrado los recuerdos y pensaría que todavía éramos pareja.

—¿Qué dices? Venga, sube al altar, no los hagas esperar. Romeo, por tu madre, todos nos miran y mi prima estará a punto de salir.

Nada, que no se movía.

Miré a Eros, que miraba a Romeo, me asomé un poco más para comprobar si Arciere entendía algo, pero estaba concentrado en los movimientos inexistentes de mi ex y mi amiga…

No estaba.

—Sé que anoche no me diste una respuesta. —Tragué saliva, pero la garganta no me funcionaba. Tosí, me di un par de puñetazos en el pecho, entonces, Eros me sujetó de la muñeca. Sentía los latidos del corazón en las sienes y me daba vueltas todo—. Luego no sé qué me pasó, pero debí dormirme, el alcohol me desbarató, ya sabes, la falta de costumbre…

¿Respuesta? ¿Anoche?

…Anoche quería matar a mi prima porque descubrí que…

—No me interesa nada de lo que digas —me quejé con los brazos cruzados, pegados al pecho.

¿Por qué sonreía? ¿Se había quedado sordo? ¿Gilipollas? ¿Usaría Atenea setas alucinógenas para drogarlo y seguiría bajo sus efectos?

—Los dos solos en mitad del descampado y yo dije: «Thor no te conviene. Tienes que creerme. Yo…»

—¿Tú? —pregunté con la esperanza de recordar algo de lo que decía, pero no había forma.

No me quedaba demasiado tiempo. Él seguía esperando una contestación. Pero ¿cuál había sido la pregunta para la que necesitaba respuesta, justo ahí plantado, a dos metros del altar donde esperaba don Valentín para casarlo?

—Jamás volveré a creer en ti. Jamás —le grité, a punto de llorar, sin soltar la botella vacía de Moet—. Me da igual lo que me digas. Pero para tu tranquilidad, te informo de que Thor solo es un amigo. Un buen amigo, lo que nunca serás tú. No tienes que preocuparte

de si me conviene o no. Tranquilo. Estoy enamorada. Esta vez de verdad…

¡Madre mía, qué tensión!

Eran mis recuerdos y estaba ansiosa por desvelarme a mí misma qué pasó. Qué mal me sienta el champán.

—Os hice creer a todos que estaba con Thor para que nadie me fastidiara la relación maravillosa con mi novio, con el de verdad. Y te diré que nos vamos a casar. Estamos enamorados, somos felices. ¿Entiendes qué es eso? —grité para que todo el bosque me escuchara. Subía y bajaba los brazos, sin soltar la botella vacía, frente a él.

Y como caído del cielo, apareció mi *nuevo* novio. En ese momento me pareció estupendo el plan que me propuso Arciere, el de fingir que estábamos juntos, no que probara a estar de nuevo con Romeo. Y no hizo falta decir de quién hablaba, ni presentárselo, me lancé a su boca. Así quedaba bien claro.

¡Qué oportuno! Y qué trastornada yo.

Lo que no recordaba era ¿cuándo me restregué por su paquete? ¿Fue durante el beso?

¿Me besaría con todos? ¿Y el colofón fue un buen chupetón?

Seguí recordando.

Lo agarré por la nuca y me puse de puntillas. Recuerdo que él estiraba el cuello, por lo que me costó alcanzar su boca.

Me impulsé y salté sobre su cuerpo. Como si fuera escaladora, trepé por sus caderas, hasta acomodar mi cuerpo en el suyo. Con la boca abierta, junté mis labios contra su boca.

Con la emoción del momento, mis dientes chocaron con los suyos. Le metí la lengua y la moví con desesperación, pero él no hacía nada. Na-da.

Me separé un poco, solo unos milímetros y puse los pies en el suelo. Cruzamos la mirada y debió entender que teníamos que seguir fingiendo, delante de nuestro escaso público. Entonces, su lengua entró en busca de la mía.

Cerré los ojos con la respiración descontrolada. Sentí las yemas de sus dedos sobre mis caderas. Íbamos a salir ardiendo.

Me apretó contra su pecho. Se apartó y durante un breve instante, dejó la cabeza en el hueco entre mi cuello y el hombro.

—¡Joder, tía! ¿Qué estamos haciendo? —me preguntó con las manos rodeándome la cara y con la frente apoyada en la mía.

No le respondí porque volví a besarlo.

Stop.

Me puse en pie cuando todos estaban sentados, por lo que solo se nos veía a Romeo, en un lateral y a mí en el pasillo. Los invitados murmuraban como si de verdad estuvieran en misa o haciendo un ensayo previo. En la primera fila localicé a la señora Montenegro que se pasaba un pañuelito de tela por debajo de los ojos, a su lado, su señor esposo. Mi madre agitaba los brazos a los lados. ¿Me hacía señas?

—Cuánto tarda tu prima, ¿no?

Arciere me cogió la mano, bajé la vista, me pidió que me acercara y no sé el motivo, pero le hice caso.

—Olvídate de todo y de todos. Haz lo que quieras hacer. ¿Qué te dice el corazón? —me preguntó alternando la mirada entre Romeo y yo.

No pude contestar. La respuesta era evidente, no tenía que pensar nada, lo supe siempre. Y no pude hacer nada, porque Atenea apareció en el altar dando voces. Se acercó a don Valentín, que sujetaba el micrófono, se lo quitó, le dio unos toquecitos con el dedo, supuse que para comprobar que estaba conectado.

—¡Tenemos un problema! —dijo alto y claro, mirándome solo a mí—. Thor ha secuestrado a la novia.

Capítulo 19

No tenía experiencia en eso de comunicar secuestros, y por lo visto, mi amiga tampoco.

—¿No podrías haber dicho algo como «la novia ha desaparecido»? ¿Alguien —que no Thor— se ha llevado a Rosalina? O «Tenemos un pequeño problemilla, pero nadie sabe dónde está la futura esposa de Romeo» —intentaba explicarle a mi amiga que el mensaje habría sido el mismo para todos los allí presentes, pero a mí no me habría puesto en el punto de mira.

—No empieces otra vez… Cada vez que sacas el tema te digo lo mismo. ¿Habría servido de algo decir: ¡Señoras y señores de Verona, la boda se cancela porque a la novia no le entra el traje? Se habrían enfadado igualmente.

—Pero la palabra «secuestro» prendió la mecha entre los Montenegro contra los Capulín.

Además, delante de cientos de testigos, nos declararon la guerra. Y amenazaron con asesinarme. A mí, como si yo tuviera la culpa. Como si le hubiera apuntado con una pistola en la cabeza para que se la llevara.

Al menos, ya me encontraba en Alicante, alejada del peligro.

—No me puedo creer que no sepas dónde está —me gritaba mi madre con la voz rasposa—. Ya decía yo que no nos podíamos fiar de un noruego.

—Mamá, déjalo estar. Dudo mucho que Thor haya secuestrado a mi prima. Así que te pediría por favor que quites la denuncia, solo lo meterás en un lío.

—¡En un lío!, dice. En un lío nos ha metido ese delincuente a nosotros. Encerrados en casa, como si fuéramos fugitivos. Ya sabes cómo se las gastan los Montenegro.

—Mejor, cuanto más lejos, mejor.

Era lo más práctico, pero ella no lo iba a dejar estar.

—¿Seguro que no has tenido nada que ver? ¿No lo habrás orquestado tú porque tenías celos de la pobre e indefensa Rosalina?

—Claro. En un rato me caso en secreto con Romeo. ¡Mamá, por favor! Cómo tengo que decirte que no me interesa nada de él.

Sonaré a mala persona, pero me alegré y lo hice porque gracias a que mi falso novio secuestrara —presuntamente— a Rosalina, habían puesto precio a mi cabeza en Verona, por lo que, mi padre, una decisión muy sensata por su parte, me prohibió volver a casa hasta que las aguas se calmaran.

Yo decidí continuar con mi vida como si todo hubiera sido un sueño, un mal sueño, una pesadilla, pero como si nunca hubiera pisado Verona de nuevo.

—Buenas —saludé a Odín que, por primera vez desde que lo conocí, estaba de pie, detrás de la barra, poniendo un *whisky* a un cliente—. ¿Estás solo?

—Ya no —me respondió sin mirarme.

Con el tiempo aprendí que no le caía mal, tampoco me odiaba, solo que apenas sabía hablar español y era un hombre de pocas palabras.

—No van a venir, ¿verdad? —pregunté con pena, después de estar atendiendo yo sola a los clientes. Conocía la respuesta, sin embargo, no había perdido la esperanza de que igual, solo igual, habrían cambiado sus planes.

La versión oficial fue que los tres tenían competiciones importantes con sus respectivas selecciones y habían tenido que marcharse. Lo que yo intuía es que se habían hartado de mí, de mi

familia y los tres tenían algo que ocultar. De lo contrario, me habrían enviado algún mensaje para contarme sus planes, para interesarse por mí…

—Quería hablar contigo. Mañana no hará falta que vuelvas.

¿Cómo? ¿Me despedía? Su hijo secuestraba a mi prima y él me borraba del mapa. ¿Me dejaba sin mi sustento?

—Empiezan las obras. Tienes vacaciones un mes. Pagadas. Pásalo bien.

Se dio la vuelta y me dejó con el bolso colgado y a punto de desplomarme. Todavía no me había recuperado de su primera frase. Como diplomático sería acojonante. Podría haber empezado diciendo que iba a hacer obras.

No tuve oportunidad de hablar con ninguno de ellos desde el anuncio del secuestro. Cuando Atenea dio la noticia por el micro, huimos de manera precipitada, sin despedirme de nadie y sin coger mis cosas. Allí se quedó mi maleta.

—Tranquila, llevo todo lo necesario en la mochila —me gritó cogida de mi mano, mientras corríamos calle abajo entre los turistas que visitaban, ajenos a mi drama, Verona—. Pasaportes, móviles, cargadores y las carteras con dinero. En la parte de atrás del Arena nos espera un Uber.

—¿No podías haberlo pedido en otro sitio más cerquita? Me ahogo…

Al próximo turista que subiera un *reel* en Instagram diciendo: «Amo Verona. Qué romántico es callejear sintiendo la historia de esos adoquines bajo mis pies…», le denunciaré la publicación.

Si conseguía llegar entera al Uber y con todos los dientes iría a misa los dos próximos domingos. Se merecían que hiciera yo otro *reel*, pero quejándome al ayuntamiento.

Y por eso no sabía nada de Eros, tampoco de Arciere. Según me contó Atenea, ellos tenían que despistar a las familias para que nosotras pudiéramos escapar. Ya os dije que mi amiga era muy de planes estratégicos. En ese momento, entendí por qué se había vestido así aquella mañana. Todo cuadraba. *Top*, *culotte* y zapatillas

de *running*. Nadie asiste a una boda por mucho que ame el deporte como si fuera Eva Nasarre haciendo aerobic en la tele —nunca la conocí, pero mi madre la nombraba siempre que podía.

El teléfono de Rosalina apagado o fuera de cobertura, al igual que el de Thor. Mil mensajes les mandé, pero ninguno les llegó.

—Deja de preocuparte por lo que no es importante —me pedía mi amiga cada vez que me miraba a la cara y comprobaba lo triste que estaba.

—¿Tuviste algo que ver con lo de mi prima? Puedes decírmelo, no voy a enfadarme. Aquella mañana me dijo que necesitaba confesarse, que había hecho algo horrible. Luego está el recuerdo de la noche anterior, según Eros, quería partirle una botella en la cabeza…

—Claro, te enteraste de que nos habían engañado para que asistieras a la boda.

—¿Quise matarla por eso? Solo por eso… —pregunté con el ceño fruncido.

Mi reacción me pareció demasiado exagerada.

—Ya te dije yo que era una tontería que te pusieras así. Pero nunca me haces caso.

—Sigo sin entender por qué dijiste que Thor la había secuestrado.

—Porque fue lo que me dijo en el mensaje. «Atenea, diles a todos que he secuestrado a la novia. No hagas preguntas, solo da la noticia. Estaré bien. Un beso. Thor». No había dudas, ¿no?

—Y, ¿por qué los drogaste? Podrían haber muerto. ¿De dónde sacaste las drogas?

—Te pregunté si estabas enamorada de Arciere. Ya sabes que pienso que hacéis buena pareja y deberías darle una oportunidad. Es buen chico y… —Parecía estar pensado su respuesta—: Y… te lo pregunté porque le gritabas a todos que estabas enamorada de él.

—¿Yo? No me lo creo, pero de todas maneras, si gritaba eso, tu pregunta sobraba.

—Pues te lo preguntaba porque al que besabas como si te fuera la vida en ello era a Eros.

Me tomaba el pelo.

—¡Dios! Por eso me preguntó si recordaba el beso.

El corazón se me aceleró como nunca antes lo había hecho. Se me retorció el estómago y no podía ocultar una enorme sonrisa. Debería haberme puesto a llorar por la noticia, sin embargo, me pareció maravillosa aquella información.

—A ver que me entere yo. ¿Cuál de todos te gusta? Tienes que reconocerme que esto de estar enamorada del amor, solo te ha traído problemas. Aclárate…

—Yo ya no creo en el amor. Es una mierda —me quejé como si necesitara convencerme a mí misma y no a mi amiga—. Además, en mi defensa diré que estaba tan borracha que podría haber besado a un árbol, creyendo que era Arciere. Mi cabeza pensaría una cosa y mis ojos verían otra. Es que no te lo conté, pero antes de enterarnos que Rosalina nos invitaba al viajecillo, Arciere se ofreció a ser mi falso novio porque decía que nadie iba a creerse que Thor y yo tuviéramos algo. Somos muy diferentes… Luego me aconsejó que le diera otra oportunidad a Romeo…

—¡Qué cabrón! ¿Estás segura de que te dijo que volvieras con tu ex? —Asentí y antes de poder decir nada, me tapó la boca con la mano—. Ahora vengo, tengo que hacer una llamada. Es urgente.

Soltó la taza de su café, me liberó los labios y se encerró en su habitación, yo me quedé con la palabra en la boca.

Os juro que no recordaba haber besado a Eros, lo que no podía sacarme de la cabeza era la sensación tan maravillosa. Los escalofríos de gusto, el calor que desprendían sus manos al acariciarme… Y todo el tiempo pensando en Arciere, pensando porque pensaba que… lo mejor sería dejar de pensar y actuar. Tenía que localizar a Eros. Y mientras desbloqueaba la pantalla de mi teléfono me entró un mensaje de Arciere:

Necesito que me hagas un favor. Acércate a casa de don Valentín y coge mi cartera, me la dejé encima del mueble de la entrada.

El hombre, muy acertado, al ver que no avanzaban las obras en su casa, decidió contratar a una empresa para que le dejaran todo a punto a su vuelta. Nunca se lo pregunté, pero no me creí esa historia.

¿No estáis de viaje en una competición?

¿Para qué necesitaba que fuera a por su cartera, si él no estaba en Alicante?

Vuelvo esta noche.

Está bien, ahora iré. ¿Cuándo te la doy?

En cuanto aterrice el avión, te aviso y ya vemos dónde quedamos.

Sin avisar a Atenea, porque no me atreví a entrar en su cuarto, los gritos hacían temblar las paredes, no sé con quién hablaba, pero le estaba diciendo lo más grande, me fui a casa de don Valentín.

Antes de llegar, solo me quedaban un par de metros, llamé a Eros, pero saltaba el contestador. Necesitaba hablar con él, y a ser posible, por teléfono y en ese mismo momento, porque sabía que si esperaba no iba a ser capaz de sacar el tema del beso, y menos, cara a cara. Si solo de pensarlo me ardía la cara y el corazón no podía bombear más deprisa.

No hizo falta que tocara al timbre, porque la puerta estaba un poco abierta. Toqué con los nudillos, esperé unos segundos, y al darle otra vez, se abrió del todo.

—¡Hola! Don Valentín, soy Juls…

Anuncié mi llegada, no quería darle un susto. El hombre cuando nos conocimos ya era mayor, pero desde que aparecí en su vida podría acusarme de haberle robado un par de décadas…

Pero el susto, el de infarto, con triple salto mortal y doble tirabuzón… me lo llevé yo.

—¡Hola, Juls!

Capítulo 20

Antes de darme la vuelta y huir, sentí cómo sus dedos me agarraron por la muñeca, dio un paso y escuché un portazo, luego las llaves. Nos había dejado encerrados.

—¿Qué haces aquí? —logré decir entre jadeos.

—He venido a por ti…

¿Se habrían puesto de moda los secuestros y yo no me había enterado?

—Suéltame —grité con todas mis ganas, con la esperanza de que alguien desde la calle me escuchara.

Obedeció, se apartó unos metros y señaló la puerta del salón. Entendí que me pedía, sin palabras, que entrara y tonta de mí, le hice caso. Era la primera vez que me retenían en contra de mi voluntad, no tenía demasiado claro si era positivo intentar saltar por la ventana o hacerle creer que me parecía estupenda su compañía.

Lo observé de reojo, por mucho que me fastidiara, tenía que admitir que el cabrón seguía siendo guapo. Bueno, Romeo es que era muy guapo. No tan alto como mis compis de trabajo, pero cualquier ser humano que sobrepasara el uno setenta, para mí lo era. Le había crecido el pelo y, por primera vez desde que nos conocimos, haría unos quince años, iba sin peinar. Le quedaba bien.

Mientras me clavaba los dientes en el labio, inspiré con ganas.

¿Por qué habíamos tenido que terminar así?

—¿Qué quieres? Si has venido a por Rosalina, te juro que no tengo ni la menor idea de dónde está. Y antes de que digas nada, estoy segura de que Thor no la ha secuestrado.

Solo me faltaba que tomara represalias contra mí.

—He venido a por ti. Quiero decir…

Confirmado, quería secuestrarme, pero no pensaba irme con él sin luchar.

—Pues ya te puedes largar porque no voy a ir a ninguna parte. Vine a por algo y me voy, he quedado con Arciere. Él sabe que estoy aquí.

Que tuviera presente que al menos uno de mis amigos sabía dónde estaba. Sonrió, se mordió el labio y se sentó entre los cojines del sofá, como si acabara de prometerle que en menos de media hora llegaría nuestra cena.

—Tranquila, él es quién me ha dicho dónde te encontraría.

Seguro que mentía, quería hacerme dudar. Arciere no sería capaz de algo así. ¿Verdad?

—Eso es imposible. Él es mi novio.

Claro, recordé que en nuestro último encuentro le hice creer que era mi pareja, aunque me estuviera morreando con Eros, pero eso él no debería saberlo, lo supe yo y de casualidad.

—Él me ha pagado el billete de avión y le ha pedido a don Valentín que me acoja en su casa.

El corazón me iba tan rápido que ya ni escuchaba lo que me decía, solo era capaz de ver cómo movía los labios. Miré a la salida, pero no me daría tiempo a largarme, antes me alcanzaría.

Me dolía el estómago y notaba el temblor en las rodillas. Tanto, que empecé a pasarme las manos por los muslos para darles ánimos imaginarios. Di un paso atrás, acababa de localizar una ventana abierta al fondo del salón. Las cortinas se movían muy despacio.

Don Valentín también se había aliado con Arciere. ¿Qué les había hecho yo a esos dos?

—Juls, tenemos que hablar. No voy a hacerte daño, tienes que creerme. Jamás sería capaz de algo así.

Puse los ojos en blanco, no recuerdo si lo hice porque había perdido el conocimiento o porque estaba harta de su presencia.

—Vale, pero necesito ir al baño. Y no, no pienso escaparme. Me hago pis…

¿Me hago pis?

No sé si lo convencí. Solo que logré encerrarme en el cuarto de baño. Después de la que lie, había quedado monísimo…

Sin perder tiempo, no sabía cuánto me quedaba, le envié un mensaje a Atenea.

Tía, tienes que venir a por mí, si tú no puedes, manda a la policía. Estoy en casa de don Valentín. Romeo me ha secuestrado.

Tenía que ser directa y no dejar lugar a la duda. Esperaba que con un mensaje tan clarificador, sin necesidad de hacer preguntas, enviara a quien fuera necesario; los GEOS también me servían si llegaban antes que ella.

—¿Cómo que te ha secuestrado? —atendí la llamada antes de que Romeo pudiera escuchar el sonido.

Con el estado de nervios al que estaba sometida no se me ocurrió ponerlo en modo vibración.

—No puedo hablar —le susurré con los ojos clavados en la puerta, como si mi ex tuviera la capacidad de verme a través de la madera—. Dice que Arciere le dijo que me encontraría aquí.

—Y, ¿para qué vas? ¿Eres tonta? Tía, sal de ahí —Su voz sonaba agitada.

—Si pudiera hacerlo, ¿crees que te estaría pidiendo que envíes a la policía? ¡Joder! Estoy muy nerviosa. Es la primera vez que me secuestran. Dice que solo quiere hablar, que no me hará daño, pero tengo miedo…

—Tranquila, Juls, no lo hará… —me contestó tan rápido que creí lo que decía—. Y no le hagas caso, hablar con él complicará más las cosas.

¿Más?

Me senté en la tapa del váter. No podía dejar de mover los pies. Me levanté, cogí un bote de gel y empecé a leer el modo de empleo

como si nunca me hubiera lavado el cuerpo.

Toc, toc.

—Dios, está aquí… —le grité muy bajito, como si acabara de quedarme afónica, con los dedos apretando tan fuerte el bote, que el tapón salió volando y casi se me resbala de la mano el teléfono.

—Juls, necesito que seas sincera. ¿Sigues enamorada de Romeo?

Yo debía tener un modo distinto de vivir la vida, porque estaba al borde del ataque, rogando que viniera alguien a liberarme, porque me habían secuestrado, y a ella solo se le ocurría hablarme de enamoramientos…

Y luego la tarada era yo, que había nacido enamorada del amor…

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¿Esto a qué viene? Tienes que venir a por mí. Eres fuerte y contigo no podrá —le dije casi llorando, con el corazón en la boca, a punto de escupirlo.

—Si lo quieres, dale otra oportunidad. Sé reconocer cuando he perdido…

¿Perdido? Perdido, ¿qué? ¿La puta cabeza?

—Juls, cariño, ¿estás bien? —La voz del perturbado de Romeo interrumpió nuestra extraña conversación.

—Sí, bien, genial, de putísima madre —susurré tan bajito que pensé no me habría oído—. Ahora salgo. Dame unos minutos más.

Abrí la mampara de la ducha y entré dentro, pensé que ahí no me escucharía, o si lo hacía, no me entendería bien.

—Igual Arciere tiene razón y sigues enamorada de Romeo.

—Atenea, me estás asustando. ¿De qué hablas? —Me coloqué bien el teléfono, pegándolo con ganas en la oreja. Porque seguro que me perdí algún dato importante y por eso me parecía entender cosas que no eran.

—Espero que algún día me perdones…

Sentí cómo me partía en dos. Un dolor sordo en el centro del pecho y un pitido cada vez más intenso me dejaron aturdida, tanto que cuando una mano apareció por el hueco de la ventanita que había en la parte de arriba del interior de la ducha, me dejó igual, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Sigues ahí? —Atenea me hizo reaccionar, poco, muy poco.

A la primera mano, le acompañó otra, yo no podía apartarme el teléfono de la oreja ni los ojos del hueco. Los bum bum del corazón cada vez eran más fuertes…

—*Yuyuls*, ven, dame la mano, sube. Tienes que salir de ahí.

Toc, toc

—Julieta, sal, lo que tengo que decirte es importante. —Romeo no parecía perder la esperanza.

—Juls, ¿te has enfadado? —preguntó Atenea y luego se cortó la llamada.

Antes de poder reaccionar, me saltó una pantalla emergente con un guasap:

Yuyuls, ya he aterrizado. Tenemos que hablar, es urgente.

Casi no había acabado de leerlo, cuando el teléfono empezó a sonar entre mis dedos temblorosos.

Llamada entrante de Rosalina.

¿Qué estaba pasando? ¿Era una competición a ver quién conseguía primero que me explotara la cabeza?

Me entraron ganas de meterme dentro del váter y escapar por ahí.

Tenía que elegir, y rápido. La opción de responder a la llamada de mi prima era inviable, primero tenía que ponerme a salvo, luego ya llamaría yo. Abrir la puerta y enfrentarme a mi secuestrador o alargar las manos y dejarme rescatar por Eros, que estaba al otro lado, en la calle, al aire libre, en la vía pública.

Cuando lo tuve claro, me guardé el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Salí de la ducha, ignoré a mi ex, que ya había empezado a golpear la puerta para entrar. Cogí un pequeño taburete, que estaba junto al lavabo, lo metí con cuidado de no golpear la mampara de cristal, y lo arrimé a la pared de la ventana. Cuando estaba subida, avisé a Eros que ya estaba preparada. Mentira.

—Espera, voy a ver si te puedo sujetar de las axilas —me comentó con un volumen de voz tan suave que apenas podía

entender qué decía—. Cuando diga tres, date impulso.

¿Pensaba sacarme por ese huequito?

Y cuando solo me quedaba por meter el culo y las piernas, Romeo logró derribar la puerta. Grité y empecé a patalear. Eros me sujetaba con fuerza, pero es que desde dentro el otro tiraba para el lado contrario. Sentí un tirón en las lumbares.

¡Dios mío! Iban a partirme en dos. Y cada uno se quedaría con un trozo inservible.

Como Eros no contaba, ni uno ni diez, hice un movimiento extraño con el cuerpo, como si fuera un gusanito, sin dejar de pegar patadas al aire, hasta que la nada se convirtió en algo sólido, porque notaba resistencia.

—*Deo du das doto ud diende. De dodor…* —Romeo chillaba palabras ininteligibles para nuestra civilización, pero sus lamentos no impidieron que me diera un último empujoncito hasta que conseguí caer al otro lado, sobre el pecho de Eros—. *Dudieda… adod día*. *Kulieta.* Amor mío.

Eso último lo entendí alto y claro, luego, también sin lugar a dudas, retumbó el suelo, mientras un horroroso ruido de cristales, un golpe seco y agua, chorros de agua sustituyeron a la voz de mi ex.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eros sin despegarse de mí. Levanté las cejas y sonreí.

—El baño de don Valentín. Con lo mono que había quedado después de la obra… Creo que no fue una buena decisión sustituir la cortina de baño por una de cristal.

No había que ser vidente para entender que la mampara se había volatilizado, y los azulejos habían decidido hacerles compañía a los cientos de cristalitos que habría por el suelo. Ya tenía un poco de experiencia con esos ruiditos sin importancia.

—¡*Aduda! ¡Dudieda!* —gritaba Romeo mientras debía darse golpes por todos lados, porque el ruido continuaba.

En otras circunstancias, me habría sentido mal por el dueño de la casa, por mi ex nunca, pero después de la confesión de Romeo,

hasta me alegraba de que volviera a quedarse sin baño y de que todo se le inundara. Su invitado ya no podría ducharse ni mear a gusto. Eso por mala gente.

—Tenemos que hablar. —Fue lo único que dijo Eros cuando todavía no me había separado de él.

¿Del beso?

Por un segundo se me pasó todo el miedo, que minutos antes había sentido, pero al ver su cara, sus ojos, y cómo apretaba los labios, supe que no iba a gustarme la conversación.

Capítulo 21

Quince llamadas perdidas después, llegamos a casa de Eros. Rosalina, Arciere, Atenea no habían dejado de llamarme, pero los ignoré a todos. Panda de traidores…

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó mientras abría la puerta de su habitación.

Con tanto subidón de adrenalina y acelerones de corazón en cualquier momento me daría un infarto. Estaba nerviosa porque me encontraba en casa de Eros, tenía un pie dentro de su dormitorio y no habíamos dicho ni una sola palabra desde que me había rescatado.

—No, gracias. Lo que quiero es que me digas de qué querías hablar.

—¿Qué sientes por Romeo?

No podía ser cierto. Él no podía estar preguntándome eso.

—¿Qué os ha dado a todos por lo mismo? ¿Cómo tengo que decir que entre él y yo jamás volverá a pasar nada? ¿Dime?

No respondió. Caminaba de un lado a otro mientras se frotaba las manos, miraba las cortinas, daba la vuelta, agachaba la cabeza, se mordía el labio y a mí me entraban los siete males.

—¿Por Arciere?

¿Era una encuesta?

—Ahora mismo lo que siento por él es… Si lo tuviera delante, lo mataría…

—¿Te ha rechazado?

—¿A mí?

Esa conversación no tenía sentido, ninguno. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué me hacía esas preguntas? ¿Con qué fin?

—Juls, necesito que seas sincera conmigo… —Se acercó, se sentó en la cama y me cogió la mano.

Se me encogió el estómago, se me estiró, se me volvió a encoger. El corazón se me descolgó del pecho y se quedó en el dedo gordo del pie izquierdo. Empecé a ver borroso y por mi predisposición al drama, me vino a la cabeza el beso amnésico que supuestamente nos dimos en aquel descampado de Verona.

—¿En qué sentido?

—Primero necesito que confíes en mí, y que me cuentes si estás enamorada…

—Yo a estas alturas ya no sé ni si me gusta la lasaña… —Empecé a suspirar.

—Hablo en serio.

—No, si lo triste es que yo también. Estoy confundida, pero no en ese sentido. Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo, que no entiendo nada.

Él me miraba atento. Era como si me estuviera analizando.

—No quiero presionarte, pero necesito que te aclares, que busques en tu interior, que escuches a tu corazón… Y luego me lo cuentes. Te doy mi palabra de que no se lo voy a contar a nadie. Pero necesito saberlo y tengo prisa porque hay algo… —Guardó silencio, se humedeció los labios mientras suspiraba y, luego, me miró.

A mí me latía el corazón dentro del estómago y notaba un ligero temblor en las rodillas y un hormigueo en los muslos, y no en plan sexual. La incertidumbre me estaba carcomiendo por dentro.

—Estáis todos muy raros. Me da miedo preguntar por si la verdad me asusta y descubro que en realidad no sois cómo me había imaginado. —Vi que se tensaba. Tenía la mandíbula apretada y no dejaba de pasarse el pulgar por la palma de su otra mano—.

¡Dios mío! Mírame, júrame que lo que ocultáis no tiene nada que ver con un asesinato, da igual que planeado o por accidente. Y que no lo habéis escondido dentro de mi canapé.

—Tranquila, no va por ahí el tema… —Me sonrió sin ganas y se rozó un par de veces la barbilla mientras cogía aire con fuerza—. Pero sospecho que cuando te enteres… Reaccionarás mucho peor.

Se me cortó la respiración. Un segundo, dos… Cuando iba por seis, me asusté porque no me entraba aire.

Estábamos en silencio. Justo cuando iba a chillar, sonó el teléfono, el mío. En la pantalla salía la cara de Rosalina. Se me aceleró más el corazón y no podía pensar.

—Cógelo si quieres, voy un momento a por agua a la cocina. ¿Te apetece un vaso? —Negué porque no me salía la voz.

Tardé en reaccionar y la llamada se cortó. A continuación, entró un aviso de mensaje. Atenea. Alargué el brazo y desbloqueé la pantalla.

No sé dónde estás, me tienes preocupada, no demasiado porque he visto a tu ex. Intenta no coincidir con Eros. Es urgente. No preguntes y ven a casa. Tenemos que hablar.

Si no fuera por la prisa que me había entrado por salir —huir— de su piso, en esos momentos lo del beso como que había dejado de ser mi prioridad, y sabed que me moría por aclararlo con él, pero por algún motivo —«intenta no coincidir con Eros»—, necesitaba largarme. Ya.

El picaporte bajaba tan despacio que, aunque parezca increíble, no me dio tiempo a inventarme una excusa para salir de allí sin levantar sospechas, porque su cara apareció de golpe entre el marco y la puerta.

El corazón me latía muy rápido, me sudaban las manos y sentía cómo me ardían las mejillas.

—¿Puedo pasar?

«Calma, Juls, calma», le repetía a mi cerebro sin parar. No sabía a qué se refería mi amiga, pero lo que tenía claro era que no podía

darle a entender que me iba porque me daba miedo seguir en su casa. Solos.

Cogí aire, me puse recta y fingiendo una tranquilidad que no tenía, ni volvería a tener en los años que me quedaran de vida, y esperaba que fueran unos cuantos, si no me petaba el corazón con tanto sobresalto, sonreí y con toda la simpatía que te puede permitir tu organismo cuando esperas que te pase algo malo, le dije:

—No tienes que preguntar, es tu cuarto, además, tengo que irme…

"Ni tiembles, que no note que estás a punto de llorar".

—¿Le pasa algo a tu prima? ¿Te ha dicho dónde está?

—Si lo dices por la llamada, no contesté. Ahora mismo necesito ir a casa. Quiero ducharme, comer algo y acostarme. Te prometo que hablaremos de todo más tarde.

—¿Te llevo?

«A la mierda la calma». No le contesté, lo aparté de un manotazo y salí corriendo hacia la salida. Solo esperaba que la puerta no estuviera cerrada con llave.

Juls, ¿dónde estás? ¿Has visto a Eros?

Si ya me costaba correr, imaginad hacerlo mientras no dejaba de sonarme el teléfono e intentaba leer los mensajes a toda velocidad, leerlos y desplazarme.

Atenea cada vez me ponía más nerviosa. Recuerdo que iba por la calle tropezando con la gente que me cruzaba, como si fuera la protagonista de un *thriller* en que un asesino en serie se había obsesionado conmigo y me había prometido ser la siguiente.

Llegué a casa como el que en un programa de la tele se reencuentra con una hermana gemela que no sabía que tenía, pero que le había hecho mucha ilusión. Abrí la puerta y sin cerrar grité:

—Atenea, ya estoy aquí.

Y me la encontré en el salón, sentada sobre la alfombra y no porque estuviera haciendo su tabla de entrenamiento.

—Pasa. Tenemos que hablar.

—Suéltalo antes de que me desmaye. —Me desplomé en el sofá con la ilusión de recuperar el aliento después de la caminata a cuatro por hora.

—¿Has vuelto con Romeo?

¿Qué clase de pregunta era esa después de sus mensajes en clave advirtiéndome, sin decírmelo, de que mi vida corría peligro? Bueno, no tanto, pero como estaba tan nerviosa me podía permitir pensar en lo que quisiera.

—Yo es que ya no sé cómo decirlo, y menos a ti. No he vuelto con él, no pienso volver con él y… ¿por qué todos os empeñáis en hacerme la misma pregunta? ¿Esto es un concurso? ¿Os dan más puntos por decir «tenemos que hablar»? Porque no me lo explico…

Levantó la cabeza tan despacio y con un movimiento lento, lentísimo de párpados, que temí que estuviera sentada en la alfombra haciendo una videollamada por ouija. Si me llega a mirar con los ojos en blanco, habría saltado por la terraza sin abrir la puerta.

Por un segundo tuve un *déjà vu*… Me miró como Eros. Igual.

—Hay algo que tengo que decirte, pero no sé ni cómo empezar. —Se puso en pie, yo di un paso atrás—. Sabes que me encanta Alicante…

—Tía, céntrate. No creo que me hayas hecho venir para decirme que te has comprado un apartamento en primera línea… Por cierto, ¿dónde están las sillas?

Cuando entré, con las prisas y la falta de aire, no me había dado cuenta de que había más espacio y era porque detrás de Atenea solo estaba la mesa.

—Deja que hable, no me interrumpas o no seré capaz de decirlo —ignoró mi pregunta y se aclaró la voz sin cambiar de posición.

De nuevo, el corazón a toda prisa, pidiendo el despegue…

Con tanto misterio empecé a sugestionarme y me sudaba la nuca y sentía unas cosquillas raras en la piel. Incluso había empezado a escuchar crujidos y lamentos. Se me humedecieron los ojos de lo mal que lo estaba pasando.

—Solo necesito saber que me vas a perdonar…

—Madre mía. Suéltalo de golpe o me dará un infarto. ¿Qué podría ser tan grave para que tengas miedo de que no te perdone?

—¿Sabes lo complicado que es ser la hija de Zeus Papadopoulos? Por no hablar de mi abuelo… —Se acercó a la vitrina de al lado de la ventana, abrió la puerta de arriba y cogió algo que no logré ver—. Hablé con mi tío Dionisio…

Primera noticia de que tenía un tío y que se llamaba así…

—Atenea, ¿te ha sentado mal algo? ¿Medicación? Recuerda que es importante no automedicarte para evitar dar positivo en los controles antidopaje…

Y allí estaba yo, divagando, loca perdida, asustada, desconcertada y preocupada por la salud de mi amiga que parecía haber hecho algo que no sería capaz de perdonarle y, además, no podía olvidarme de la conversación con el tío Dionisio.

—Estoy bien, triste, pero en plenas facultades mentales. No me interrumpas. Arciere y yo hicimos una alianza…

Definitivamente se le había ido la cabeza. Tenía que haber tomado setas alucinógenas, de las que usó con Romeo y Arciere en Verona, y se creía un personaje de rol.

—¿Alianza? ¿Arciere?

No me contestó. Me quedé con la duda y la ansiedad que genera ese tipo de desinformación flotando en el aire.

—¿Se puede? —La puerta de casa se abrió, escuchamos una voz acompañada del ruido de llaves…

Don Valentín había vuelto, pero esa vez no venía solo. Lo acompañaba un Romeo diferente. Serio, callado, parecía… ¿avergonzado?

Y… ¿por qué tenía el labio hinchado y deforme, y la frente decorada con pintitas rojas, como si tuviera cristalitos clavados?

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté con la vista puesta en las maletas que habían dejado en el pasillo.

—¿Tú qué crees? —dijo don Valentín con una pregunta que no necesitaba respuesta—. ¿Algún día, aunque sea bajo secreto de

confesión, me dirás qué problema tienes con los cuartos de baño? O ¿es solo con el mío?… No sabes cómo ha quedado la casa. Y el seguro ya no lo cubre…

No sabía cómo decirle que no era momento para discutir su drama, porque el mío era más importante y tampoco me atreví a echar a patadas a Romeo.

—En esta ocasión yo no he tenido nada que ver —confesé mirando a mi ex, que al escucharme hablar levantó la cabeza. ¡Dios! Tenía la cara hecha un Cristo—. Igualmente, podéis instalaros en la habitación de siempre, en cuanto acabe de hablar con Atenea, os atiendo.

Soné un poco a ama de llaves de telenovela, pero me dio igual que no me saliera un tono más amable, desconocía si había un protocolo de buenos modales para ser el anfitrión perfecto, pero yo no los había invitado.

Me giré para continuar la extraña y preocupante conversación con Atenea, que no se había movido de la misma baldosa y tampoco había soltado ninguna de sus perlas al ver a los nuevos inquilinos.

—Bueno, me hablabas del tío Dionisio… — dije, dejando caer todo el peso en la cadera izquierda, mientras cruzaba los brazos con la intención de imponer más.

—Así es… —susurró con la cabeza ladeada. Me estaba analizando.

—¡*Cierra! ¡Cierra*! —gritó alguien como si saliera el sonido a través de unos altavoces que no teníamos en el salón.

Atenea y yo cerramos la boca a la vez y nos miramos sin decir nada.

—Hija mía, cúbrete los pechos… Pero ¿qué llevas entre las piernas…?

Don Valentín le gritaba a alguien desde el fondo del pasillo. Y no era el único que lo hacía, porque también se escuchaba a…

Rosalina.

Capítulo 22

¿Sabéis ese momento en el que dices que te quieres morir, pero en el fondo no es cierto? Pues yo sí. Quería abandonar este mundo ya, sin dignidad, sin peinar, hecha un cuadro. Me daba todo igual. Largarme sin despedidas lacrimógenas. Con la urgencia del que sabe que pierde el tren.

Los que no perdían el tiempo eran esos dos descerebrados…

—¿Alguno puede echarles una mantita por encima? —preguntó don Valentín con la mano tapándose los ojos y mirando por los huecos.

Sobre el colchón de mi cama, tumbado, atado y amordazado, encontramos a Thor. Y no porque mi prima lo hubiera secuestrado y hecho su rehén. No. Porque ella estaba de pie en el borde de la cama, entre las piernas separadas de él. Y estaban separadas porque lo había amarrado a los respaldos de las sillas, esas que faltaban en el salón, con unas esposas de peluche rosas y otras en negro con plumas. Los dos como sus madres los trajeron al mundo. Él con su salmón de 9 y 3/4 —tan grande como el andén de Harry Potter—, apuntando al entrecejo de mi prima. Y ella, con su cresta bicolor empalmada, luciendo un arnés negro alrededor de sus caderas, coronado con un enorme pollón casi tan grande como el de Thor. Por lo menos…

Y lo más extraño es que todo ese *atrezzo* me sonaba de algo.

¡Mierda!

Los regalitos del tipo del *sexshop*. Maldije su vena cotilla con la cara al rojo vivo y los calores de la muerte. Tenía que haber abierto el canapé, registrarlo entero, sacar la maleta de cabina, dar con la combinación o arrancar el candado y desenvolver el paquete que oculté dentro.

—¡Qué fuerte! Y parecía inocente… —comentó entre risas Atenea.

—La voy a matar… —susurré para que solo me escuchara mi amiga, apretando cada vez más fuerte los puños.

Por fortuna, no me dejé llevar por la ira de hermana pequeña, como cuando me cogía algún vestido sin permiso, y la enganchaba de la coleta hasta que confesaba que lo había tomado prestado y le obligaba a decir que no lo volvería a hacer más. Primero, porque no quería que un cura supiera que todos aquellos objetos diseñados por el mismísimo Satanás, me pertenecían. Y después, porque ninguno me creería y la rabia y la impotencia me llevarían a darle una hostia detrás de otra a mi prima, con el arnés a modo cuerda de rodeo en toda la cara.

—Yo os espero en la iglesia, siempre que logre sobrevivir… —se disculpó don Valentín, que no dejaba de pasarse un pañuelo de tela por la nuca y luego por las comisuras de la boca.

Yo con las piernas separadas y los brazos estirados, parecía una estrella de mar. Como Thor, aunque al menos, iba vestida.

—¿Qué hacéis? —pregunté como si no lo supiera, solo que pensé que podría tratarse de una alucinación.

Mi prima dio un salto, y del impulso, los pechos y el pollón se le subieron de manera sincronizada, mientras la cresta se le abría a los lados. Al tocar el suelo, se tambaleó unos segundos.

—Si nos dais unos minutitos… Os lo explico. —Señaló al »salmón noruego» y al de plástico, a la vez que intentó ponerme la mano en el hombro, pero fui rápida y me aparté.

—Y, ¿tú no vas a decir nada? Tío, tienes la sangre de horchata… —Atenea le movía el brazo a Romeo que parecía haberse quedado

en *shock*.

Por cómo apretaba la mandíbula y los puños, y los miraba con la nariz hinchada, Thor tuvo suerte de que se hubiera quedado paralizado. No sabría decir de qué habría sido capaz.

Salimos al pasillo, nosotras por voluntad propia y mi ex empujado por mi amiga.

—¿Se lo estaban montando en tu cuarto?

—Y en mi cama. Recuerda que le prenda fuego a la casa… Romeo, ¿estás bien?

En ese momento me dio pena. Sentí lástima por él hasta el punto de que lo cogí de la mano para transmitirle que no estaba solo y que podía gritar, golpear las paredes e incluso llorar. Estaría más que justificado… Tenía que quererla mucho, porque alguien como él, con lo que le gustaba una fiesta rara, no era de los que se escandalizaría.

—Romeo…

Iba a decirle que si le parecía, ese era un buen momento para hablar. Atenea y el tío Dionisio podrían esperar, lo suyo era más urgente e importante. Acabábamos de pillar a su ex prometida en un intento de sodomizar a su raptor. Y algo así debe ser difícil de olvidar. Aunque en ese momento recordé algo… y confirmé que el karma existía.

—No sabía dónde estabais, acabo de cruzarme con don Valentín y no me ha dicho ni hola. Arrastraba los pies y estaba rojo… —Arciere irrumpió en el recibidor de casa—. ¿Ha ocurrido algo?

—No preguntes… —respondió Atenea antes que yo.

—¿Qué haces en mi casa? —le pregunté con la voz todo lo alta que pude. Después de la imagen de mi prima con Thor, se me había secado la garganta y me costaba hablar.

—Solo vine a decirle a Atenea que Eros ha renunciado.

¿Renunciado? ¿Deja la taberna? ¿El equipo de tiro con arco?

—*Ahora no* —le susurró ella, pero no sirvió de mucho porque la escuché sin problema. Es lo que tienen los pasillos de las casas, que

son estrechos y si en una habitación tres son multitud, imaginad ahí encajados.

Antes de contestar, miró a Atenea con el ceño fruncido, luego a mí sin expresión, después con la boca abierta a Romeo. Según bajaba la vista vi cómo se le iba formando una pequeña sonrisa hasta que empezó a reír, como si acabara de perder la cabeza cuando descubrió que Romeo y yo íbamos cogidos de la mano.

—¡No me lo puedo creer! —gritó entre carcajadas con las manos sobre las sienes.

—Este tío es gilipollas —soltó Atenea y empezó a caminar.

Romeo seguía mudo. Lo sentamos en el centro del sofá como si fuera el Centro de recuperación Pokemon. Le toqué la frente para comprobar su temperatura, aunque no tuviera lógica aquel gesto. Atenea se acercó a Arciere en un descuido mío.

—*¿Cómo sabes que Eros ha renunciado? ¿Te lo dijo él?* —murmuraba despaldas a mí.

—*Pero veo que no le ha servido de nada* —susurró pegado a la oreja de Atenea con la mirada fija en el imperturbable Romeo.

De nuevo empecé a escuchar crujidos y lamentos, solo que en esa ocasión descarté que fueran almas perdidas que vagaban por mi casa. Rosalina y Thor dando rienda suelta a su imaginación en una cama robada. La mía.

No estaba enterándome de nada de lo que se decían, y me interesaba pillar algo para entender a qué había renunciado Eros y el motivo.

—Y eso solo significa… que yo he ganado. —Dio una palmada al aire y después, a la vez que le rozaba a Atenea la barbilla, le guiñaba un ojo.

—No te flipes chaval. No sé qué te habrás imaginado, pero eso no es lo que parece. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia Romeo y luego en mi dirección.

—Tus ganas… —respondió él, dando un paso atrás.

Yo no sabía si gritar, si lanzar cojines para que se acordaran que estaba allí o largarme.

A los dos les sonó el móvil a la vez, un mensaje. Se quedaron en silencio, sin apartarse la mirada y al mismo tiempo se metieron la mano en el bolsillo y sacaron con urgencia sus teléfonos. Vi cómo desbloqueaban las pantallas y leían atentos.

—Oye, Atenea, ¿cuándo me vas a contar la historia del tío Dionisio? —le dije con toda la intención. Si era algo que a ella le interesaba, seguro que dejaba de ignorarme.

—¿Quién es el tío Dionisio? —preguntó Arciere con cara de higo. Ella hizo como que no lo oía.

—Cariño, en otro momento prometo contártelo todo. Ahora tengo que ir a un sitio. —Se guardó el teléfono y salió primero del salón.

—Oye, tú y yo tenemos una conversación pendiente —le dije a Arciere para que no se fuera, pensando que yo no había averiguado algunas de sus malas artes.

No habíamos tenido oportunidad de pedirle explicaciones de por qué se empeñó en bautizar a mi novio de pega. Tampoco su mensaje, mintiéndome, para que fuera a casa de don Valentín y darle la oportunidad a Romeo de que me secuestrara…

—Te prometo que a la tarde quedamos y podemos hablar de todo lo que tú quieras, pero ahora es súper importante que vaya a un sitio.

Y sin más, Arciere se largó. Antes de cerrar la puerta, escuché:

—¿El tío Dionisio de quién es hijo?

—¿Eres tonto, chaval?

Por lo visto, el tío Dionisio tenía que ser alguien muy conocido, igual no era pariente de sangre de ella y se trataba de una especie de jefe de la mafia, aunque desconocía si en Grecia era tan común como en Italia. En realidad, los únicos datos que conocía era por las películas y ni fui capaz de pasar del primer segundo de los Soprano.

—Juls, necesito que hablemos.

La voz de Romeo me hizo volver a la realidad. Por fin había vuelto del más allá.

—No tengo inconveniente, pero si no te importa, ¿podemos ir a otro sitio? No será muy agradable estar hablando mientras tu ex novia grita cuántas veces va a azotar a… Thor.

Sonrió lento, era como si se hubiera quedado sin gas. Se levantó y caminó hasta la puerta de la calle. Lo interpreté cómo un sí.

Decidí que lo mejor sería hablar al aire libre, a ver si así el pobre recuperaba su tono de piel o le subía un par de puntos. Era blanco color nabo pasado.

—¿Te encuentras bien? —me interesé, ya sentados en el murete.

Sonreí al recordar la extraña conversación con Aricere y su propuesta, antes de que toda la locura saltara por los aires, en ese mismo lugar.

—Sí, sí, es solo que… Da igual. Y tú, ¿cómo estás? Ya no tengo claro quién es tu novio, si el colgado que acaba de irse con tu amiga o el que estaba esposado y sin ropa en tu cama…

—Romeo, no tengo novio… —Hice una pausa para darle mayor dramatismo, pero me arrepentí de inmediato. Sonó a que mi intención era volver con él—. Y no tengo porque no quiero. Pero estoy bien.

«Claro que sí, doscientos tíos hacen cola todos los días en mi casa para ver por cuál de todos me decido».

—Ahora que ha pasado un poco de tiempo, dime, ¿por qué me dejaste? —me preguntó con un tono de voz más humano.

Parecía que había sido buena idea sacarlo de casa. Estaba más animado.

—Eso digo yo, después de tanto tiempo, ¿es necesario sacar el tema? Por mi parte está todo olvidado. Lo he pensado y si tú quieres, no me importa que seamos amigos.

—Juls, no es un reproche, que quede claro, pero ¿entiendes que no fue la mejor forma de dejarme?

Bueno, igual, después de haber pasado casi dos años, visto desde lejos y siendo sincera, igual tenía razón. Exageré en la forma, que no en el motivo.

—No supe hacerlo de otro modo. En esa época no lo entendía…

—¿Quieres decir que ahora sí? —preguntó en voz baja, como si temiera que lo tirara de una patada del murete.

—Que lo entienda no significa que lo comparta. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, no soy nadie para juzgarte.

—Vaya, sí que has madurado. La vida en España te ha hecho adulta…

Sonreímos los dos sin apartar la mirada.

—¿Sabes lo que me molestó? Que me chantajearas con decirle a mis padres que había acabado Filología, cuando solo tú lo sabías, y que pretendía hacer el máster de Recursos Literarios, si no aceptaba casarme contigo… Podrías habérmelo planteado de otro modo. Que seguramente hubiera reaccionado igual de mal. No creo yo que el lugar y el momento que elegiste fueran los más acertados. Pero me dio tanta rabia, que sabiendo lo importante que era para mí poder estudiar, sentirme libre e independiente, que lo usaras para obligarme a hacer algo que no quería, como mis padres. Y sí, desaparecí para hacerte daño.

Los dos soltamos una minicarcajada a la vez.

—Puede que tengas razón… Fue un error llevarte a aquella fiesta y soltártelo todo cuando no tenías escapatoria. Ahora que lo pienso, me da hasta vergüenza. ¿Cómo se me pudo ocurrir pedirte aquella locura?

Yo todavía me lo pregunto a día de hoy, pero ya muy de vez en cuando.

Llevar a su novia virgen, pura y casta a una fiesta donde el alcohol, las drogas y el sexo era lo más *light* que podías echarte a la cara entre aquellas cuatro paredes. Y no contento, después de ponerse fino de lo que fuera, me llevó a una habitación para decirme que a él le pondría más verme mirar cómo se lo montaba con un tío que tocarme. El milagro fue que no me diera un parraque mortal antes de que terminara su frase.

—Tranquilo, no me han quedado secuelas… Una duda. ¿Rosalina está al tanto? ¿Aceptó tu propuesta?

—¿Rosalina? Lo que has visto en esa habitación es solo la punta del iceberg… No hizo falta. Ella vino a mí y me dijo que tenía un plan, y que me necesitaba. Una noche coincidimos en una orgía… —Tratándose de mi prima, habría querido decir «vigilia»—. Y bueno. Una cosa llevó a la otra… Digamos que nos conocimos profundamente antes de tomar café.

—¿Te acostabas con mi prima cuando tú y yo salíamos? ¿En serio? ¡Qué hija de la gran…!

—Para, para. Entre nosotros siempre fue sexo, solo sexo. Nunca interactuamos fuera de las fiestas o de las quedadas. Y jamás conocemos la identidad de los participantes. Los requisitos están claros: informe de salud y contrato de confidencialidad. Listo. Si nos vemos o nos cruzamos o coincidimos por algún tema laboral, aunque nos reconozcamos, no podemos hacer ni una pequeña seña. Tanto es así, que, por ejemplo: imagina que dos parejas participan en algunas de las quedadas con otra pareja y al mes siguiente se ven en la cola del cine, pues hay que fingir no conocerse…

—Vaya, qué interesante todo. Pero si dices que hay parejas… ¿por qué no buscas a alguien que ya pertenezca a ese mundo tuyo tan…? Bueno, Rosalina era perfecta.

—Rosalina sería perfecta si estuviéramos enamorados y, siento decir que, ninguno de los dos sentimos nada. La boda era una farsa. Ella me propuso fingir que dijéramos que habíamos empezado a salir, que nos habíamos enamorados y poner una fecha. Así, tu madre le daría más libertad y la mía dejaría de joderme… Bueno, ya la conoces…

Sí, su madre. Ese ser angelical y bondadoso. Muy difícil de olvidar…

—Me dejas alucinada. Si te pregunto una cosa, ¿serás sincero? —Asintió con la boca apretada—. ¿Por qué te quedaste traspuesto cuando encontramos en el dormitorio a mi prima con Thor?

—Eh… —Se mordió el labio e inspiró profundo. Parecía tener dudas—. Digamos que él fue mi… amo. Y hasta aquí puedo contar… Ya sabes…

—Sí, sí, el contrato de confidencialidad.

«¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte!», pensé, pero no dije nada en voz alta para no parecer una trastornada.

Pero… ¡Qué fuerte!

¡Un momento!

Y de golpe entendí la conversación sin sentido del día que mi prima nos organizó la cenita romántica a Thor y a mí, con ella ejerciendo de periodista del corazón en prácticas…

«Juls, clavaditos. Y a los dos les gustan las mismas cosas».

—Yo también he madurado…

Sí, sí, sin lugar a dudas, un intento de secuestro y pretender partirme en dos mientras huía por la ventana recién enlucida del baño de un cura, es de ser muy maduro…

Me reí yo sola.

—A mí no me importa la clase de vida que quieras llevar. —Abrió tanto los ojos que me dieron ganas de tocarlos con el dedo—. Piensa que cuando empezamos a salir, yo no tenía ni idea de la vida. No significa que ahora tenga el título de experta, pero si algo he aprendido en todo este tiempo al lado de Atenea, es que no se puede juzgar a nadie por su forma de pensar o de actuar. Todos tenemos derecho a ser felices. Y somos libres de elegir el cómo, siempre que no hagamos daño a otro.

¡Madre mía! ¡Qué subidón!

Me emocioné al escucharme, parecía que me hubiera poseído el espíritu de Robespierre, solo me faltó ponerme en pie en el murete con el puño en alto y gritar: «Liberté, Egalité et Fraternité».

—No sabes cómo me alegro de oírte decir todo esto. Yo también he entendido que no puedes obligar a nadie a hacer algo que no quiera. Y que si yo quiero que me respeten, tengo que empezar por respetar.

—¿Te has dado cuenta de que damos mucho asco? —le pregunté con una sonrisa que me daba la vuelta hasta detrás de la nuca.

A Romeo de tanto que reía apenas se le veían los ojos. Estaba sentado con una pierna encima de la otra y el codo apoyado en el

muslo y con esa mano se limpiaba las lágrimas.

—Una última pregunta sin que tengas que incumplir el contrato de confidencialidad. Porfi, porfi… —le pedí con las palmas pegadas y vocecita lastimera. Asintió—. ¿Cómo hacéis las quedadas? ¿Tenéis un grupo de distribución en el WhatsApp? ¿Telegram?

—Noo, ya te he dicho que no conocemos la identidad de nadie. Un tipo conocido en el mundo del BDSM a nivel mundial, un magnate de las discotecas y clubs clandestinos tiene una aplicación y es ahí donde se cuece todo. Si alguna vez estás interesada…

—Calla. —Sin dejar de reír le di un manotazo.

Me encantaba el buen rollo que había entre nosotros. Qué rabia no haber aclarado todo antes.

—Igualmente, tenlo en cuenta. —Me guiñó un ojo y se humedeció los labios—. Y ahora dime, ¿con Arciere nada de nada?

—Nada de nada. Hemos tonteado o eso creía.

—¿*El cachitas*? —Sabía que usó un tono diferente para referirse a él, pero no supe identificar el motivo, porque celoso no sonó.

—¿Te refieres a Thor? —Asintió y los dos nos miramos sabiendo que era «confidencial»—. Nada de nada.

—¿Y el otro arquero?

—Pensaba que nada de nada, pero parece ser que nos dimos un beso. Y desde entonces no he dejado de darle vueltas a todo. Creo que me gusta…

Noté cómo se me ponían rojas las mejillas, pero no le di importancia.

—Eso no fue un beso. —Lo miré con el ceño fruncido sin entender—. No pongas esa cara. La forma en que le rodeaste sus caderas con tus piernas, en cómo le metías los dedos entre los mechones y le lamías la boca… En fin, reconozco que sentí envidia. A eso no puedes llamarlo «un beso». Juls, nunca has mirado a nadie como lo miras a él. Con todo lo toca pelotas que es tu amiga, no entiendo cómo no se ha dado cuenta.

Un momento. ¿Él recuerda mi beso y yo no?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Te olvidas de que yo estaba allí…

Vale, genial. «El beso» que no «un beso» se lo di para dar celos a Romeo.

Quise preguntarle cómo miraba a Eros, pero preferí saltarme la pregunta. Noté cómo se me encendieron, de nuevo, las mejillas y se me aceleró el corazón.

—Lo que no entiendo es por qué querías secuestrarme…

—Nunca he querido hacer algo así.

—Claro, ahora soy una loca que se inventa situaciones donde saltan azulejos asesinos por los aires…

—Podría decirse que todo eso y la pantomima el día de la boda en el jardín de tu casa fue por petición de tu amigo. —Me tensé y se me paró el corazón—. Me pareció ridículo del todo, pero oye, me vino genial, ya que sabía que Rosalina cancelaría la boda antes de subir al altar, y si le echaba un cable al chico, pues yo encantado.

—¡¿Cómo?! Mi prima lo tenía todo preparado… Con Thor… Y, ¿por qué nadie me dijo nada? Y, ¿qué mierdas busca conseguir Arciere con todo esto? Está obsesionado con algo y no logró saber de qué se trata…

—Bueno, eso supongo que tendrías que preguntárselo a él. A mí me lo propuso, y gracias a eso he acabado en Alicante.

—Y, ¿qué vas a hacer ahora?

—Vivir como quiera sin preocuparme por el qué dirá mi familia. Si todo sale bien, montaré un pequeño negocio con un poco de dinero que he ido ahorrando con los bolos de la tuna. Y lo mejor, he hablado con don Valentín y me ha ofrecido quedarme en su casa. ¿No es genial?

—Genial, teniendo en cuenta que hasta nueva orden seréis mis compañeros de piso…

Seguíamos recordando y aclarando temas que había dejado dentro del congelador porque me sentía incómoda al hablarlos, cuando me empezó a vibrar el bolsillo. Una llamada entrante. No quería romper el momento que habíamos creado Romeo y yo, hasta

donde yo recordaba, nunca habíamos estado tan a gusto. Relajados, sin tensión, sin mentiras… Pero el móvil no dejaba de moverse.

—Un segundo —me disculpé y saqué el teléfono, se me paró el corazón un segundo cuando vi que aparecía el nombre de Eros.

—Contesta, por mí no te preocupes, cuando cuelgues seguimos hablando.

—Será solo un minuto. ¿Sí?

—Juls, necesito que vengas a la taberna, si no tienes cómo venir, te mando un taxi. Es urgente.

Capítulo 23

Diez minutos más tarde, Romeo y yo entrábamos por la puerta de la taberna. Estaba cerrado al público porque habían empezado las obras. Olía a humedad, a cable chamuscado y a… a albañil.

Al fondo, en la mesa de Odín, localicé a Eros. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha, incluso pude oler su gel. Siempre me había parecido que las camisas lo hacían más atractivo, pero por algún motivo que se me escapaba, cuando lo vi clavar los codos desnudos sobre la mesa, mi corazón se saltó unos noventa latidos.

—Te espero fuera. Si ves que la cosa se pone calentita, me mandas un mensaje y me voy a casa. Y escucha a tu corazón, ¿vale? Yo creo que estáis hechos el uno para el otro —me dijo Romeo a la vez que me daba un beso en la mejilla que me supo a gloria.

Nuestro primer beso de amigos. Amigos de verdad.

—¿Hablas de Eros? —Lo sabía bien, sin embargo, me apetecía que me lo confirmara.

—Escucha a tu corazón y sabrás a quien me refiero… —me respondió pausado, con la voz susurrante que sonaba a despedida.

Pero sonreí como una tonta, saboreando los consejos que me había dado.

Antes de quitarme la chaqueta, vi que Eros no estaba solo. Me quedé con un pie en el aire y el otro clavado en una de las baldosas

que parecían estar sueltas.

—Juls —pronunció mi nombre en voz baja. Como si fuera una llamada con poca cobertura desde el más allá.

Reaccioné a su voz y empecé a caminar de nuevo. Al llegar al final de la barra descubrí quiénes acompañaba Eros y ahí sí, os juro que mi corazón se despidió de mí con un simple «adiós, fue un placer».

Pestañeé, me froté los ojos, los cerré, los abrí, estiré el cuello, ladeé la cabeza y la imagen seguía siendo la misma.

Atenea estaba sentada junto a Arciere. A su izquierda, Eros Y frente a ellos…

¿Quién era la señora centenaria, con el pelo amarillo pollo y de aspecto tenebroso, que los acompañaba?

—Ven, siéntate con nosotros. Tenemos que hablar —me pidió Atenea.

—No os preocupéis, así estoy bien —logré decir con la voz temblorosa y el cuerpo lleno de dudas y desconfianza.

Atenea y Eros se miraron una milésima de segundo, pero fue suficiente para darme cuenta de que algo había ocurrido entre ellos. Luego, él movió los dedos para pedirme que me acercara más.

No sabía qué hacer, qué decir o cómo comportarme.

—Si no os importa… empezaré yo —dijo Atenea después de aclararse la voz.

—¡No! —gritó la anciana—. No te saltes el protocolo, muchacha. Julieta, ven aquí. Siéntate en esa silla.

Con un dedo extra largo y fino, que parecía no pertenecerle, me apuntó al entrecejo. Hizo un movimiento con la cabeza, hacia la derecha, con la mirada fija en mí.

—No se preocupe… ya he dicho que estoy…

—Estás, nada. Que te sientes ahí.

Caminé y le hice caso, porque estaba cagada de miedo. Los tres me miraban con la misma tensión que yo a ellos. Y eso avivó más mis ganas de salir corriendo.

Porque verlos sentados y en silencio solo podía significar una cosa: que la temían más que si tuvieran debajo de las sillas una bomba que se activaba con el movimiento o la voz. Incluso me agaché para comprobarlo.

—¿Has vuelto con Romeo? —la pregunta me golpeó como una piedra en toda la frente.

Aquella obsesión por saber si estábamos juntos de nuevo se contagiaba más que la gripe A. Y si volvíamos, ¿qué?, ¿ganaban un crucero por el Mediterráneo con parada en el puerto de sus respectivas ciudades?

—A ver, señora anciana de modales admirables… No se lo tome a mal, pero no entiendo la pregunta…

—Tía, no le hables así —me susurró Atenea con la mano sobre mi muslo.

Era un mecanismo de defensa, mi manera de sobrevivir a todo lo que estaba viviendo, aunque siguiera sin saberlo. Parecía mentira que ella no me conociera. Para nada estaba burlándome de la señora. Si estaba a punto de llorar.

—Está muy clara. ¿No hablas español e italiano a la perfección? —Asentí a cámara lenta con las uñas clavadas en mi muslo y en parte de la mano de mi amiga.

Eros seguía sin decir nada. Movía muy rápido los ojos mientras repiqueteaba con los dedos sobre la mesa. Era como si él no tuviera que estar allí, pero es que yo tampoco…

—Pues siento decirle que no sé a dónde quiere llegar. ¿Por qué tendría yo que volver con Romeo? Solo somos amigos. —Arciere se incorporó de la silla, me dio la sensación de que saltaría sobre mí y me pegue todo lo que puede al respaldo.

—¿Amigos? ¿Desde cuándo? —preguntó Atenea en un susurro. La señora nos riñó con la nariz. No hizo falta que nos gritara o lanzara una mirada asesina.

Movió la nariz y nos asustamos.

—Luego te cuento —le respondí tan bajito que no me preocupé por la mujer. A su edad, seguramente, tendría problemas auditivos.

—¡Basta! —De un bote se puso en pie sobre la silla.

Los cuatro la miramos con los *corazones mezclados.*

—Oiga, yo le voy a ser sincera, no entiendo nada y esta situación me genera una ansiedad desconocida para mí, y se lo dice una chica que a su corta edad ha tenido muchos ataques… A mí pasar miedo sin saber el motivo… no me sabe igual. —En ese momento me miraban los cuatro a mí—. Así que si no es mucha molestia, ¿me podría poner en antecedentes?

Colocó la mano sobre el hombro de Eros y descendió hasta que logró sentarse.

—¿Qué sientes por Arciere?

Su pregunta me robó la voz, pero no la vista. Porque él y yo mantuvimos la mirada unos segundos, mientras todos, incluido él, esperaban mi respuesta, aguantando la respiración, como si en ese instante la paz mundial dependiera solo de mí.

Cerré los ojos y cogí aire por la nariz para tranquilizarme. Tragué saliva muy despacio y cuando me sentí con fuerzas, puse una sonrisa tímida y le respondí:

—Ya que saca el tema de Arciere. Hace unas horas quería matarlo, hace media ni me acordaba de su existencia y ahora mismo… Ahora mismo los asesinaría a los tres.

—¿A mí? —preguntó Atenea con el dedo clavado en el centro de su pecho y con cara de velocidad—. No sé de qué te habrás enterado, pero antes de meterme en tu lista negra, recuerda que tenemos una conversación pendiente. Y lo más importante, que no se te olvide que he intentado hablar contigo, pero tuve que…

Negué un par de veces y le coloqué la mano sobre el hombro antes de que terminara la frase. ¿Para qué? Ni idea… Pero pareció que lo tenía todo bajo control.

—¿Por qué querría matarnos? —murmuró el italiano al griego, que negó sin mirarme.

—Bien, ha quedado claro que no ha vuelto con Romeo Montenegro y que no siente amor, si no, odio, por *Cupido*…

Un momento, a ese no me lo habían presentado.

—¿Ha dicho Cupido? —preguntamos Atenea y yo a la vez.

—Eso pone en su documentación —dijo, mirando a Arciere, que había cerrado los ojos.

—¿Cupido? —volvimos a gritar—. ¿De verdad te llamas Cupido?

—Fue una apuesta de mi padre con mi abuelo, ¿vale? —intentó aclararlo, pero la vieja pelo pollo lo interrumpió.

—Silencio. El tema nombres ya lo aclararéis en otro momento. Quiero zanjar este asunto cuanto antes. Una servidora tiene vida más allá de esta… taberna. Y por último…

Todo me sonó tan ridículo, aunque usara un tono demasiado solemne, que tuve que darme la vuelta y mirar a la salida, esperando encontrar a mi espalda a un par de cámaras que grababan cómo un presentador, con pinta de empotrador, me haría entrega de un ramo de flores, justo en el momento en el que todos se pondrían en pie y gritarían a coro: «inocente» y yo empezaría a llorar y a reír. Y después, acabaría con un muñequito de papel en la espalda. Pero no, atrás solo había sacos de cemento, ladrillos y silencio.

—El siguiente era el tipo del martillo. ¿Te has enamorado de Thor? —preguntó después de leer algo en unos papeles arrugados y desordenados.

—No sé qué habrá escuchado por ahí, pero si alguien le ha dicho que era mi novio, le diré que todo fue un plan cutre para que mi madre me dejara en paz y no tuviera que volver a Verona. Y mucho menos asistir a la boda de mi ex con mi prima.

—Entonces, queda desierto —comentó, mirando al techo mientras destrozaba los papeles y lanzaba los trocitos por el aire.

¿De qué hablaba? ¿Dormiría en formol y viviría en un estado permanente de drogadicción?

—¿Desierto? —preguntamos nosotras y Arciere. Eros continuaba callado.

Se había quedado mudo.

Pero un mudo muy guapo. Nunca antes me había fijado que cuando no sonreía, que era pocas veces, su expresión se endurecía

y, aún, así mantenía ese rollo angelical que te empujaba a amarlo… Quien dice amarlo, dice gustar.

—Sí, desierto. Ella no lo ha conseguido. —Miró a Atenea y luego señaló a Eros—: Él ha renunciado y tú, Cupido… no te enteras de nada.

No, la que no se enteraba de nada era yo.

—Y… esto es todo… —dijo, medio canturreando con voz de soprano. Cogió la copa que tenía enfrente y se la bebió de un trago. Luego, la levantó por encima de su frente—: Y con esto y un *vinacho*, no nos veremos más, muchachos…

—Un momento. —Arciere la detuvo—. No puede fiarse de su palabra. Yo los vi cogidos de la mano.

«¡Maldito traidor!». Grité en sueños. En sueños, porque a mí qué narices me importaba lo que dijera. Y por qué se ponía así, como si su vida dependiera de que yo me liara o no con Romeo.

—Aprende a perder, *la vida es así, no la he inventado yo*… —volvió a canturrear mientras se enrollaba en un fular de lentejuelas y se colgaba al hombro una mochila de deporte.

Parecía haber perdido la razón del todo. Y no lo decía por su absurda forma de combinar la ropa con los complementos, era porque toda ella era un sin sentido.

También podría tratarse de que el ratito que había compartido con todos, no le había sentado bien a las neuronas y entre todos, sin proponérselo, la habían hecho enloquecer.

Y volviendo a la historia, esa historia que seguía sin entender porque ninguno me explicaba nada. Solo había cruces de miradas. Y silencio.

—Así es el juego. Unas veces se gana, otras… se pierde —concluyó Eros.

Me tensé sin querer.

Y antes de que pudiera reaccionar, la puerta de la taberna se abrió tan fuerte que rebotó varias veces, dando golpes contra la pared.

—¡Espere, espere! —Mi prima entró con los brazos en alto, detrás, la seguían Thor y Romeo como si fueran sus escoltas.

—No hay forma de salir de aquí… —se quejó la anciana, que paró frente a Rosalina. Levantó la cabeza y se quedó unos segundos observando su cresta—. Dime, ¿siempre tienes que ser tan intensa? ¿Qué te pasa ahora, chiquilla?

Parecía conocerla.

—Él, él presenta su candidatura —chillaba, reía y señalaba a Romeo como si fuera un famoso y ella su *gruopie*.

¿Iban a haber elecciones?

¡Joder! Me sentía súper estúpida.

Que hasta mi prima supiera de qué iba toda esa locura y que yo no tuviera ni la más mínima pista, me preocupó bastante e hizo que me cabreara. Me sentí fuera de lugar. Como si todos estuvieran en mitad de una partida secreta, de un juego orquestado por la señora *aesthetic* y cada vez que uno lanzaba los dados, ella me movía por el tablero hasta dejarme en la casilla que le venía bien.

—Está fuera de plazo, corazón. —Arrugó la hoja que acababa de darle Rosalina y entonces…

La puerta se abrió de nuevo y, al ver quiénes eran, por instinto de supervivencia, me escondí delante de Eros, casi entre sus piernas. En cuanto pude, me metí debajo de la mesa.

—¿Cómo va a trabajar mi hija en este antro? —mi madre arrasó con todo el oxígeno del barrio—. ¿Estás segura de que anotaste bien la dirección?

—Y el nombre del sitio. Según ponía, ella y el secuestrador trabajan aquí.

Romeo se giró como si acabara de escuchar su nombre en voz de La Parca. Y Eros movió la mano por debajo de la mesa hasta que rozó mi boca con los dedos. Me quedé paralizada, mientras él me acariciaba los labios con el pulgar.

Capítulo 24

—¿La que va con tu madre es quién creo que es? —indagó mi amiga, agachada por debajo de la mesa para que pudiera escucharla bien.

Las dos nos quedamos quietas. Ella con los ojos muy abiertos y yo con los labios tan apretados que parecía que me hubieran puesto pegamento. Acababa de pillarnos a Eros y a mí haciendo… Ni idea, solo sabía que me ardían las mejillas y todavía no me había desaparecido un extraño cosquilleo por el estómago.

—*Pues habrá que preguntar*. —Escuchar la voz de mi madre me sirvió para bajar unos diez grados la temperatura.

Aunque estaba bastante molesta con Atenea, porque mi intuición me decía que algo había hecho en mi contra, sentí la necesidad de responderle y así compartir con alguien mi agonía. Eso me ayudaría a poner un poco los pies en el suelo, aunque estuviera sentada en él y a punto de levitar después del momento erótico-extraño que acababa de vivir.

Le confirmé que era la madre de Romeo y le pedí que pensara en un plan para sacarme de allí sin que me descubrieran. Su cabeza desapareció y me enseñó el pulgar hacia arriba para avisar que me había escuchado.

—¿Mamá…? —preguntó Romeo con sorpresa. Mientras, aproveché para acariciar, de manera casual, la pantorrilla de Eros que tenía a la altura de mis ojos.

—¿Dónde está tu prometida? —intervino mi ex casi suegra, ignorando a mi prima, que la tenía al lado, con los ojos cerrados y aguantando la respiración, como si fuera un camaleón y se hubiera mimetizado con la barra.

—No hay prometida… —le informó sin titubear—. No hay nadie. Estoy soltero y así seguiré. Si alguna vez te importó mi bienestar, has de saber que es la primera vez en muchos años que me encuentro en paz conmigo mismo…

Casi me asomó para aplaudir.

—¿Ya se ha vuelto a echar atrás esa desvergonzada? —insistió la mujer—. Tú no te preocupes que esto lo solucionamos como que soy una Montenegro.

Rosalina como si fuera un cangrejo, comenzó a caminar de lado, con los brazos estirados y pegados a los lados del cuerpo, hasta que logró deslizarse y terminó dentro de la barra. Las dos cruzamos las miradas. Nos comunicamos en silencio. Y Thor, aprovechando la confusión por la visita sorpresa, se coló detrás de ella.

—Mamá… Juls es genial. Lo que pasa es que nunca te has molestado en conocerla. Y por ser tan genial, deberías dejar que ella decida qué es lo que quiere hacer con su vida.

¡Ains! ¡Qué mono!

—Si *su señoría* me lo permite… —le dijo mi madre a Romeo, mientras le hacía una reverencia y lo miraba desde abajo—, no te quito razón en que tu madre igual no es la más adecuada para convencer a mi niña… Pero yo, sí… Yo soy su madre, yo la traje al mundo y si vosotros sois Montenegro, nosotros Capulín.

Cómo no, ella, en su línea, si no se metía en una conversación cruzada, que en principio ni le iba ni le venía, aunque hablaran de mí, reventaba.

Nuestras madres cada vez discutían más alto, lo único positivo es que parecían haberse olvidado de nosotros y comenzaron a sacar sus trapos sucios del pasado.

Necesitaba desconectar unos minutos. En mi escondite me sentía segura y no me apetecía hacerme mala sangre con los comentarios

hirientes, que, en breve, empezarían a salir de la boca de aquellas dos.

Intenté atar cabos, algo que nunca se me dio bien, porque siempre he creído en la buena fe de las personas y me negaba a creer que, lo que había sucedido minutos antes de la aparición estelar de mi madre y su nueva mejor ex enemiga, fuera cierto.

No había llegado a nada en concreto, solo sabía que a los que creía mis mejores amigos, habían hecho algo que no hacen los amigos de verdad.

Me ardían las mejillas y me temblaba el estómago y no por el jugueteo que me traía con Eros.

De rabia. De impotencia. De golpe me sentí traicionada.

Intenté ordenar en mi mente toda la información que había ido recopilando, sin saber que lo hacía.

Por un lado, estaba la renuncia de Eros; ¿trabajo, deporte, beca? No se me ocurría qué podría ser, y menos, a qué vinieron las preguntas que me hizo en su piso. De mi sinceridad y confianza en él dependería algo; el qué… Ni idea. Lo único que no aceptaría es que quisiera marcharse de Alicante, porque lo echaría muchísimo de menos…

Por otro lado, lo rara que estaba Atenea, cuando ya de normal lo era. El intento de conversación en casa, diciendo que no sabía si la perdonaría porque hizo algo después de hablar con un tipo al que se le conocía en Ateneas como «tío Dionisio». Solo esperaba que no se hubiera metido en algún lío gordo o en peleas ilegales, que a ella eso de tumbar al personal se le daba muy bien y le gustaba mucho. Pero no debía tratarse de algo ilegal, porque recordé lo primero que me confesó al empezar a hablar. Nombró una alianza entre ella y Arciere. Me había quedado sin ideas, por más que lo intentaba, no se me ocurría nada.

Y no podía olvidarme de la obsesión de Arciere, desde casi que nos conocimos, para que acabara en brazos de Romeo. Y que nos había ocultado su verdadero nombre… Bueno, eso era lo único que

podía entender. ¿Cupido? Y se quejaba mi madre del que le puso mi abuela…

También estaba el pacto de mi prima con Romeo. Y que organizó su propio secuestro para impedir la boda. Su boda. Y de su gusto por las prácticas sexuales en manada prefería no comentar…

—¡Sansona! ¿Qué haces tú por aquí?

Alguien taconeaba, daba palmas y grititos. Me asomé un poco para enterarme mejor de lo que ocurría en el exterior.

—¡Cele! Cele, ¿eres tú? —los gritos de aquellas dos me sacaron del bucle en el que había entrado—. ¡Ay, no puede ser verdad!

Mi madre cambió el registro de voz y empezó a suavizar el tono hasta convertirse en una señora adorable con la que podías hablar de cualquier tema porque jamás se alteraba.

Apoyé las manos sobre las rodillas de Eros y asomé un poco más la cabeza para ver con quién hablaba. Él colocó las suyas encima y casi me caigo al suelo de culo, cuando empezó a acariciarme, haciendo pequeños círculos con las yemas de los dedos sobre mi piel.

—Yo, aquí con los chavales… Viendo cómo se labran un futuro… —comentó la anciana pelo-pollo como si conociera de toda la vida a mi madre.

—Eso está bien, que mira cómo ha acabado mi hija. Soltera, esperemos que entera… y sin oficio ni beneficio. Con lo que me he desvivido por ella todos estos años. Que tú, mejor que nadie, sabes lo que me costó sacar adelante a las dos. Al menos, me queda el consuelo de Rosalina. —Se le escapó un jadeo exagerado y empezó a llorar—. ¿Qué habrá sido de ella? Se la llevó aquel bruto el día del enlace con el hijo de los Montenegro… ¡Ah!, espera que te presento a la suegra de mi Rosi.

No pude evitarlo y puse los ojos en blanco. Reprimí las ganas de salir y ponerme a romper todo lo que encontrara por mi paso, pero no lo hice. Primero porque quería escuchar qué se decían y, a ser posible, averiguar de qué se conocían. Y segundo, por Odín, el hombre no tenía culpa de nada. Y porque tampoco me apetecía que

se corriera la voz de que mi deporte favorito era destrozar casas y negocios del mundo en general.

—Eso será si damos con el delincuente del martillo —respondió la madre de Romeo de primeras—. Encantada señora. Y, por casualidad, ¿no habrá visto a Julieta? ¿Alguien le ha podido dar una pista de dónde podemos encontrar a *mi hijita*? A Sansona le llegó un anónimo con estas coordenadas, asegurando que era el lugar de trabajo de la niña y del delincuente. Y no sabemos más. Solo que a Rosi la secuestró un bárbaro de las tierras del Norte, pero que sepamos, a Julieta nadie quiso llevársela.

Me tensé y apreté con fuerza las rodillas de Eros. Es que no podía con ella. Nunca pude y después de todo lo ocurrido, menos aún.

Cada vez tenía más ganas de abandonar mi escondite, salir y mandar a paseo a todos, sin excepción. Pero a ella decirle que su hijo vino a por mí y casi, casi, me secuestró, pero no valía la pena.

—Claro…, lo entiendo. Pues veréis… Si buscáis a la niña…

¡Vieja asquerosa, me iba a delatar!

Porque mi prima continuaba escondida junto a Thor, pero a mí se me vería si alguna de las tres se agachaba a rascarse el tobillo. Al menos, ellos consiguieron una zona más segura.

—Mamá, ¿a qué has venido? Déjalas en paz, a las dos. Ya te he dicho que no hay prometida, y no pongas esa cara. Lo hemos hablado y es lo mejor —Romeo intentaba hacer entender a la mujer, cuál era su nueva situación, pero a ella y a mi madre, porque si no opinaba reventaba, no les entraba en la cabeza.

Y venga a gritar, a maldecir su mala suerte, la de mi familia y la de todo el que se le cruzaba por la mente.

Entonces, la mano de Thor y la cabeza de mi prima asomaron por el final de la barra. Desde donde estaba no era capaz de leerle los labios. Gesticulaba de manera exagerada y con los dedos contra el suelo, los movía como si estuvieran bailando.

¿Qué mensaje quería enviarme?

Yo negaba con el ceño fruncido. Romeo tosió, agarré a Eros por los tobillos, que casi me llevé una patada de regalo al asustarse, y me asomé lo suficiente para ver qué pasaba fuera de esas cuatro patas, que hacían de escondite.

—Creo que será mejor salir a tomar el aire, aquí ya no hacemos nada —decía mi ex, mientras veía como movía los dedos, con las manos pegadas al final de su espalda.

Debía ser el nuevo código morse inventado por él y mi prima para decirse guarradas secretas cuando empezaron a salir, pero que yo no conseguía descifrar.

—*Eh, eh*. *Sh, sh* —chistaba Rosalina.

Hasta que creí entender lo que significaba aquel baile de dedos. Si Romeo había conseguido caminar en círculo para que mi madre, la señora Pelo-pollo y la narradora de secuestros por tierras vikingas me dieran la espalda, era mi oportunidad para salir rodeando la mesa y llegar a la barra, sin ser vista.

Solté a Eros y me puse a cuatro patas. Comencé a gatear sin tener muy claro hacia dónde me dirigía, temía que en cualquier momento alguien —mi madre o la otra madre— me descubriera.

—Por fin —dijo mi prima cuando me colé junto a ellos.

Nos abrazamos como si de verdad estuviéramos en mitad de un asalto, huyendo del fuego cruzado.

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —pregunté asustada.

—Sí, antes de que nos maten y no te pueda contar algo que he descubierto. Sería horrible que tuviera que esperar para decírtelo hasta que nos reencontremos en el más allá.

En cuclillas llegamos al otro lado de la barra para asegurarnos de que, aunque volvieran a moverse, desde fuera no se nos vería.

—Ah, antes de irnos al otro barrio, escucha. —Miró a Thor y luego me agarró de la muñeca mientras dejaba escapar un par de suspiritos—. Te presento a mi novio.

¿Estaba de coña? No por la información que acababa de darme, si no, por el momento.

—Encantada —le seguí el rollo como si fuera la primera vez que veía a Thor.

—Y ahora te pongo al día. Según mis investigaciones… los dos habéis sido víctimas de un complot movido por la codicia y la sed de poder.

—Rosalina, ¿de qué hablas? De verdad crees que es momento para esto…

—¿No quieres saber por qué Arciere estaba tan empeñado en que te liaras con *mi* Romeo? Bueno, dejémoslo en que volvieras con tu ex. —Me tensé, entorné los ojos y miré a la izquierda. Asentí—. La vieja de fuera, era la mejor amiga de tu madre y de la mía cuando todavía vivían en La Puebla de Montalbán. Es Catwoman…

—Rosalina, ¿has esnifado pegamento? ¿Qué dices ahora de Catwoman?

—La de mi despedida de soltera, la del grupo de pilates del ayuntamiento… Pero calla y escucha. Esto es muy importante. —Me agarró con fuerza de la mano y se aclaró muy bajito la voz.

Escuchaba atenta con los ojos y la boca tan abiertos que ya resultaba incómodo. Desconocía si era una película inventada por mi prima o cierta, y es que yo no quería que lo fuera, pero todo cuadraba.

Sin necesidad de hacer «clic», las piezas se unieron y todo empezó a cobrar sentido, dentro del sin sentido.

—Eros quería que te enamoraras de él.

—¿Eros quería que me enamorara de él? —pregunté con voz de gilipollas. Casi me pongo en pie y lo digo a gritos.

—¿Por qué repites lo que te acabo de decir? —se interesó mi prima y señaló a Thor—. *De este él.*

Menos mal que la confusión duró poco y señaló rápido a su amante, y no me dejó que creyera que lo que buscaba es que me enamorara de él. Él=Eros, porque mis bragas ya iban por las rodillas.

—Entendido —respondí en un susurro un poco decepcionada, pero dejé que continuara, porque tenía pinta de que aquella revelación iba para largo.

—Arciere y Atenea se aliaron para que eso no pasara, lo de Thor. —Me guiñó un ojo, se pasó la mano por el pelo y le dio un beso a su chico—. Pero luego, el italiano se la jugó a ella y empezó a boicotear, por su cuenta y riesgo, vuestra falsa relación y abrir camino para que cayeras rendida en los brazos de Romeito. Metió cizaña con don Valentín para que lo obligara a bautizarse y poder casarse contigo por la iglesia.

—¡Qué cabrón! Ahora entiendo por qué Arciere ponía caras de «yo no sé de qué hablan», el día de la cena en Verona…

—Pretendía que presionando a Thor se largara. Es que cuando Atenea me trajo a España con un plan y me medio lanzó a los brazos del dios del trueno y los polvos infinitos… —Puso los ojos en blanco y se lamió el labio. A mí me atravesó el cráneo un escalofrío—. Es que no sabes lo bien que me lo…

—Ros, calla.

—Bueno, tu amiga quería que me liara con Thor y te quedaras soltera.

Sabía que mi amiga defendía a capa y espada la soltería, pero hasta ese punto enfermizo en el que hizo todo lo que pudo para apartarme de un novio de mentira… Por lo que contaba mi prima, Atenea no debía de estar al tanto de las actividades lúdico-erótico-festivas de los tres.

—*Cara mía* —le dijo muy bajito Thor, con la boca rozándole el cuello—. No te pierdas en los detalles que nos queda poco tiempo. Atenea quería que presentaras como pareja al italiano.

—Oye, ¿lo cuentas tú o yo? —Mi prima le dio un manotazo, se sentó en el suelo y se cruzó de brazos.

—Rosalina, céntrate.

—Aquí parece que el único que jugó limpio fue Eros… —Thor y ella asintieron a la vez—. Pero es que Atenea estaba convencida de que tú te sentías atraída por Arciere. Por eso yo creo que se vino tan arriba. Ella pensó que te hacía un favor.

—¿Eros qué pinta en todo esto?

Acaba de darme cuenta que lo había nombrado y no entendía su implicación.

—Uy, sí, espera que empiezo de nuevo.

—Noo, sigue, sigue, que ya pillaré el hilo antes de perder el conocimiento.

—Entonces tu amiga habló conmigo y convencimos a Thor para que me secuestrara y no se celebrara la boda. Aunque yo eso ya lo tenía hablado con Romeo, pero esa es otra historia y te la contaré después.

—Creo que… creo… —Me coloqué la mano en el pecho, me costaba respirar.

—Toma —Sin que me lo esperara y con cero preocupación, me pegó en la boca una bolsa de papel que usábamos para meter los sándwich mixtos—. Respira ahí dentro. Que yo sigo. Y todo el plan se les jodió cuando tú te emborrachaste y casi te follas en el descampado a…

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué película te has montado en la cabeza? —pregunté con media cara dentro de la bolsa de papel.

Todo lo que contaba tenía algo de sentido, menos lo último, sin embargo…

—Bueno, vale, no fue tan así, aunque tienes que reconocerme que te has… —Le tapé la boca con la mano para que no dijera algo que yo todavía no había reconocido—. Y por lo que pasó aquella noche… Lo del beso, Eros renunció al local y todo apuntaba a que te liarías con él. Y eso no podía ser porque nadie lo eligió a él…

Me había vuelto a perder. Cuando creí que había entendido algo, volví a la casilla de salida.

—Atenea decía que estabas enamorada de Arciere… ¡Qué fuerte que no se llame así! ¿Eh? Pero Cupido no es tan feo…

—Yo te juro que no puedo más. No vayas de un tema a otro, te lo pido por favor, Ros. Hablemos de lo que de verdad me importa ahora mismo. ¿Me quieres decir que mi amiga, lo tenía todo planeado?

Dejó de hablar, se acomodó en el suelo y antes de seguir, le dio un beso en el cuello a Thor.

—Todo. El trabajo en la taberna. El de casa del cura… Ya después, tuvieron que elegir porque se agotaba el tiempo. Atenea se pidió a Arciere, él a Romeo, y Eros a Thor. Porque don Martillo es mucha tentación. —Se clavó los dientes en el labio y agarró por la nuca a Thor y los dos se lamieron la boca.

—¿Podéis dejar vuestra obsesión para cuando no tengáis público? —Vi sin problema cómo se reían sin despegarse—. O cuando os miren… otros.

—Es que su saliva es droga para mí… —Se le escapó una carcajada silenciosa y continuó—: Luego nos llegaron noticias a Italia. Tu madre llamó a su amiga para ver cómo iba el tema.

—¿Mi madre? ¿El tema? Rosalina, cada vez entiendo menos, creo que me voy a desmayar.

—Romeo, que es un visionario, entró en el juego.

—¿Romeo también?

—Sí, de hecho, el ganador es él.

¿Me ha ganado a mí?

Capítulo 25

Mi madre y la Montenegro intentaban dejar calva a Atenea. Don Valentín, que se había pasado por la taberna con la excusa de coger una botella de vino para la misa de ocho, pedía calma. Romeo, encima de la barra, gritaba con el puño en alto que nadie iba a obligarnos a estar juntos. Arciere insistía en que Romeo y yo estábamos fingiendo y nos habíamos prometido de nuevo. Y Rosalina volvió a empezar toda la historia desde el principio, porque no era capaz de asimilar toda aquella información.

—Calma, calma, que todos somos hermanos —repetía el cura en el centro de la taberna, subido a unos sacos de cemento, junto a una pila de baldosas inservibles—. Si os parece, para destensar un poco todos estos egos… puedo improvisar un confesionario y me vais contando vuestros pecadillos… O si preferís, oficio una boda. Eso, lo de boda es genial. ¿Algún candidato?

—Padre, calle y ayúdeme a quitarme a estas dos de encima —le gritó Atenea con mi madre subida en su espalda y la de Romeo entre sus piernas.

Era una situación tan irreal que yo ya no sabía si llorar por todo lo que me había revelado Rosalina o peinarme por si de repente aparecían los del programa *Los gemelos reforman dos veces* y se ponían a alicatar en mitad de todo mi drama y me sacaban fea en la tele.

—Primi, antes de que explote todo por los aires. No seas muy dura con ellos. Los tres te quieren, no tanto como yo… Porque eso es imposible. —Me abrazó sin que me lo esperara y me acarició el pelo—. Atenea te conoce mejor que nadie y sabe que te enamoras rápido, solo tenías que hacerlo del chico que ella dijera… Sí, suena fuerte, pero oye… lo hizo por tu bien.

—¿Te estás escuchando?

Encima parecía defenderla.

Igual la única loca de aquella taberna era yo y por eso no me entraba en la cabeza que me trataran como a un quesito del Trivial…

—Es que no quiero que os enfadéis. Eros dio vuestros nombres de coña, nadie con dos dedos de frente se podía imaginar que esta historia iba en serio. Él solo quiso ayudarte para encontrar al novio falso y que tu madre no te agobiara. Es buen chico. Encima, está loco por ti… —Colocó la palma de la mano en mi mejilla y me observó unos segundos—. Cuando estáis cerca saltan chispas. Se nota la tensión… Se respira el amor. Jo, Juls, solo tienes que dejarte llevar…

Me tapé la cara con las manos y metí la cabeza entre las rodillas. No podía más. Demasiada información de golpe. Y por boca de mi prima, que eso estresaba más.

¿Cómo podían haberme utilizado de esa manera y durante tanto tiempo?

Mi amiga, mi mejor amiga… En la que más confiaba, en la única… ¿Qué motivo tan grave la llevó a traicionarme de aquel modo?

—¿Tú le metiste en la cabeza a mi niña que el matrimonio era de pobres? —mi madre no dejaba de gritarle a Atenea, inventando cosas—. Veintidós años a la basura… ¿Qué vamos a hacer ahora? Nos has convertido en el hazmerreír de La Puebla. Con lo que me gustaban las verbenas en verano, ahora ya no podremos volver…

La madre de Romeo animaba a la mía para que no soltara a mi… a mi examiga.

—Yo solo dije la verdad. ¡Las mujeres no necesitamos a un hombre al lado para ser felices! —empezó con su discursito aprendido…

Después de todo lo que había descubierto, ya no me creía nada de lo que dijera.

—Eso lo dices porque tienes más músculos que un pelotón de fusilamientos… Y ningún hombre…

—*Ningún hombre*… —repitió con voz de cotorra la Montenegro.

—¡Mamá! No acabes la frase —la riñó Romeo, que continuaba encima de la barra. Desde mi posición le podía ver el culo en primer plano.

Vale, estaba enfadada con Atenea, en ese momento no tenía intención de volver a hablar con ella en la vida, pero no iba a consentir que mi madre y la *otra* intentaran humillarla de aquella forma…

Iba a ponerme en pie, cuando mi amiga, perdón, la traidora de turno contestó a mi madre e ignoró a la de Romeo.

—Pero ¿en qué año se cree que estamos? ¿Un pelotón de fusilamiento? —preguntó Atenea, manteniendo la calma—. Soy campeona del mundo de lucha libre, ¿qué quiere que tenga? Lo raro sería que entrara en una talla treinta y dos… Y, suélteme, no quiero hacerle daño y me urge hablar con Juls. Necesito pedirle perdón…

A buenas horas se acordaba de eso…

Despegué la frente de las rodillas y estiré el cuello para escuchar mejor todas sus tonterías y mentiras.

—Ahora el perdón ya no sirve… —le gritó mi madre.

Tenía razón, pero me seguía molestando el modo en el que trataba a mi… a Atenea.

—*Yi ni sirvi*… —repitió la señora Montenegro.

¡Qué hostia tenía!

Alguien tosió fuera. Dentro de la barra seguíamos los tres, yo con el estómago encogido, intentando procesar todo y mi prima como si estuviera en una isla desierta, enrollándose con Thor.

Si es que estaban hechos el uno para el otro…

—*Sansoneta*, no me puedo creer que digas algo así… —la interrumpió don Valentín con voz de cura enrollado—. Dios, Nuestro padre, siempre que haya arrepentimiento, nos perdona una y mil veces…

—A mí solo me vale el perdón de mi amiga. Quiero que sepa que no quise jugar con ella. Y, usted, Sansona, no debería enfadarse tanto conmigo… Casi tendría que agradecérmelo. Al fin y al cabo, usted y yo buscábamos lo mismo: Que alguien se enamorara de Juls…

Intenté acercarme un poco hacia el final de la barra para enterarme mejor de todo lo que sucedía fuera. Ya me había empezado a impacientar y necesitaba estirar las piernas. Pero todavía no era el momento de salir.

—No digas tonterías. *Amor, amor*… Ella lo que necesitaba encontrar era a un buen marido —dijo mi madre.

—Pues yo solo quería que mi amiga encontrara el amor verdadero. Ese que lleva buscando desde que nació. Porque no sé si lo sabe, pero su hija cree en el amor… Yo he tardado en darme cuenta… Y no es malo si lo vives con la persona adecuada. Ella se merece eso y más. Acepte que no todos necesitamos lo mismo en esta vida. Y puedo asegurarle que lo ha encontrado y que yo no he tenido nada que ver… —Se le empezó a quebrar la voz.

«No, no escuches… Solo dice tonterías», me pedía a mí misma. «Es una traidora». A mí lado, los amantes del Inframundo cochinote abrazados, aguantaban las ganas de llorar. Al verlos tan vulnerables y tan pegados, aparte de sentirme una insensible, me entró un poquito de envidia. Se habían enamorado de verdad.

—Precioso, todo precioso. Perdona que no llore, pero es que no te creo. Tú querías que acabara como tú, que fuera una solterona a la que nadie mirara a la cara… Y asegurarte de que cuando te murieras, alguien te cuidara los gatos.

¿De qué gatos hablaba?

—¡Juls! —Elevó la voz tanto que las copas de las estanterías vibraron. Yo me encogí, por instinto de supervivencia, porque todos

iban a saber que me encontraba en la taberna y empezarían a buscarme—. *Escúchame allá donde estés*… El día que fuimos al *sexshop*, me llegó la propuesta y… No pude rechazarla. Sabes que siempre he querido tener mi propio negocio para no depender de mi padre. Tú lo escuchaste, estabas allí conmigo. La Celestina cerraba la agencia porque se jubilaba y Eros y Arciere le preguntaron si no había posibilidad de traspasarla…

Aunque me tapé los oídos para no enterarme de lo que decía, como gritaba tan alto, lo oí todo. Y también lo recordé. Ellos eran los dos hombres, con acento extranjero, que estaban dentro cuando nosotras llegamos. Y eran los mismos que llevaban las fundas negras. Con sus arcos. Con sus flechas…

—Padre, ¿usted sabe de qué habla? —preguntó mi madre. Sonreí con cara de mala de telenovela. Seguro que se moría por averiguar —. No cree que alguien debería decirle que se calle…

—Sansona, no se meta… —le rogó don Valentín, que intentaba abrir una botella de vino—. Hagamos una cosa, cojan sus maletas y adelántense. Dejen las cosas en el hotel… —Por fin el cura tuvo una idea buena—. Algo me dice que me tocará celebrar una boda y todavía no he bendecido el vino. Bueno, ya abriré la botella por el camino. Vamos.

—¿Una boda? ¿De quién? ¿Podemos acompañarle a la iglesia? No sabe la de… —Mi madre y su emoción por los casamientos la distrajeron los suficiente para que alguien la sacara de la taberna.

—No me dejéis aquí… —La madre de Romeo parecía que también se largaba.

Cada vez su voz se escuchaba más lejos, hasta que un portazo la silencio. Tres menos…

—Juls, me lo pusieron en bandeja… No había reglas. Se podían crear alianzas… ¿Cómo no aceptar? ¿Qué querías que hiciera? Lo llevo en la sangre. Solo tenía que dar dos nombres. El objetivo era que una pareja se enamorara… El resto de condiciones no importan. Tú siempre has querido eso… ¿Qué mal podía hacerte? —Su voz rebotaba por las paredes de la taberna como si fuera una pelotita

saltarina, hasta que se colocó en el hueco del final de la barra y plantada frente a mí, continuó su discurso—. Tía, me pudo la adrenalina que sentía cada vez que preparaba los informes.

—Jo, Juls, ¿no te da penita? Se ve que lo está pasando fatal… —Rosalina me empezó a dar golpes en el hombro para que mirara a Atenea y me compadeciera.

—Las llamadas sorpresa de la Celestina para reunir a los candidatos y saber en qué punto nos encontrábamos… Necesito que me perdones. Si sabes que yo te quiero un huevo… ¡Joder! Contado así, a cachos, suena fatal, pero ni me he aprovechado de ti ni he querido hacerte daño. Tienes que creerme.

Y yo tenía que encontrar algo que meterme en las orejas, con mis manos no era suficiente para dejar de oírla. Y alguna cosa para taparme los ojos. Porque como siguiera escuchándola y mirando cómo le caían lagrimones, como si fueran mancuernas de ocho kilos, al final derrumbaría el muro imaginario que había conseguido levantar en la última hora y no podría odiarla. Me negaba a terminar a moco tendido abrazada a mi prima y al otro. O lo que es peor… a ella.

—Siento interrumpirte, bonita de brazos fuertes —La vieja seguía en la taberna. Ya casi me había olvidado de ella—. Precioso todo lo que has dicho, pero te recuerdo que sí había reglas. La primera: no tener pareja. La segunda: elegir a dos candidatos y hacer que se enamoraran. Y la tercera y más importante: No enamorarse durante ni después del concurso.

De fondo me pareció escuchar la voz de Arciere, era un susurro muy suave, lo que me confirmó que continuaba allí.

—No entiendo por qué no reconoces que has vuelto con Juls…

—Porque no hemos vuelto. Tendrías que mirarte esa obsesión…

Arciere y Romeo.

De pronto me entraron ganas de preguntar por Eros, pero era evidente que no lo iba a hacer, solo por no tener que moverme. Si me concentraba, todavía podía sentir sus pequeñas caricias en las manos cuando estuve escondida debajo de la mesa. El corazón se

me aceleró y se me humedecieron los ojos sin querer. Parecía que algún gracioso me estuviera apretando el cuello porque me costaba tragar.

Lo echaba de menos. Y me daba rabia porque yo estaba enfadada también con él. Con todos. Pero quería que dijera que él no había participado. Que él siempre fue sincero. Que él… que él era mi amigo. Y que Atenea desapareciera de mi campo de visión.

—¡Silencio! —gritó Eros por fin. El sonido de su voz me reactivó el alma. Levanté la cabeza y no pude evitar sonreír. Sin querer—. ¡Basta ya! ¿No os dais cuenta de que todo esto es ridículo? No sabéis cómo me arrepiento de haber hecho las cosas tan… Como un estúpido. Pero lo único que sé es que ha valido la pena, de lo contrario, jamás la habría conocido. Siempre dije que el amor no era lo mío, pero ahora… no tengo dudas. Sé que esto tiene que ser amor. No puede ser otra cosa. Estoy enamorado de Juls. —Y yo muerta. Se me paralizó el corazón al escuchar su confesión—. Y ya no tengo miedo de decirlo en voz alta. La quiero. Tendría que haber hablado con ella antes, pero me fue imposible. Y entiendo que no quiera verme más. Pero me niego a aceptar que la he perdido. Siento que no puedo respirar… No imagino mis días sin ella. Me duele el pecho, no tengo apetito y todo esto ya no tiene sentido.

Mi prima me dio un empujón y acabé tumbada en el suelo como un fardo. Se agachó, me agarró por los hombros e intentó levantarme, mientras Eros continuaba con su declaración de amor y yo me la estaba perdiendo.

—No puedo cambiar las cosas, pero sí quiero que sepa que no voy a parar hasta que acepte ser la madre de mis hijos.

¡Hostias!

—Juls, venga, sal. Primi, que esto es lo más romántico que he escuchado en mi vida… Si Thor dijera algo así de mí, te juro que me hacía pipí en las bragas…

Me puse en pie con dificultad, había perdido sensibilidad en una pierna, porque se me había dormido de haber estado tanto tiempo en cuclillas. Al enderezarme vi a todos entre las mesas y a Eros

encima de la de Odín. Mi prima lloraba a moco tendido abrazada a Thor, que sorbía los mocos.

—*Yuyuls*… ¿Me perdonas?

Antes de poder abrir la boca, rompí a llorar. Me temblaba el cuerpo y las lágrimas no me dejaban ver por dónde iba, menos mal que solo tenía que caminar en línea recta. Él bajó de la mesa y esperó sin decir nada a que yo hiciera algo.

Nos miramos en silencio. Eros tenía la cabeza ladeada y los labios apretados. Abrió los brazos y sin pensarlo me lancé a su pecho, llorando con una desesperación que no podía controlar.

Nunca habría imaginado que en un momento tan bonito y romántico estuviera llena de babas y mocos.

Él me rodeó y apretó con sus enormes manos contra su cuerpo. También respiraba con dificultad y su corazón rebotaba contra mi pecho. Erizada desde las cejas hasta los talones, continué llorando hasta casi quedarme sin lágrimas. Movía la cabeza porque no me salían las palabras, pero le decía que sí, que lo perdonaba y que sí a que me gustaría ser la madre de sus hijos. Porque en ese momento me daba igual lo que hubiera hecho, había renunciado a todo por mí.

Y cuando pilló mis intenciones, subió una de sus manos hasta mi nuca, con la otra, me alzó la barbilla. Nos miramos unos segundos. Me limpió las lágrimas con las yemas de sus dedos y por fin, nos besamos.

Silencio. Aplausos. Vítores… Gritos. Más aplausos.

Y de golpe recordé cómo fue nuestro primer beso en Verona. Lo bien que olía, sus caricias contenidas. Su voz susurrándome contra la piel: «¿qué estamos haciendo?». Cómo nos iba de rápido el corazón. El temblor en mis piernas alrededor de sus caderas…

Estaba sintiendo lo mismo…

—Y el nuevo propietario de la agencia matrimonial es… Romeo Montenegro con su apuesta al amor por Julieta Capulín y *Eros Ramazzotti*…

¿Cómo?

—¿Qué dice, señora? —le preguntó él, aguantando la risa.

—Perdón, perdón, me he dejado llevar por un amor imposible de juventud. Julieta Capulín y Eros Papadopoulos.

Se me cortó la respiración un segundo. Otro más. Me separé unos centímetros de Eros, miré a Atenea por primera vez desde que descubrí que me había utilizado para conseguir… ¿Una agencia matrimonial?

No entendía nada, pero eso no importaba, ya aclararíamos todo después.

—Que compartáis el mismo apellido extraño es pura casualidad, ¿no? El Papanosequé es muy común en Grecia, ¿verdad?

—Lo es, es un apellido de lo más común —me respondió Eros con una sonrisa juguetona, y yo solté todo el aire de golpe.

—Pero… —intervino ella y por un momento se me cortó la respiración—. Llegados a este punto, no más mentiras. Eros es mi sobrino pequeño, hijo de mi hermana Afrodita. Y yo, sin pretenderlo, he cambiado vuestros destinos. Os quiero, chicos.

Capítulo 26

—Y ahora, dejemos a estos tortolitos solos, que lo van a necesitar… —Se metió los dedos en la boca y silbó como si estuviera llamando a sus cabras perdidas que habían abandonado el rebaño. Mi ex se acercó a la mujer y le dijo algo en el oído—: Romeo, date prisa que el gestor no es inmortal y de tanto esperar, estará a punto de estirar la pata. Tienes que firmar toda la documentación para traspasarte la agencia matrimonial. Espero que la dirijas con el mismo amor que le he puesto yo todos estos años. Y tú, hija de Zeus y hermana de Afrodita, vente conmigo, tenemos mucho de que hablar…

Atenea, al pasar por mi lado, me rozó los dedos con los suyos. Sin separarme de Eros, vimos cómo se marchaban todos.

—Y, ahora, ¿qué? —me preguntó con una mano al final de mi espalda y la otra colocada en mi mandíbula.

—Necesito procesar todo lo que ha ocurrido.

—Somos idiotas, ¿verdad? —me preguntó con una ceja alzada y carita de niño bueno, mientras me acariciaba con el pulgar la mejilla.

—Vosotros… Yo soy un amor…

Nos reímos. Y muy despacio acercó sus labios a mi frente y me besó.

…

Dos días después…

Continuaba de resaca emocional. Y dos días no eran suficientes para ordenar mi mente.

Todos coincidían en lo mismo: que nunca pensaron que pudieran hacerme daño. Que lo único que les interesaba era conseguir la agencia, el juego propuesto por la Celestina les pareció gracioso y divertido y fue más un pique entre ellos para ganar una apuesta.

—*Yuyuls*… ¿se puede? —Arciere asomó la cabeza por el hueco de la puerta de mi habitación.

—Pasa.

Entró con los brazos detrás de la espalda y con una sonrisa nerviosa. Miró a la silla de mi escritorio, como pidiéndome permiso para sentarse. Asentí, cerré el armario y me acerqué hasta la cama.

—Pues tú dirás…

—¿Me perdonarás algún día? —preguntó en voz baja, con la cabeza ladeada y los ojillos brillantes—. Soy gilipollas, aunque no hace falta que te lo diga porque sé que tú también lo piensas. Ya sabes de qué iba todo porque tu prima se encargó de ponerte al día y los otros dos… Bueno, que no hace falta que te lo repita.

—No, por favor, no sé si sería capaz de sobrevivir si tengo que escucharlo de nuevo —le dije medio en broma.

—Solo quiero que sepas que cada vez era más complicado decirte la verdad y… También, puede… que me obsesionara un poquito con el tema de ganar y esas cosas… Pero te juro, te juro por lo más sagrado que yo pensaba que seguías enamorada de Romeo. De lo contrario, jamás habría participado en toda esta mierda. Tienes que creerme…

—Vale, déjalo.

—¿Vale? Y, ¿Ya está? —preguntó desconcertado—. Tres horas delante del espejo ensayando una disculpa y…Ya está. ¿Así de sencillo?

—Si quieres, puedo lanzarte unas botas asesinas, que tengo debajo de la cama, y son más altas que yo… —Los dos nos reímos a la vez.

Y es que los entendía. Entendía a los tres. Igual yo también habría actuado igual. Aquella propuesta hasta parecía divertida.

Porque he de reconocer que la vieja pelo pollo se había coronado. Antes de marcharse al pueblo, vino a casa para despedirse de mí. Y me dijo que nunca se imaginó que aceptarían. Fue algo tan descabellado como ridículo. Y solo lo hizo porque no paraban de insistirle para que traspasara el negocio. Para quitárselos de encima y que se largaran por dónde habían llegado, les soltó lo primero que se le pasó por esa cabecita despeinada, pensando que no aceptarían. Ella solo quería jubilarse, cerrar la agencia y volver a la Puebla de Montalbán a disfrutar con los suyos de los años que le quedaran.

—Lo único que quiero que sepas es que el día que encuentre a una chica que me haga gracia para ti, te haré vivir un infierno…

—Gracias… —dijo con la cabeza alzada y mirándome fijamente.

Se puso en pie, y muy despacio, se pasó las manos por los muslos para alisarse el pantalón. Luego, alargó el brazo. Le di la mano y con un pequeño tirón, me levantó de la cama. Sin que me lo esperara, me atrajo a su pecho y me rodeó hasta que me abrazó con fuerza. Me dejó un pequeño beso en la cabeza y sentí cómo sonreía.

—De nada.

—Y yo solo quiero que sepas que, si algún día te cansas del *imbécil* del griego, puedes contar conmigo para buscar a otro candidato.

Los dos nos reímos a carcajadas sin separarnos.

—Mientras te haya quedado claro que yo *ya no quiero Romeos*, todo irá bien —le dije convencida de mis palabras, a la vez que nos abrazábamos más fuerte para luego separarnos sin soltarnos las manos.

—Romeo tenía razón… eres genial, *Yuyuls.*

La puerta de mi cuarto se abrió de golpe y no pudimos saborear nuestra preciosa reconciliación. No hizo falta mirar para saber quién era. Rosalina.

—Juls, oye, ¿sabes dónde guarda Atenea los batidos afrodisiacos?

—¿Los proteicos? —le aclaré—. Mira en su cuarto, donde hay unas cajas.

—¿Sigues pensando que esos batidos que te daba eran de proteínas? Y luego, la inocente de la familia era yo…

Durante dos horas me quedé paralizada en mitad de mi dormitorio, bueno, unos segundos, pero se me hicieron eternos. ¿Estaría hablando en serio?

—¿Atenea le daba batidos afrodisiacos a *Yuyuls*? —se interesó Arciere, aguantando las ganas de reír, apuntándome con el dedo.

—Claro. Se los daba a ella, pero me los acababa yo. Son geniales. A la hora, cuando empiezas a hacer la digestión, comienzas a sudar, te entra frío y calor por el… por ahí abajo. Se te acelera la respiración y solo tienes ganas de follar… —Rosalina ya se había venido arriba y yo casi me había escondido dentro del canapé.

—Calla, calla —le grité con los muslos apretados al recordar—. Deja de inventar.

¡Mierda!

Todo eso que contaba era lo que me pasaba cada tarde que iba a la taberna… Cuando me obligaba a bebérmelos para coger fuerzas.

—Vaya con los batidos… —le comentó Arciere.

—¡Ateneeea! —grité, mientras salía a toda prisa para ir a buscarla a la agencia.

…

Atravesé la puerta como si fuera un superhéroe. Me paré delante de la fuente al escuchar risas al fondo.

—¿Dónde está? —Aparecí chillando sin decir a quién buscaba. Me tropecé con Eros y callé de golpe. Me pasé la mano por el pelo y sonreí como si no acabara de irrumpir como una loca armada.

—Justo ahora, te iba a llamar —me comentó, ya con los labios pegados a mi mejilla y la mano acariciándome la espalda—. Habíamos pensado que estaría bien ir a comer una paella al Náutico. Para celebrar…

Le di un pequeño beso en los labios y me separé de él, como si acabara de cruzarnos un rayo. Las risas de Atenea y de Romeo me obligaron a hacerlo.

—¡Ay, Juls! Justo ahora, iba a llamarte —me dijo exactamente lo mismo que Eros—. ¿Sabes? Te vas a caer de cuelo cuando te lo cuente.

—Atenea —solo dije su nombre. Necesitaba coger aire.

No sabía si meterle la cabeza dentro de la fuente o pedirle el nombre del distribuidor de los batidos. Porque justo hacía una hora que me había bebido el último, como cada día. Y justo, justo, empezaba a sentir todo lo que había narrado Rosalina. Y ya no sabía si era porque las palabras de mi prima me habían sugestionado, por la cercanía de Eros o porque de verdad eran afrodisiacos.

—Hola, Juls —me saludó Romeo que iba detrás de Atenea—. ¿Ya te ha contado la primicia?

—Aún no me ha dado tiempo —explicó ella que me miraba curiosa—. Estaba esperando a que entrara Arciere.

Y la puerta de la agencia se abrió y entraron él, mi prima, Thor, don Valentín, mi madre y la de Romeo. Sí, los que faltaban…

—Tatachán… Tenéis delante de vuestros ojos a los socios de la nueva agencia matrimonial *Julieta ya no quiere Romeos.*

Eros soltó una carcajada, mi prima saltó hasta enredar sus piernas en las caderas de Romeo y mi madre y la suya buscaron una silla donde sentarse.

—¿Estáis de coña? —pregunté alarmada al escuchar el nombre que iban, o ya le habían puesto.

—Es genial. Arciere es un genio. —No hizo falta moverme para ver su cara de orgullo y cómo le brillaban los ojos—. Hace media hora nos llamó para pedirnos que cambiáramos el que habíamos elegido. Tía, es la leche y ahora te explicaremos por qué…

Cuando Romeo presentó su candidatura, obligado por Rosalina, no tenía ninguna intención de quedarse con la agencia. Solo lo hizo porque a mi prima le pareció divertidísimo.

Una vez firmó el traspaso, les propuso a Atenea y Arciere asociarse con él y continuar con el legado de la Celestina, pero modernizando las técnicas y adaptándolo a los nuevos tiempos.

La dividieron en dos. Para no perder la esencia de la anterior, mantendrían el local abierto al público. Harían cursos de pintura, de baile, un gimnasio para aprender defensa personal y lucha libre y si entre los asistentes, surgía el amor, mejor que mejor. La otra funcionaría de manera *online*. Se podría buscar pareja para una relación seria o…

—Mi tío me ha cedido una parte de su app y ahí podrá apuntarse la gente que esté dada de alta en la aplicación y enviar flechazos anónimos, y les llegará al grupo de personas que hayan participado en la misma quedada… Ya nos dijo Romeo que te había puesto al día con todo este tema. —Supuse que me aclaró al ver mi cara de seta mohosa con ojos de dibujito manga japonés y que no especificó porque mi madre la miraba con ganas de estrangularla—. Es una oportunidad genial para volver a coincidir con quienes hayan tenido *feeling* y que por el contrato de confidencialidad no tengan forma de contactar…

¡Genial! Los astros se alinearon el día que nació Atenea. Cada vez lo tenía más claro.

El tío Dioniosi resultó ser el tipo mega conocido en el mundo del BDSM, el magnate de las discotecas y clubs clandestinos. El que tenía una aplicación que usaban mi prima y Romeo y donde conocieron a Thor.

—Oh, eso es fantástico —logré decir, con un calor de la muerte que me subía por los tobillos y explotaba entre las piernas. Eros me acarició la mano y la situación empeoró.

—Les he propuesto montar un club de lectura y que lo lleves tú —Rosalina rompió el momento bochornoso con su voz cantarina mientras daba saltitos alrededor de la fuente y nos salpicaba con la mano—. Yo voy a dar clase de baile. ¿No es maravilloso? Todos vamos a trabajar juntos y vamos a poder quedarnos a vivir en Alicante.

—Atenea, ¿es cierto que los batidos de proteínas no son de proteínas? —No aguanté más y se lo pregunté.

—Son de proteínas. —Miré a mi prima con ganas de estrangularla por lianta y mentirosa—. Pero… puede ser que sin querer…

No, no podía ser verdad.

Otra vez su «sin querer».

Dijo que en la bolsa del *sexshop* encontró unas muestras que echándolas en la bebida prometían una noche inolvidable con tu pareja. Y aunque yo no fuera nada suyo, le pareció estupendo mezclarlos dentro del bote de las proteínas que le daba su entrenador.

—Oye, no te enfades… Que yo también me los tomaba. Yo solo quería que usaras los vibradores… Te juro que mi intención no era ponerte cachonda…

—¿No te has planteado cambiar de carrera? Yo creo que tienes vocación para Química. No sé qué vamos a hacer contigo.

En mitad del caos, Eros se acercó a mi cuello, muy despacio, me dio un beso, mientras yo me estremecía me susurró con los labios pegados en mi oído:

—Y si nos largamos de aquí tú y yo, aprovechando que no hay nadie en tu casa…

Epílogo

Dos años y medio después…

—No vuelvas a cambiarte de ropa o tendré que matarte —me amenazó Atenea, con su dulce voz, apoyada en el marco de la puerta de mi dormitorio—. El blanco a todo el mundo le queda fatal, no sufras. Llegamos tarde y ya sabes: odio la impuntualidad.

—Tía, relájate, anda —le pedí mientras me pintaba los labios de rojo—. No voy a cambiarme más y tampoco vamos a llegar tarde. Faltan veinte minutos.

—¿Veinte minutos? ¿Tú sabes cómo se pone la entrada de Alicante a estas horas? Y para encontrar aparcamiento en los juzgados, tendrás que prostituirte…

Tocaron al timbre y sin necesidad de decir nada, ella salió disparada hacia la puerta.

Acabé de retocarme el pelo, me miré una última vez en el espejo y antes de cerrar, me aseguré de que llevaba todo lo necesario en un minúsculo bolsito de mano.

—¡Juls, hay que bajar! El coche está en doble fila.

Creo que bajamos sin pisar un solo escalón. Llegábamos tarde, muy tarde.

—¿Lleváis los pasaportes? —gritó Arciere nada más vernos salir despedidas del portal, en dirección al coche.

—Tía, entra. Pasa de una puñetera vez —me pedía Atenea con la puerta trasera abierta, empujándome por el culo para que me sentara.

Pero es que no podía apartar la mirada de la ventanilla delantera.

Con una mano al volante y la otra descansando en el muslo, nos esperaba Eros, que me miraba de reojo, con esa sonrisa de medio lado que sabía que podría hacerme cometer cualquier locura. Tan relajado como siempre, sin decir nada. Todo bajo control.

—Nena, reacciona… —me gritó Atenea, pero me dio igual.

Mis ojos bajaron y se detuvieron en sus brazos fuertes, que lucía como si acabaran de coronarlo Míster Empotrador del Verano. Sonreí al comprobar que se había puesto la camisa blanca de lino, mi preferida, la que siempre acababa arrancándole, arremangada hasta los codos. Continué la inspección ocular, ignorando los empujones de mi amiga. Llevaba los primeros botones desabrochados, enseñando carne, y me entraron ganas de meter la cabeza por la ventanilla y darle un par de lametones de bienvenida, pero no pude, porque Arciere bajó del coche y ayudó a Atenea a meterme dentro.

—¿Queréis dejar de follaros con la mirada? —preguntó ella mientras me abrocha el cinturón de seguridad.

Nuestras miradas se cruzaron en el espejo retrovisor. «Luego lo celebramos como se merece», leí en sus labios. Aguanté la sonrisa y asentí, él se lamió el labio y me guiñó un ojo.

—¡Joder, tío! Cámbiame el sitio, conduzco yo, que no llegamos —se quejó Arciere y Atenea, desde el asiento de atrás, aprovechó para darle un manotazo en el hombro para hacer volver en sí a Eros.

Suspiré y sonreí como una pava enamorada.

Después de tanto tiempo, todavía me revolucionaba su presencia. Podría, incluso, decir, que cada día que pasaba me afectaba más, más… Y más.

Diez minutos después de la hora acordada, pasamos el control en los juzgados de Benalúa. En el recibidor, nos esperaba el resto de invitados. Como habíamos acordado, todos de blanco, menos el cura. Un funcionario nos pidió que lo siguiéramos y todos comenzamos a correr entre risas y bromas.

—¿Quiénes son los testigos? —preguntó parado en mitad de un pasillo estrecho, lleno de gente que nos miraba con descaro.

—Yo —don Valentín, con lágrimas en los ojos, levantó una mano y con la otra se apretaba la parte baja de la sotana.

—Su DNI, por favor. Y el otro testigo, ¿está ya? Venga, que son casi las dos.

—Yo, yo. Señor de las Alturas Vertiginosas, casi no llegamos. Le estaba dando la teta y se me ha ido el santo al cielo —informó mi prima con la mano en el pecho y aguantando las ganas de reír, con la cara apoyada en el pecho de Thor.

—¿Qué dice la niña de dar la teta? ¿A quién le da el pecho? —preguntó escandalizado mi padre.

—Ni caso, papá, ya sabes cómo es… Será lo primero que se le ha pasado por la cabeza para darle pena al funcionario y que no nos echara la bronca.

Sí, porque hasta dónde *yo quería saber* —porque ya sabía demasiado—, Rosalina no tenía ningún bebé al que alimentar, y me negaba a visualizar más allá de una escena bonita y maternal…

—Hola, ¿todo bien? —preguntó mi madre, acompañada por la de Romeo.

Y es que, por nuestra culpa, nuestras madres les pidieron el divorcio a nuestros padres.

No fue intencionado, pero después de todo el caos que se formó en la taberna, ellas seguían insistiendo en que deberíamos casarnos. No nos quedó más remedio que hacerles ver que no era necesario un matrimonio para ser feliz, y menos si no había amor de por medio.

Escucharon tan atentas —por primera vez en su vida— que el cerebro les debió explotar en el instante en que lo comprendieron y, sin decir nada, las dos salieron por la puerta de la agencia.

Y no volvimos a tener noticias de ellas hasta que nos enviaron un cutre-vídeo mal montado en CapCut con la sentencia de divorcio, embarcando en el Royal Caribbean y jugando en el casino del barco. Desde entonces, se han aficionado a hacer cruceros de solteros que organiza el tío Dionisio, del que se han hecho inseparables.

Y yo, os juro que paso de preguntar.

Se les ve felices, ¿no? Pues eso es lo que importa.

Y volviendo al momento de los juzgados.

—Pasen. Pero ¿van a entrar todos? —preguntó el señor que acababa de identificarse como secretario judicial—. ¿Flores?

Mi madre y la de Romeo se habían colado la primera vez que abrió la puerta para pedir los DNI y dejaron en el suelo centros de flores rojas, blancas y muchas hojas verdes, en honor a los colores de la bandera de Italia.

—¿Quién es Romeo Montegro? —dijo otro funcionario, que acababa de entrar por una puerta lateral.

—Presente —respondió él, mientras se abría paso entre nosotros.

—Vaya, no sé por qué, te hacía más mayor… —Se estrecharon la mano, y con poco disimulo, se apartaron del grupo.

—Me lo dicen mucho… —logré leer en sus labios. Y me entró la risa floja al imaginar que igual… que igual se trataba del famoso contrato de confidencialidad.

Entre risas cómplices, consiguió convencerlo para que nos dejara quedarnos a todos en la sala, con la excusa de que así no armaríamos demasiado jaleo en el pasillo.

Nos colocamos a empujones. Lo nuestro no era pasar desapercibidos, y como pudimos nos pusimos alrededor de la mesa del que pedía la documentación.

Atenea se puso a repartir bolsitas de arroz… y Thor pétalos de rosas rojas.

—Un momento, ¿no creéis que os estáis pasando? —pregunté con un puñado de arroz en la mano.

—Si no la lían, no son ellos —me explicó Eros, con los labios cerca de mi cuello.

Cogidos de la mano y sin dejar de mirarnos, nos pusimos al lado de Rosalina, que no dejaba de llorar, mientras Thor le limpiaba las lágrimas.

El funcionario dijo alto y claro el nombre completo de Arciere… Los testigos respondieron a dos preguntas y…

—Todo listo. En unos tres meses deberías recibir en tu domicilio la notificación.

—Y, ¿ya está? —se quejó mi prima.

—¿Qué más quiere? Es un cambio de nombre, aunque por todo lo que habéis montado aquí, tengo mis dudas… Os juro que en veinte años, es la primera vez que vivo un momento tan…

—Tranquilo, esto lo vivimos a diario y le aseguro que una vez que te acostumbras, cuando se comportan como seres humanos normales y aburridos, echas de menos estos momentos con la familia —respondió Eros sin dejar de acariciarme la cintura.

Todos besamos a ex Cupido, nos hicimos fotos y salimos a la calle.

Oficialmente ya era Arciere.

Y después de ochocientas fotos, lanzamos el arroz como si estuviéramos mal de la cabeza. Luego, nos despedimos en la plaza de los juzgados y quedamos en vernos en la finca Valhalla, donde vivía Odín. Les había traspasado la taberna a Eros y a Thor y se dedicaba a cuidar y a amar sus viñedos de uva moscatel, junto a una parejita de cormoranes —cuervos de mar— y por petición de Arciere, les había cedido unas tierras para construir un campo de tiro con arco y fundar un club entre él y Eros.

Yo estaba terminando las prácticas del máster en el departamento de Filología Hispánica de la UA. Atenea, Romeo, Rosalina y Thor estaban hasta arriba de trabajo en *Julieta ya no quiere Romeos* y cada día les iba mejor. Los fines de semana se los pasaban de fiesta en fiesta y de quedada en quedada.

Como ya os he dicho, las madres viajaban sin descanso y mi padre iba y venía de Verona a Alicante cada vez que necesitaba que le cosieran un botón o le metieran los bajos del pantalón. Y como nadie le hacía caso, terminaba yendo de tiendas en el centro comercial del Plaza Mar con don Valentín, del que se había hecho muy amigo. Y de la Celestina nunca más supimos. Según mi madre, nos bloqueó a todos para que jamás pudiéramos contactarla.

Y por si os lo estáis preguntando. Eros y yo habíamos decidido no casarnos, no necesitábamos firmar ningún papel para saber que estábamos enamorados y, además, queríamos ir despacio. Y desde que mi madre se había despendolado, le parecía estupendo y maravilloso cómo había decidido vivir.

Agradecimientos

Esta vez seré más breve, pero no menos agradecida.

No puedo terminar sin dar las gracias a mi familia (marido, hijas e hijo, a quienes les dedico esta novela) y a mis amigos.

A mi marido, por «obligarme» a celebrar el año pasado mi cumpleaños en Verona. A Irlanda, por hacerse cargo de sus hermanos humanos y de cuatro patas para que el viaje fuera posible. A Daniela-Blue y a Marco, por comportarse en nuestra ausencia y no acabar con la paciencia de su hermana mayor. Cuando queréis, sois los mejores.

Porque esta historia empezó a gestarse al comentar lo bien que lo pasamos en el viaje, en la comunión de Noa, la hija pequeña de mis amigos Marian y Alberto. No voy a ponerme a narrar qué pasó ni cómo surgió, porque os juro que me daría para otra novela, pero ese momento se quedará grabado en nuestra memoria, y en la de algún que otro invitado.

Risas, carcajadas, lagrimones por no poder dejar de reír y agujetas al día siguiente. Y un: «Persi, por Dios, cállate».

Solo diré que la palabra que más repetía mi marido era: «Pumba y balcón».

Ese día visualicé por primera vez a mis Juls y Romeo, y el resto de personajes se fueron colando de camino a casa.

Hasta marzo no había podido sentarme a escribir la historia. Han sido días sin moverme de delante del ordenador, noches en

vela, fines de semana sin pisar la calle... pero tenía que sacarla de mi cabeza.

A mi cuñi, Alba C. Serrano. Por las risas en el momento que sea. Por las conversaciones de «te llamo, que acabo antes» y nos tiramos dos horas y media al teléfono hablando de todo, menos de las novelas.

Y como siempre —que ya se ha convertido en una mala costumbre—, pasamos al momento en que me toca aterrorizar a mis pobres lectoras cero.

En esta ocasión solo les dije: «Publico la semana que viene». Y, como son las mejores del mundo, hicieron su trabajo (bajo presión son unas *cracks*). Aunque no todas hayan podido llegar a mi fecha, sé que lo han intentado. Mil gracias a todas.

Mis Teres. La Pelos y la Birras, siempre al pie del cañón: leyendo, opinando, buscando pegas, mandando pantallazos y enviando audios muertas de risa. Sois las mejores. Y sé que nunca dejaréis de quererme, aunque dos que yo me sé sigan bailando en mitad de un jardín desde hace casi dos años (prometo acabar esa historia algún día. Palabra de caballero).

Mis Morsas. Un poco más y les mando el libro para revisar un año después de publicarlo. Soy lo peor de lo peor, y en mi mundo anárquico organizativo todo cuadraba para llegar a tiempo.

Me quedo con los audios, con las risas y con los «amortiguadores nocturnos de Mar».

Mapita, Mar y Eva, deseando compartir morsasopiniones con vosotras. Os quiero.

A Enri Verdú, aunque para mí ya es «Solo Enri». Gracias por querer ser mi lectora cero y también por ser mi primera AudioCero, para que no se nos pasara nada por alto. Ha estado genial poder conocer tus hipótesis y teorías sobre esta panda de locos. Gracias por los momentos de risas y por encontrarle lógica a lo ilógico.

Y a Dani Rovira, mi lector cero. En realidad, es José Daniel Rodríguez, pero nunca sé cómo se llama de verdad (he tenido que ir

a comprobar el nombre para poder escribirlo bien). Muchísimas gracias por todo. Por leerlo las veces que ha hecho falta. Por leerlo a cachos, por leerlo desde el principio, desde la mitad... Por leerlo entero después de apañar cosillas. Eres el mejor. Y enhorabuena por haber sobrevivido a las locuras de mis chicos.

Y, por último, a todos los lectores anónimos y no tan anónimos que elegís mis historias. Deseo haber estado a la altura y haberos hecho pasar un buen rato, de risas y de desconexión, que al fin y al cabo, de eso se trata.

Si te ha gustado y quieres ayudarme a llegar a más lectores, puedes dejar un comentario.

Nos leemos en mi siguiente historia. —Cruzo los dedos—.